

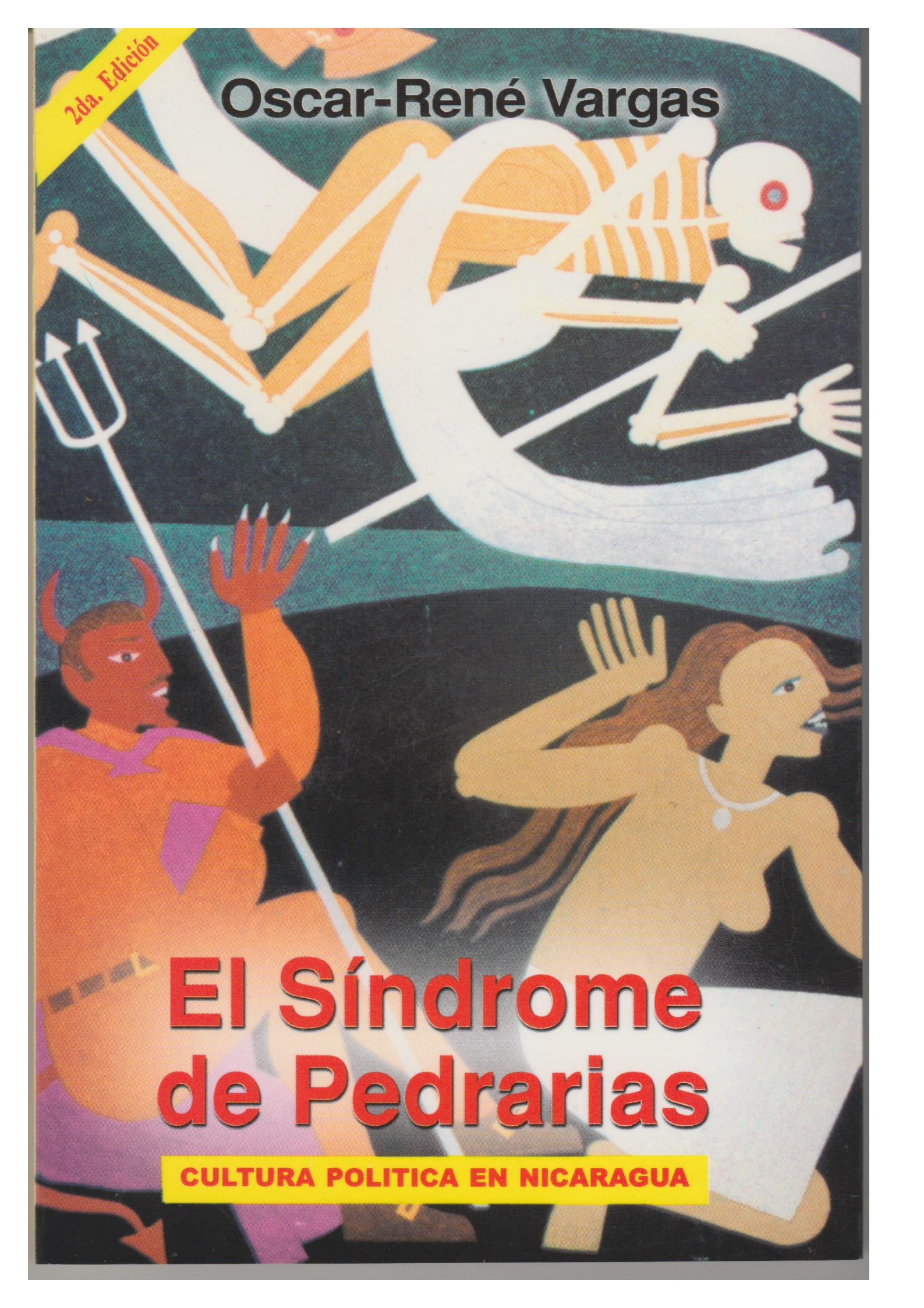


## **CULTURA POLITICA EN NICARAGUA**



2da. Edición

Oscar-René Vargas



The background of the cover features a stylized, high-contrast illustration. At the top, a skeletal figure with a red eye and orange-striped torso is depicted in a running or falling pose. Below this, a woman with long brown hair and a white necklace is shown in a similar pose, appearing to be running or falling. To the left, a devil-like figure with horns and a purple collar holds a long white trident. The overall color palette is dominated by dark green, black, orange, and white.

# El Síndrome de Pedrarias

CULTURA POLITICA EN NICARAGUA



Pedrarias, tirano, o sea, hombre de tres tiaras o coronas, coronas de los tres poderes: el militar, el civil y el religioso, se ha reiterado en nuestra historia. Razón por la cual jamás hemos podido abandonar el ritual fúnebre, el ataúd en el que se han visto amortajadas nuestras vivas aspiraciones, las ilusiones perdidas o las utopías pervertidas. Pedrarias como símbolo, como siniestro arquetipo, fue elaborado por José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, a partir de su reflexión sobre la historia de Nicaragua en la década de los cuarenta, al contemplar la consolidación de Anastasio Somoza Garza y del somocismo. Desde entonces, Ernesto Cardenal se apropió de este símbolo para explicar la tradición, tiránica o dictatorial, que ha padecido Nicaragua. La realidad ha ilustrado de modo delirante **El Síndrome de Pedrarias**: cuando en aquel julio victorioso de 1979, el último Somoza se disponía a dejar su feudo, Nicaragua, no zarpó sin antes desenterrar o exhumar con todo y ataúdes a su padre y a su hermano. Por otra parte, cada nueva etapa de la historia de Nicaragua se inaugura con un gran funeral, con unas solemnes honras fúnebres. Signo pedraresco.

Pero sólo ahora Oscar-René Vargas, como científico social e historiador, no ajeno a la antropología política, se dispuso a estudiar y examinar este símbolo de los poetas e intelectuales nicaragüenses, que él descubre como **El Síndrome de Pedrarias**. Oscar-René con su acostumbrado rigor, traslada la imagen, traduce el arquetipo, la metáfora, a un discurso racional y científico, complementario al nuestro. Todo lo cual no hace más que contribuir a la reflexión sobre nuestro destino como nación, sobre nuestra cultura política en este fin de siglo, de cara al siglo XXI y con el reto de profundizar una democracia que se posterga, se macula o queda en la nominalidad. Esta obra suya y las nuestras constituyen en verdad una doble ilustración de este Síndrome. De modo que estamos a las puertas de un libro necesario que, en juego de espejos, nos enfrenta para reconocer nuestra fisonomía en la fisonomía de Pedrarias.

El imperio o la corona pone y depone gobernadores o presidentes en su colonia o neocolonia. El presidente deviene capitán y gobernador. Su familia en un sistema republicano se convierte en el bloque sucesor: la dinastía, el nepotismo y el continuismo. Sus nombres y apellidos bautizan plazas, escuelas, hospitales, parques y puertos. El Estado-Botín. La política como circo triste, como circo nacional. Enmascaramiento de la corrupción. La mascarada es la máscara y la máscara es el rostro de Pedrarias. Este libro de Oscar-René Vargas, **El Síndrome de Pedrarias**, se escribió para desenmascarar: en busca del rostro legítimo del nicaragüense.

**Julio Valle-Castillo**

**Oscar-René Vargas.** Sociólogo, economista y analista político nicaragüense. Ha estudiado en la Universidad de Lausanne (Suiza), en el Instituto Universitario de Estudios del Desarrollo de Ginebra (Suiza), en el Instituto Universitario de Estudios Europeos de Ginebra (Suiza), en la Universidad de Ginebra (Suiza), en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.

Ha publicado más de quinientos artículos, investigaciones, ponencias y ensayos en diarios y revistas nicaragüenses, centroamericanas, latinoamericanas, norteamericanas y europeas. Algunos de sus ensayos han sido traducidos al inglés, francés, alemán, sueco y holandés. Ha publicado catorce libros sobre la historia, el proceso político, el desarrollo de la economía y el análisis social de Nicaragua y co-autor de otros ocho libros relacionados con estudios sobre la pobreza, el movimiento obrero, el análisis político y social.

Actualmente trabaja como consultor privado. Escribe en el ***El Nuevo Diarios El Semanario***. Participa cada lunes como analista político en el programa de televisión ***"Nicaragua se levanta"*** del Canal 23. Ha sido profesor en la Universidad Autónoma de Puebla (UAP-México), en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM-México), en la Universidad Centroamericana (UCA- Nicaragua), en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI-Nicaragua) y en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN-Nicaragua).

Oscar-René Vargas

**El Síndrome de  
Pedrarias**

Cultura política en Nicaragua

Copyright 1999 de Oscar-René Vargas

**Dirección del autor:**

Calle Principal  
Reparto Pancasán III Etapa N°222  
Managua - Nicaragua  
Teléfono/Fax 2775523

**Primera Edición:** julio de 1999

**Segunda Edición:** **Septiembre 2000**

Diseño y diagramación: Fabián Medina S.  
Ilustración de portada: Detalle del cuadro de  
Leoncio Sáenz, titulado  
“Noches de espantos”  
(1991).

Edición al cuidado de Fabián Medina Sánchez

Publicación del

Centro de Estudios de la Realidad Nacional  
(CEREN)

Centro de Documentación de Honduras  
(ÍCEDOH)

Reservados todos los derechos conforme a las leyes de la  
República de Nicaragua. El contenido de este libro no  
podrá

ser reproducido total ni parcialmente, ni almacenarse en  
sistemas de reproducción, ni transmitirse por medio alguno  
sin

el permiso previo, por escrito, del autor.

Impreso y hecho en Nicaragua/Centroamérica  
Septiembre de 2000

*A mi hijo*  
*Oscar-René Vargas Delgado*

*“Desde los Pedrarias, y los oficiales del Rey e también el Obispo, vieron que todos los que iban a hacer aquellas entradas siempre traían robado mucha cantidad de oro, aunque algunos dejaban las vidas en la demanda, comenzaron a tomar gusto en lo que aquéllos traían, porque a todos cabía, por diversos caminos o respectos, alguna parte. De aquí provino que ya las entradas se aprobaban y hacían por todos,(...) y cada uno de los Pedrarias, y oficiales, y Obispo, rescibía tantas partes cuantos criados había enviado... ”*

Fray Bartolomé de las Casas (Obispo de Chiapa), **Historia do Las Indias**, M. Aguilar Editor, Madrid, España, 1927, Tomo III, Capítulo LXIV, p.9.



## Indice general

|                                                              |     |
|--------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo de Julio Valle-Castillo .....                        | 9   |
| 1. Un camino largo y difícil .....                           | 15  |
| 2. Democracia restringida o poder presidencial .....         | 25  |
| 3. Plutocracia, nepotismo y continuismo .....                | 39  |
| 4. Espíritu neocolonial de la clase dominante .....          | 47  |
| 5. Estado-botín .....                                        | 53  |
| 6. Fusión Estado-empresa-partido.....                        | 61  |
| 7. Dictadura o autoritarismo.....                            | 69  |
| 8. Desprecio a la ley.....                                   | 79  |
| 9. Democracia de fachada .....                               | 87  |
| 10. Manipulación y mentira<br>como instrumento político..... | 93  |
| 11. Máscara y enmascaramiento.....                           | 101 |
| 12. Mimetismo político .....                                 | 107 |
| 13. Favores, apoyos y alianzas políticas.....                | 113 |
| 14. Elitismo, sectarismo y servilismo .....                  | 121 |
| 15. Iglesia y política .....                                 | 125 |
| 16. El poder transforma .....                                | 147 |
| 17. Equilibrios políticos .....                              | 153 |
| 18. Políticos tradicionales.....                             | 161 |
| 19. El poder ciega.....                                      | 169 |
| 20. El poder oculto .....                                    | 175 |
| 21. Inequidad o desigualdad política.....                    | 187 |
| 22. Clientelismo político y los “notables” .....             | 195 |
| 23. Violencia gubernamental .....                            | 201 |
| 24. Una sociedad dominada por el pasado .....                | 207 |
| 25. Falta de un Proyecto Nacional .....                      | 213 |

## Prólogo

Dos personajes del siglo XVI han marcado como hierro al rojo vivo la historia colonial y neocolonial, el acontecer cotidiano y la conducta del nicaragüense hasta el presente. Uno, el gran teyte Nicaragua o cacique de Nicaragua, que dio nombre a nuestro país, afamado en toda la Tierra Firme y que resume el mundo indígena o la cultura náhuatl a la que pertenecemos: un sacerdote, un sabio en códices y códigos, posiblemente un astrónomo, todo un güegüe, el jefe, el guía, el tlatoani, el “cabeza”. Y otro, el capitán general y gobernador, Pedro Arias de Avila (14407-1531), que encarna al mundo occidental, o sea, al crudo, rudo soldado español, caudillo a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, galopando en todas las campañas militares, aventuras descubridoras y cruzadas de la fe católica que llevó adelante la corona de España en su tiempo, contra los moros, contra los judíos, a los cuales pertenecía por marrano, y contra los indios. En la reconquista española en el viejo mundo y en la conquista de nuevo mundo.

Si nos atenemos a los documentos, la aparición del cacique Nicaragua se limita a 1523 ó 1524, es muy breve; pero deslumbrante, señera en el primer instante de nuestra historia moderna, que sorprende y provoca la admiración de más de un cronista. Francisco López de Gomara exclamó: "Nunca indio alguno...habló como él a los españoles". Igualmente, la gobernatura de Pedrarias en Nicaragua, que así, apocopadamente, también se le llama, es corta, de 1528 a 1531, pero inolvidable; tan memorable que a través de casi cinco siglos subsiste en el subconsciente colectivo del pueblo nicaragüense, que en el momento menos pensado aparece y reaparece como un fantasma que nos asusta a nosotros mismos. En abril de 1523, el teyte Nicaragua sostiene un encuentro con el capitán de conquista Gil González Dávila, donde inquiere, pregunta en profundidad y con suma agudeza, cuestiona y se ríe de la propuesta del conquistador. Aquel cuestionario de un indio semidesnudo ante un soldado armado de \* aseo y coraza, asistido por frailes duchos en leyes regias y sagradas

escrituras y sustentado con toda la maquinaria doctrinal, filosófica, militar y técnica, constituye una afirmación inicial del pensamiento indígena, americano y un rechazo al discurso occidental dominador. ¿Por qué -hace una pregunta que tiene vigencia- tan pocos hombres quieren tanto oro? ¿No estarán borrachos ese Papa de Roma y ese Rey de España para venirme a decir a mí, que no los conozco, que les debo acatamiento y obediencia? Reflexiona interrogativamente. Y así sigue preguntando por el origen de la tierra y del tiempo, del día y de la noche, por la forma en cómo los conquistadores vinieron por el aire o por la mar...

El tlatoani Nicaragua no sólo discutió y replicó sino que se unió al cacique chorotega Diriangén y combatieron juntos contra González Dávila, ofreciéndole una verdadera batalla de la que los españoles salieron mal librados. Poco meses después, Nicaragua, según la tradición oral del istmo de Rivas, donde él tenía asentado su reino, era decapitado por una nueva entrada de conquistadores, al pie de una de las cruces que había dejado sembradas González Dávila en lo que hoy es el puerto lacustre de San Jorge. Nicaragua, pues, queda en la historia, como un paradigma del universo indígena, intelectual y a su vez, guerrero, que además es martirizado por el conquistador. Nuestro primer intelectual mártir.

Ciertos historiadores han llamado a este enfrentamiento de códigos opuestos y mutuamente ignorados, “diálogo” y han calificado el rechazo intelectual y militar del teyte Nicaragua, máxime después de haber dialogado, según dicen, idílicamente con el conquistador, como una traición, típica, según esta mentalidad colonialista, del comportamiento matrero de los indios o naturales. Otros, políticos más que historiadores, han querido justificar sus “pactos” o componendas, remontándose a este “diálogo”. Ciertamente el discurso historiográfico pseudo-izquierdista, fue incapaz de leer en su exacta dimensión el significado del cuestionamiento del gran teyte a occidente. Sectores de la izquierda han exaltado a Diriangén, por valiente y aguerrido, y han desdeñado al cacique Nicaragua, igualmente aguerrido y esforzado, pero “intelectual” y he allí el pecado. Pareciera que el discurso cuestionador a occidente, no importa a la hora de magnificar las acciones bélicas. Nicaragua ha sido un pueblo de poetas e intelectuales, pero gobernado siempre por un tirano: un dictador militar, lo que implica el militarismo y la militarización, las doctrinas militares amenazantes.

Procedente de la gobernatura de Tierra Firme, del Darién y Panamá, el capitán general Pedrarias Dávila llegó a Nicaragua como gobernador cuando ya era un anciano, posiblemente saliendo de su octava década y

entrando en la novena década, pues murió en marzo de 1531, a los noventaun años de edad. Gobernó sólo dos años y medio, pero dejó un modelo político que con diversos nombres y signos ideológicos y en distintos períodos de nuestra historia se reedita con igual o peor crueldad: la fusión de la iglesia y la gobernatura, lo que le da a su mandato una fuente divina o sagrada, derecho natural de dominación de los inferiores, clasismo y racismo; lealtad a la corona o al imperio; y la sucesión dinástica, y, por consiguiente, el nepotismo administrativo, una familia gobernante o un gobierno de familiares, el amiguismo. Pedrarias Dávila casado con una dama de la corte, lo cual lo vinculaba o aproximaba al poder y había escapado de ser enterrado vivo al resucitar de un ataque de catalepsia, contribuyendo todo esto a crear los signos externos de su poder y a proyectar esta imagen supersticiosa sobre la masa indígena que extenuada y extinguida devino en masa de mestizos y después en campesinos y ladinos del campo y de las ciudades coloniales. La proyección del caudillo legendario que aún pesa, con peso y sombra específica, en la actualidad sobre nosotros.

Desde que se trasladó a Nicaragua, Pedrarias Dávila impuso su marca de fuego sobre el lomo de su mesnada: hizo prevalecer su derecho de dominación decapitando a su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba, como antes había degollado a su yerno Vasco Nuñez de Balboa, desconoció la cristianización de Gil González y se proclamó señor de horca y cuchillo de las recién fundadas ciudades de León de Nicaragua, (granada de Nicaragua y Bruselas, frente al golfo de Chira. Sus actos de gobierno se caracterizaron por la violencia: aperramientos de indios rebeldes, juicios sumarios, cárceles y torturas a sus rivales, entradas y cabalgadas en poblados indígenas. Sangre, mucha sangre, violencia. Has- la la naturaleza se resistió porque sobrevivieron sequías y hambrunas sin cuento. Pedrarias fue llamado “Furor Domini”, la Ira de Dios. Toda su gestión, toda su administración consistía en un continuo ritual de la muerte Cada año hacía cantarse un réquiems de cuerpo presente en recuerdo d< aquel día en que pudo ser enterrado vivo. Todo giraba en torno a un gran funeral. Y, bien vista, la historia de Nicaragua desde Pedrarias, con l'edi arias y por Pedrarias ha sido una exequia constante. El poder del i nudillo se verifica en la muerte, en la suya y en la de los demás, muerte i tvtl y muerte física. La pareja del muerto y la muerte, la mortaja y el amoi tajamiento, dando pie como afirma el analista político Oscar-René Vmgas, a **El Síndrome de Pedrarias** en la cultura política de Nicaragua.

Dicen que en el corazón de todo nicaragüense se oculta un Nicaragua y un Pedrarias, es decir, un indígena pensador, profeta e intelectual y un dictador, un tirano; el peor de todos, según el padre Bartolomé de las Casas. De aquí que seamos un pueblo enfrentado con nosotros mismos. Nuestro metizaje no es una síntesis sino una guerra civil, en la que siempre, invariablemente, es sacrificado el intelectual, el poeta, el pensador, el estadista, es decir, el gran teyte, el jefe, el que piensa, el “cabeza”. Fácil es reconocer en nuestra historia más o menos lejana o próxima este ritual, el triunfo del machete sobre la razón, la fuerza bruta sobre el pensamiento o la imaginación. La apología del militar. Entre los conservadores, en este siglo, el caudillo de muía, Emiliano Chamorro primó y dominó sobre los líderes civilistas. Entre los liberales, Anastasio Somoza García, un personaje de la picaresca latinoamericana, que de falsificador de monedas, chulo de damas diplomáticas e inspector de letrinas, pasando por una revuelta finquera en la Guerra Constitucional de 1927, saltó a Jefe Director de la Guardia Nacional, mató a traición, después de foto y abrazo, a un hombrecito flaco, menudo, afiebrado por la pasión patriótica, que no era político ni militar, Augusto C. Sandino, el intelectual orgánico de la nacionalidad nicaragüense. Y en estas dos últimas décadas, en el proceso de la Revolución Popular Sandinista, la magnificación del militarismo, impuso una dirección colegiada de nueve comandantes que terminaron ahogando la más hermosa y limpia utopía del pueblo nicaragüense.

Nicaragua y el nicaragüense han vivido descoyuntados entre el soñador y el caudillo, entre el revolucionario y el contrarevolucionario, entre el vuelo utópico y la celda militar, entre el intelectual y el matón. Aún más el soñador fácilmente despierta y se reconoce padeciendo y/o gozando con **El Síndrome de Pedrarias** y se abandona sin vergüenza a realizarlo: libertadores tornados en opresores, revolucionarios, en empresarios. La tragedia de nuestra historia moderna es que ha luchado en contra de las dictaduras para derrocarlas, pero para imponer otra dictadura. No hay discurso ideológico ni partidario que se salve de esta responsabilidad.

Pedrarias, tirano, o sea, hombre de tres tiaras o coronas, coronas de los tres poderes: el militar, el civil y el religioso, se ha reiterado en nuestra historia. Razón por la cual jamás hemos podido abandonar el ritual fúnebre, el ataúd en el que se han visto amortajadas nuestras vivas aspiraciones, las ilusiones perdidas o las utopías pervertidas. Pedrarias como símbolo, como siniestro arquetipo, fue elaborado por José Coronel



i..... y Pablo Antonio Cuadra, a partir de su reflexión sobre la historia  
 ■ i. Ni. ;II ligua en la década de los cuarenta, al contemplar la consolidación  
 i. \iitMa.sio Somoza García y del somocismo. Aún más, establecieron la  
 MU il.igin filtre ambos. Nicolás Buitrago Matus reconoció en **León: la sombra**  
**,10 I<sup>1</sup>;;lnirjas**, al divisarla como escenario de pompas fúnebres, de mi|liiii.  
 i.lios y de guerras. Ernesto Cardenal se apropió de este símbolo  
 .. .....nphcar la tradición tiránica o dictatorial, que ha padecido Nicara-  
 , un l II i calidad ha ilustrado de modo deliranteEl Síndrome de Pedrarias:  
 ....I., cu aquel julio victorioso de 1979, el último Somoza se disponía a  
 i. |m MI leudo, Nicaragua, no zarpó sin antes no desenterrar o exhumar '  
 MU nulo y ataúdes a su padre y a su hermano. Por otra parte, cada nueva .  
 iiqui de la historia de Nicaragua se inaugura con un gran funeral, con unç.  
 solemnes honras fúnebres...Signo pedraresco. En esa misma tradi-  
 ...i de elaboración o recreación o sustentación de este símbolo se ubica  
 mi novela **Réquiem en Castillo del Oro**.

**Peto** sólo ahora Oscar-René Vargas, como científico social e historia-  
 doi no ajeno a la antropología política, se dispuso a estudiar y examinar . i.  
 símbolo de los poetas e intelectuales nicaragüenses, que él descubre  
 .....El Síndrome de Pedrarias. Oscar-René con su acostumbrado ri-  
 fi<II n aslada la imagen, traduce el arquetipo, la metáfora, a un discurso ni.  
 loual y científico, complementario al nuestro. Todo lo cual no hace niAs  
 que contribuir a la reflexión sobre nuestro destino como nación, nliie  
 nuestra cultura política en este fin de siglo, de cara al siglo XXI y  
 ■ mi el reto de profundizar una democracia que se posterga, se macula o  
 i|uedu en la nominalidad. Esta obra suya y las nuestras constituyen en  
 veidad una doble ilustración de este Síndrome. De modo que estamos a lii'i  
 puertas de un libro que, enjuego de espejos, nos enfrenta para recono- .. i  
 nuestra fisonomía en la fisonomía de Pedrarias.

I I imperio o la corona pone y depone gobernadores o presidentes en u  
 colonia o neocolonia, los Estados Unidos remite en 1909 la ultrajante Nota  
 Knox a José Santos Zelaya y setenta años después, James Cárter .1. manda  
 la renuncia de uno de los delfines más protegidos del imperio, Anastasio  
 Somoza Debayle. El presidente deviene en capitán y goberna- , li n Su  
 familia en un sistema republicano se convierte en el bloque suce- iii la  
 dinastía, el nepotismo y el continuismo. Sus nombres y apellidos liauti/.un  
 plazas, escuelas, hospitales, parques y puertos. Yernos suceso- n i, como  
 Rodrigo de Confieras, esposo de María Peñalosa, hija de Pedrarias y madre  
 de Pedro y Hernando de Confieras, jefes de la Revuel-

ta de los Encomenderos y uno de ellos asesino del obispo Antonio  
 como **Cume<sup>o</sup> ^ T<sup>n</sup> u** Nicaragua ^, los Estados Unidos  
 como Guillermo Sevilla Sacasa, esposo de Lilliam Somoza Debayle hija  
 de Anastasio Somoza García y hermana de los Somoza Debayle V'uis y  
 Anastasio). El obispo lo unge o consagra o a veces el obispo ha sido  
 E. Gal<sup>o</sup> ^ de la OEA de los Estados Unidos pensamos en monse-ñor Nicolás García y Jerez en los  
 días de la independencia o en monseñor José  
 años T<sup>l</sup> LeZCan<sup>o</sup> y Ortega 3, frente de 13 Cámara de Diputados en los Botín 11 r.<sup>era</sup>  
 mtervencion norteamericana en este siglo. El Estado-  
 miento de "T<sup>l</sup> m<sup>o</sup> ^ como c<sup>o</sup>eo" nacional. Enmascara- miento de la  
 corrupción. La mascarada es la máscara y la máscara es el  
 rostro de Pedranas. Este libro de Oscar-René Vargas, El Síndrome de de!  
 para desenmascarar: « bus«> O<sup>l</sup> rostro legítimo

Julio Valle-Castillo Managua, domingo  
 6 de junio de 1999

# 1. Un camino largo y difícil<sup>1</sup> ^

El fin de conocer las características de la cultura política de la sociedad nicaragüense<sup>1</sup> no sólo basta analizar la praxis y las instituciones políticas, también hay que conocer las creencias, los ideales, las normas y las ... Iones que colorean de manera particular y dan significado a la vida política nacional. El interés por estos aspectos, tal vez menos tangibles, ha ido aumentando en los últimos años. La expresión de cultura política se utiliza para designar el conjunto de actitudes, normas y creencias, compartidas o menos ampliamente por los miembros de una sociedad determinada y que tienen como objeto el análisis de los fenómenos políticos. La cultura política es el conjunto de orientaciones de los miembros de una sociedad en relación con la política. "Lo que cree la gente hacer de un comportamiento político no es ajeno a éste sino que forma parte de él. Esas creencias, Malquiera sea la manera en que se formen, determinan efectivamente los límites y las posibilidades de evolución del sistema (político)".<sup>3</sup> La existencia de que las creencias constituyen un factor condicionante del sistema político es clave para entender la cultura política nicaragüense.

1. Un primer versión de este trabajo fue publicada con el título: **El Síndrome de la Ailialar**. Trece rasgos de la cultura política en Nicaragua, en el suplemento "Nuevo Amanecer Cultural" del periódico "El Nuevo Diario", Año XV, Edición N°760, I i.m.iuua, Nicaragua, sábado 25 de marzo de 1995, p.6.

May varios ensayos de otros autores que analizan la cultura política nicaragüense: a) 1. Mil Oquist, **La cultura política en Nicaragua**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, junio de 1993. b) Emilio Alvarez Montalván, **Los valores y contravalores de la cultura política nicaragüense**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, mayo de 1996, 14 páginas, c) Diana Pritchard, **Recrear la cultura política desde las perspectivas campesinas**, publicado en el libro: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica Siglos XVIII-XX*, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, Managua, Nicaragua, 1998, p.195-203. d) Rodolfo Delgado Romero, **Por una cultura política democrática en Nicaragua**, publicado en el mismo libro: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica Siglos XVIII-XX*, p. 183-194.

2. MacPherson, **La democracia liberal y su época**. Alianza Editorial, Madrid, España, 1981, p.15-16.

Forman parte de la cultura política de una sociedad: **los conocimientos** relativos a las instituciones, a las funciones que la componen, a los titulares de estas funciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; **las orientaciones** más o menos difundidas en relación al conjunto de sentimientos albergados al sistema, como, por ejemplo, la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el sectarismo o, por el contrario, el sentido de confianza, la adhesión, la tolerancia hacia las fuerzas políticas distintas de la propia, etcétera; y, finalmente, **las normas**, como por ejemplo el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida política, juicios y opiniones sobre fenómenos políticos, la combinación de sentimientos y criterios de evaluación, la obligación de aceptar las decisiones de la mayoría, la exclusión o no del recurso a formas violentas de acción. No hay que olvidar/ **lenguaje** y **los símbolos** específicamente políticos, como las banderas, las contraseñas de las diversas fuerzas políticas, las consignas, etcétera.

El hecho de que en el nivel de macroanálisis se pueda hablar de la cultura política de toda una sociedad y caracterizarla de manera general, no debe inducir, sin embargo, a cometer el error de creer que la cultura política es algo homogéneo. Por el contrario, se puede considerar que la cultura política de una cierta sociedad está constituida normalmente por un conjunto de subculturas, o sea de actitudes, normas y valores diversos que frecuentemente se oponen entre sí. Desde el punto de vista político, las diferenciaciones más obvias de la cultura política son las que están ligadas a la existencia de corrientes de pensamiento, de símbolos y de mecanismos organizativos que encabezan las fuerzas políticas. La cultura política son las convicciones, actitudes y valores referidas al sistema político, construidas por las percepciones y sentimientos de un pueblo, que las valida y legitima socialmente.<sup>4</sup>

Una distinción importante es la que existe entre cultura política de las élites y la cultura política de las masas y desde el punto de vista de la interpretación de los acontecimientos políticos, el análisis de la cultura política de las élites en el poder y de los sectores sociales de la oposición tienen una importancia totalmente desproporcionada a nivel de su fuerza numérica. Basta considerar el papel que desempeñan las élites al definir los temas del debate político, al arrastrar en una dirección o en otra a la opinión pública y, sobre todo, al tomar decisiones de gran importancia

4. Larry Diamond (Ed.), **Political Culture and Democracy in Developing Countries**, Boulder and London, London, England, 1994.

para la estructuración del sistema, como por ejemplo en la formación de coaliciones políticas en las fases de transición de un régimen a otro, antes de que se hayan consolidado las nuevas instituciones y los nuevos alineamientos. Las autoridades quieren decirle a la sociedad, y no que la sociedad les diga a las autoridades cómo quieren el futuro del país. La incompatibilidad entre el autoritarismo dominante y cualquier iniciativa política que nazca de la sociedad civil organizada o no organizada, es lo que explica en buena medida el retraso en la cultura política nicaragüense.

A partir de ciertos rasgos<sup>5</sup> políticos, sociales y culturales de la sociedad nicaragüense he querido construir un síndrome-tipo,<sup>6</sup> que nos permita hacer una clasificación<sup>7</sup> de la cultura política en la realidad histórica- social amplia y cambiante. Tal clasificación facilita la elaboración de un sistema escalara continuo para situar a la sociedad en un determinado punto y poder apreciar su evolución en el proceso histórico del país. La cultura política ha podido moldear un modo de vida del nicaragüense que no ha sido totalmente evaluado. El mito político sobre el período de Pedrarias Dávila se ha mantenido como fenómeno social secundario y ha sido excluido de los instrumentos de análisis político moderno. Hay que entender el mito político del período colonial de la época de Pedrarias Dávila como la instancia intelectual y práctica que el pensamiento político no ha conseguido delimitar e identificar por la dificultad de fijar sus relaciones con la mitología.

El mito político es una organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las distintas manifestaciones de una época y de una sociedad determinada. El mito político no es un acto del intelecto, analítico y abstracto, sino un acto de la voluntad, fundado en la adquisición intuitiva de una verdad vinculada a las más fuertes tendencias de la cultura política de un pueblo, de un par

5. "El rasgo es una característica relativamente estable, de la conducta social o política de una sociedad que permite diferenciarla de otras sociedades". Karl U. Smith y William M. Smith, **La Conducta del Hombre**, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, 1963, p.513.
6. "El síndrome es un término que señala el conjunto de síntomas o manifestaciones de una conducta cultural determinada que permiten identificar un comportamiento político en particular o un desorden o fragilidad de la sociedad". Bela Székely, **Diccionario Enciclopédico de la Psique. Psicología General y Aplicada**, Editorial Claridad, Buenos Aires, Argentina, 1966, p.543-544.
7. Enrique Cerdá, **Una Psicología de Hoy**, Editorial Herder, Barcelona, España, 1967, p.455-456.

ta de los Encomenderos y uno de ellos asesino del obispo Antonio Valdivieso; o el eterno Embajador de Nicaragua ante los Estados Unidos como Guillermo Sevilla Sacasa, esposo de Lilliam Somoza Debayle, hija de Anastasio Somoza García y hermana de los Somoza Debayle (Luis y Anastasio). El obispo lo unge o consagra o a veces el obispo ha sido gobernador o jefe de otro poder del Estado; pensemos en monseñor Nicolás García y Jerez en los días de la independencia o en monseñor José Antonio Lezcano y Ortega al frente de la Cámara de Diputados en los años de la primera intervención norteamericana en este siglo. El Estado- Botín. La política como circo triste, como circo nacional. Enmascaramiento de la corrupción. La mascarada es la máscara y la máscara es el rostro de Pedrarias. Este libro de Oscar-René Vargas, **El Síndrome de Pedrarias**, se escribió para desenmascarar: en busca del rostro legítimo del nicaragüense.

Julio Valle-Castillo Managua, domingo  
6 de junio de 1999

## 1. Un camino largo y difícil<sup>1</sup>

Para conocer las características de la cultura política de la sociedad nicaragüense<sup>2</sup> no sólo basta analizar la praxis y las instituciones políticas sino también hay que conocer las creencias, los ideales, las normas y las tradiciones que colorean de manera particular y dan significado a la vida política nacional. El interés por estos aspectos, tal vez menos tangibles aunque no por eso menos interesantes, de la vida política nacional, ha ido aumentando en los últimos años. La expresión de cultura política se utiliza para designar el conjunto de actitudes, normas y creencias, compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una sociedad determinada y que tienen como objeto el análisis de los fenómenos políticos. La cultura política es el conjunto de orientaciones de los miembros de una sociedad en relación con la política. “Lo que cree la gente hacer de un sistema político no es ajeno a éste sino que forma parte de él. Esas creencias, cualquiera sea la manera en que se formen, determinan efectivamente los límites y las posibilidades de evolución del sistema (político)”.<sup>3</sup> La circunstancia de que las creencias constituyen un factor condicionante del sistema político es clave para entender la cultura política nicaragüense.

1. Una primera versión de este trabajo fue publicada con el título: **El Síndrome de Pedrarias. Trece rasgos de la cultura política en Nicaragua**, en el suplemento "Nuevo Amanecer Cultural" del periódico "El Nuevo Diario" Año XV, Edición N°760, Managua, Nicaragua, sábado 25 de marzo de 1995, p.6.
2. Hay varios ensayos de otros autores que analizan la cultura política nicaragüense: a) Paul Oquist, **La cultura política en Nicaragua**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, junio de 1993. b) Emilio Alvarez Montalván, **Los valores y contravalores de la cultura política nicaragüense**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, mayo de 1996, 14 páginas, c) Diana Pritchard, **Recrear la cultura política desde las perspectivas campesinas**, publicado en el libro: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica SiglosXVIII-XX*, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, Managua, Nicaragua, 1998, p. 195-203. d) Rodolfo Delgado Romero, **Por una cultura política democrática en Nicaragua**, publicado en el mismo libro: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica Siglos XVIII-XX*, p.183-194.
3. C.B. MacPherson, **La democracia liberal y su época**, Alianza Editorial, Madrid, España, 1981, p.15-16.

Forman parte de la cultura política de una sociedad: **los conocimientos** relativos a las instituciones, a las funciones que la componen, a los titulares de estas funciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; **las orientaciones** más o menos difundidas en relación al conjunto de sentimientos albergados al sistema, como, por ejemplo, la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el sectarismo o, por el contrario, el sentido de confianza, la adhesión, la tolerancia hacia las fuerzas políticas distintas de la propia, etcétera; y, finalmente, **las normas**, como por ejemplo el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida política, juicios y opiniones sobre fenómenos políticos, la combinación de sentimientos y criterios de evaluación, la obligación de aceptar las decisiones de la mayoría, la exclusión o no del recurso a formas violentas de acción. No hay que olvidare/ **lenguaje** y **los símbolos** específicamente políticos, como las banderas, las contraseñas de las diversas fuerzas políticas, las consignas, etcétera.

El hecho de que en el nivel de macroanálisis se pueda hablar de la cultura política de toda una sociedad y caracterizarla de manera general, no debe inducir, sin embargo, a cometer el error de creer que la cultura política es algo homogéneo. Por el contrario, se puede considerar que la cultura política de una cierta sociedad está constituida normalmente por un conjunto de subculturas, o sea de actitudes, normas y valores diversos que frecuentemente se oponen entre sí. Desde el punto de vista político, las diferenciaciones más obvias de la cultura política son las que están ligadas a la existencia de corrientes de pensamiento, de símbolos y de mecanismos organizativos que encabezan las fuerzas políticas. La cultura política son las convicciones, actitudes y valores referidas al sistema político, construidas por las percepciones y sentimientos de un pueblo, que las valida y legitima socialmente.<sup>4</sup>

Una distinción importante es la que existe entre cultura política de las élites y la cultura política de las masas y desde el punto de vista de la interpretación de los acontecimientos políticos, el análisis de la cultura política de las élites en el poder y de los sectores sociales de la oposición tienen una importancia totalmente desproporcionada a nivel de su fuerza numérica. Basta considerar el papel que desempeñan las élites al definir los temas del debate político, al arrastrar en una dirección o en otra a la opinión pública y, sobre todo, al tomar decisiones de gran importancia

4. Larry Diamond (Ed.), **Political Culture and Democracy in Developing Countries**, Boulder and London, London, England, 1994.



para la estructuración del sistema, como por ejemplo en la formación de coaliciones políticas en las fases de transición de un régimen a otro, antes de que se hayan consolidado las nuevas instituciones y los nuevos alineamientos. Las autoridades quieren decirle a la sociedad, y no que la sociedad les diga a las autoridades cómo quieren el futuro del país. La incompatibilidad entre el autoritarismo dominante y cualquier iniciativa política que nazca de la sociedad civil organizada o no organizada, es lo que explica en buena medida el retraso en la cultura política nicaragüense.

A partir de ciertos rasgos<sup>5</sup> políticos, sociales y culturales de la sociedad nicaragüense he querido construir un síndrome-tipo,<sup>6</sup> que nos permita hacer una clasificación<sup>7</sup> de la cultura política en la realidad histórica- social amplia y cambiante. Tal clasificación facilita la elaboración de un sistema escalar continuo para situar a la sociedad en un determinado punto y poder apreciar su evolución en el proceso histórico del país. La cultura política ha podido moldear un modo de vida del nicaragüense que no ha sido totalmente evaluado. El mito político sobre el período de Pedrarias Dávila se ha mantenido como fenómeno social secundario y ha sido excluido de los instrumentos de análisis político moderno. Hay que entender el mito político del período colonial de la época de Pedrarias Dávila como la instancia intelectual y práctica que el pensamiento político no ha conseguido delimitar e identificar por la dificultad de fijar sus relaciones con la mitología.

El mito político es una organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las distintas manifestaciones de una época y de una sociedad determinada. El mito político no es un acto del intelecto, analítico y abstracto, sino un acto de la voluntad, fundado en la adquisición intuitiva de una verdad vinculada a las más fuertes tendencias de la cultura política de un pueblo, de un par-

5. "El rasgo es una característica relativamene estable, de la conducta social o política de una sociedad que permite diferenciarla de otras sociedades". Karl U. Smith y William M. Smith, **La Conducta del Hombre**, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, 1963, p.513.
6. "El síndrome es un término que señala el conjunto de síntomas o manifestaciones de una conducta cultural determinada que permiten identificar un comportamiento político en particular o un desorden o fragilidad de la sociedad". Bela Székely, **Diccionario Enciclopédico de la Psique. Psicología General y Aplicada**, Editorial Claridad, Buenos Aires, Argentina, 1966, p.543-544.
7. Enrique Cerdá, **Una Psicología de Hoy**, Editorial Herder, Barcelona, España, 1967, p.455-456.

tido, de una clase, y por lo tanto particularmente idóneas para sostener la acción política de las masas populares. El mito político, uno de los pilares de la cultura política nacional, es producto del atraso general de la sociedad nicaragüense frente al desarrollo real de la sociedad burguesa a nivel internacional. En efecto, desde la época de Pedrarias Dávila, el atraso de las transformaciones sociales y políticas de la sociedad nicaragüense indican una crisis de su evolución política y moral, tanto en su aspecto positivista como en su confianza de poder explicar ese atraso por métodos racionales. Esta crisis social, al mismo tiempo teórica y práctica, lleva « por una parte a la búsqueda de formas de conocimiento alternas respecto

aquella de las ciencias físicas, y por otro lado, a una creciente atención por los comportamientos mágicos de los sectores populares, que destaca los componentes irracionales, la comprensión del pensamiento simbólico y del proceder no lógico y colectivo en el sentido de que no puede remitirse a una explicación racional y de exacta determinación causal y utilitaria. Es decir, el mito político se consolida cuando, por el atraso cultural, los sectores populares no pueden explicarse racionalmente las causas de los fenómenos sociales y políticos; es entonces que surge una explicación extrarracional e intuitiva, cuya verdad debía ser “sentida” y “vivida”, no demostrada. Ese mito se encuentra fundado en el culto de la patria y de los muertos, en la sangre de los muertos que continúa corriendo en las venas de los vivos y en las costumbres.

La creación de la provincia de Nicaragua bajo el mando de Pedrarias Dávila (1527-1531), siglo XVI, reviste un aspecto simbólico en tanto que marca la institucionalización del poder español sobre un cierto número de grupos indígenas anteriormente independientes.<sup>8</sup> Las ciudades fundadas por los conquistadores van a ser los focos de la dominación política y económica del grupo dirigente imbuido de juicios de valor que se justifican precisamente en la conquista. La creación de la provincia de Nicaragua fue una creación artificial ya que bajo el territorio englobado bajo esta denominación no formaba ninguna unidad política antes de la llegada de los españoles. Todos los gobernadores de Nicaragua fueron de origen extranjero. Investidos con la más alta autoridad política y militar, se situaban temporal o definitivamente en el estrato social superior de la sociedad colonial. El estado español, “estado misionero”, veía de cerca todo aquello que se relacionaba con la vida religiosa, no sin tropiezos. Las quere-

8. Tomás Ayón, **Historia de Nicaragua**, Colección Cultural del Banco Nicaragüense, Serie Histórica, Managua, Nicaragua, 1993, Tomo I,

lias, en efecto, fueron a veces graves entre autoridades religiosas y autoridades políticas y militares.<sup>9</sup> La cultura política nicaragüense se halla constituida por un juego de normas y reglas compartidas, que son reproducidas de generación en generación, mediante el proceso de socialización. Las principales características de la cultura política han sido un obstáculo para el desarrollo de procesos e instituciones democráticas. Como país, Nicaragua busca interminablemente una identidad y oscila, en forma ambivalente, entre lo antiguo y lo moderno, lo tradicional y lo de moda, lo indígena y lo extranjero. La complejidad de la cultura política, radica tanto en el enfrentamiento como en la fusión de estas raíces. Todo lo cual, confunde para distinguir las “máscaras” de los rostros reales de los políticos tradicionales.

En su mayoría, los primeros gobernadores debían sus posiciones a la participación en la Conquista o a la derrota en el campo de batalla de otros españoles. Aunque gozaran de títulos reales, en realidad mandaban a su antojo, sin que las autoridades de la Corona ejercieran control efectivo sobre ellos. Contaban con poderes amplios, entre ellos los de gobierno y justicia, así como la facultad de distribuir tierras e indígenas en encomiendas.<sup>10</sup> Los gobernadores y encomenderos debían sus posiciones a una relación personal, formalizada bajo una obligación en que se prometía la lealtad personal y el servicio militar a cambio de prestigio, poder y sostenimiento económico. Mediante el sistema de premios y obligaciones, procuraban los gobernadores consolidar sus posiciones. Con base en la clientela de dependientes y aliados que acumulaban en torno suyo, esperaban perpetuar su dominio personal y el de sus descendientes. De manera similar, los encomenderos también intentaban hacer perdurar sus propios linajes, solicitando la heredad de encomiendas y adquiriendo tierras en la vecindad de las ciudades.<sup>11</sup> La conquista implantó una fuerte tradición de autoritarismo político y omnipotencia divina que, aún ahora, resiste las incursiones del liberalismo.

9. Germán Romero Vargas, **Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII**, Editorial Vanguardia, Managua, Nicaragua, 1987, p.212.

10. Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, **Centro América y la Economía Occidental (1520-1930)**, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1977, p.28-50.

11. Stephen Webre, **Poder e ideología: la consolidación del sistema colonial (1542- 1700)**, ensayo publicado en el libro: *Historia General de Centroamérica. El régimen colonial*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica, 1993, p.151-218.

tido, de una clase, y por lo tanto particularmente idóneas para sostener la acción política de las masas populares. El mito político, uno de los pilares de la cultura política nacional, es producto del atraso general de la sociedad nicaragüense frente al desarrollo real de la sociedad burguesa a nivel internacional. En efecto, desde la época de Pedrarias Dávila, el atraso de las transformaciones sociales y políticas de la sociedad nicaragüense indican una crisis de su evolución política y moral, tanto en su aspecto positivista como en su confianza de poder explicar ese atraso por métodos racionales. Esta crisis social, al mismo tiempo teórica y práctica, lleva por una parte a la búsqueda de formas de conocimiento alternas respecto aquella de las ciencias físicas, y por otro lado, a una creciente atención por los comportamientos mágicos de los sectores populares, que destaca los componentes irracionales, la comprensión del pensamiento simbólico y del proceder no lógico y colectivo en el sentido de que no puede remitirse a una explicación racional y de exacta determinación causal y utilitaria. Es decir, el mito político se consolida cuando, por el atraso cultural, los sectores populares no pueden explicarse racionalmente las causas de los fenómenos sociales y políticos; es entonces que surge una explicación extrarracional e institutiva, cuya verdad debía ser “sentida” y “vivida”, no demostrada. Ese mito se encuentra fundado en el culto de la patria y de los muertos, en la sangre de los muertos que continúa corriendo en las venas de los vivos y en las costumbres.

La creación de la provincia de Nicaragua bajo el mando de Pedrarias Dávila (1527-1531), siglo XVI, reviste un aspecto simbólico en tanto que marca la institucionalización del poder español sobre un cierto número de grupos indígenas anteriormente independientes.<sup>8</sup> Las ciudades fundadas por los conquistadores van a ser los focos de la dominación política y económica del grupo dirigente imbuido de juicios de valor que se justifican precisamente en la conquista. La creación de la provincia de Nicaragua fue una creación artificial ya que bajo el territorio englobado bajo esta denominación no formaba ninguna unidad política antes de la llegada de los españoles. Todos los gobernadores de Nicaragua fueron de origen extranjero. Investidos con la más alta autoridad política y militar, se situaban temporal o definitivamente en el estrato social superior de la sociedad colonial. El estado español, “estado misionero”, veía de cerca todo aquello que se relacionaba con la vida religiosa, no sin tropiezos. Las quere-

8. Tomás Ayón, **Historia de Nicaragua**, Colección Cultural del Banco Nicaragüense, Serie Histórica, Managua, Nicaragua, 1993, Tomo I, pp.135-262.

lias, en efecto, fueron a veces graves entre autoridades religiosas y autoridades políticas y militares.<sup>9</sup> La cultura política nicaragüense se halla constituida por un juego de normas y reglas compartidas, que son reproducidas de generación en generación, mediante el proceso de socialización. Las principales características de la cultura política han sido un obstáculo para el desarrollo de procesos e instituciones democráticas. Como país, Nicaragua busca interminablemente una identidad y oscila, en forma ambivalente, entre lo antiguo y lo moderno, lo tradicional y lo de moda, lo indígena y lo extranjero. La complejidad de la cultura política, radica tanto en el enfrentamiento como en la fusión de estas raíces. Todo lo cual, confunde para distinguir las “máscaras” de los rostros reales de los políticos tradicionales.

En su mayoría, los primeros gobernadores debían sus posiciones a la participación en la Conquista o a la derrota en el campo de batalla de otros españoles. Aunque gozaran de títulos reales, en realidad mandaban a su antojo, sin que las autoridades de la Corona ejercieran control efectivo sobre ellos. Contaban con poderes amplios, entre ellos los de gobierno y justicia, así como la facultad de distribuir tierras e indígenas en encomiendas.<sup>10</sup> Los gobernadores y encomenderos debían sus posiciones a una relación personal, formalizada bajo una obligación en que se prometía la lealtad personal y el servicio militar a cambio de prestigio, poder y sostenimiento económico. Mediante el sistema de premios y obligaciones, procuraban los gobernadores consolidar sus posiciones. Con base en la clientela de dependientes y aliados que acumulaban en torno suyo, esperaban perpetuar su dominio personal y el de sus descendientes. De manera similar, los encomenderos también intentaban hacer perdurar sus propios linajes, solicitando la heredad de encomiendas y adquiriendo tierras en la vecindad de las ciudades.<sup>11</sup> La conquista implantó una fuerte tradición de autoritarismo político y omnipotencia divina que, aún ahora, resiste las incursiones del liberalismo.

9. Germán Romero Vargas, **Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII**, Editorial Vanguardia, Managua, Nicaragua, 1987, p.212.

10. Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, **Centro América y la Economía Occidental (1520-1930)**, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1977, p.28-50.

11. Stephen Webre, **Poder e ideología: la consolidación del sistema colonial (1542-1700)**, ensayo publicado en el libro: *Historia General de Centroamérica. El régimen colonial*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica, 1993, p.151-218.

Normalmente, cuando se habla de la historia colonial de Nicaragua en realidad se refiere únicamente a la parte central y del pacífico. Sobre la otra parte, la Atlántica, se asume como si ésta, en la época colonial, hubiese formado parte de la provincia de Nicaragua, lo cual no fue así. La dominación española se extendió en una tercera parte de lo que hoy es la República de Nicaragua. Las dos terceras partes estuvieron fuera de la dominación española y estaban bajo el influjo e incluso dominio de los ingleses.<sup>12</sup> ¿Qué interés tiene el conocimiento de los fundamentos políticos de la sociedad colonial? Sencillamente, la actual cultura política nicaragüense deriva de ese proceso colonial, ya que las leyes e instituciones españolas en la vida de los sujetos, de los súbditos provienen de ese proceso, y que, esa penetración llegó hasta el último rincón de la sociedad. La sociedad nicaragüense todavía está cargada de una herencia colonial que se formó en esos tres siglos. Durante el período colonial toda ley, orden o reglamento que se dio, emanó directamente de España. La función religiosa se confundía con la función civil, hubo una mezcla entre las funciones del Estado y las de la Iglesia Católica. La conquista fue un enfrentamiento brutal y violento, hubo una derrota militar de los indígenas.<sup>13</sup>

La fundación de las ciudades fue un acto militar, eran especies de campamentos militares de donde se pudieran emprender expediciones militares. El mundo colonial se concibió como un mundo con dos componentes: el indígena y el español. En base a esta división social se estableció una organización política, institucional, legal y territorial que no correspondieron con la realidad social. Por eso vamos a tener ciudades para españoles y pueblos para indígenas. Los dos centros urbanos fueron León y Granada y de acuerdo con la legislación española, cada una de esas ciudades era una pequeña República en sí. Cada ciudad tenía su propio radio de acción y con poderes bastantes extensos.<sup>14</sup> León y Granada eran

12. Germán Romero Vargas, **Las sociedades del Atlántico de Nicaragua en los siglos XVII y XVIII**, Colección Cultural del Banco Nicaragüense, Bogotá, Colombia, 1995, 322 páginas.

13. Elizabeth Fonseca, **Centroamérica: su historia**, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, junio de 1996, p.63-107.

14. Germán Romero Vargas, **Estado y sociedad en la Nicaragua colonial**, ensayo publicado en el libro: *Encuentros con la Historia*, publicación conjunta del Instituto de Historia de Nicaragua y del Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Managua, Nicaragua, 1995, p.213-229.

en la época colonial, el eje de la dominación de la provincia. Era ahí donde residían las autoridades civiles, religiosas y militares más importantes, así como los vecinos españoles más influyentes. Fue de allí que salieron las oleadas de colonización hacia el resto del país con el objeto de apropiarse de tierra y por ende de riqueza.

El período de Pedrarias Dávila es una época “olvidada” o “descuidada” en el estudio de la historia de nuestro país.<sup>15</sup> Desde ese período, reconocía el principio de la existencia de un “líder supremo” respaldado por una aristocracia de privilegios feudales, con una estructura social cimentada en la adhesión al gobernador y a la verdadera Fe.<sup>16</sup> Pedrarias Dávila era una persona cruel, que no tomaba en cuenta el número de sacrificados para el logro de sus propósitos, que practicaba un poder arbitrario y autoritario. La envidia, la suspicacia, una tendencia auténtica hacia el sadismo y un celo verdaderamente ilimitado e insano, además una ambición asimismo ilimitada, fueron sus cualidades principales. Careciendo de la restricción que normalmente habría impuesto las cualidades positivas que no tenía, cedía tan sólo a la negativas, sin limitación ni vacilación. El resultado fue una tragedia casi inconmesurable para todos los que se hallaban bajo su control.

Es la época en que se dio el proceso de hibridación, de absorción cultural<sup>17</sup> y crecimiento psicológico del nicaragüense y cuando se forjó la matriz cultural, cuya marca es aún reconocible en los elementos humanos de la Nicaragua de hoy. De ahí que, para entender la cultura política de nuestro país, sea necesario hurgar en los principios sociales, culturales, económicos, religiosos e intelectuales del período colonial.<sup>18</sup> Pedro Arias de Avila, furor domini, fue el primero de los sucesivos, crueles y dinásticos dictadores que hemos padecido y quien, año con año, se ha<sup>1,1</sup>

15. Para mayor información ver los siguientes libros: 1) Pablo Alvarez Rubiano, **Pedrarias Dávila**, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España, 1954, 72 páginas. 2) Marqués de Lozoya, **Vida del Segoviano Rodrigo de Contreras, Gobiernador de Nicaragua (1534-1544)**, Editorial Católica Toledana, Toledo, España, 1920/ 366 páginas.

16. Nicolás Buitrago Matus, **León: la sombra de Pedrarias**, Fundación Ortiz Guriáñ Managua, Nicaragua, 1998, Tomo I, 517 páginas y Tomo II, 411 páginas.

17. La cultura es el conjunto de elementos simbólicos, estéticos y significativos que forman la urdimbre de nuestra vida y le confieren unidad de sentido y propósito, de la cuna a la tumba. Ver el libro de Federico Mayor, **La nueva página**, Ediciones UNESCO, París/ Francia, 1994, p.III.

18. Oscar Castro Vega, **Pedrarias Dávila. La ira de Dios**, Litografía e Imprenta Lil, San José, Costa Rica, 1996, 192 páginas.

Normalmente, cuando se habla de la historia colonial de Nicaragua en realidad se refiere únicamente a la parte central y del pacífico. Sobre la otra parte, la Atlántica, se asume como si ésta, en la época colonial, hubiese formado parte de la provincia de Nicaragua, lo cual no fue así. La dominación española se extendió en una tercera parte de lo que hoy es la República de Nicaragua. Las dos terceras partes estuvieron fuera de la dominación española y estaban bajo el influjo e incluso dominio de los ingleses.<sup>12</sup> ¿Qué interés tiene el conocimiento de los fundamentos políticos de la sociedad colonial? Sencillamente, la actual cultura política nicaragüense deriva de ese proceso colonial, ya que las leyes e instituciones españolas en la vida de los sujetos, de los súbditos provienen de ese proceso, y que, esa penetración llegó hasta el último rincón de la sociedad. La sociedad nicaragüense todavía está cargada de una herencia colonial que se formó en esos tres siglos. Durante el período colonial toda ley, orden o reglamento que se dio, emanó directamente de España. La función religiosa se confundía con la función civil, hubo una mezcla entre las funciones del Estado y las de la Iglesia Católica. La conquista fue un enfrentamiento brutal y violento, hubo una derrota militar de los indígenas.<sup>13</sup>

La fundación de las ciudades fue un acto militar, eran especies de campamentos militares de donde se pudieran emprender expediciones militares. El mundo colonial se concibió como un mundo con dos componentes: el indígena y el español. En base a esta división social se estableció una organización política, institucional, legal y territorial que no correspondieron con la realidad social. Por eso vamos a tener ciudades para españoles y pueblos para indígenas. Los dos centros urbanos fueron León y Granada y de acuerdo con la legislación española, cada una de esas ciudades era una pequeña República en sí. Cada ciudad tenía su propio radio de acción y con poderes bastantes extensos.<sup>14</sup> León y Granada eran

12. Germán Romero Vargas, **Las sociedades del Atlántico de Nicaragua en los siglos XVII y XVIII**, Colección Cultural del Banco Nicaragüense, Bogotá, Colombia, 1995, 322 páginas.

13. Elizabeth Fonseca, **Centroamérica: su historia**, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, junio de 1996, p.63-107.

14. Germán Romero Vargas, **Estado y sociedad en la Nicaragua colonial**, ensayo publicado en el libro: *Encuentros con la Historia*, publicación conjunta del Instituto de Historia de Nicaragua y del Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Managua, Nicaragua, 1995, p.213-229.



en la época colonial, el eje de la dominación de la provincia. Era allí donde residían las autoridades civiles, religiosas y militares más importantes, así como los vecinos españoles más influyentes. Fue de allí que salieron las oleadas de colonización hacia el resto del país con el objetivo de apropiarse de tierra y por ende de riqueza.

El período de Pedrarias Dávila es una época “olvidada” o “descuidada” en el estudio de la historia de nuestro país.<sup>15</sup> Desde ese período, se reconocía el principio de la existencia de un “líder supremo” respaldado por una aristocracia de privilegios feudales, con una estructura social cimentada en la adhesión al gobernador y a la verdadera Fe.<sup>16</sup> Pedrarias Dávila era una persona cruel, que no tomaba en cuenta el número de sacrificados para el logro de sus propósitos, que practicaba un poder arbitrario y autoritario. La envidia, la suspicacia, una tendencia auténtica hacia el sadismo y un celo verdaderamente ilimitado e insano, además de una ambición asimismo ilimitada, fueron sus cualidades principales. Y careciendo de la restricción que normalmente habría impuesto las cualidades positivas que no tenía, cedía tan sólo a la negativas, sin limitación ni vacilación. El resultado fue una tragedia casi inconmesurable para todos los que se hallaban bajo su control.

Es la época en que se dio el proceso de hibridación, de absorción cultural<sup>17</sup> y crecimiento psicológico del nicaragüense y cuando se formó la matriz cultural, cuya marca es aún reconocible en los elementos humanos de la Nicaragua de hoy. De ahí que, para entender la cultura política de nuestro país, sea necesario hurgar en los principios sociales, culturales, económicos, religiosos e intelectuales del período colonial.<sup>18</sup> Pedro Arias de Avila, furor domini, fue el primero de los sucesivos, crueles y dinásticos dictadores que hemos padecido y quien, año con año, se hacía

15. Para mayor información ver los siguientes libros: 1) Pablo Alvarez Rubiano, **Pedrarias Dávila**, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España, 1954, 729 páginas. 2) Marqués de Lozoya, **Vida del Segoviano Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua (1534-1544)**, Editorial Católica Toledana, Toledo, España, 1920, 366 páginas.
16. Nicolás Buitrago Matus, **León: la sombra de Pedrarias**, Fundación Ortíz Gurián, Managua, Nicaragua, 1998, Tomo I, 517 páginas y Tomo II, 411 páginas.
17. La cultura es el conjunto de elementos simbólicos, estéticos y significativos que forman la urdimbre de nuestra vida y le confieren unidad de sentido y propósito, de la cuna a la tumba. Ver el libro de Federico Mayor, **La nueva página**, Ediciones UNESCO, París, Francia, 1994, p.III.
18. Oscar Castro Vega, **Pedrarias Dávila. La ira de Dios**, Litografía e Imprenta Lil, San José, Costa Rica, 1996, 192 páginas.

cantar, en la Catedral de León, sus exequias metido en un ataúd.<sup>19</sup> Desde esa época están presente: el autoritarismo, el desprecio a la ley, el nepotismo, la mentira como instrumento político, la utilización del Estado para enriquecer a unos pocos, la plutocracia, el sectarismo, el poder de la Iglesia, etcétera, como algunas de las principales características de la cultura política nicaragüense. En este trabajo quiero desarrollar algunas hipótesis sobre las características principales de la cultura política de Nicaragua.

Las principales manifestaciones democráticas de una cultura política son: la tolerancia a la disidencia política; la negociación como instrumento para resolver las diferencias; el voto popular como vía de acceso al poder político; el pluralismo político; la equidad en las relaciones económicas, sociales y de género; la visión de nación por encima de intereses particulares. Las principales manifestaciones no democráticas de una cultura política son: las exclusiones; las confrontaciones; la intolerancia; la baja capacidad de negociación; la violencia política antepuesta a la negociación; la violencia de suma cero del poder de que el que gana, gana todo y el que pierde, pierde todo; el caudillismo y el cacicazgo; el cortoplacismo; el centralismo.<sup>20 21</sup>

El autoritarismo implica una relación entre el Estado y la sociedad civil en la que la dimensión democrática está ausente o truncada. La democracia presupone transparencia en las reglas del juego político o económico. En Nicaragua, la constante ha sido, casi invariablemente, al revés. La democracia económica o política significa el respeto a las leyes que aseguran una competencia y que permiten la participación de un contingente demográfico más amplio y no discriminado en la esferas políticas y económicas del país. El menosprecio de la democracia socava el desarrollo económico y la capacidad para atraer inversiones internacionales. Las principales consecuencias del autoritarismo como modalidad predominante de relación del gobierno y la sociedad son la debilidad de las instituciones del Estado, el incremento de la marginalidad social por la

19. Julio Valle-Castillo, **La catedral de León de Nicaragua**, Fondo de Promoción Cultural del Banco de Finanzas, Managua, Nicaragua, 1998, p.16.

20. Rodolfo Delgado Romero, **Por una cultura política democrática en Nicaragua**, publicado en el libro: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica Siglos XVIII-XX*, p.194.

21. Alain Toraine, **¿Qué es la democracia?**, Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 1995.

falta de un acuerdo nacional contra la pobreza y la inexistencia de una justicia accesible e imparcial. La preponderancia de un poder ejecutivo sin transparencia en sus prácticas y procesos, carente de mecanismos de rendición de cuentas, es la expresión administrativa del autoritarismo.

El retraso de la cultura política nicaragüense quiere expresar que los elementos de la cultura material, especialmente los que forman parte de la tecnología, se han desarrollado a un ritmo mucho más rápido que los elementos de la cultura política, que deberían servir para regular su empleo en el desarrollo de la nación, aumentar su utilidad social, controlar sus consecuencias negativas. El retraso de la cultura política expresa que los valores, conocimientos, normas de comportamientos, estilos de vida, instituciones, métodos educativos, técnicas organizativas y costumbres se han desarrollado, en algún sentido, en forma desequilibrada al desarrollo de la cultura material. El retraso de la cultura política se debe a la incapacidad o lentitud de los políticos profesionales para comprender las necesidades y los posibles desarrollos que la tecnología tiene para modernizar las relaciones sociales y vencer la inercia de las instituciones del Estado.

Partimos del principio que en Nicaragua existe una cultura política soterrada y, aunque viva, mal conocida cultura política, que es además el embrión de un pensamiento político nacional. La clase política nicaragüense (liberales, conservadores, sandinistas, social-cristianos, etcétera), en lugar de repensar y reelaborar dicha cultura política, en vez de actualizarla y aplicarla a las nuevas circunstancias, ha preferido apropiarse, a través del tiempo, de la filosofía política de franceses, ingleses y norteamericanos. Ha querido apoderarse de esas ideas e implantarlas en nuestro país como expresión de la modernidad, sin tener conciencia histórica del desarrollo económico, social, político y cultural de la evolución de la sociedad nicaragüense. Los errores del pasado los seguimos cometiendo en el presente. Sin embargo, no creo que sea demasiado tarde. Todavía pienso que tales actitudes pueden revertirse.

Pero no basta adoptar las ideas para ser modernos y demócratas; es necesario adaptarlas. La democracia en Nicaragua ha sido una superposición histórica. Nuestra sociedad no ha cambiado pero sí ha deformado la conciencia de la clase política. Se ha adoptado el término democracia en el lenguaje político como si se tratase de un producto “prêt-à-porter”. Se ha logrado una imitación desafortunada de la democracia, no sólo porque ese término ha servido para instaurar diferentes dictaduras en el país, sino porque fue adoptada pero no interiorizada por la clase dominante nicara

güense. Lo que estamos viendo es que la democracia y los regímenes electos no son necesariamente sinónimos. La reforma electoral y los comicios más limpios no cambian los ingredientes esenciales de la cultura política en Nicaragua.

Los políticos tradicionales no han logrado tener una imagen clara y verdadera de la democracia. Entre la realidad y la idea de democracia se interponen muchos prejuicios y falsos conceptos sobre el verdadero significado de la misma. En lo que sigue, trataré de describir esquemáticamente, las principales características de la cultura política de Nicaragua que impiden el advenimiento de una verdadera democracia. La primera condición para que el país se transforme es luchar a muerte contra la política autoritaria, no sólo como política, sino como cultura. Hay que eliminar, poco a poco, a los políticos camaleónicos que nutridos por sus opositores incompetentes, se cambian de bando para subsistir; a los políticos serruchos que buscan como eliminar a quienes los denuncian, ya que ponen en peligro su permanencia en el escenario de la política nacional; a los políticos que reman con la izquierda para virar a la derecha, y reman a la derecha para ir a la izquierda, y siempre buscan la cresta de la ola, ese rumbo que sólo ellos conocen. El político tradicional que los políticos profesionales llevan dentro, que la clase dominante lleva dentro, que la historia del país no puede sacudirse para poder despegar.

## 2. Democracia restringida o poder presidencial

La democracia es definida como el derecho de la mayoría a determinar quién, cómo, cuándo y para qué se ejerce el poder político.<sup>21</sup> Hoy es la fuente primaria e insustituible de la legitimidad de la autoridad. En, *El contrato social*, el pensador ginebrino Juan Jacobo Rousseau la define como el sistema de gobierno basado en la voluntad general, a la manera de los cantones suizos.<sup>22</sup> En el siglo XX hay una explosión de definiciones que buscan dar un contenido más realista a la teoría de soberanía popular sin mellar en el contenido moral. Joseph A. Schumpeter<sup>23</sup> propuso por democracia un sistema donde los responsables de tomar las decisiones políticas, lo hacen en virtud de una lucha por el voto ciudadano en una competencia de proyectos alternativos. Norberto Bobbio ofrece como definición un “conjunto de reglas procesales para la toma de decisiones colectivas, en el que está prevista y propiciada la más amplia participación posible de los interesados”.<sup>24</sup> Para Samuel P. Huntington es el sistema donde las personas que toman las decisiones al más alto nivel han sido seleccionados mediante elecciones imparciales, honestas y periódicas, en que los candidatos compiten en la libertad y en donde la mayoría de la población adulta tiene derecho al voto.<sup>25</sup>

En sus orígenes, la democracia moderna encontró una gran resistencia de las clases propietarias, que veían en el principio de la igualdad política una amenaza. La experiencia histórica de Nicaragua nos demuestra que la

22. Juan Jacobo Rousseau, **El contrato social**, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, México, 1962.

23. Joseph A. Schumpeter, **Capitalism, Socialism and Democracy**, 2ª. Edición, Harper and Brothers, Nueva York, Estados Unidos, 1947, p.276.

24. Norberto Bobbio, **Liberalismo y democracia**, Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 1989, p.7-10.

25. Samuel P. Huntington, **La Tercera Ola. La Democratización a finales del siglo XX**, Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1994, p. 19-24.

democracia política se encuentra de manera inevitable en tensión con el sistema de desigualdad social. Esa desigualdad es una característica inherente al sistema capitalista, puede ser menor en algunas épocas históricas que en otras, pero no puede desaparecer. Es por ello, que a lo largo de más de siglo y medio de independencia, democracia y capitalismo han tenido que negociar sus contradicciones y en el transcurso ha corrido mucha sangre. La independencia no produjo ningún tipo de ruptura o discontinuidad en la cultura política heredada del período colonial, fue una especie de autogolpe de las élites dominantes, frente a cualquier potencial ardor popular. En 1821 ni hubo derrocamiento de las viejas autoridades coloniales ni desplazamientos al interior de los grupos dominantes. En ese sentido, la cultura política autoritaria, no democrática permaneció en pie. Hubo una continuidad política y cultural de sus élites dominantes.<sup>26</sup>

La época que siguió a su independencia de España, estuvo marcada por un estado de guerra existente entre los dos grandes partidos políticos que dominaban la vida pública de Nicaragua: los liberales y los conservadores.<sup>27</sup> La principal diferencia filosófica entre ambos era su actitud frente a la Iglesia católica. Los conservadores creían que la Iglesia debía tener gran influencia en el gobierno, mientras que los liberales opinaban que debía limitar su interés al cuidado de las almas. A veces los liberales hablaban de reformas sociales, aunque no muchos. Los liberales eran identificados más con un mundo más modernizado del comercio y con la ampliación del mercado interno, mientras los conservadores se los identificaba con la propiedad de la tierra y una concepción económica precapitalista, aunque habían conservadores que eran capitalistas y comerciantes y, a su vez, habían liberales que poseían grandes propiedades agrarias improductivas. Por lo general, las luchas entre ambos partidos estaban relacionadas de acuerdo a la forma de cómo Nicaragua se incorporaría al mercado capitalista internacional. También, era una lucha por el poder y por las posibilidades de enriquecimiento que éste ofrece. Los dos grupos políticos funcionaban más como ejércitos que como partidos

26. Oscar-René Vargas, **La Independencia y la Revolución Criolla de 1821**, publicado en el suplemento "Nuevo Amanecer Cultural" del periódico "El Nuevo Diario", Año V, Edición N°223, Managua, Nicaragua, sábado 15 septiembre de 1984, p.5.

27. julio César Pinto Soria, **Centroamérica, de la colonia al Estado nacional**, Editorial Universitaria, Ciudad Guatemala, Guatemala, 1989.

políticos, y quien aspiraba a conseguir un cargo público necesitaba más el talento de un caudillo militar que el de un pensador político.<sup>28</sup>

A partir de mediados del siglo XIX, se puede ver el proceso político como un esfuerzo por resolver la tensión creciente entre la demanda de igualdad política y la persistencia de la desigualdad social. La respuesta al problema fue un sistema autoritario. Jerónimo Pérez, testigo de un pequeño diálogo entre dos generales nos cuenta que Máximo Jérez, acompañado de Evaristo Carazo, se dirigió a Tomás Martínez y le dijo: “General: tiene usted confianza en su partido? Sí, la tengo. Pues bien, quiere usted que asumamos el poder y gobernemos la república dictatorialmente hasta que reorganicemos el país. Sí, fue la respuesta sin vacilar (dijo Martínez), y en el acto se escribió y firmó un compromiso en pocas palabras”. Así nació el convenio o pacto político del 12 de septiembre de 1856 que fue la base de la reorganización de la República conservadora durante los siguientes treinta y cuatro años.<sup>29</sup> La Constitución Política de 1858, producto de ese pacto político, inspiraba veneración, pero no conllevaba la obligación de su obediencia.<sup>30</sup> El gobierno significaba poder ejecutivo; y poder ejecutivo, Presidente de la República. Así, el Presidente era el gobierno.

La tensión entre igualdad política y desigualdad social, condujo a una solución muy satisfactoria para las clases acomodadas pero inaceptable para el resto de la sociedad. Esta solución fue la reproducción en el campo político de la desigualdad que ya había en la estructura social y reforzar la una con la otra.<sup>31</sup> De esa manera se legisló para determinar los derechos políticos al pequeño grupo de ciudadanos “responsables”, es decir, aquellos que contaban con propiedades e ingresos suficientes como para no caer en las tentaciones radicales de los habitantes urbanos marginales o del campesinado pobre. Por ejemplo, en la Constitución Política de Nicaragua del 19 de agosto de 1858 en su artículo 8 establece que:

28. Shirley Christlan, **Nicaragua: revolución en la familia**, Editorial Planeta, Barcelona, España, 1986, p.12 y 13.

29. Jerónimo Pérez, **Obras históricas completas**, Colección Cultural del Banco de América, Serie Histórica N°5, Managua, Nicaragua, 1975, p.339.

30. Antonio Esqueva Gómez, **Las Leyes Electorales en la Historia de Nicaragua**, publicación del Consejo Supremo Electoral, Managua, Nicaragua, junio de 1995, Tomo I, p.451-452.

31. Juan Luis Vázquez, **Luchas políticas y Estado oligárquico**, ensayo publicado en el libro: *Economía y Sociedad en la construcción del Estado en Nicaragua*, Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP), San José, Costa Rica, **1983**, p.151-

Son ciudadanos: los nicaragüenses mayores de veintiún años o dieciocho que tengan algún grado científico o sean padres de familia, siendo de buena conducta y teniendo una propiedad que no baje de cien pesos o una industria o una profesión que al año produzca lo equivalente”.<sup>32</sup>

Francisco Ortega Arancibia nos explica que: “veintisiete años hacía que los conservadores reaccionarios del extinguido régimen español venían luchando en los congresos por establecer la oligarquía y atrapar el Poder, imponiendo un vasallaje con el del gobierno altivo y soberbio de los oscuros y burdos españolistas, haciendo rolar el mando sólo en ciertas familias, que por cierto no son las más aptas, por su virtud y su talento, y de allí esa restricción de la ciudadanía, obedeciendo este pensamiento a la idea de que la riqueza es suficiente título para gobernar la Nación. De este modo la propiedad, saliendo de los límites sociales a las regiones políticas, crearía una prerrogativa, un privilegio, semejante al de la nobleza que circunda el trono de los monarcas”.<sup>33</sup>

Benjamín Franklin fue uno de los teóricos norteamericanos de esa democracia restringida; de acuerdo con él: “En cuanto a quienes no poseen bienes raíces, el permitirles que voten es impropio”. Esta democracia de y para los pocos se mantuvo durante todos los gobiernos conservadores (1858-1892).<sup>34</sup> La enorme capacidad del dinero para transformarse en -y corromper al- poder político, llevó a sectores de la clase dominante que buscaban espacios políticos a reaccionar en contra del requisito de tener un patrimonio mínimo para poder votar. Sólo hasta en 1893 se logró el sufragio universal para los hombres, pero las mujeres debieron de esperar hasta 1956 para obtener ese mismo privilegio. Hoy, la convivencia entre la desigualdad social y una relativa igualdad política sigue sin ser fácil, pero funciona mejor que durante las sucesivas dictaduras. En cualquier contexto, la democracia siempre ha implicado el apego y respeto a la letra y al espíritu del marco jurídico vigente. Y es precisamente ahí donde históricamente ha fallado la democracia en Nicaragua.

32. Antonio Esgueva Gómez, **Las Constituciones Políticas y sus reformas en la Historia de Nicaragua**, Tomo I, Editorial El Parlamento, Managua, Nicaragua, 1994, p.421.

33. Francisco Ortega Arancibia, **Cuarenta años (1838-1878) de Historia de Nicaragua**, Editorial del Parlamento, Managua, Nicaragua, 1974, p.164.

34. “**Memorias**” Periodo de los **Treinta Años, 1858-1892**, publicado en el suplemento Nuevo Amanecer Cultural” del periódico “El Nuevo Diario” Año V, Edición N.º 11, Managua, Nicaragua, domingo 5 agosto de 1984, p.I y 2.



Entre 1893 y 1979, la democracia vivió como una planta raquítica. La isla que la revolución sandinista la desechó a favor de algo aparentemente más acorde con la cultura política nicaragüense y con la demanda de justicia social. Históricamente, el proceso político de Nicaragua no ha transcurrido por los cauces democráticos más que ocasionalmente. Las estructuras formales son democráticas desde finales del siglo XIX, pero la práctica ha sido la de variaciones del autoritarismo. Las razones de esta contradicción son varias y complejas: el legado colonial, la persistencia de una cultura política propia de súbditos y no de ciudadanos, la polarización social, el subdesarrollo económico, la corrupción, etcétera. La lista de causas que han hecho de Nicaragua un terreno infértil para la democracia política puede alargarse, pero hoy por hoy la causa inmediata y evidente es una: la naturaleza de la institución central del sistema político y (por lo tanto) de la estructura del poder: la presidencia.

Entre la declaración de la Independencia política de España (1821) hasta la conclusión de la guerra civil en 1858 se produjo casi un cambio de gobierno por año.<sup>35</sup> En esa Nicaragua en crisis y desintegrada, los actores políticos centrales no eran los Jefes de Estado sino los caudillos militares y los caciques locales.<sup>36</sup> No fue sino hasta la instauración de la dictadura de Martínez-Jerez en 1858, cuando la presidencia logró imponerse sobre las autoridades regionales, el congreso y la Corte Suprema. Sin embargo, ese poder fue más personal que institucional. La revolución liberal (1893) no puso fin a la personalización del poder presidencial. En la práctica, este poder presidencial ha dominado abiertamente, sin pudor, a casi todas las otras instituciones que conforman al gobierno y al Estado: el congreso, el poder judicial, los gobiernos municipales, etcétera. Por todo lo anterior, el sistema político nicaragüense es la antítesis de la democracia, pues la esencia de la democracia es justamente la limitación institucional del poder presidencial. El sistema político antidemocrático en Nicaragua adquirió sus características centrales desde mediados del siglo pasado:

35. Oscar-René Vargas, **Crisis Económica y Crisis Política, 1823-1857**, publicado en el suplemento "Nuevo Amanecer Cultural" del periódico "El Nuevo Diario", Año V, Edición N°214, Managua, Nicaragua, sábado 14 julio de 1984, p.3.

36. Bradford E. Burns, **Patriarcas y pueblo. El surgimiento de Nicaragua 1798-** Talleres de Historia Cuaderno N°5, Instituto de Historia de Nicaragua, Managua, Nicaragua, abril de 1993, 79 páginas.

Son ciudadanos: los nicaragüenses mayores de veintiún años o dieciocho que tengan algún grado científico o sean padres de familia, siendo de buena conducta y teniendo una propiedad que no baje de cien pesos o una industria o una profesión que al año produzca lo equivalente”.<sup>32</sup>

Francisco Ortega Arancibia nos explica que: “veintisiete años hacía que los conservadores reaccionarios del extinguido régimen español veían luchando en los congresos por establecer la oligarquía y atrapar el Poder, imponiendo un vasallaje con el del gobierno altivo y soberbio de los oscuros y burdos españoles, haciendo rolar el mando sólo en ciertas familias, que por cierto no son las más aptas, por su virtud y su talento, y de allí esa restricción de la ciudadanía, obedeciendo este pensamiento a la idea de que la riqueza es suficiente título para gobernar la Nación. De este modo la propiedad, saliendo de los límites sociales a las regiones políticas, crearía una prerrogativa, un privilegio, semejante al de la nobleza que circunda el trono de los monarcas”.<sup>32 33</sup>

Benjamín Franklin fue uno de los teóricos norteamericanos de esa democracia restringida; de acuerdo con él: “En cuanto a quienes no poseen bienes raíces, el permitirles que voten es impropio”. Esta democracia de y para los pocos se mantuvo durante todos los gobiernos conservadores (1858-1892).<sup>34</sup> La enorme capacidad del dinero para transformarse en -y corromper al- poder político, llevó a sectores de la clase dominante que buscaban espacios políticos a reaccionar en contra del requisito de tener un patrimonio mínimo para poder votar. Sólo hasta en 1893 se logró el sufragio universal para los hombres, pero las mujeres debieron de esperar hasta 1956 para obtener ese mismo privilegio. Hoy, la convivencia entre la desigualdad social y una relativa igualdad política sigue sin ser fácil, pero funciona mejor que durante las sucesivas dictaduras. En cualquier contexto, la democracia siempre ha implicado el apego y respeto a la letra y al espíritu del marco jurídico vigente. Y es precisamente ahí donde históricamente ha fallado la democracia en Nicaragua.

32. Antonio Esgueva Gómez, *Las Constituciones Políticas y sus reformas en la Historia de Nicaragua*, Tomo I, Editorial El Parlamento, Managua, Nicaragua, 1994, p.421.

33. Francisco Ortega Arancibia, **Cuarenta años (1838-1878) de Historia de Nicaragua**, Colección Cultural del Banco de América, Serie Histórica N°6, Managua, Nicaragua, 1974, p.164.

34. Oscar-René Vargas, **El Período de los Treinta Años, 1858-1892**, publicado en el <sup>to Nuevo Amanecer Cultural</sup> del periódico "El Nuevo Diario", Año V, Edición N Managua, Nicaragua, domingo 5 agosto de 1984, p.1 y 2.

En 1979, la democracia vivió como una planta raquítica i,, ... 1.1 involución sandinista la desechó a favor de algo aparente- H..... H-orde con la cultura política nicaragüense y con la demanda i, l, II, iit MIClid. Históricamente, el proceso político de Nicaragua no ha ti IIIM un id., por los cauces democráticos más que ocasionalmente. Las «I .... mi H luí males son democráticas desde finales del siglo XIX, pero l,, ln ..... luí sido la de variaciones del autoritarismo. Las razones de esta iHIIIIHilli, lon son varias y complejas: el legado colonial, la persistencia ..... iim.i política propia de súbditos y no de ciudadanos, la polarízalo ..... H subdesarrollo económico, la corrupción, etcétera. La lista .i ..... , que lian hecho de Nicaragua un terreno infértil para la democra- |i i pollili i puede alargarse, pero hoy por hoy la causa inmediata y evi- u mi , , una la naturaleza de la institución central del sistema político y lilla 'ti, ■ i \* ' la estructura del poder: la presidencia.

En la declaración de la Independencia política de España (1821) 1.0 na la i uielusión de la guerra civil en 1858 se produjo casi un cambio a, .... por año.<sup>33</sup> En esa Nicaragua en crisis y desintegrada, los a, lint políticos centrales no eran los Jefes de Estado sino los caudillos mili.,.,., y los caciques locales.<sup>36</sup> No fue sino hasta la instauración de la ,n, IMIIUII de Martínez-Jérez en 1858, cuando la presidencia logró impo- ... ..... lúe las autoridades regionales, el congreso y la Corte Suprema. ipil i mi,,n go, ese poder fue más personal que institucional. La revolución i)!, i ,d (1891) no puso fin a la personalización del poder presidencial. En 1.1 pia, in .i, este poder presidencial ha dominado abiertamente, sin pudor, ■ i iml lodiiN las otras instituciones que conforman al gobierno y al Estado. ,i ..... i eso, el poder judicial, los gobiernos municipales, etcétera. Por ludí. I.. anterior, el sistema político nicaragüense es la antítesis de la de- ... . .... ni, pues la esencia de la democracia es justamente la limitación i ....un tonal del poder presidencial. El sistema político antidemocrático , a Na ai agua adquirió sus características centrales desde mediados del nl|i|n pasado:

id i IM ni llené Vargas, **Crisis Económica y Crisis Política, 1823-1857** , publicado en el Miplemento "Nuevo Amanecer Cultural" del periódico "El Nuevo Diario , Año V, Edición II", ' h, Managua, Nicaragua, sábado 14 julio de 1984, p.3.

tn iiaitnrd I Burns, **Patriarcas y pueblo. El surgimiento de Nicaragua 1798-1858** , mi,,,... de Historia Cuaderno N°5, Instituto de Historia de Nicaragua, Managua, Nica- uigiia, abril de 1993, 79 páginas.

- a) Un presidencialismo agudo, extremo, que ha impedido el funcionamiento de cualquier división de poderes, ya fuese funcional o institucional. El poder político ha tenido como centro una presidencia sin contrapesos y montada en una estructura osificada. La concentración de poder en la presidencia ha sido vista como algo natural, es decir, de un defecto se hizo una virtud.
  - b) La Nicaragua de la que surgió y sobre la que se asentó el autoritarismo presidencial era fundamentalmente agraria. Sin embargo, la base social agraria ya casi dejó de existir. La urbanización del país y la g obalización han ayudado a acentuar la crisis del autoritarismo presidencial.
  - c) El predominio de una cultura cívica clientelar, que tiende a dejar la gran política en manos de los “profesionales de la política”: los políticos tradicionales, también, han entrado en cuestionamiento por amplios sectores de la sociedad civil organizada y no organizada.
  - d) La existencia de una oposición partidista más formal que real, cuya meta no ha sido destruir el autoritarismo del que ella misma es producto sino administrarlo en los tiempos en que no le son propicios. Este fenómeno ha sido la base del bipartismo y de los pactos políticos
  - e) Mezcla de los intereses del partido de gobierno con los intereses del Estado. A todo grupo económico en el poder le interesa presentar su seguridad y la defensa de sus intereses particulares como parte de los intereses estratégicos de la nación.
- 0 Un sistema político que se resiste al cambio, lo que impide la adaptación de lo político para resolver los problemas sociales, lo cual incrementa la disfuncionalidad que impide procesar las demandas y los conflictos con eficacia.

La omnipotente y omnipresente presidencia nació en una sociedad predominantemente rural, con escasa educación formal, de comunidades semiaisladas y donde dominaban las fuerzas, las ideas e intereses surgidos de los gobiernos conservadores del siglo pasado, estrechamente ligados con el poder eclesiástico. Esa presidencia empezó a perder legitimidad y poder como resultado de la evolución de la sociedad, de la pérdida de vitalidad de la dictadura somocista, de la crisis de 1979 cuando cayó derrotada por la revolución social. Una larga cadena posterior de fracasos políticos, mas la consolidación de la tercera ola democrática a nivel internacional, han hecho cada vez más difícil mantener íntegro el enorme peso político del poder presidencial existente durante la dictadura somocista. La democracia reciente está siendo construida, en gran parte,

acotando los poderes presidenciales, sin que nada los sustituya como eje de la gobernabilidad del país, lo cual puede conducir no al buscado equilibrio de poderes sino a la parálisis gubernativa y aun al vacío de poder, que a su vez al golpe de Estado y al autoritarismo.

La revolución sandinista significó la destrucción de una dictadura pero a un costo elevado, tanto en vidas como en el sufrimiento en general al que sometió al grueso de la población, y en la destrucción de bienes y la pérdida de oportunidades económicas. El nuevo régimen revolucionario no logró resolver definitivamente ninguno de los grandes problemas a los que se enfrentó. La revolución adelantó mucho en la solución de varios de los retos nacionales (salud, educación, reforma agraria, etcétera); en otros el resultado fue ambiguo y, finalmente, en algunos más, en vez de resolverlos, los agravó.<sup>37</sup> Es posible que el mayor éxito de la revolución haya sido en el plano cultural: el rescate de la dignidad nacional, la ampliación de la educación; por otro lado, los sindicatos, los campesinos se les consideraba meros instrumentos para conseguir un fin superior: la justicia social. Es aquí donde los resultados fueron ambiguos. La promesa de justicia social y equidad nunca se cumplió en los términos ofrecidos.

A raíz de la derrota electoral del sandinismo en 1990, un pequeño grupo de tecnócratas se propuso, desde la presidencia, reformular el modelo económico, y afianzar su poder más allá del final del siglo. Los tecnócratas, tanto del gobierno Violeta de Chamorro (1990-1997) como el de Amoldo Alemán (1997-2002), no tuvieron que diseñar su propio camino, simplemente optaron por adaptar a la realidad nicaragüense, el enfoque que dominaba ya en las instituciones financieras internacionales: el neoliberalismo. Los tecnócratas decidieron que el camino adecuado era una modernización selectiva: transformar la economía, pero preservar y usar a fondo los instrumentos políticos heredados: autoritarios, antidemocráticos y premodernos.<sup>39</sup> En esta empresa, los tecnocra-

**3rHeiríwibe7Nicaragua: la révolution sandiniste**, Librairie François Maspero, París, France, 1981, 184 páginas.

N^cara^ua^u1991-199^,^M^e^grafiado,"Mana^ua,^N?cáragua!T998^i26^C^página^.

c) MKchelLA^Seigson y Rica'rdo Córdova Maclas, **Nicaragua 1991-1995: una cu.tura política en Transición**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, 1996.

tas, han contado con el apoyo incondicional de los factores de poder (financiero y político) de los norteamericanos, europeos y japoneses; así como de los organismos financieros internacionales.

Este cambio afectó profundamente todo el tejido de la sociedad nicaragüense, pero el costo lo pagaron sobre todo, aquellos que tenían menos instrumentos políticos para defender su posición y que no estaban en condiciones de resistir el embate directo de la competencia externa: los marginados, el sector agrícola para el mercado interno, los micro, pequeños y medianos empresarios e incluso algunos grandes; los sindicatos y una clase media consumista y muy dependiente de las actividades burocráticas. Para imponer el cambio y controlar las inevitables reacciones en contra, el neoliberalismo económico se hizo acompañar y apoyar del autoritarismo tradicional, cuyos dos grandes pilares son el presidencialismo dictatorial y la corrupción política; es decir, el antiliberalismo político. La presión social sin salida y la imposibilidad del autoritarismo de detectar los errores estructurales a tiempo -el presidencialismo autoritario es impermeable a la crítica- han puesto en crisis al modelo neoliberal original, aunque no sin antes hacerle pagar un costo muy alto a toda la sociedad nicaragüense.

El poder político -la capacidad de un individuo o grupo para imponer su voluntad sobre otros- es un elemento que lo mismo se puede incrementar que disminuir, ganar que perder, crear que destruir. El centro neurálgico del poder político de nuestro país es, desde luego, la institución presidencia. Ahí está la esencia del autoritarismo. De ese poder dependen lo mismo los grandes capitales que el partido de gobierno, la sobrevivencia de las cooperativas o de los sindicatos, los intereses de la Iglesia o la suerte de un periodista. Para los oportunistas políticos vivir sin el reconocimiento presidencial es vivir en el error y, a veces, en el terror también. La presidencia, y sólo la presidencia, decide quien puede o no hacer política en las filas del partido oficialista. Hay que destruir la presidencia autoritaria pero sin destruir a la presidencia misma. Necesitamos un ejecutivo que sea, a la vez, impulsor y resultado de un auténtico y efectivo acuerdo nacional. Uno que permita al presidente movilizar positivamente a la sociedad y que transforme la frustración colectiva en energía constructiva.

El presidente, después de todo, es el heredero de una tradición prehispánica de autoritarismo que reforzó enormemente el centralismo político y el dogmatismo religioso de la colonización española. La pro

yección de este poder envuelve a cada presidente en un aura casi imperial. Va a todas partes rodeado por una corte de acólitos y un ejército de guardaespaldas, se le bombardea constantemente con alabanzas y sus caprichos personales llegan a no distinguirse de la política pública. Pero el presidente es meramente la personificación temporal de un sistema político que, en sí, es producto de la sociedad nicaragüense. El sistema presidencial autoritario ha sobrevivido porque refleja la fuerza y la debilidad, las virtudes y los defectos de los propios nicaragüenses: combina un sentido ritualista de lo jerárquico con una enorme capacidad de negociación. Forma parte de una ecuación de intereses, tradiciones, principios y supersticiones mucho más extensa y compleja, que lo coloca en su puesto y que sostiene su autoridad.

La presidencia, tras una fachada monolítica, debe de compartir el poder con los grupos de interés clave del país -la burocracia, los políticos tradicionales, los medios de comunicación, el sector privado, los sectores populares, el Ejército, el sandinismo amplio y la Iglesia-. Para que este arreglo funcione, las transacciones políticas se deben de revisar y renovar constantemente, los intereses contrarios se deben conciliar y las disputas internas se deben dirimir. El presidente es el poderoso árbitro que puede interpretar las reglas, pero debe asegurarse que los equipos continúen participando en el juego. Su eficacia como negociador, persuasor y árbitro, por consiguiente, es más importante que su popularidad como político. En el malabarismo constante que caracteriza al arte de gobernar, hay diferentes grupos de interés que pueden provocar crisis cuando se sienten abandonados o maltratados. Pero o se le apacigua rápidamente o se les disuade de constituir un reto serio para el régimen gracias a su confianza en que, a la larga, el equilibrio será restaurado. En Nicaragua, la política real se da tras máscaras, lejos de la vista o la influencia de una gran mayoría de los ciudadanos. Incluso la máscara del autoritarismo presidencial está cubierta por un velo de democracia republicana. En teoría la Asamblea Nacional y el Poder Judicial son independientes de la rama ejecutiva del gobierno. Pero todo es teatro político, un elaborado ritual.

¿Cómo sería la vida en una Nicaragua democrática?<sup>40</sup> En muchos aspectos no sería muy diferente de la actual, pues ésta por sí misma o por sus efectos no podría cambiar los factores objetivos como la geografía, la

40. Oscar-René Vargas, **¿Y si hubiera democracia?**, publicado en "El Semanario", Año VIII, Edición N°431, Managua, Nicaragua, semana del 13 al 19 de mayo de 1999, p.8.

demografía, las herencias del pasado, etcétera. Sin embargo, en la lucha contra la corrupción podría significar cambios espectaculares, prácticos, muy positivos para los bolsillos de todos y cada uno de los nicaragüenses. La ciencia social difícilmente permite experimentos y realmente no hay forma exacta de saber qué ocurriría en Nicaragua si el marco legal que hoy existe fuera también real. Pero a falta de posibles experimentos auténticos, se puede usar la imaginación... acompañada de ciertos datos objetivos.

Bajo esos supuestos, se puede comenzar a imaginar la vida en una Nicaragua democrática. Los casos concretos pueden ser muchos; por ejemplo, el uso del dinero público. Para empezar, si hubiera democracia el Ministerio de Hacienda y Crédito Público y la Dirección General de Ingresos (DGI) no podrían imponernos los tributos que quieren, como quieren y cuando quieren.<sup>41</sup> Su apetito por nuestro dinero tendría que justificarse muy bien ante los parlamentarios con poder propio e inteligencia normal, que preguntarían y exigirían explicaciones claras en todos y cada uno de los rubros del presupuesto general de la nación. En una Nicaragua democrática los responsables económicos del gobierno liberal tendrían que dar mayores explicaciones sobre la actual economía de ficción, de prosperidad irreal y de modernización muy precaria que los altos funcionarios del gabinete nos quieren hacer pasar por realidad sólida y duradera. El progreso económico del país sólo tiene sentido si llega al hogar de cada nicaragüense.

La democracia real es hoy por hoy el instrumento más eficiente contra la corrupción pública y el derroche gubernamental; es verdad que la democracia no elimina estas dos lacras, pero las limita más, pues posee el mejor instrumental para pedir cuentas claras y exigir responsabilidades a los que mandan en su nombre. Para el gobierno, el déficit de la cuenta corriente, el deterioro del nivel de vida de la población, la evaporación del bienestar de la familia, no tiene responsable. Sin embargo, hay hambre y desempleo. La pobreza se ha transformado en miseria. Los salarios están congelados desde hace años. Los servicios públicos de salud y educación son cada vez más deficientes para los pobres que no puede pagar

41. En 1999, casi el 40 por ciento de venta de diesel al consumidor es impuesto que capta el gobierno, para sanear el déficit fiscal. La recaudación de impuestos de combustibles y por bebidas alcohólicas, gaseosas y cigarrillos representa el 45 por ciento de todos los ingresos fiscales en el presupuesto nacional de 1999. Envío, **Violencia ¿un ciclo interminable?**, revista mensual de la Universidad Centroamericana, Año 18, Edición N°206, Managua, Nicaragua, mayo de 1999, p.8.



los. La avalancha de impuestos, aplicados discrecionalmente, ahoga a los medianos, a los pequeños, y también a los grandes productores no liberales.

<sup>42</sup> En una Nicaragua democrática, por ejemplo, podríamos saber cuáles son y de dónde provienen los ingresos de nuestros gobernantes. De la misma manera que hoy la DGI nos obliga a declarar, anualmente, el cuánto y el cómo y el por qué hasta del último córdoba que con nuestro esfuerzo ganamos, las estructuras democráticas permitirían al público exigir que se hiciera lo mismo con el presidente y con todos los funcionarios gubernamentales. De esa manera aumentarían los ingresos del erario, desaparecería la corrupción administrativa y la injusticia social que hoy tienen los impuestos indirectos.<sup>43</sup>

Para exigir a nuestros “servidores públicos” cuentas claras sobre sus cuentas, tendríamos lo que hoy no tenemos: libre acceso a la información gubernamental. Los sistemas democráticos son los más dados a permitir al público acceso a los datos, cifras, hechos de las distintas instituciones de gobierno. Es lo normal en la democracia, que se pueda disponer de información fidedigna sobre los ingresos de todos y cada uno de los personajes que ocupan un puesto de elección popular así como de la alta burocracia. La verdadera democracia significa que las reglas que se aplican a los particulares también se apliquen a los poderosos. Bajo la democracia sería muy fácil averiguar en qué, cómo y cuándo se utilizan los millones de córdobas que bajo el rubro de imprevistos se reserva la oficina de la presidencia.

Bajo un sistema democrático, plural y de independencia de poderes, los actos ilegales serían la excepción, no la norma, y todos nos ahorraríamos mucho dinero, que bien se podría invertir en el combate contra la pobreza. Además, al descubrirse situaciones anómalas, un poder judicial distinto del actual llevaría a cabo una investigación sobre la corrupción

42. Oscar-René Vargas, **Pobreza en Nicaragua: un abismo que se agranda**, publicación del Instituto de Investigación y Desarrollo Humanístico de la Universidad Politécnica de Nicaragua, Managua, Nicaragua, agosto de 1998, 196 páginas.

43. En el presupuesto de 1999, está contemplado que el 83.33 por ciento de los impuestos totales recaudados por el Estado nicaragüense proviene de los impuestos indirectos (impuesto al consumo) y solamente un 16.67 por ciento son productos de los impuestos directos (impuesto al ingreso). Esto quiere decir que la población más pobre es la que paga proporcionalmente más impuestos que los sectores de altos ingresos. La política tributaria es regresiva en detrimento de los sectores asalariados y beneficia a los sectores económicos más pudientes. Para mayor Información ver: Oscar-René Vargas, **Nicaragua: Después del Mitch...¿qué?**, publicación del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), Managua, Nicaragua, marzo de 1999, p. 64-65.

del sistema, la formación profesional de los operadores de la justicia, y tendrían que rodar cabezas. Otro ejemplo de las posibilidades de la democracia surge al considerar, por ejemplo, el caso de ENITEL (Empresa Nicaragüense de Telecomunicaciones). En una Nicaragua democrática, sería muy difícil, aunque no imposible, que una empresa pública se venda, violando la letra y, sobre todo, el espíritu de ley de privatización de empresas estatales. En una Nicaragua democrática, la Procuraduría General de Justicia se opondría al contrato favorable que ENITEL firmó con la empresa de telecomunicaciones MasTec por no existir licitación alguna. El contrato es tan favorable a MasTec que permite apreciar en él un pago que el presidente Alemán hace a la familia del cubano-norteamericano Mas Canosa por los favores recibidos en su campaña electoral.

Supongo que en esa Nicaragua que no es, pero que podría ser, no se permitiría el alza de tarifas de los servicios básicos sin, por lo menos, exigir una previa elevación en la calidad del servicio que se da al consumidor. La vigilancia y capacidad de acción de los parlamentarios en un sistema no autoritario, hubieran tomado cartas en el asunto y presionado a las autoridades gubernamentales para que no llegaran a donde hoy han llegado los precios de los servicios básicos. En una Nicaragua democrática, el 6 por ciento para las universidades no sería un problema político. Cada año se entregaría la cantidad de dinero correspondiente al seis por ciento de los ingresos ordinarios y extraordinarios del presupuesto general, evitándose de esa manera los enfrentamientos entre la policía y los estudiantes, los numerosos heridos y golpeados, y los asesinatos de estudiantes a manos de los antimotines.

En esa Nicaragua democrática que no existe, sólo en la imaginación, tampoco podría subsistir la actitud prepotente de los altos funcionarios públicos que no responden a las demandas de los ciudadanos. El Estado, empujado por la sociedad civil, por la opinión pública y por una asamblea independiente, habría abierto investigaciones precisas sobre el enriquecimiento inexplicable de muchos funcionarios señalados por los medios de comunicación durante los últimos años. Obviamente, en una Nicaragua democrática no se acabarían los actos de corrupción, pero seguramente se tendría una política gubernamental para combatirlos, no para fomentarlos, pues así lo exigirían los comités de ciudadanos contra la corrupción. Para que la democracia en Nicaragua sea una realidad se tiene que dar un conflicto entre el autoritarismo de las fuerzas restauradoras y las fuerzas sociales que exigen el fin de un sistema basado en la corrupción política.

Amoldo Alemán es hoy el símbolo de la situación en que se encuentra un régimen político que se niega a cambiar frente a las exigencias de la sociedad civil para una mayor transparencia en el uso del dinero de los contribuyentes y que intenta hacer de esa negativa una virtud.

En la sociedad moderna, democracia quiere decir compartir el poder. El ciudadano quiere participación directa en la formación y en el ejercicio del poder. La consolidación, fortalecimiento y ampliación democrática sólo puede ser llevada a cabo por entidades pluralistas como los partidos políticos. Estos son los que han de integrarse con especial énfasis en la vigencia de la legitimidad, que es esencial a la democracia. Los medios de comunicación que jamás se confrontan en las urnas, no pueden suplantar a los partidos de mediación y socialización política. La vida democrática supone contenidos y métodos de discusión irreductibles al simplismo del libre mercado. Si los partidos no lo entienden, la aparición de actores ajenos a la lógica de la acción política, que irrumpen con audacia en el ámbito público, puede ser un peligro en el futuro.

Desde la perspectiva del desarrollo humano sostenible la acción política significa algo más que establecer una periodicidad de los procesos electorales. Establecer una gobernabilidad democrática es el equivalente a integrar a los ciudadanos en distintos niveles: económico, social y político. Ello requiere de instituciones concebidas para que todos participen y vean ampliado el rango de sus oportunidades. Tanto el autoritarismo como la modernización en su perspectiva tecnocrática, buscan la estabilidad social y política mediante la subordinación más que por los acuerdos. La democracia demanda la construcción paciente y progresiva de los acuerdos mínimos, en un esfuerzo por volver más convergentes los intereses de todos los grupos sociales. En última instancia, la democracia se instaura por la necesidad de orientar la política hacia el desarrollo humano, y no por la supuesta eficacia intrínseca de los actuales procesos de modernización.

### **3. Plutocracia, nepotismo y continuismo**

Plutocracia es el gobierno de los ricos y oligarquía es el gobierno de pocos. Cuando se dice que un gobierno es plutocrático se está indicando que es un mal gobierno y si se le llama así es para condenarlo. La plutocracia no designa esta o aquella institución, no indica una forma específica de gobierno, sino que se limita a llamar la atención sobre el hecho, sobre el puro y simple hecho, de que el poder político supremo lo detenta un pequeño grupo de personas adinerada tendencialmente cerrado, ligados entre sí por vínculos de sangre, de interés o de otro tipo, que gozan de particulares privilegios y utilizan todos los medios que el poder les da a disposición para mantenerlos.

La característica de un gobierno plutocrático es que presenta un dualismo en el ejercicio del poder político: un poder aparente y un poder real. Simplemente, el poder real o poder oculto se forma de pequeños círculos que tienen autoridad y que se les da una preponderancia de hecho, no prevista en las leyes. El poder político oficial se desdobra en un poder aparente (gabinete de gobierno) y en un poder oculto o real. Ambos comparten el poder efectivo, tendiendo el segundo a representar el papel principal. Este segundo poder u oculto, sus miembros no proceden de ninguna elección, sino de la cooptación, de la nominación desde arriba. El poder oculto goza de una independencia bastante grande, ya que trafica con los vastos poderes que caen en sus manos: las exacciones, el abuso de influencia, la corrupción, etcétera. El poder real u oculto busca como crear una maquinaria; es decir, una organización irregular que domina efectivamente al gobierno plutocrático, constituye una empresa para la conquista de puestos y de las ventajas legales e ilegales que éstos pueden procurar.

La falta de un definido significado técnico del término plutocracia está demostrada por el hecho de que, a diferencia de monarquía y democracia cuyo uso corriente está limitado a la esfera de las relaciones de poder

político, éste se extiende analógicamente con mucha facilidad a las relaciones de poder diferentes de las políticas, con el objeto de designar el mismo fenómeno de dominio de un grupo pequeño y cerrado de personas en organizaciones que no son el Estado como: económicas, militares, financieras, etcétera. Un gobierno plutocrático se caracteriza por un grupo de poder reducido, homogéneo, estable, con una buena organización a su interior y con fuertes vínculos entre sus miembros, sospechoso respecto de la lealtad de quienes pertenecen al mismo y al mismo tiempo muy receloso en la admisión de nuevos miembros; que gobierna de un modo autoritario, reforzando el poder ejecutivo, controlando el poder judicial marginando o excluyendo al parlamento, desanimando o eliminando la oposición.

El recorrido social de las familias de los criollos fue: de conquistadores y pobladores, los españoles pasan a ser oficiales reales, miembros de los cabildos, eclesiásticos, oficiales de las milicias urbanas. Asimismo, se produjo una transformación de las fuentes de ingresos: de encomenderos, recolectores del tributo indígena, pasan a ganaderos, agricultores y comerciantes. Estas modificaciones no conllevan a una dilución de su supremacía social: siguen siendo los elementos dominantes de la sociedad colonial. Gracias a la apropiación de tierras, a la utilización de la mano de obra indígena, los españoles son los elementos más dinámicos de la actividad económica del país. La fortuna de los más ricos era enorme en relación a la riqueza de la provincia. Algunas familias logran amasar más fortuna que otras, lo mismo sucedió en la distribución de los cargos civiles, religiosos y militares, en la apropiación de la tierra, en las ganancias que procuraba el comercio. La continuidad de estas familias se consigue gracias a la inmigración peninsular: los elementos recién llegados de España, como oficiales o como comerciantes, son aceptados por la élite social de la provincia. Se trata de un fenómeno de movilidad social selectiva.<sup>44</sup> Para la élite, “el empleo público representaba una de las pocas actividades lucrativas que consideraban dignas de su categoría social. En cuanto a los sueldos que devengaban por dichos oficios, no eran tan significativos, que eran de ordinarios bajos, como la oportunidad que presentaban para la corrupción”,<sup>45</sup> o el enriquecimiento ilícito.

<sup>44</sup> p 281 ^ 282 omer0 Var935+ Las **estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII**,

<sup>45</sup>, 1700)" p W, r Poder \*Ideología: la «"solidación del sistema colonial (1542-

Los sucesivos gobiernos nicaragüenses han nombrado a sus familiares en diferentes puestos de dirección en el aparato del Estado. De tal manera, que la familia y sus allegados más cercanos funcionan como una clientela política de carácter feudal. Entre 1527 y 1544, todos los puestos públicos de importancia estaban en manos de la familia de Pedrarias Davila (1527-1531), a quien luego sucedió su yerno Rodrigo de Contreras (1531-1544). A principios del siglo XX, durante el gobierno de los Chamorro (Emiliano y Diego Manuel entre 1916-1923), los principales puestos gubernamentales estaban ocupados por la familia Chamorro, familiares cercanos y allegados. Durante la dinastía de los Somoza (1936-1979), se presentó el mismo fenómeno. Este rasgo sigue existiendo en la actualidad. Los parientes de los altos funcionarios tienen mayores posibilidades de conseguir un puesto en el gobierno que un profesional altamente calificado perteneciente al partido de oposición. La clase dominante siempre ha restringido el acceso a los principales círculos de poder: no existe una movilidad social abierta que permita acceder a los círculos cerrados de poder a los más capacitados. Como consecuencia se ha utilizado la violencia política para provocar una movilidad político-social.

La ausencia de instituciones capaces de unificar a la nación ha colocado al país en medio de crisis permanentes; lo cual, lo ha llevado a períodos de vacíos de poder. La institución más sólida ha sido la familia que llenó, en alguna medida, el vacío político y se constituyó en un factor vital para la sociedad nicaragüense. Si bien la familia sirvió para cohesionar a la sociedad, la extensión de ese concepto al ámbito de la política ha obstaculizado el establecimiento de un gobierno plural y democrático. Tal sistema democrático supone, entre otros atributos, la división de poderes, la electividad de todos los cargos y la separación del Estado y la iglesia. Por el contrario, en la sociedad nicaragüense prevalece el ejercicio personalista y autoritario del poder político y se tiende a confundir los asuntos familiares con los del Estado.

Aunque las instituciones políticas de Nicaragua han evolucionado, al menos formalmente, la familia patriarcal ha permanecido relativamente fuerte. Los núcleos familiares de las élites económicas y políticas conservaron su posición social dominante aún después de la independencia. Tan sólo unas cuantas familias “nuevas” ingresaron a los círculos de poder; entre éstas figuraba un reducido grupo de familias extranjeras, cuyo prestigio se derivaba de su éxito económico. A pesar de la élite que decía

identificarse con las ideas de la ilustración, la familia siguió siendo la base de la sociedad, y no el individuo.

La incidencia de la plutocracia en el ámbito de la política es evidente. La Constitución Política de 1838 garantizaba la hegemonía de la plutocracia, haciendo una distinción entre un “habitante”, esto es, cualquier persona natural del territorio nicaragüense (artículo 17),<sup>46</sup> y el “ciudadano”, que debía reunir los siguientes requisitos: pertenecer al sexo masculino, haber nacido dentro de las fronteras de la nación o haberse naturalizado, ser mayor de veinte años o mayor de dieciocho si estaba casado o había obtenido un título académico, poseer un determinado monto de bienes o ser un profesional (artículo 18).<sup>47</sup> Según la Carta Magna, solamente los ‘ciudadanos’ tenían derecho a votar y ocupar puestos públicos.

Al igual que la Constitución Política de 1838, la Constitución Política promulgada en 1858 contenía, en esencia, las mismas disposiciones que aseguraban el poder político de la plutocracia que dominaba el país (ver los artículos 7 y 8).<sup>48</sup> Esta Carta Magna incluso dio mayor realce a la plutocracia. En el artículo 11 autorizaba al gobierno a “suspender los derechos de aquel ciudadano que manifestase ingratitud a sus padres”.<sup>49</sup> Obviamente, en una sociedad empobrecida como Nicaragua, donde muy pocos llenaban los requisitos legales exigidos para gozar de los derechos ciudadanos, tal procedimiento beneficiaba a los miembros masculinos de la plutocracia, poseedores de alguna noción de cómo funcionaba o debía funcionar el sistema político de la época.

Por otro lado, otra de las características de la cultura política nacional ha sido el personalismo. El personalismo se manifiesta en la fidelidad a un jefe máximo, civil o militar. No se es fiel a una idea, sino a una persona “iluminada”, que supuestamente quiere cambiar las cosas en Nicaragua. El derrotero del país se marca por lo que es “bueno” o “malo” para el benefactor” o “mesías” de turno. Lo que es bueno para él; es bueno para Nicaragua, expresan los allegados al poder supremo y viceversa. El gobierno hace todo lo posible para que la crítica procedente de los “críticos” tenga un elevadísimo precio para sus autores, para que

46. Antonio Esquivela Gómez, **Las Constituciones Políticas y sus reformas en la Historia de Nicaragua**, Tomo I, p.301.

47. Ibid, Tomo I, p.301.

48. Ibid, Tomo I, p.420 y 421.

49. Ibid, Tomo I, p.421 y 422.

nadie, o muy pocos, se animen a seguir su camino. Intimidaciones, ostracismo, amenazas veladas o abiertas, despido de empleos, teléfono intervenido, insinuaciones directas, chistes de mal gusto, calumnias para desprestigiarlo, negación de empleos, etcétera; todos estos elementos sirven para advertir a los demás que si alguien quiere desempeñar el papel de “crítico” del gobierno, tiene que pagar un costo de verdad. De esa manera sabrán que criticar con alto perfil e impacto social al régimen significa enfrentar consecuencias ominosas y onerosas.

La élite económica, social y política, fija o congela una opinión sobre los “críticos”. Por eso tratan de no tomarlo en cuenta seriamente como alternativa, como opción de recambio para desempeñar alguna labor determinada. Se crea así una escisión entre la crítica y la propuesta; los que critican con éxito y proponen alternativas no son tomados en cuenta en la elaboración de los planes gubernamentales; pero, los que no critican o los que critican poco sin éxito y no tienen nada que proponer, son tomados en cuenta por el sistema político tradicional para ocupar los cargos más importantes. No hay simetría entre el gobierno, de un país de cultura política autoritaria, y los “críticos” individuales o colectivos que puedan existir. Cuando el gobierno señala con el dedo a sus críticos, no sólo discrepa con ellos, sino que los increpa, cuestiona su honestidad, su calidad moral, o lo que sea. No está sólo haciendo un juicio intelectual, sino que está justificando la actitud de muchos funcionarios gubernamentales que intervienen para que los “críticos” no obtengan un trabajo. En un país democrático, cuando un gobierno increpa a un crítico, no hay razón para temer una campaña de linchamiento u hostigamiento contra él. Pero en Nicaragua, si el gobierno señala con claridad quiénes son sus adversarios, hay temor de que los funcionarios de primera, segunda o tercera categoría actúen de una u otra manera en contra de los críticos. Los altos funcionarios, distinguidos individuos por otros conceptos, llevan a cabo una labor lamentable, patética, de hostigamiento, intimidación y censura, hasta donde les sea posible, hacia los críticos y opositores al régimen. Los altos funcionarios regañan y amenazan a los funcionarios menores y les dicen: el que se junte con los críticos y/u opositores, ya verán cómo les va a ir. No tienen que andar portándose bien con los opositores y críticos. Hay que defender al gobierno y punto. No hay que darles trabajo a los críticos es la consigna de muchos funcionarios en el gobierno. Por lo tanto, la realidad ficticia de tolerancia es mentira.



El concepto de la corrupción, mucha veces, llega a no distinguirse del de la influencia, que florece entre la familia y las amistades de los políticos importantes y se mezcla, de forma natural, con la antigua tradición de favores y prebendas. El nepotismo, naturalmente, prospera en este ambiente: los funcionarios escogen a los miembros de su familia por ser las únicas personas en quienes pueden confiar, y los parientes menos afortunados esperan que un primo bien colocado se acuerde de ellos. Esta red se mantiene también en razón del intercambio de favores. Pero todo favor concedido es deuda política contraída, llevando así a quienes tienen autoridad administrativa a buscar la ocasión de ofrecer favores. Dada la complejidad de la mayoría de los procedimientos burocráticos, incluso los derechos son tomados por favores: así, la ley sólo funciona para los influyentes que están en posición de violarla. Empero, pocos considerarían que ello es corrupción. Asimismo, la costumbre de dar regalos para reafirmar la amistad, manifestar agradecimiento o llamar la atención de los funcionarios se considera normal, parte de una tradición de tributos que existe desde hace muchos siglos: el regalo se da a cambio de nada específico, pero sirve como punto de partida para un ulterior negocio.

El personalismo constituye la otra dimensión del sistema político nicaragüense, y es en este contexto cerrado y aislado (de nepotismo y personalismo) donde abunda la corrupción. En este nivel, la corrupción, el nepotismo, el personalismo, los equipos y las camarillas, los empresarios políticos, los intermediarios, la cooptación y otras formas de interacciones personales dominan la política tradicional. El predominio de estos modos particulares facilita la corrupción y, al mismo tiempo, estructura los tratos y/o acuerdos políticos corruptos. La política personalista permea las relaciones tanto entre las élites como entre éstas y las masas. La más clara de estas relaciones es, con mucho, la que se refiere al papel del personalismo en la élite política, ya que las carreras políticas giran en torno de las lealtades personales. Los participantes políticos suelen estar atados verticalmente a un padrino poderoso y a una multitud de clientes por medio de equipos y camarillas. El uso de canales personales para expresar las demandas, la cooptación personal de dirigentes locales o gremiales, así como la difundida práctica de la corrupción que con frecuencia caracteriza estos intercambios secretos, no puede haber muchas dudas sobre la importancia del nepotismo y el personalismo para el sistema político nicaragüense. La corrupción es un factor nuclear para facilitar esas tácticas políticas y, por lo tanto, para estabilizar el sistema político elitista “comprando” el apoyo o el acuerdo político.

Cuando se accede al poder político, quiere mantenerse a cualquier costo para el país. Para ello, los políticos criollos recurren a la sucesión familiar; cuando no es posible establecer una dictadura personal. Pedrarias Dávila hereda el poder a su yerno Rodrigo de Contreras al inicio de la Colonia en Nicaragua. En el siglo XIX, durante los gobiernos conservadores, se presentó igual fenómeno político. Lo mismo podemos decir en los gobiernos conservadores de comienzos del siglo XX, como durante la dictadura de los Somoza. En el gobierno sandinista dicho rasgo también se dio; las reformas constitucionales de 1995 que buscaron cómo impedir el nepotismo y la sucesión familiar, provocaron tal oposición del poder ejecutivo durante la administración de Violeta de Chamorro (1990-1997), que tuvo sometido al país, por varios meses, a una profunda crisis política.

Evidentemente todo presidente no está solo en el poder. Forma parte de un grupo en alianza con otros grupos políticos o sectores económicos. Y es un hecho que una buena parte de las políticas implementadas en el pasado político han sido obra de, o al menos iniciadas por las élites en el poder. “Los que mandan” poseen una visión del mundo económico, político, social o cultural, que poco o nada tiene que ver con la propia de un verdadero sistema democrático. No por su discurso, pero sí por su forma de actuar, tenemos derecho a suponer que el proyecto político de los que mandan” ha sido y es prolongar cuanto más se pueda la cultura política que tan buenos frutos ha dado para ellos: la Nicaragua autoritaria, la Nicaragua donde una fracción de la clase dominante que es imposible de diferenciar del gobierno, es también la garantía del mantenimiento de la estabilidad y de la continuidad de la red de compromisos en la que se sostienen los grandes intereses creados de los grupos políticos que apoyan al presidente de turno. Obviamente, la élite en el poder, busca como asegurarse que la sucesión presidencial mantenga aquellas políticas que más los beneficie, no importa que ello signifique el continuismo de una familia o de un partido.

## **4. Espíritu neocolonial de la clase dominante**

La clase dominante es una clase social que más allá de las apariencias de una determinada forma de gobierno dispone de los medios para afirmar a largo plazo sus propios intereses, y a menudo también a corto plazo, a pesar de la presencia en la sociedad de intereses contrarios de otras clases. El concepto de clase dominante no significa precisamente que una clase sea omniposesiva, o que pueda perseguir sus propios intereses sin encontrar resistencias o sufrir derrotas ocasionales más o menos severas. Esto quiere significar que las adaptaciones, las innovaciones de conducta, las modificaciones tácticas y estratégicas de su propia acción promovida o permitidas por las circunstancias históricas en las que actúa una determinada clase, logra obtener que las decisiones de mayor incidencia política, social, cultural, educativa y económica tomadas por el gobierno de turno sean a la larga más convenientes a sus intereses de la clase dominante. Es decir, una clase social que resulta dominante en todas las esferas de la sociedad y que cuenta con los miembros más potentes y más activos de la élite, tiene la posibilidad de imponer sus intereses al conjunto de la nación.

La clase dominante nicaragüense tiene una visión neocolonial hacia la metrópoli dominante de turno. Durante las primeras décadas del siglo XIX, para las élites dominantes, liberales y conservadores por igual, Europa representaba el paradigma de la civilización, con sus avances tecnológicos, el comfortable estilo de vida burgués, la acumulación de capitales y las impresionantes ciudades. Desde esta óptica, los problemas fundamentales en la agenda política y económica giraron en torno a la definición del alcance y el ritmo que debía tener el proceso de transformación del sistema heredado de la Colonia. Para ello, las élites se enfrascaron en la redacción de constituciones políticas que les permitiera definir las características del Estado y los procedimientos para elegir sus gobernantes, recurriendo para ello a las ideas ilustradas europeas y a la experiencia

norteamericana. La tendencia fue a imitar a las naciones más desarrolladas sin tomar en cuenta las particularidades nacionales, las élites se contentaban con engalanar a sus gobiernos autoritarios con el ropaje exótico de las constituciones democráticas extranjeras, confiando en que la magia del sistema político foráneo surtiera el mismo efecto benéfico en nuestro país.<sup>50</sup>

Bajo el disfraz de modernas constituciones republicanas y democráticas, copiadas en el extranjero, subsistieron las principales instituciones básicas heredadas del mundo colonial: el poder de la iglesia, la predominancia de la tenencia de la tierra en el proceso de acumulación de capital, la familia patriarcal, el nepotismo, la concentración del poder político y económico en una minoría, el afán de lucro desmedido de unos pocos en perjuicio de la gran mayoría, un poder ejecutivo fuerte, el autoritarismo y eliminación de la protección estatal a las formas colectivas de tenencia de la tierra. El bienestar de las élites dominantes dependían precisamente de estas características, por lo que a pesar de su demagogia, no estaban realmente dispuestos a transformarlas y desprenderse de sus privilegios. El pueblo, al desconocer los principios del sistema político democrático, escogió por gobernantes a hombres que no tenían la suficiente capacidad para dirigir el país. Estos hombres sustituyeron el trabajo y la industria por el robo, la rapiña, el fraude y la trampa; reinó el caos y su trono fue el autoritarismo. En el estilo de gobernar se impuso la ignorancia a la deliberación, la impotencia a la creatividad, la imposición al diálogo.<sup>51</sup>

Por otro lado, la clase dominante carece del sentido de patria: sienten ser una provincia de la metrópoli. Hay que recordar que el presidente Adolfo Díaz, a comienzos del siglo XX, quería transformar a Nicaragua en un estado más de los Estados Unidos. La clase dominante acepta someter el territorio nacional bajo la influencia de una gran potencia (España, Estados Unidos, Unión Soviética, etcétera). La falta de identificación con

50. George Byam, **Wild Ufe in the interior of Central America**, Parker, London, Enqland 1849, p.47.

51\* Pablo Antonio Cuadra afirma que durante la Colonia prevaleció el diálogo entre españoles e indígenas. Sin embargo, otros estudios más recientes cuestionan tal interpretación, argumentando que la característica predominante en la sociedad colonial fue la violencia, no el diálogo. Para mayor información ver: Varios Autores, **Historia y Violencia en Nicaragua**, publicación del Instituto de Investigaciones y Acción Social de la Universidad Politécnica de Nicaragua, Managua, Nicaragua, 1997. 402 páginas.

su tierra natal, les impide incrementar su conciencia nacionalista. El hecho mismo de que la mayoría de los ministros de la administración de Violeta de Chamorro tenían doble nacionalidad reforzaba el ‘espíritu neocolonial’ de ese gobierno. Uno de los problemas centrales de la actual transición es que la “clase dominante” no considera al indio, al negro, al miskito y a la clase de los elementos del proletariado y del campesinado como sus socios en la conformación del nuevo modelo político, económico y social de Nicaragua. En este respecto, no difiere mucho de los sectores aristocráticos y burgueses dominantes en el siglo XIX. La clase dominante no invierte en el país sino que lo hacen en el exterior, inclusive sus casas de veraneo las tienen en Miami (Estados Unidos) y no en las playas de Nicaragua.

El capital extranjero ha buscado siempre al interior del Estado nicaragüense <sup>52</sup> aliados en la clase dominante que vieran que la estrategia imperial era la mejor forma de superar la crisis y/o los problemas del país. El sector de la clase dominante que se ha entregado de pies y manos a los planes del capital internacional, ha visto en esa subordinación la forma de cómo superar no solamente una recesión económica determinada sino también cómo devenir hegemónica dentro del bloque de poder o cómo superar un problema político doméstico. Es decir, un sector de la clase dominante ha visto en la subordinación al capital internacional la llave maestra para resolver los dos problemas fundamentales que les ha preocupado siempre: el mantenimiento de su poder político y su enriquecimiento personal.

Todo el proyecto económico de la fracción de la clase dominante nicaragüense que se alió a la política norteamericana, durante la intervención norteamericana entre 1910 y 1933, <sup>53</sup> estaba centrado en la posibilidad de que los Estados Unidos decidieran convertir a Nicaragua en un centro importante de sus inversiones de capital en América Central, ya fuese a través de la construcción de un canal interoceánico, en las minas, en la agricultura, en el comercio, o incorporando a Nicaragua como un estado más de la unión norteamericana. Al producirse la intervención militar estadounidense en Nicaragua, el Estado no pasó a defender los diferentes

52. El Estado, en una definición simple, es la combinación de pueblo, territorio y gobierno. También, el Estado se puede definir como un conjunto de leyes, un ordenamiento jurídico, y un conjunto de instituciones encargadas de aplicar esas leyes.

53. Oscar-René Vargas, **La intervención norteamericana y sus consecuencias. Nicaragua 1910-1925**, publicación de Ecotextura, Managua, Nicaragua, 1989, 251

intereses de las diversas fracciones del capital nacional, sino que se transformó en el defensor de los intereses del capital financiero norteamericano, aun en detrimento del mismo capital nacional. En su largo período, 1933-1979, la dictadura somocista contó, en general, con el apoyo del gobierno norteamericano.<sup>54</sup> Desde enero de 1933, empezó Somoza a ejercer el poder con el respaldo directo norteamericano y apoyado por la Guardia Nacional.

En Nicaragua, en tiempos de la influencia de los procónsules norteamericanos, los dirigentes políticos tradicionales o aspirantes, oficialistas o de oposición, recurrían en peregrinaje vergonzoso a la Embajada (norteamericana), como a una Meca u oráculo de Delfos, en búsqueda de orientación, consejos, señales o instrucciones. Cada quien en busca de su “propio gringo”. Estos, de acuerdo con sus intereses, emitían toda suerte de mensajes: ciertos, falsos, de desinformación o contradictorios, manteniendo la división y desconcierto entre los políticos criollos. Cuando varios políticos nicaragüenses discutían entre sí, creyéndose cada quien dueño de la mágica clave, inspirada por la Embajada, a veces dudaban angustiados preguntándose en lo íntimo: ¿Quién tendrá la verdad: su gringo o el mío?.

En las filas de la “contra” se llegó a percibir en “ciertos estratos más lealtad y entrega a intereses extranjeros que a los de la causa nicaragüense. Existen quienes nunca han deseado diferenciar los objetivos propios con los extraños. Los que confunden las ayudas como una operación hipotecaria o de compra-venta de su dignidad e independencia. Quienes pugnan entre sí en una absurda competencia de carreras para determinar quién informa primero a los gringos, quién gana más su confianza y quién les es más incondicional”. Por otra parte, “la dirigencia de la contra se hundió en el mismo error y complejo del último Somoza: confianza y dependencia absoluta en un presunto aliado o amigo”.<sup>55</sup>

Las élites han apostado siempre a que la mejor forma de modernizar el Estado nicaragüense es hacerlo desde el exterior, ya que internamente no han tenido capacidad política, ni social ni económica para consensuar un proyecto de desarrollo y han sido incapaces de proponer un proyecto de

54. Francisco Lainez, **Nicaragua: colonialismo español, yanqui y ruso**, Serviprensa Centroamericana, Ciudad Guatemala, Guatemala, 1987, 624 páginas.

55. Jaime Morales Carazo, **La contra. Anatomía de una múltiple traición**, Editorial Planeta, México DF, México, 1989, p.25-26.

nación. Es ahí donde han convergido los intereses estratégicos del capital internacional y los intereses miopes de sectores de la clase dominante, lo cual han desembocado en un sometimiento político, económico y militar de Nicaragua a los intereses del imperio. El Estado deja de ser representativo para el desarrollo de la nación y de los intereses de la mayoría de la población. El rescate de la independencia política se transformó en la razón de ser de las fuerzas sociales y políticas progresistas y nacionalistas.

La transformación-adaptación en el proceso de modernización del Estado degeneró en que Nicaragua se convirtiera en un satélite del imperio y que las fracciones de la clase dominante vieran, desde finales del siglo pasado, que la única manera de modernizar y desarrollar al país estaba ligada a los intereses de los Estados Unidos. Este bloque político en el poder, debido a su propia debilidad congénita, necesitó y gestionó la presencia norteamericana, como única forma de imponer su hegemonía al conjunto de la sociedad nicaragüense. Cada día se vuelve más claro que la fracción de la clase hegemónica más conservadora se sostiene en el poder político por su sometimiento a los dictados del capital internacional.<sup>56</sup>

El actual neoliberalismo económico no sólo ha abierto la economía nicaragüense a los Estados Unidos, sino muchas cosas más. No tiene sentido sostener, como lo sostienen las autoridades gubernamentales, que la liberación del comercio con los Estados Unidos es sólo un asunto económico. No, por motivos geopolíticos y por una elemental lógica que genera asimetría entre las partes; la liberalización económica es algo que para Nicaragua fue más allá de lo meramente comercial y financiero, y lo acerca más a una integración profunda con el poderoso del norte. Justamente por eso, ciertas características negativas de nuestra cultura política, como la corrupción o la ausencia de una verdadera democracia, van a ser discutidas públicamente en Estados Unidos con la frecuencia y en el tono que lo requieran las circunstancias políticas norteamericanas. El que nos guste o no, poco importa, pues es parte de la “interdependencia” con los Estados Unidos. Los múltiples y contradictorios actores que hoy dan contenido al “factor Estados Unidos” –el presidente, los senadores, los diputados, las empresas que tienen inversiones en el país, las organizaciones ecologistas, los medios de comunicación, etcétera- están usando los asuntos nicaragüenses y/o centroamericanos como armas de lucha entre

56. Oscar-René Vargas, **Sandino: floreció al filo de la espada. Nicaragua 1926-1939**, publicación del Centro de Estudios de la Realidad Nacional, Managua, Nicaragua, 1995, 534 páginas.

partidos y fracciones de la política estadounidense. A partir de 1898, a raíz del control norteamericano sobre algunos países del Caribe y luego Panamá, los problemas de nuestro país y sus efectos sobre los intereses norteamericanos se volvieron parte de los argumentos republicanos para atacar a los demócratas o viceversa. Aparte de defender sus intereses económicos y comerciales, no hay duda de que en el pasado los gobiernos norteamericanos han intervenido también activamente en el proceso de selección presidencial nicaragüense.<sup>57</sup> Los políticos tradicionales llegaron a entender, con el tiempo, que la presidencia se ganaba o se perdía en Washington.

De las reflexiones anteriores, se pueden sacar algunas conclusiones. El gobierno norteamericano ha considerado necesario intervenir de manera activa en la designación, sostenimiento o eliminación de un gobernante nicaragüense, no sólo cuando se debilitan las bases de la estabilidad y, sobre todo, cuando el conflicto político-social interno desemboca en lucha abierta entre fracciones de la clase dominante. Sin embargo, la voluntad de intervenir en Nicaragua no basta para que la acción político-militar norteamericana tenga éxito. En ausencia de un conflicto abierto entre los actores políticos nicaragüenses, las acciones norteamericanas en relación a la política cotidiana es, la mayoría de las veces, discreta pero de importancia fundamental para la política nacional.

**57.** Oscar-René Vargas, **La revolución que inició el progreso. Nicaragua 1893-1909** publicación de Ecotextura, Managua, Nicaragua, 1990, 278 páginas.



## 5. Estado-Botín

La corrupción es esencial para el funcionamiento y la supervivencia del sistema político tradicional. El sistema político sin corrupción se desintegraría y cambiaría la sociedad nicaragüense. En teoría, el sistema se encuentra bajo el dominio de la ley. En la realidad, el ejercicio del poder está basado en los privilegios, la influencia y los favores. Las promesas del gobierno actual, en el sentido de que acabará con la corrupción resultan ingenuas o cínicas. Si la corrupción ha llegado a convertirse en un problema político hoy día, se debe a que las clases medias ahora la miden contra otra vara. Pero incluso ellas sólo se centran, por el momento, en la corrupción del gobierno, sin querer buscar sus raíces más profundas. El fenómeno de la corrupción no se puede explicar fácilmente. Algunos le echan la culpa al sistema de favores' y proteccionismos que floreció en épocas prehispánicas. Otros, insisten que la corrupción fue traída de España, señalando que los conquistadores (comenzando con Pedrarias Dávila) veían a Nicaragua un botín a saquear, mientras que los puestos de gobierno eran vendidos al mejor postor.

La independencia no produjo ningún cambio en las costumbres, y los gobiernos estuvieron, invariablemente, en manos de camarillas que buscaban el provecho individual o de clase, sin que les frenaran los preceptos constitucionales o jurídicos. Hacia finales del siglo XIX, la vida pública se podía definir como el abuso del poder para obtener riquezas y el abuso de la riqueza para obtener poder. La división entre la honradez y la falta de ésta, por consiguiente, era opacada por las tradiciones. Cualquier cargo con autoridad implicaba una oportunidad para mejorar uno mismo; por otra parte, los ciudadanos comunes y corrientes aprendieron a solicitar favores en lugar de exigir derechos. En particular, el gobierno era un premio que había que explotar, pero ningún sector de las élites quedaba excluido de este "modus operandi". No se consideraba corrupción; era la forma en que se habían hecho las cosas. El sistema que surgió en el siglo XX meramente institucionalizó esta práctica: el gobierno ejercía el poder con autoritarismo y recompensaba la lealtad con prebendas.

La corrupción política es el fenómeno por medio del cual un funcionario público es impulsado a actuar de modo distinto a los estándares normativos del sistema para favorecer intereses particulares a cambio de una recompensa. Corrupción política es, por lo tanto, el comportamiento ilegal de aquel que ocupa una función en la estructura estatal. Se pueden señalar tres tipos de corrupción: la práctica del cohecho, es decir sobornar, corromper o hacer uso de una recompensa para hacer cambiar su propio favor la opinión de un funcionario público o para que haga o deje de hacer lo que se le pide; el nepotismo, es decir desmedida preferencia para dar las gracias, la concesión de empleos o contratos públicos sobre la base de relaciones de parentesco y no de mérito; y el peculado, es decir la asignación de fondos públicos para uso privado o el hurto de caudales del erario público realizado por la persona a quien está confiada su administración.

Se supone que la vida política tiene por fin la defensa y la realización de intereses públicos, y que es una actividad desinteresada en la medida que el político renuncia a intereses egoístas. La política es una actividad que lleva el fin en sí mismo, la realización del fin proporciona un placer que alimenta el deseo de seguir realizándola. La corrupción de los políticos se produce cuando la actividad política no satisface por sí misma a los políticos de oficio y por eso quienes se dedican a ella buscan también la promoción de su fortuna privada. El abandono del fin en aras de la promoción de intereses privados es el denominador común de la corrupción de los políticos tradicionales; y la corrupción ha terminado por contaminar y desprestigiar a la política. Por otro lado, los costos, no despreciables, de la corrupción privada son puramente económicos y no, a la vez, económicos, políticos y sociales, como en los casos de corrupción pública-administrativa. Las víctimas son los ciudadanos consumidores y no los ciudadanos contribuyentes.

Los partidos tradicionales (liberales y conservadores), más que espacios de representación de intereses ciudadanos, han operado como instrumentos al servicio de sectores específicos de una clase social para obtener beneficios personales y/o de grupos económicos. Los partidos tradicionales están estrechamente vinculados a los grandes grupos económicos. El control hegemónico del Estado por el bipartidismo, en ausencia de oposición y de mecanismos eficaces de control del poder público, permitió que el Estado fuera tratado como un “botín político” y favoreció las prácticas clientelistas. La apropiación y distribución privada de los empleos

públicos, la asignación de contratos, el uso particular de los recursos estatales, y la definición de políticas en consonancia con los intereses de los grandes grupos económicos, son elementos del extenso catálogo de la corrupción de la política. Es decir, la corrupción permite que el sistema funcione, proporcionando el “lubricante” que permite que los engranajes de la maquinaria política giren.

La corrupción se ha expresado a través del enriquecimiento acelerado de funcionarios estatales, lo que demuestra que no existe una separación clara y neta entre el patrimonio público y el privado. El uso privado del patrimonio estatal da como resultado un Estado incompleto en su dimensión democrática y el desvío de recursos que pudieran solucionar problemas sociales importantes. Las consecuencias políticas y económicas resultantes de la ausencia de una dimensión democrática son, por un lado, la falta de legitimidad del gobierno (identificado como servidor a los intereses de ciertos grupos de poder), y, por otro, a la inviabilidad del “mercado libre”, ya que la competencia es sustituida por la regla de la “proximidad” al gobierno para la obtención de privilegios y prebendas. La falta de honradez de algunos funcionarios es tan descarada -y su forma de vida tan afrentosa- que expresan un grado casi insultante de impunidad. La exigencia social de que se castigue a un puñado de políticos claves, por ende, refleja tanto el deseo de venganza cuanto el de esperanza en que se pueda evitar la corrupción futura.

Llegar al poder significa llegar a poseer todo y en donde el abandono voluntario del poder político se ha visto como una debilidad y no como una fortaleza. La lógica del poder político tradicional es oprimir o despreciar al que está abajo, hacerse amigo del que está al lado (deja de ser competencia) o bien, si esto último no funciona, tratar de eliminarlo. Al que está arriba, por supuesto, hay que adularlo, ensalzarlo y estar de acuerdo con él (aunque en privado se disiente). La lógica del poder, también tradicional, ha sido la del “¡Ay de los vencidos!”. El Estado “pertenece” (como si fuese un objeto) a los vencedores e históricamente ha sido un Estado-Botín en donde el “dueño” dispone, sin mecanismos de contrabalanceo del poder, de los bienes de la sociedad; es decir, el Estado se privatiza a favor de los intereses de un grupo político. La esperanza del lucro material a corto plazo es el único motivo para tener interés en los asuntos públicos de parte de muchos políticos tradicionales. En el país no se concreta ninguna inversión si los ejecutivos de las más altas esferas de la Administración Pública no participan directa o indirectamente como

socios, o si no sacan jugosas comisiones. El dinero para los políticos es como la droga. Una vez que lo aceptas ya no puedes dejarlo de hacer más. La primera vez es difícil. Después te sirve como la heroína y vas a pedirlo. Aquí radica el origen de la concepción del “Estado-Botín” o corrupción política en Nicaragua. Se concibe al Estado como el medio por excelencia para realizar la acumulación originaria de capital. La “sed de oro” de los conquistadores en la época de Pedrarias Dávila corresponde a la actual situación de corrupción generalizada que se presenta en sectores importantes de la clase política del país, y de acceder a los puestos de gobierno para lograr el enriquecimiento acelerado. Muchos de los altos funcionarios utilizan sus cargos en el gobierno para traficar con influencias, ahuyentar la inversión nacional o extranjera y malversar el erario público. Hay una cultura general de aceptar que toda persona que llega a algún puesto en el aparato de Estado roba, sin ninguna coerción represiva de parte de la sociedad. Se acepta la impunidad ante los actos de corrupción. Normalmente, se penalizan los hurtos menores de los funcionarios menores, pero casi nunca, por no decir nunca, se persigue a los grandes. La corrupción ha ayudado a los políticos tradicionales a reafirmarse y a movilizar apoyo para el sistema político, dirigiendo al mismo tiempo el cinismo y la desconfianza de la población hacia el lado personalista del sistema, es decir, caracterizando el problema de la corrupción como de “unas cuantas manzanas podridas”.

El poder no es el que corrompe, sino el miedo. El miedo a perder el poder corrompe a quien lo sustenta y el miedo al flagelo del poder corrompe a quienes están sujetos a él. Mientras existan gobiernos cuya autoridad se base en la coerción en lugar del mandato popular, así como grupos de intereses que ponen las ganancias de corto plazo por encima de prosperidad y a la paz de largo plazo, los políticos tradicionales verán al Estado como un botín. Dentro de un sistema social que niega los derechos humanos básicos (salud, educación, alimentación, etcétera), el miedo está a la orden del día. El miedo a perder amigos, la familia, el trabajo o los medios para sobrevivir, el miedo a la pobreza, el miedo al aislamiento, el miedo al fracaso pueden permitir que las personas no quieran denunciar los actos de corrupción política que presencian. La forma más insidiosa del miedo es aquella que se disfraza de sentido común, o aún de sabiduría, y que condena como descabelladas, imprudentes, insignificantes o fútiles las pequeñas acciones diarias de coraje que ayudan a denunciar los actos de corrupción política y permiten preservar la dignidad del ser hu

mano. La fuente de coraje y la resistencia frente al poder desenfrenado es una firme convicción de los principios políticos combinada con un sentido histórico.

La corrupción política es un mecanismo crucial en el estilo de gobernar de Nicaragua. Aunque una corrupción generalizada puede dar por resultado un escaso nivel de confianza en el desempeño de un gobierno, las metas del sistema político tradicional o las políticas del gobierno pueden no ser cuestionadas. De hecho, al culparse a la ambición de los seres humanos de las fallas del sistema político, se ofrece una salida fácil al gobierno, y se controla así un problema que podría ser políticamente explosivo. La corrupción política ha sido una respuesta a la falta de oportunidades de movilidad social dentro del sistema económico y social oligárquico del país. Aunque hoy existen otros medios de riqueza, la opulencia del Estado en un mar de pobreza sigue convirtiéndolo en un medio atractivo de adquirir fortuna.

En la época de Anastasio Somoza García (1936-1956) la corrupción adquirió límites inconcebibles.<sup>58</sup> Aparte de adquirir grandes riquezas para sí mismo por medios cuando menos cuestionables, exigía compensaciones de aquellos otros a los que él permitía hacerse ricos y casi todos los que simplemente querían hacer negocios.<sup>59</sup> Una de las cosas que hizo Somoza García a favor del esfuerzo bélico de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial fue requisar las propiedades de los inversionistas alemanes e italianos en Nicaragua y venderlas en subastas públicas, en las cuales él se hacía de las mejores propiedades a “precio de guate mojado”. Con la política represiva pudo acallar a muchos de sus oponentes y con la corrupción generalizada logró reunir una fortuna colosal y gozar opíparamente de ella. Las escaseces de la guerra fueron para Somoza García lo que para Al Capone la prohibición de consumo de bebidas alcohólicas.<sup>60</sup> Clavos, llantas, machetes, se vendían a través de sus agentes y amigos en cualquier parte, con un recargo de 200 a 600 por ciento más del costo real.<sup>61</sup>

58. Anastasio Somoza García fue un dictador brutal, líder de un golpe de Estado (1936), responsable de la tortura, la muerte y la desaparición de miles de campesinos del Ejército de Sandino y de centenares de opositores a su dictadura. La Iglesia católica apoyó a Somoza García por que era católico y anticomunista.

59. Shirley Christian, *Op.Cit.*, p.31.

60. John Kobler, **Al Capone et la guerre des gangs á Chicago**, Editions Robert Laffont, París, France, 1972, 480 páginas.

61. William Krehm, **Democracia y tiranías en El Caribe**, Editorial Parnaso, Buenos Aires, Argentina, 1957, p.177-178.

socios, o si no sacan jugosas comisiones. El dinero para los políticos es como la droga. Una vez que lo aceptas ya no puedes dejarlo de hacer más. La primera vez es difícil. Después te sirve como la heroína y vas a pedirlo. Aquí radica el origen de la concepción del “Estado-Botín” o corrupción política en Nicaragua. Se concibe al Estado como el medio por excelencia para realizar la acumulación originaria de capital. La “sed de oro” de los conquistadores en la época de Pedrarias Dávila corresponde a la actual situación de corrupción generalizada que se presenta en sectores importantes de la clase política del país, y de acceder a los puestos de gobierno para lograr el enriquecimiento acelerado. Muchos de los altos funcionarios utilizan sus cargos en el gobierno para traficar con influencias, ahuyentar la inversión nacional o extranjera y malversar el erario público. Hay una cultura general de aceptar que toda persona que llega a algún puesto en el aparato de Estado roba, sin ninguna coerción represiva de parte de la sociedad. Se acepta la impunidad ante los actos de corrupción. Normalmente, se penalizan los hurtos menores de los funcionarios menores, pero casi nunca, por no decir nunca, se persigue a los grandes. La corrupción ha ayudado a los políticos tradicionales a reafirmarse y a movilizar apoyo para el sistema político, dirigiendo al mismo tiempo el cinismo y la desconfianza de la población hacia el lado personalista del sistema, es decir, caracterizando el problema de la corrupción como de “unas cuantas manzanas podridas”.

El poder no es el que corrompe, sino el miedo. El miedo a perder el poder corrompe a quien lo sustenta y el miedo al flagelo del poder corrompe a quienes están sujetos a él. Mientras existan gobiernos cuya autoridad se base en la coerción en lugar del mandato popular, así como grupos de intereses que ponen las ganancias de corto plazo por encima de prosperidad y a la paz de largo plazo, los políticos tradicionales verán al Estado como un botín. Dentro de un sistema social que niega los derechos humanos básicos (salud, educación, alimentación, etcétera), el miedo está a la orden del día. El miedo a perder amigos, la familia, el trabajo o los medios para sobrevivir, el miedo a la pobreza, el miedo al aislamiento, el miedo al fracaso pueden permitir que las personas no quieran denunciar los actos de corrupción política que presencian. La forma más insidiosa del miedo es aquella que se disfraza de sentido común, o aún de sabiduría, y que condena como descabelladas, imprudentes, insignificantes o fútiles las pequeñas acciones diarias de coraje que ayudan a denunciar los actos de corrupción política y permiten preservar la dignidad del ser hu

mano. La fuente de coraje y la resistencia frente al poder desenfrenado es una firme convicción de los principios políticos combinada con un sentido histórico.

La corrupción política es un mecanismo crucial en el estilo de gobernar de Nicaragua. Aunque una corrupción generalizada puede dar por resultado un escaso nivel de confianza en el desempeño de un gobierno, las metas del sistema político tradicional o las políticas del gobierno pueden no ser cuestionadas. De hecho, al culparse a la ambición de los seres humanos de las fallas del sistema político, se ofrece una salida fácil al gobierno, y se controla así un problema que podría ser políticamente explosivo. La corrupción política ha sido una respuesta a la falta de oportunidades de movilidad social dentro del sistema económico y social oligárquico del país. Aunque hoy existen otros medios de riqueza, la opulencia del Estado en un mar de pobreza sigue convirtiéndolo en un medio atractivo de adquirir fortuna.

En la época de Anastasio Somoza García (1936-1956) la corrupción adquirió límites inconcebibles.<sup>58</sup> Aparte de adquirir grandes riquezas para sí mismo por medios cuando menos cuestionables, exigía compensaciones de aquellos otros a los que él permitía hacerse ricos y casi todos los que simplemente querían hacer negocios.<sup>59</sup> Una de las cosas que hizo Somoza García a favor del esfuerzo bélico de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial fue requisar las propiedades de los inversionistas alemanes e italianos en Nicaragua y venderlas en subastas públicas, en las cuales él se hacía de las mejores propiedades a “precio de guate mojado”. Con la política represiva pudo acallar a muchos de sus oponentes y con la corrupción generalizada logró reunir una fortuna colosal y gozar opíparamente de ella. Las escaseces de la guerra fueron para Somoza García lo que para Al Capone la prohibición de consumo de bebidas alcohólicas.<sup>60</sup> Clavos, llantas, machetes, se vendían a través de sus agentes y amigos en cualquier parte, con un recargo de 200 a 600 por ciento más del costo real.<sup>61</sup>

58. Anastasio Somoza García fue un dictador brutal, líder de un golpe de Estado (1936), responsable de la tortura, la muerte y la desaparición de miles de campesinos del Ejército de Sandino y de centenares de opositores a su dictadura. La Iglesia católica apoyó a Somoza García por que era católico y anticomunista.

59. Shirley Christian, *Op.Cít.*, p.31.

60. John Kobler, *Al Capone et la guerre des gangs á Chicago*, Editions Robert Laffont, Paris, France, 1972, 480 páginas.

61. William Krehm, *Democracia y tiranías en El Caribe*, Editorial Parnaso, Buenos Aires, Argentina, 1957, p.177-178.

El poder no es algo incorpóreo. El poder siempre da a sus detentadores ocasión de vender algo y de aprovecharse en beneficio propio de la información privilegiada del gobierno. Corrupción, tráfico de influencia, aprovechar un puesto público para enriquecerse, robar desde el gobierno, etcétera; pareciera que es un fenómeno social congénito a la política nicaragüense desde tiempos coloniales. Nada desprestigia y trabaja tanto por el desplome de la democracia como la corrupción. ¿Será esa una explicación de la falta de tradición democrática en nuestro país? Sin moralización del poder político, la actual democracia inconclusa no sobrevivirá en Nicaragua o se transformará en una caricatura.

Actualmente, existe una alta percepción en la población que hay corrupción en los diferentes ámbitos de la vida nacional, el 87.3 por ciento de los nicaragüenses piensa que hay corrupción en todo el país. La imagen más afectada en cuanto a la percepción de corrupción son los ministros, los líderes políticos y los diputados, con diferencias mínimas de percepción sobre todos ellos. La opinión de la población varía entre 88.1 por ciento para los ministros y 87.5 por ciento para los diputados. El 81.2 por ciento piensa que hay corrupción en la Presidencia de la República y un 76.1 por ciento en los juzgados del sistema judicial. El 91.8 por ciento opina que las principales formas en que la corrupción se expresa en los funcionarios públicos son: vida ostentosa, rápido aumento de bienes y casas, altos salarios en dólares, combinación de función pública y negocios, tráfico de influencia, familiarismo y amiguismo en puestos públicos.<sup>62</sup>

De acuerdo a la encuesta realizada por CID-Gallup la mayoría de los ciudadanos consultados dice que el presidente tiene que rendir cuentas de su patrimonio personal y familiar durante su mandato. “Cuatro de cada cinco nicaragüenses piensan que el mandatario debería de dar una explicación del estado de sus bienes y ganancias durante su gestión presidencial”.<sup>63</sup> Según dice textualmente en los artículos 2 y 5 de la Ley de Integridad Moral de los Funcionarios y Empleados Públicos, el presiden

62. Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Por el fortalecimiento de la gobernabilidad democrática en Nicaragua**, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, marzo de 1999, p.58-61.

63. Ver la encuesta realizada por: CID-Gallup, **Estudio de Opinión Pública #29** Mimeografiado, Managua, Nicaragua, abril de 1999, 47 páginas más 21 cuadros. En el mes de mayo, publicado parcialmente por el diario La Prensa, Edición N°21639, en el suplemento titulado "FSLN y PLC se desploman", jueves 6 de mayo de 1999.



te de la República, igual que cualquier otro funcionario “que estuviere ejerciendo funciones de autoridad y manejare fondos públicos y recursos destinados para el bien de comunidad”, deberá informar, dentro del plazo de 15 días, de cualquier negociación en que adquieran o vendan bienes con un valor mayor de diez mil córdobas . De manera que no es un asunto de interpretación de la ley, la cual está absolutamente clara, sino que es una cuestión de voluntad y cultura política para acatarla.

El Presidente Alemán, representante de los políticos tradicionales, argumenta, para negarse a rendir cuenta de su patrimonio personal y familiar que el artículo 130 de la Constitución Política señala que todo funcionario del Estado debe rendir cuentas de sus bienes antes de asumir el cargo y después de entregarlo”, lo cual anula -según él- a Ley de Integridad Moral de los Funcionarios y Empleados Públicos, que fue dictada en 1979. El mismo artículo 130 constitucional señala expresamente que “la ley regula esta materia”, lo cual significa que aplicación de esa disposición constitucional debe estar reglamentada por una ley que es precisamente la Ley de Integridad Moral de los Funcionarios y Empleados Públicos que no se opone a la Constitución y tampoco ha sido derogada ni reformada.

En cualquier parte del mundo, donde exista la democracia plena, las personas que aceptan desempeñar cargos públicos saben que tienen que cumplir con la exigencia de rendir cuentas y no sólo sobre los bienes ajenos que maneja (los bienes estatales), sino también sobre sus propios bienes. Todos los funcionarios, comenzando con el Presidente de la República, tienen que acatar la obligación legal y moral de informar sobre sus situaciones patrimoniales, negarse es querer mantener viva la vieja cultura política de hacer del Estado un botín de enriquecimiento inexplicable. En la década de los noventa, a los ciudadanos de a pie no se les puede engañar siempre, ya que se informan por medio de la radio, la televisión y los medios escritos. Ellos entienden, gracias a esos medios de comunicación, las obligaciones y deberes de los gobernantes, la necesidad de la transparencia y de la lucha contra la corrupción. También han expresado sus dudas y temores sobre la honestidad de este gobierno. Por medio de la encuesta de Cid-Gallup han expresado que “más de la mitad de los entrevistados dicen que él (presidente Alemán) es “poco” o nada honesto”,<sup>64</sup> o cuando nos indican que “la mayoría -el 51 por ciento- de

64. Ibid., p. 13.

**SámtonñSTH** <sup>CU</sup> considera " gobierno actual de Amold » Alemán  
de "nnresos- <sup>TTM\*</sup> " través de los y «Ms frentes  
ingresos . Por eso el 78 por ciento de las personas entrevistadas  
opinaron que el Presidente Alemán tiene que rendir cuentas de su patri-  
monio, durante el ejercicio de su mandato presidencial. <sup>65 66</sup>

65. Ibid., p.23.

66. Ibid., p.12.

## **6. Fusión Estado-Empresa-Partido**

Los nicaragüenses no hemos logrado construir claras fronteras entre lo público y lo privado, ni desarrollar una ética de lo público. Desde sus orígenes el Estado nicaragüense fue “privatizado”, al ser colocado al servicio de los intereses particulares de una élite, representada políticamente a través de la hegemonía liberal-conservadora, todo lo cual ha estimulado la idea del enriquecimiento fácil, valorando la actividad ilegal de la política, la violencia de la corrupción, y fomentado el desprecio a la ley. A la gran mayoría de la población, el Estado no le ha garantizado sus seguridades vitales, ni provisto adecuadamente los servicios públicos básicos; el Estado no se ha configurado como el espacio de representación de lo público en general. El resultado ha sido una sociedad civil organizada y no organizada en gran medida abandonada a sus propios recursos, en los que prospera el “rebusque” en todas sus formas y la violencia social.

Con la conversión del clientelismo en articulador del sistema político tradicional, el papel mediador del bipartidismo entre la sociedad civil y el Estado se circunscribió en lo fundamental al trámite de intereses que tuvieran que ver con la representación del capital electoral. En estas condiciones se convirtió en el caldo de cultivo de la corrupción en el sistema político. Esta se desarrolló en dos direcciones: en la manipulación del electorado para acceder al control del Estado y de sus instituciones; y en la utilización de cuotas burocráticas y de los recursos presupuestales para el pago de los “favores políticos”.

Uno de sus efectos ha sido el que las oportunidades políticas pesen más que las económicas como canal de ascenso social. Ello ha propiciado que se recurra con más frecuencia a la política para hacer dinero, a confundir los intereses del partido con el Estado y lo público con lo privado, lo cual ha pervertido el sentido de la política, al paso que ha acentuado la subordinación y pasividad de sectores de las clases subalternas, que encuentran en el clientelismo la única oportunidad de acceder a los beneficios sociales y económicos. La fusión Estado-Partido-Empresa se vio fa

vorecida por la omnipotencia y omnipresencia de los partidos políticos tradicionales, capaces de controlar la sociedad civil y el sistema económico.

Los partidos políticos tradicionales han sido partidos “tomatodo”, o sea partidos caracterizados por la atenuación ideológica, la capacidad de dirigirse a todos los sectores sociales, la apertura a grupos de intereses y desde el punto de vista organizativo, un papel limitado de sus partidarios, el fortalecimiento de las cúpulas, una tendencia a la centralización de las decisiones y cuyo interés pasa más por los negocios que por la política a favor de las grandes mayorías. Es decir, los profesionales de la política tienen carencia del sentido de ser servidores públicos en beneficio de la comunidad.

Al interior de los partidos políticos tradicionales creció el poder y el prestigio de una serie de figuras caracterizadas por saber manejar el dinero de la administración pública a favor de los capos políticos y/o sus jefes locales. Son personas dotadas de contactos en la política y en la administración del Estado que los partidos colocan como hombres de confianza para obtener y/o controlar los negocios y las licitaciones públicas. Son cuadros profesionales sumamente leales a sus padrinos políticos; para estos cuadros, posibles de ser definidos como “políticos de negocios”, los reconocimientos de índole económico son fundamentales ya que los cargos políticos en sí no son tan importantes para ellos. Su principal función es mediar entre los distintos actores económicos, establecer contactos y favorecer las negociaciones entre las partes. Sus principales recursos son el conocimiento y la información que recogen en las distintas dependencias del Estado e intercambian entre las élites para hacer incrementar su patrimonio personal. En términos de estructura de los partidos, todo esto implica una monetización del poder, lo cual facilita la fusión Partido- Estado-Empresa.

El poder político es utilizado para beneficio de la clase dominante o en beneficio propio de los políticos tradicionales. Los intereses personales de la clase dominante (empresarios y/o partidos políticos) confunden el interés de unos pocos con el interés de la nación. Expresa una relación entre gobernantes y gobernados, en lo político, económico y social, como una relación de dominación y privilegio. El principio que rige es que: los intereses económicos de “los de arriba” tienen que ser buenos para “los de abajo”. Se prioriza la construcción de una carretera para beneficiar a un sector social determinado, sin tomar en cuenta el valor estratégico para el desarrollo equilibrado de la nación y mucho menos en los beneficios directos e indirectos de las comunidades involucradas.

La ecuación Estado-Empresa abarca, además de factores internos al Estado, nexos entre éste y la empresa. Los factores que contribuyen a consolidar la fuerza de una empresa están íntimamente relacionados con los lazos que la vinculan con el Estado y con la élite en el poder, lo cual le permite fortificar su posición en la sociedad. Aunque los indicadores tradicionales del tamaño de la empresa, el control de recursos de cara a la sociedad, su capacidad de movilizar riqueza, etcétera; sugieran un aparato empresarial fuerte, no podrá desarrollarse a plenitud si no cuenta con los favores del poder político. Por una diversidad de razones culturales, históricas, económicas y políticas, la ideología dominante de Nicaragua, en la década de los ochenta, era la de un Estado fuerte. Sobre el Estado recaía administrar, dirigir y guiar el proceso de desarrollo, de garantizar la justicia social, apoyar al sector privado, y forjar la armonía social y la paz entre todos los sectores de la sociedad. Esta posición ideológica dio como resultado que el Estado fuera el propietario de las empresas más grande del país y controlara el 50 por ciento del producto interno bruto del país. Con la derrota del sandinismo (1990), el poder político volvió a manos de la clase dominante tradicional, la cual utilizó su poder para privatizar las empresas estatales en beneficio de ellos, de sus familiares, y amigos cercanos. Logrando, de esa forma, incrementar su poder económico.

Normalmente, la ecuación Estado-Empresa está marcado por una fuerte intervención gubernamental que va desde reglamentaciones, subsidios, licencias, permisos y agentes de cambios hasta la compra de productos. La plétora de recursos administrativos aumenta los contactos entre el gobierno y la empresa, y proporciona al burócrata una vasta base de poder en su relación con aquélla. Por medio de estos recursos el Estado estructura el medio industrial y comercial, y desplaza a otras reglas empresariales. Como el gobierno está en posición de levantar o hundir a cualquier compañía privada, muchas veces es más importante tener buenos contactos políticos que habilidad como empresario. Como el Estado cuenta con una ventaja tan poderosa, se ha vuelto cosa de rutina el pago de sobornos por parte de las empresas para obtener servicios y favores o para que funcionarios gubernamentales del partido en el poder se transformen en empresarios, ya sea montando su propia empresa o volviéndose socio de la empresa que quiere obtener un permiso determinado para operar.

En febrero de 1999, el 61.6 por ciento de la población nicaragüense percibió que había corrupción en la empresa privada. El 57.7 por ciento piensa que las principales formas en que se manifiesta la práctica de la

corrupción en el sector privado son: tráfico de influencia con los funcionarios públicos, pago de comisiones para obtener obras públicas, soborno a funcionarios públicos y lavado de dinero. Como se puede deducir de los datos, la empresa privada aparece como corruptora de los funcionarios públicos. Hay un hecho significativo, el 34.8 por ciento de la población expresó no saber o no respondió, lo que indica un desconocimiento de parte de la población sobre la fusión de los intereses nacionales y los intereses empresariales.<sup>67</sup>

Los políticos tradicionales crean sociedades de conveniencia con empresarios y con amigos para participar personalmente en el reparto de los beneficios estatales. Generalmente el fenómeno de la creación de esas sociedades anónimas que operan en el campo de las obras públicas, de la vivienda o de las concesiones de diversos tipos, y que los funcionarios gubernamentales utilizan para enriquecerse, es la vía usualmente la más utilizada para recibir la parte del botín. Las fortunas realmente impresionantes se hacen en la cima del gobierno, donde se toman las decisiones de contratos importantes. Con frecuencia, un contrato de obras públicas o de bienes se concederá a una compañía propiedad del funcionario que está a cargo de tomar la decisión. Si no tiene la compañía, muchas veces la formará meramente para hacer las veces de intermediario. De cualquier manera, se pasa por alto precio o calidad: desde hace mucho tiempo se considera que el conflicto de intereses es uno de los requisitos del poder. Con frecuencia, las obras importantes se deben contratar en el extranjero, y ello involucra una comisión directa. Otros casos, son que los funcionarios que tienen parte de las obras públicas compran tierras a precios muy bajos antes de anunciarse una inversión importante. Otros cierran contratos con sus propias empresas asesoras para que se realicen estudios que deberían efectuar sus dependencias. En algunos casos, la corrupción no implica sino el abuso de privilegios, como la asignación de autos y choferes o el pago de los servicios básicos de sus casas particulares. De esa manera han aparecido nuevos personajes, o antiguos de bajo perfil y dudosos antecedentes, con signos de enriquecimiento inexplicable. Los gobiernos toleran los abusos por incapacidad, negligencia y/o clientelismo político.

El sistema de contrataciones irregulares y de clientela, la inobservancia de las normas legales y administrativas, la imposición de la voluntad

política sobre las decisiones de la burocracia y el uso de los órganos estatales al servicio de los intereses del partido de gobierno o los familiares de los funcionarios estatales, provoca un singular proceso de interpenetración entre los intereses personales de los miembros del poder oculto y los intereses nacionales. Los miembros del poder oculto y la nueva burguesía liberal emergente nacen juntos: en el mismo momento histórico, en las mismas zonas territoriales; y en los mismos ambientes políticos y económicos. No creo que los miembros del poder oculto practiquen solapadamente el consejo de Anastasio Somoza García, fundador de la dinastía, les daba a sus funcionarios enriquecidos rápidamente, cuando les advertía paternalmente: “Ve hijo, cuando se come gallina no se tiran las plumas a la calle”.

Los miembros del poder oculto y la nueva burguesía liberal son, por lo tanto, producto de un mismo proceso que invade con ímpetu la sociedad nicaragüense. Este es el motivo fundamental de que la relación de los miembros del poder oculto y los políticos liberales tenga una imagen tan claramente orgánica. El proceso de movilidad social puesto en marcha por el gobierno liberal se basa en la utilización ilegal de la enorme cantidad de recursos públicos, lo cual permite que se crean, al mismo tiempo, las oportunidades para la renovación de la dirección del partido liberal y del poder oculto.

En otras palabras, las élites de ambos sectores, no sólo tienen su origen en un mismo proceso de acumulación inexplicable,<sup>68</sup> sino que poseen las mismas raíces sociales y utilizan, en campos distintos pero estrechamente interrelacionados, los mismos tipos de oportunidades ofrecidas por el sistema económico neoliberal. En este sentido se puede decir que la diferenciación entre los miembros del poder oculto y los políticos liberales es especialmente difusa. El grado de diferenciación depende, en realidad, del nivel de especialización de las funciones que ejercen cada uno de sus miembros. La interconexión entre miembros del poder oculto, políticos liberales y empresarios instrumentales hace que se pueda atribuir a los tres tipos de sujetos sociales la etiqueta de miembros de la cosa nostra nicaragüense.

68. El enriquecimiento inexplicable es el Incremento del patrimonio personal de un funcionario público con significativo exceso respecto de sus ingresos legítimos durante el ejercicio de sus funciones y que no puede ser razonablemente justificado por él. Para mayor información ver: Contraloría General de la República de Venezuela, **Democracia contra corrupción**, Imprenta de la CGR, Caracas, Venezuela, **1997**, p. 52.

Dentro de los “notables” del partido de gobierno nace y se recompone la clase dominante emergente, con acceso a los recursos estatales y estructurada en base a las redes de la amistad instrumental. Estas redes permiten, a esas élites emergentes, la reproducción de las funciones de mediación entre la burocracia estatal y el capital. A causa de la persistencia de las relaciones de amistad instrumental y su fortalecimiento, los límites entre los distintos papeles del poder oculto desaparecen. La definición funcional del papel de mediador, unida a las tareas institucionalizadas que se le han asignado, tiende a desaparecer y reformularse en términos informales los límites entre los distintos sectores de la élite liberal emergente, con referencia a la amistad o al parentesco. El responsable de una oficina gubernamental o el funcionario de una banca estatal que se definen dentro de las redes de parentesco y/o de amistad instrumental: son precisamente un “amigo” o un “pariente”, y lo que se espera de ellos es que respondan en esos términos a las peticiones que se les hacen desde lo alto del poder oculto para incrementar su patrimonio personal y/o familiar. De ese modo, las leyes en vigencia, la práctica administrativa correcta y los códigos de comportamiento burocráticos establecidos son manipulados y desaparecen las atribuciones de los procedimientos administrativos y sus distinciones. A través de la manipulación del parentesco y la amistad se tiene la posibilidad de acceder a los recursos estatales de una manera más fácil y más rápida. El proceso de manipulación de los miembros de alta burocracia gubernamental se basa en la capacidad de transferir información privilegiada de un sector a otro, con el ánimo de obtener un beneficio personal. Quien tiene un recurso, por ejemplo una red de relaciones privilegiadas en el gobierno, puede utilizarlo para conseguir puestos a sus parientes. Así invierte, a favor de estos últimos, una parte de sus recursos de relaciones de las que dispone a fin de conseguir un trabajo para amigos y parientes. Pero, al mismo tiempo, obtiene recursos consistentes en el agradecimiento infinito de quienes han encontrado trabajo, en el momento cuando existe un alto índice de desempleo en el país. A su vez, este recurso pueden ser convertido en apoyo electoral y/o en apoyo para una manipulación ilegal en beneficio del político tradicional que le ha permitido obtener ese puesto de trabajo.

También, en estas acciones, se emplean los recursos del agradecimiento personal. A cambio del puesto de trabajo, se obtiene un crédito para una empresa que se quiere constituir y/o favores administrativos para agilizar procedimientos burocráticos requeridos. Por ejemplo, con



seguido los permisos correspondientes, el miembro de poder oculto requiere de un volumen de recursos financieros determinado que le pueda permitir un enriquecimiento inexplicable a los miembros que conforman la “cosa nostra” nicaragüense. Este proceso puede seguir hasta el infinito, en la medida en que el miembro del poder invisible u oculto sea capaz de conservar sus relaciones de “amistad” o “parentesco en el gobierno y poder incrementar, de esa forma, su capital inicial.

En un sistema como éste, un empresario emergente puede no estar interesado en invertir en la producción para consolidar su posición económica. Sin embargo, puede preferir gastar una pequeña parte de su capital en operaciones de apoyo a los políticos ligados al círculo íntimo del poder oculto que le vaya a garantizar posteriormente nuevos fondos y/o favores políticos que le ayuden a incrementar su patrimonio. O, también, un político tradicional puede tener interés en entrar en alianza con sectores de una actividad económica determinada, por motivos análogos. La especialización funcional de los papeles de los miembros de la “cosa nostra se difumina, y la única especialización verdadera consiste en que todos se transforman en empresarios emergentes y/o mediadores; es decir, en combinar, a través de la manipulación del parentesco, la amistad instrumental y el poder político, las relaciones que permiten acceder a los recursos financieros del Estado.

Los individuos con posibilidades de aspirar a jugar el papel de empresarios mediadores se dirigen hacia aquellos sectores económicos y hacia una militancia política que les permita mayores oportunidades para su enriquecimiento ilícito. De esa manera se explica la concentración de empresarios y políticos intermediarios en las filas del partido liberal y en los funcionarios que tienen su conexión con los poderes públicos. En este sentido es difícil decir, quién, de los miembros del poder oculto (políticos, empresarios y funcionarios), manipula al otro. La manipulación es recíproca, y las diferencias entre todos los papeles señalados es muy escasa. En cierto sentido, empresarios, funcionarios y políticos forman conjuntamente la “cosa nostra” nicaragüense.

## 7. Dictadura o autoritarismo

Bajo el nombre de dictadura se incluyen a todos los regímenes antidemocráticos o no democráticos, que se instauran de facto, trastornan el orden político preexistente, provocan una concentración del poder, permite la extensión del poder más allá de los límites ordinarios y facilita la emancipación del poder respecto de los frenos y de los controles normales que determinan las leyes.<sup>69</sup> Es decir, la dictadura designa la clase de gobierno no democrático que se contrapone a la democracia. La democracia como término “positivo” de la dicotomía señalada, está caracterizada por la separación de hecho y de derecho del poder y la transmisión de abajo hacia arriba de la autoridad política; mientras que la dictadura, como término “negativo”, se distingue en el punto opuesto, por una concentración marcada del poder y por la transmisión de la autoridad política de arriba abajo. La dictadura representa más que nada una ruptura de la democracia; se instaura utilizando la movilización política de una parte de la sociedad y sometiendo con la violencia a otra parte, y no puede garantizar su continuidad ni con el procedimiento democrático, del cual es la negación, ni con el principio hereditario, que está en contraste con las condiciones políticas objetivas.

Se suelen llamar autoritarios a los regímenes que privilegian el aspecto de mando y menosprecian de un modo más o menos radical el del consenso, concentrando el poder político en un hombre o en un sólo órgano y restando valor a las demás instituciones representativas; de ahí la reducción a la mínima expresión de la oposición y de la autonomía de los otros poderes del Estado y la sustancial eliminación de contenido de los procedimientos y de las instituciones destinadas a transmitir la autoridad política desde la base hasta lo alto. También, el concepto de autoridad lo toman en un sentido particular y retringido, ya que está ligada con una estructura política fuertemente jerárquica, basada a su vez en la concep

69. Norberto Bobbio, **La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político**, Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 1989, 193

ción de la desigualdad de los hombres y que excluye o reduce al mínimo la participación de la base en el poder e implica, de ordinario, una marcada utilización de los medios coercitivos, que prescinde del consenso de los subordinados y restringe la libertad. Al dirigente autoritario le gusta la obediencia incondicional y la adulación de todos sus subordinados; al mismo tiempo, trata con arrogancia y desprecio a los inferiores jerárquicos y en general, a todos los que están privados de fuerza o poder político. Los regímenes autoritarios asumen una ideología que niegan de una manera más o menos decidida la igualdad de los hombres, ponen el mayor incapié en el principio jerárquico y exaltan algunos elementos de la personalidad autoritaria como si fueran virtudes.

Antes de la instalación de la Constituyente, en el mes de noviembre de 1853, el gobierno de Frutos Chamorro dijo que tenía noticia de un complot revolucionario en León. “Chamorro mando instruir un proceso reservado y descansando en el testimonio de gente bastante sospechosa, dio por comprobados los hechos, y quiso hacer sentir el peso de su autoridad a la oposición, aunque para esto le fuera preciso apartarse un poco del camino de la ley. Ordenó en consecuencia, la captura de los diputados Castellón y Jerez, que gozaban de inmunidad constitucional, de los coroneles Francisco Díaz Zapata y Mateo Pineda y de otras cuantas personas e importancia en el partido liberal y las expulsó en seguida sin darle audiencia y pasando sobre la inmunidad constitucional de que gozaban a gunos de los expulsos”.<sup>70</sup> Libres de los diputados opositores, Chamorro expidió un decreto ejecutivo para convocar para enero de 1854 la reunión de la Asamblea Constituyente. El día de su instalación, Chamorro solicitó a los diputados que fueran muy discretos y mesurados para conceder garantías individuales y que procurasen robustecer el principio de autoridad dando mayor fuerza al poder” para infundir respeto.<sup>71</sup>

La Constitución de 1854, promulgada el 30 de abril de 1854, facultaba al Ejecutivo para que con sólo conatos de trastornos públicos pudiera ocupar la correspondencia epistolar, violar el asilo doméstico, arrestar hasta por treinta días sin sentencia judicial, trasladar a cualquier individuo de un punto a otro de la república y expulsar del territorio nacional hasta por un período de seis meses. Sus disposiciones establecían en resu

<sup>70</sup> nfrf» N\_res Gamezi » istoria Moderrri a de Nicaragua. Complemento a mi Histo-  
gua, ÑiS“g’ua<sup>U</sup> 1975 p^1” CUrtUra, ^ B3nC\_o de AmériCa, ^ histórica N\_o7, Ma\_11a\_

71. Ibid., p.704-705.

men un régimen legal extremadamente absolutista y despótico, que llenó de terror a los opositores y les hizo, como era de esperarse, luchar con la misma desesperación del que trata de salvarse de un peligro inminente.

El autoritarismo implica una relación entre el Estado y la sociedad civil en la que la dimensión democrática está ausente o trunca. Producto de una cultura política autoritaria del poder, han surgido prolongadas dictaduras personales y *lo* institucionales. Las clases dominantes que han gobernado Nicaragua no han podido “implantar” las ideas democráticas porque no ha existido ningún lazo orgánico entre ellas y esas ideas. La dictadura se ha expresado en la fusión de lo militar y lo político. El poder es como una droga alucinógena que hace perder el contacto con la realidad y los principios y valores a quienes arriban al poder. El que llega, no lo quiere dejar; el que lo deja, lucha por regresar; y el nunca ha llegado, busca cómo alcanzarlo a cualquier costo. Como consecuencia de lo anterior, el que busca el poder puede hacer cualquier cosa, aún en contra de sus principios con tal de conseguir su objetivo, compra voluntades, antepone intereses personales al bien común, pone en peligro la estabilidad social y política por sus propios intereses, traiciona a quienes cree que ya no le son útiles, etcétera.

La democracia en Nicaragua no ha podido consolidarse debido a que ningún gobernante se atiene a obedecer las leyes constitucionales mientras son gobernantes.<sup>72 73</sup> Las instituciones nunca terminan de consolidarse porque viven en un eterno recommienzo. Cada presidente quiere que las constituciones sean transitorias, quieren hacer una nueva que no sea camisa de fuerza” para ellos, dotadas de puertas anchas para poderle “torcer fácilmente el brazo a la ley”, pero cuando están en la oposición desean una nueva constitución con mayores controles al Poder Ejecutivo. La fragilidad de las instituciones está vinculada, también, con la circunstancia de que éstas se encuentran débilmente separadas de los intereses de los grupos dominantes. Por otro lado, el frecuente cambio de bando o de partido de los muchos políticos tradicionales es otro de los elementos que favorecen el nacimiento de las dictaduras. Este cinismo u oportunismo de

72. Emilio Alvarez Lejarza, **Las Constituciones de Nicaragua**, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, España, 1958, p.505-530.

73. Víctor Hugo Acuña O., **Autoritarismo y Democracia en Centroamérica: la larga duración (siglos XIX y XX)**, ensayo publicado en el libro, *Nicaragua en busca de su Identidad*, publicación conjunta del Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana y Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Managua, Nicaragua, 1995, p.535-571.

las élites dirigentes es resultado de que para ellas son más importantes los vínculos de parentesco, los intereses económicos y las lealtades personales que las afinidades ideológicas.

Este rasgo comenzó con la dictadura de Pedrarias Dávila, en la época colonial, que tenía el poder político y el poder militar;<sup>74</sup> en el siglo XIX se dio con Tomás Martínez, Joaquín Zavala y José Santos Zelaya. En el siglo XX, se ha expresado con Emiliano Chamorro, Anastasio Somoza García, etcétera. Los Somoza, nunca aceptaron la idea de que la oposición, por moderada que fuese, pudiera llegar a desposeerlos del poder. Ni siquiera estaban dispuestos a permitir a sus oponentes la participación en el poder sin extraer a cambio un trozo de sus principios.<sup>75</sup> La mayoría de los políticos tradicionales han visto a Nicaragua como un país con un enorme potencial de una extrema fragmentación política que, históricamente, sólo ha podido ser controlada por las dictaduras. Las dictaduras han nacido cuando ascienden al poder “los políticos con uniforme”.<sup>76</sup> Los políticos tradicionales ven en el autoritarismo como el único camino idóneo para la creación de una sociedad moderna con una administración racional y una acción decisiva para el progreso social. Todos los políticos tradicionales tienen una fe en la necesidad de una alta concentración de autoridad y como una medicina fuerte para curar el parroquialismo, la desunión y la apatía política.

El sistema político nicaragüense presenta una contradicción entre el nivel de la ideología legitimadora y el organizacional, y se relaciona entre la democracia y el autoritarismo. Es decir, cómo el sistema político puede venderse como democrático en la idea, pero autoritario en la práctica. Hay una escisión entre la forma y la sustancia. La élite política vende consistente y congruentemente ante los ojos de la población los ideales democráticos del sistema, mientras pone en la práctica y disfruta los beneficios de una realidad autoritaria. Una explicación para esta dicotomía sería tratar a la élite política dominante como un conjunto de hipócritas dedicados a una campaña generalizada de engaños con fines puramente egoístas. En este caso el verdadero significado de la democracia perma

74. José Dolores Gámez, **Historia de Nicaragua**, Colección Cultural del Banco de América, Serie Histórica N°3, Managua, Nicaragua, 1975, p.159-198.

75. Shirley Christian, **Op.Cit.**, p.32.

76. Luis Humberto Guzmán, **Políticos en Uniforme. Un balance del poder del EPS**, Instituto Nicaragüense de Estudio Socio-Políticos, Managua, Nicaragua, 1992 141 *Dá-*  
ninac

nece oculto, para buscar en la práctica un objetivo contrario. Es la utilización del lenguaje que se transforma en un instrumento de conservadurismo, que se lo usa para engañar y, por lo tanto, para tener el poder de dominar.

Las guerras civiles, las intrigas y las conspiraciones que han dominado la historia política nicaragüense han sido conflictos en los cuales ningún grupo fue derrotado o eliminado de manera definitiva. Las disputas entre los diferentes grupos de la clase dominante presentan típicamente esta característica de pleitos entre élites dominantes divididas por aparentes motivos ideológicos y realmente son por cuestiones de lealtades localmente segmentadas y por intereses materiales. A lo largo de la historia política, hemos conocido que los grupos sociales emergentes han tenido una capacidad reducida para cambiar el estilo de la cultura política y las reglas del juego del sistema político, establecidas por la clase dominante, han permanecido fundamentalmente inalterables. Las élites políticas, surgidas tanto en la revolución liberal como en la sandinista, han tendido a integrarse al sector dominante y a respetar las normas y valores que este había establecido en sus relaciones con el Estado y con las clases subalternas, ya que no han tenido la fuerza, el interés o la necesidad de introducir nuevos valores, normas de conducta y principios en la cultura política existente. La continuidad de los valores y normas de la clase dominante ha permitido que haya persistido una cultura política basada en despotismo, autoritarismo, nepotismo, el oportunismo y el presidencialismo.

Hay también, otra explicación de esa brecha entre democracia y autoritarismo, además de la hipocresía. Se destaca cómo los liberales de Zelaya, pese a su afinidad ideológica por la democracia, se vieron forzados a utilizar un control centralizado para eliminar las barreras de un mercado interno débil. También se señalan factores tales como la falta de preparación de democracia popular, de capital, infraestructura y fondos gubernamentales, para explicar las tendencias antidemocráticas del gobierno de Zelaya. Esta línea de razonamiento se hace extensiva para explicar el comportamiento político del sandinismo, la realidad autoritaria del sistema político -en la época sandinista- no estaba en contradicción con los ideales democráticos, sino más bien que las tendencias autoritarias son explicadas como el medio organizacional necesario para alcanzar los fines ideales de la revolución. La élite política del sandinismo, al separar lo normativo de lo real, llegaron a ver la estabilidad y el cambio desde arriba como el logro “sine qua non” de los objetivos democráticos e

igualitarios de la revolución.

Si observamos cómo maneja el público la aparente contradicción entre democracia y autoritarismo. Las masas reconocen la contradicción entre lo que los gobiernos dicen (sus ideales) y lo que hacen. No hay duda de que las masas están al tanto de la paradoja, de la flagrante brecha entre forma y sustancia. Las encuestas de opinión muestran una mezcla aparentemente desconcertante de aceptación del sistema y de crítica a las instituciones. En otras palabras, revelan una ciudadanía que acaricia valores democráticos y que, al mismo tiempo, apoya un sistema político autoritario. La mezcla de autoritarismo y caciquismo paternalista, fundamentado en el clientelismo político, mediante la dispensa arbitraria de favores y castigos, ha propiciado el derroche de recursos humanos y materiales del país.

La primera condición para que el país se transforme y logre instaurar un verdadero “Estado de derecho” es luchar a muerte contra la discrecionalidad en la aplicación de las leyes, no sólo como instrumento político, sino como cultura del autoritarismo. El “Estado de derecho” significa también, eliminar a los políticos camaleónicos que se mimetizan para subsistir y, por lo tanto, apoyan la discrecionalidad en la aplicación de las leyes. El “Estado de derecho” implica combatir a los funcionarios que quieren inhibir y paralizar a los ciudadanos que denuncian las discrecionalidades en la aplicación de la leyes que tales funcionarios dicen combatir y, por lo tanto, esas denuncias ponen en peligro su permanencia activa en la política nacional y el autoritarismo de los gobernantes.

Instaurar el Estado de derecho” significa entonces, una suspensión del “pacto de ilegalidad consentida” en el que se basa la vida diaria de muchos miembros de la clase dominante, de los políticos tradicionales, de los grupos económicos y del poder autoritario de los principales funcionarios de gobierno. Demasiados intereses se conjugarían, en realidad, como para creer que el actual gobierno liberal pueda proceder legalmente contra ellos (estableciendo el “Estado de derecho”) sin hacer estallar sus alianzas, sus principales apoyos y su propia estabilidad.

Las condiciones de discrecionalidad del poder que caracteriza al autoritarismo nicaragüense, pone en manos de la Presidencia de la República la posibilidad de satanizar o no a sectores sociales determinados. Nada que ver con los métodos democráticos y sí todo que ver con el control de los procesos por parte del régimen. La democracia presupone transparen-

cia en las reglas del juego político o económico. En Nicaragua, la constante ha sido casi invariablemente al revés. La democracia económica o política significa el respeto a las leyes que aseguran una competencia y que permiten la participación de un contingente demográfico más amplio y no discriminado en las esferas políticas y económicas del país. El menosprecio de la democracia socava el desarrollo económico y la capacidad para atraer inversiones de capitales internacionales. Las principales consecuencias del autoritarismo como modalidad predominante de relación del gobierno y la sociedad son la debilidad de las instituciones del Estado, el incremento de la marginalidad social por la falta de un acuerdo nacional contra la pobreza y la inexistencia de una justicia accesible e imparcial. La preponderancia de un poder ejecutivo sin transparencia en sus prácticas y procesos, carente de mecanismos de rendición de cuentas, es la expresión administrativa del autoritarismo.

La mecánica del autoritarismo es tal que, cada vez que debe ponerse en juego, exige que la movilización del poder político sea completa. Esto es algo tan natural como que el autoritarismo se alimenta justamente del reconocimiento que le viene de abajo, reconocimiento que es más necesario que nunca cuando se da una movilización del poder contra toda oposición de cierta envergadura al sistema político. Emplearse a fondo y como si fuera la vez definitiva, el último momento, la prueba última, es un modo de actuar necesario, indispensable para el poder autoritario, en el que no puede haber términos medios, so pena de perder un consenso que es tan necesario como la vida misma del organismo político.

En los últimos años, debemos admitir que el país se ha movido en forma lenta y vacilante hacia la democracia. La clase política ha aceptado que la democracia es la única forma de gobierno que, a pesar de sus imperfecciones, puede garantizar la convivencia pacífica entre las diversas formas de consenso y de disenso. El funcionamiento de la democracia se basa, precisamente, en la existencia de un consenso que no excluya, de ningún modo, el disenso, y de un disenso que no neutralice, bajo ninguna circunstancia, el consenso.<sup>77</sup> El proceso democrático no asegura que serán tomadas buenas decisiones pero constituye, en cualquier caso, un aspecto positivo de que las decisiones colectivas sean tomadas a través de un proceso amplio y democrático, que incorpora los puntos de vista de

77 Oscar-René Vargas, **Autoritarismo o democracia**, publicado en el periódico El Nuevo Diario, Año XVII, Edición N°5898, Managua, Nicaragua, miércoles 15 de enero de 1997, p.6.



todas las fuerzas políticas, culturales, económicas y sociales del país, y respetando la igualdad y la autonomía personal. Para el buen funcionamiento de un gobierno democrático, no es recomendable la existencia de un consenso unánime que, cuando existe, resulta nocivo para la ampliación de la propia democracia. Democracia significa entonces, existencia de disenso. La democracia significa, también, la contemporánea existencia de consenso y disenso. La democracia admite el mecanismo político mediante el cual se garantiza que la mayoría admita y respete el disenso de las minorías. El disenso resulta funcional para la democracia, ya que puede ayudar al cambio, contribuyendo a mejorar la calidad y el rendimiento del gobierno.

El autoritarismo existe cuando el imperio de un consenso unánime y/ o consenso absoluto no admite disenso porque pretende ser el representante del consenso general. El autoritarismo representa una forma de gobierno que tiende de modo sistemático, al aniquilamiento de cualquier tipo de disenso, empleando para este fin medios discrecionales y, por lo tanto, ilegales. El disenso se puede expresar de varias formas, desde aquellas que representan un disenso moderado y racional, hasta aquellas formas más intensas y radicales que dan lugar al desarrollo de oposiciones antisistema que en ocasiones han buscado el cambio político por medios violentos. Cuando grupos sociales recurren sistemáticamente al uso de medios no-convencionales de disidencia, entonces quiere decir que estos actores políticos consideran que ha llegado el momento para la ruptura del orden institucional. En otras palabras, que dichos actores políticos no están conformes con la representación política vigente y consideran necesario un nuevo pacto que haga posible la transformación del régimen político.

La coexistencia del consenso y del disenso sólo es posible en un ambiente de tolerancia, lo que significa que se opta por el método de la persuasión antes que por el método de la fuerza. Es decir, la argumentación y el convencimiento sustituyen a la coacción y a la imposición para la solución de los conflictos sociales y políticos. Si no hay tolerancia, existe sólo la persecución y/o la eliminación física del adversario como método para imponer sus puntos de vista. En consecuencia, la intolerancia constituye el verdadero enemigo de la democracia. Se advierte con preocupación la tentación de la derecha a recurrir a “salidas autoritarias” reduciendo los espacios de negociación democrática.

La tolerancia implica el reconocimiento de un consenso social, político y económico mínimo para que un gobierno funcione de modo civilizado, renunciando al uso de la violencia para la solución de los conflictos sociales y las discrepancias políticas. La tolerancia no implica en ningún modo la renuncia a sus propias convicciones; al contrario, el esfuerzo común, el respeto mutuo, la voluntad de diálogo y el disenso constituyen sinónimos de la tolerancia. La incapacidad para convivir con las diferencias no ofende solamente a la tolerancia y al pensamiento democrático, constituye una afrenta a la sociedad moderna organizada sobre la base de la diversidad y la pluralidad de opiniones.

Actualmente, la derecha autoritaria tiene todos los instrumentos y la razón del poder; los sectores progresistas de la sociedad civil cuentan nada más con la razón política. Tener sólo eso, en una sociedad como la nicaragüense y en la actual coyuntura política (donde se presentan claros signos de involución y de endurecimiento del poder político), es una verdadera desventaja, en un momento tan definitivo, en el que se tomarán rápidas y riesgosas decisiones. Es decir, las fuerzas sociales progresistas tienen poco margen para incidir en que se tomen decisiones políticamente más convenientes, más realistas y más responsables para el conjunto de la sociedad nicaragüense como lo ha demostrado el post-Mitch.

Hay que tomar en cuenta que el gobierno liberal se ha transformado en el refugio de la mayoría de los dinosaurios políticos y de las fuerzas económicas, religiosas y sociales que se oponen a la ampliación de la vida democrática. Por otro lado, el sandinismo oficial está trabado en una relación de amor-odio con la tecnocracia de derecha. No quiere seguirla ni son capaces de esbozar una alternativa acorde a los tiempos. Por su lado, la sociedad civil (movimiento comunal, estudiantes, mujeres, intelectuales, movimiento sindical, etcétera), fragmentada en múltiples organismos y heterogénea en sus demandas y intereses, no tiene la capacidad, por ahora, de ofrecer una alternativa a la política derechista del gobierno liberal.

Sin embargo, si se actúa correctamente, se podría volcar a la opinión pública a favor de las propuestas de las fuerzas políticas progresistas. Vivimos tiempos políticos, al mismo tiempo, distintos y parecidos a los años setentas. Hoy hay una sociedad reclamante, crítica y en consecuencia, politizada. Hay que formar un frente nacional por la democracia y contra la corrupción, que tenga como eje la propuesta de luchar contra los actos ilegítimos del gobierno y garantizar el proceso democrático en Ni

caragua. Esta es la vía políticamente más conveniente, más realista y más responsable para demandar un Plan Nacional de lucha contra la pobreza y contra la corrupción. Es necesario presentar la lucha contra la pobreza, la corrupción y el empleo como la preocupación central en la que concurren todos los problemas del país, y adoptar un concepto de democracia que no es el funcionamiento del parlamento sino la convergencia activa de la sociedad en la solución de sus principales problemas por la vía de la razón y la negociación, lo que le da sentido a la consolidación democrática.

En un sistema autoritario -como continúa siendo el sistema político nicaragüense- una de las situaciones que las autoridades tratan siempre de evitar, es que los ciudadanos se movilicen por sí mismos con fines políticos. Para la estabilidad política autoritaria, toda automovilización social representa un desafío y un peligro. La movilización social desde abajo demuestra y alienta la capacidad de organización independiente de sectores sociales y plantea demandas que no han sido previamente discutidas y aceptadas por los gobernantes. El peligro para el “status quo” político autoritario es notablemente mayor si la movilización social tiene por objeto iniciar cambios en algunas de las reglas mismas del juego autoritario, como es el caso de la marcha contra la corrupción del 25 de marzo de 1999.<sup>78</sup>

78. Oscar-René Vargas, **La marcha para recuperar la república**, publicado en el periódico El Nuevo Diario, Año XVIII, Edición N°685, Managua, Nicaragua, sábado 27 de marzo de 1999, p.8.

## 8. Desprecio a la ley<sup>79</sup>

En Nicaragua existe una profunda cultura de la tolerancia a la ilegalidad. El autoritarismo que caracteriza la vida política del país resuelve las cosas por encima o por debajo de la ley. Con mayor o con menor sentido, pero de forma inapelable, la autoridad presidencial dice qué es lo justo y qué es lo injusto, quién es culpable y quién no. Los ciudadanos no se sienten obligados por la ley, se sienten injustamente constreñidos por ella. La autoridad judicial no se siente capaz de aplicar la ley, se sabe desbordada por ella. Este sistema autoritario no se ha erosionado con el advenimiento de la democracia, seguimos teniendo un sistema político en el que la autoridad decide con discrecionalidad. El horizonte de un sistema democrático en el que Nicaragua comienza a dar sus primeros pasos, sólo puede regirse por la igualdad ante la ley. Pero la aplicación de la ley se enfrenta al rastro y a la inercia de nuestra cultura de la ilegalidad. En materia de cultura de la legalidad, sigue vigente entre nosotros la vieja tradición de negociar políticamente la ley, hacer uso de la ley como un referente de la negociación o la presión. La politización de los procesos judiciales ha sido sistemática en la vida pública nacional, lo mismo que la judicialización de la política es una expresión de esto. Hay casos visibles en la vida pública de este síntoma de nuestra cultura política. En la cultura política nicaragüense la fuerza de la presión y negociación determina a fin de cuentas quién tiene la razón y quién no la tiene, a quién le corresponde la justicia y a quién no. Es otra manera de imponer la lógica de la ley del más fuerte. El problema de fondo es que un sistema democrático en el que los actores no se someten a la ley sino que actúan conforme a la lógica de someter a la ley a la presión de los intereses, está condenado al fracaso.

El derecho está estrechamente conectado con la teoría del Estado. El derecho es un ordenamiento normativo, es decir, un conjunto de normas

79. Oscar-René Vargas, **El 'estado de derecho' y la cultura política**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario", Año XVII, Edición N°5914, Managua, Nicaragua, viernes 31 de enero de 1997, p.6.

de conducta y de organización que constituyen una unidad, que tienen por contenido la reglamentación de relaciones fundamentales para la convivencia y la supervivencia de la sociedad, como son las relaciones familiares, las relaciones económicas, las relaciones de poder (o relaciones políticas), así como la reglamentación de los modos y de las formas con que la sociedad reacciona a la violación de las normas y que tiene como fin mínimo el impedimento de las acciones consideradas más destructivas para el conjunto social. El carácter específico del ordenamiento normativo del derecho consiste en el hecho de que el derecho recurre, en última instancia, a la fuerza física para obtener el respeto de las normas, para hacer efectivo o eficaz el ordenamiento en conjunto, la conexión entre derecho y política se hace tan estrecha que hace considerar al derecho como el principal instrumento mediante el cual las fuerzas políticas que detienen el poder dominante en una determinada sociedad ejercen su dominio.

Las leyes en nuestro país jamás han cumplido estrictamente su papel como marco jurídico de convivencia social y de que, por ende, hablar de restablecer el “Estado de derecho” nunca ha sido otra cosa que una dene-gación de lo obvio, es decir, de que el famoso “Estado de derecho” ha sido siempre un ideal que ha servido siempre para enmascarar una realidad sustentada en oscuros rejugos del poder fáctico y del autoritarismo. Una de las consecuencias más negativas del pasado autoritario ha sido la erosión y deslegitimación de la idea misma de autoridad de la ley, del “Estado de derecho”. El imperio de la ley nunca ha sido asunto de mera fuerza, sino de reconocimiento colectivo de las normas jurídicas, que no sólo tienen sino que deben ser respetadas por todos, más allá de razones de oportunidad e interés particular, lo que en Nicaragua seguirá siendo imposible de hacerse mientras la aplicación de las leyes dependa sistemáticamente de motivaciones “políticas” y no de instituciones respetadas por la mayoría de las élites. Buena parte de las élites nicaragüenses parecen aceptar la sentencia que reza: “la ley, para el enemigo”.

No se reconoce a la ley como tal, ni siquiera para promover el bien común de la población. Se recurre a la ley cuando es en beneficio propio. La conocen o la desconocen dependiendo si la utilizan o no para el beneficio personal de la clase dominante. No reconocen la ley como tal, no existe en forma independiente a los intereses personales o de clase. El respeto a las leyes se convierte en un imperativo trascendental en la construcción democrática de Nicaragua. La ley es buena mientras sirva a los intereses de ciertos grupos de la clase dominante, la ley no sirve cuando

afecta los intereses personales de algún político o de algún grupo social perteneciente a la clase dominante, llámese sandinista, conservadora, liberal o de centro. Los derechos de los nicaragüenses y sus instituciones son fruto de concesiones de poder y no de leyes. Hay una larga tradición cultural que ha hecho de los cargos públicos fuente de privilegios y canonjías, así como sinónimo de impunidad y arbitrariedad. Tal cultura implica que ciertos personajes pertenecientes a las élites políticas, sociales, religiosas y económicas tienen el beneficio de lantocabilidad ante la ley.

Las leyes son restricciones para que las cumplan los humildes y a la vez posibilidades para favorecer a los poderosos. “Si las cosas hubieran ocurrido a la inversa, al pobre hombre ya lo tuvieran preso y hasta condenado, pero como la homicida es de dinero le están ayudando”.<sup>80</sup> Hay cientos de casos de funcionarios de gobierno y de la empresa privada que han dejado de cumplir con los pagos de sus deudas a los bancos estatales. Deudas por los créditos recibidos de centenares de miles y/o millones de dólares; sin embargo las autoridades competentes se cruzan de brazos, los bancos estatales y el gobierno no reclaman, los funcionarios siguen en sus puestos y los miembros de la empresa privada siguen tan campantes manejando sus empresas, sin importarles el no cumplimiento de sus deberes económicos. Es necesario un sistema de justicia eficiente y eficaz, así como para la protección de los ciudadanos, es necesario que las leyes las cumplamos todos por igual para poder iniciar un proceso democrático. Sin embargo, el común de los nicaragüenses continúa sufriendo un sistema judicial obsoleto, ineficiente, parcial, no excepto de corrupción y carente de independencia de los arreglos políticos con el Poder Ejecutivo.

Crear un país donde se cumplan las leyes, es el más reciente y el más viejo propósito que se han planteado casi todos los gobiernos en Nicaragua. Se lo vienen planteando, de hecho, la mayoría de los sucesivos gobiernos desde la Independencia en 1821. A nadie sorprenderá, por lo tanto, si un gobierno fracasa en ese propósito o si cumple sólo a medias con su promesa. En el entendido que cumplir la ley “a medias” sería una forma de no cumplirla del todo. Estamos frente al fracaso más reiterado y ostensible de la historia nacional: la imposibilidad de hacer coincidir las leyes con la realidad social, política y cultural. Las desigualdades brutales que desgarran y degradan a la sociedad nicaragüense explican en buena medida la percepción de la población de la no aplicación de las leyes.

80. **Chica plástica causa volcón mortal**, publicado en el Diario "Barricada", Año 16, N°5557, Managua, Nicaragua, lunes 27 de marzo de 1995, p.3.

También es probable que el autoritarismo dé cuenta de la difundida noción de que las leyes son como *ucases* arbitrarios que es necesario eludir y burlar. Es lamentablemente cierto que buena parte de las lógicas institucionales tienden a incentivar y hasta premiar la deshonestidad y la truculencia, sancionando en cambio negativamente el cumplimiento estricto de los deberes cívico y éticos. Nuestra incipiente democracia no termina en reconocer la importancia del derecho y de las reglas escritas para una convivencia civilizada.

Desde la independencia, las obligaciones y los derechos de los ciudadanos no han logrado coincidir con los comportamientos reales de las élites de poder. La causa original de esa distancia entre la nación teórica- jurídica adoptada en Nicaragua durante el siglo pasado bajo el credo liberal inspirado en la Revolución Francesa, era distinta y opuesta a las tradiciones señoriales y autoritarias de la sociedad creada por Pedrarias Dávila. Los nicaragüenses seguimos prisioneros de ese desencuentro. Las leyes no coinciden con la cultura política: una cosa es lo que dicen las leyes y otra cosa es lo que hace cotidianamente la clase dominante y las élites de poder. Este proceso contradictorio ha sido reconstruido en la magnífica novela de Julio Valle-Castillo titulada “Réquiem en Castilla del Oro”.<sup>81</sup>

Todo ocurre como si la transgresión de las leyes, el rompimiento de pactos y compromisos, la búsqueda de influencias y privilegios particulares, el deseo de impunidad y discrecionalidad fueran considerados como fenómenos siempre justificables en función de otros valores sociales. Como si el respeto debido a las normas jurídicas debiera subordinarse a una moralidad casuística, familiar y excluyente. Como si, a fin de cuentas, fuera preferible negociar en cada caso particular la aplicación de las leyes, antes de someternos, todos por igual, a reglas abstractas y universales. La herencia colonial ha dejado una doble herencia: el autoritarismo en el gobierno y carencia de espíritu ciudadano en el conjunto de la población, ambos elementos no posibilitaron la fundación de un régimen democrático y que permitió el florecimiento de la fórmula autoritaria.

A partir del triunfo de la Revolución Liberal (1893), en vez de tener leyes que tomaran en cuenta las costumbres sociales, se quiso comenzar a cambiar las costumbres para que se ajustaran a las leyes. De esa forma se plasmaron en nuestros códigos jurídicos esas costumbres democráticas, republicanas y productivas de una sociedad plenamente capitalista, en un

81. Julio Valle-Castillo, **Réquiem en Castilla de Oro**, Ediciones Anamá, Managua, Nicaragua, 1996, 314 páginas.

país con una cultura política autoritaria, con un espíritu económico precapitalista y excluyente socialmente. Esta contradicción y desencuentro ha marcado las luchas sociales y políticas que han pasado los nicaragüenses desde principios del siglo XX. Como producto de este desencuentro y contradicción, la primera gran costumbre política que el país adquirió fue la de negociar el cumplimiento y/o el incumplimiento de sus leyes (en esa lógica se negoció el acuerdo alcanzado, en abril de 1999, entre las autoridades universitarias y el gobierno liberal). El gobierno de turno no podía aplicarlas del todo sin correr el riesgo de enfrentar a su clase dominante y quedarse sólo en la cúspide, de espaldas a las “fuerzas vivas de la nación”.

A lo largo de su historia, los distintos gobernantes se han visto obligados entonces a tolerar la ilegalidad de las costumbres como un compromiso pragmático con el orden político, pero han mantenido las leyes violadas con un propósito “civilizador” (crear las costumbres requeridas por el desarrollo del capitalismo) y con un propósito político: conservar en sus manos un elemento discrecional para el ejercicio de la ley frente a los intereses de sectores de la clase dominante, o de reivindicaciones políticas de representantes de la oposición política. La ley se ha convertido en un elemento más en la negociación política entre las diferentes fracciones de las élites de poder. El propósito de cada presidente es gobernar con la ley; sin embargo, están de acuerdo de apartarse de ella si le parece necesario. Por ejemplo, la dictadura somocista consideraba el fraude electoral como un recurso legítimo y formaba parte de las reglas de la competencia política del sistema.

La primera condición para que el país se transforme y logre instaurar un verdadero “Estado de derecho” es luchar a muerte contra la discrecionalidad en la aplicación de las leyes, no sólo como instrumento político, sino como cultura del autoritarismo. El “Estado de derecho” significa, también, eliminar a los políticos camaleónicos que se mimetizan para subsistir y, por lo tanto, apoyan la discrecionalidad en la aplicación de las leyes. Alcanzar el “Estado de derecho” significa combatir que a los que no conocen el espejo para ver que el mismo gobierno liberal viola las leyes constitucionales al nombrar ministros y viceministros que poseen otra nacionalidad (artículo 152 inciso c).<sup>82</sup> El “Estado de derecho impli

82. “No podrán ser ministros, viceministros, presidentes o directores de entes autónomos o gubernamentales, y embajadores los que hubieren renunciado en alguna oportunidad a la nacionalidad nicaragüense, salvo que la hubiesen recuperado al menos cinco años antes del nombramiento”. Constitución Política de la República de Nicaragua, publicación de la Asamblea Nacional, Managua, *“Gaceta Oficial”* de 1986, p. 46 y 47.



ca combatir a los funcionarios que quieren inhibir y paralizar a los ciudadanos que denuncian las discrecionalidades en la aplicación de la leyes que tales funcionarios dicen combatir y, por lo tanto, esas denuncias ponen en peligro su permanencia activa en la política nacional y el autoritarismo de los gobernantes.

Instaurar el “Estado de derecho” significa, entonces, una suspensión del “pacto de ilegalidad consentida” en el que se basa la vida diaria de muchos miembros de la clase dominante, de los políticos tradicionales, de los grupos económicos y del poder autoritario de los principales funcionarios de gobierno. Demasiados intereses se conjugarían, en realidad, como para creer que el actual gobierno liberal pueda proceder legalmente contra ellos (estableciendo el “Estado de derecho”) sin hacer estallar sus alianzas, sus principales apoyos y su propia estabilidad. Dadas las tradiciones dominantes, dados los usos y costumbres de una élite afanosa siempre de privilegios y de discrecionalidad y dado que los principales funcionarios del Estado ni siquiera parecen dispuestos a someterse a reglas jurídicas claras vigentes, no queda sino admitir que nuestro tránsito hacia un verdadero “Estado de derecho” es todavía una aspiración minoritaria y no un propósito colectivo viable en el corto plazo.

Hay tres variables que influyen negativamente para que el marco institucional brinde incentivos para el cumplimiento espontáneo de las leyes. En primer lugar, la tradición legislativa no es profesional y escrupulosa, no se legisla con base a un diagnóstico de la realidad que se pretende normar, sino al vapor y conforme a los regateos políticos de los grupos de interés implicados. En segundo lugar, en Nicaragua, algunas reglas no escritas o informales contradicen y sabotean a las reglas formales. Por ejemplo, frente a la regla formal de la igualdad ante la ley está la incontrovertible regla informal de que existe un segmento de poder (político o económico) privilegiado. En tercer lugar, es costoso, tardado, complicado e incierto hacer cumplir las reglas formales (tanto las bien hechas como las malas). Tecnología obsoleta, legislación procesal caduca, prácticas insuficientes, exceso de trabajo, inexistencia de la independencia judicial, lentitud de los procesos y baja calidad de los servicios profesionales son algunos de los graves problemas de nuestro sistema judicial.

Estas tres variables actúan e interactúan entre sí apoyándose o sabotándose de modo recíproco, dando como resultado un conjunto de incentivos negativos o positivos que determinan nuestra conducta ante la ley. Si una ley que por incapacidad o corrupción se hace cumplir a medias

o sólo para algunos, provoca el desprestigio de la norma cuyo desacato es  
 LtwTpor X»nos como un medio legítimo de resistencia ante una ley  
 de^ígenciaparcial y asimétrica. Donde hacer cumplir la ley es imposible o  
 resulta muy costoso, el oportunismo, la simulación, la falsedad y el nZlnTnto  
 doloso se convierte en conductas habituales e impune. De esa manera en el  
 mediano plazo, la tendencia es que seguiremos siendo un país propicio para  
 la arbitrariedad, el oportunismo, el desac y el desprecio a ley.



## 9. Democracia de fachada

En Nicaragua, existe una vieja tradición autoritaria. Todos los partidos políticos, en mayor o menor medida, tienden a reproducir internamente estructuras autoritarias y verticalistas. En mayor o menor grado, seguimos viviendo un sistema de gobierno basado en una cierta permanencia del autoritarismo. La élite política muestra un poderoso deseo de mantener el “status quo” en la cultura política tradicional; no hay una cultura política democrática de oposición, aunque haya una tradición de protesta en muchos sectores sociales.<sup>83</sup> Una de las principales contradicciones políticas se debe a la impotencia de los dirigentes e instituciones para ampliar y profundizar la democracia participativa. Pareciera que la mayoría de los dirigentes e instituciones políticas se han conformado con aceptar las estructuras y apariencias formales de la democracia, pero no han puesto en práctica la responsabilidad y la transparencia, ni han adoptado cierto tipo de políticas y procesos orientados a beneficiar a las personas sin distinción de colores políticos. En el mejor de los casos, las élites políticas han tratado de construir una “democracia de fachada” en el sentido más amplio, acompañada de un buen sistema de gestión pública, financiera y administrativa. Sin embargo, la democracia supone un alto grado de transparencia en la administración estatal, un constante progreso social y económico de la población y un creciente contenido de moralidad en los asuntos públicos. Es por eso que observamos una cierta “atonía” de la democracia nicaragüense.

Sin una oposición formal, la democracia no tendría sentido. Y, sin elecciones, el sistema perdería su máscara de legitimidad democrática. Así, pues, la existencia de una oposición formal permite al sistema justificar la existencia de la democracia. Por medio de las elecciones, quienes se oponen al gobierno pueden manifestar su disenso, al mismo tiempo que, indirectamente, perpetúan el sistema. Tradicionalmente, los partidos

tradicionales de oposición han servido de pequeñas piezas en el mecanismo de supervivencia del sistema mayor. Por ejemplo, la dictadura somocista permitió la oposición formal, en la medida que desempeñaba el papel que se le había asignado en el sistema. La dictadura contaba con los medios para asegurarse de que ningún partido de la oposición llegará a significar una amenaza para su monopolio del poder. Casi instintivamente, copiaban a algunos líderes de oposición conservadora, bien dándoles puestos con influencia en el gobierno, bien neutralizándolos con dinero. Trabajaba calladamente sembrando la disensión entre los grupos de oposición para prevenir la formación de coaliciones poderosas. Como los resultados electorales oficiales, se anunciaban una semana después de la votación, el gobierno somocista tenía mucho tiempo para arreglar los resultados y negociar tratos con la oposición de fachada. La necesidad que tenía el gobierno de alentar una oposición formal surgió en los años cuarenta, conforme el sistema fue volviéndose más autoritario; de la misma manera, la necesidad de conservar las apariencias democráticas aumentó también. Los partidos de oposición existían, pero ahora era necesario darles visibilidad, sobre todo en el Congreso de la época. Los partidos de oposición legal optaron por mirar hacia dentro, hacia el centro del poder, con intención de lograr el reconocimiento y respeto del sistema, en lugar de organizar a los sectores populares de la sociedad.

En nuestra sociedad, las funciones decisivas de la toma de decisiones son desempeñadas por un limitado grupo de personas. Por ello, predomina la tendencia, no hacia una clara determinación de la división de poderes, sino hacia la confusión. En este contexto, los contactos interpersonales y entre grupos son intensos, y las relaciones de anonimato e imparcialidad constituyen la excepción más que la norma. Si bien las relaciones interpersonales pueden facilitar la coherencia social y la mediación política armoniosa de los intereses encontrados; sin embargo, con frecuencia contribuyen a intensificar la rivalidad entre individuos y grupos políticos, lo que a su vez, puede fragmentar y paralizar una comunidad y sus instituciones básicas. Las rivalidades de grupos, familias o clanes pueden condicionar la manera de entender los problemas nacionales en los planos económicos, sociales y políticos y, en consecuencia, las posturas adoptadas por las instituciones gubernamentales no se basan en el valor específico de una propuesta para el desarrollo sostenible de la nación, sino en la forma en que puede repercutir en la relación entre los individuos, grupos, familias o clanes que conforman la clase dominante.

En nuestra sociedad, con las relaciones culturales y políticas tradicionales, las divisiones y/o diferencias políticas dan lugar a grandes rivalidades y hasta enfrentamientos. Dichosamente, en la mayoría de las ocasiones, no se llega a situaciones extremas, pero los efectos de las crisis políticas o de la ingobemabilidad potencial tienen repercusiones de gran alcance sobre la estructura y el desarrollo social, económico y político de la nación. Por ejemplo, la rivalidad entre los liberales y sandinistas provoca el boicot declarado o encubierto por parte de uno u otro grupo social o político frente a las ideas o proyectos del grupo adversario, independientemente del valor o utilidad que puedan tener intrínsecamente. En consecuencia, sólo se aprovecha una pequeña parte de los talentos disponibles en el país.

Además, la rivalidad da lugar a la duplicación de esfuerzos y costos, y a un despilfarro de los limitados recursos humanos y materiales disponibles. Se observa también una tendencia a personalizar los problemas. Las cuestiones políticas y económicas no se analizan desde el punto de vista de sus consecuencias generales para el país, sino de su repercusión en algunos personajes de gran relieve y en las relaciones primarias dentro del sistema político nacional. Por ello, para evaluar las opciones que se plantean en este terreno lo que se tiene que tomar en cuenta es si se tratan de propuestas “racionales” desde la óptica política, “viables desde el punto de vista administrativo o “válidas” para resolver los principales problemas sociales de Nicaragua, sin importar qué tipo de efecto puede tener en una u otra personalidad destacada o agrupación política existente.

Desde la época somocista, uno de los rasgos más inquietantes de la vida política nacional es que los gobiernos recién elegidos dan por descontado su derecho a disfrutar plenamente del “botín de la victoria”. Por ello, el gobierno liberal nombra los presidentes, miembros y altos cargos ejecutivos de todos los organismos oficiales, comisiones e instituciones estatales sin tomar en cuenta su capacidad profesional. La intensidad que caracteriza la pugna por el “botín” está relacionada con el hecho de que los recursos materiales suelen ser escasos y para muchos la política representa un medio de vida. Muchas personas viven de la política más que **“para”** la política.

Cuando el Estado y el sector privado están dominados por el mismo grupo hegemónico, el problema se complica. Tanto los individuos como los grupos económicos tienen intereses personales para que sus partidos políticos se perpetúen en el poder, ininterrumpidamente, y los mismos

partidos muestran cada vez mayor empeño en conservar el monopolio de poder. Este mecanismo puede ser beneficioso para las personas, grupos económicos y partidos que controlan el Estado, pero es social y económicamente nocivo para el conjunto de la sociedad nicaragüense. En primer lugar, significa que la sociedad está dividida en fracciones y facciones políticas enfrentadas que tratan de deslegitimar todo lo que pueden ofrecer o tratan de hacer los demás grupos sociales. En segundo lugar, es imposible (debido al sectarismo político) utilizar, en beneficio del *país* entero, la reserva del personal profesional altamente calificado. El resultado es un tremendo despilfarro del escaso capital humano y social.

Para mejorar o al menos mantener los niveles de buen gobierno, es preciso despolitizar los cargos públicos y hacerlos “neutrales”, de manera que puedan ser ocupados por profesionales y técnicos, teniendo en cuenta no su afiliación política sino su eficacia y eficiencia en el desempeño del cargo. Los técnicos y profesionales deben aceptar los objetivos nacionales previamente establecidos por el gobierno, pero sin renunciar a su independencia y profesionalidad. En resumen, para las decisiones de los gobernantes se debe contar tanto la competencia técnica del profesional como los intereses nacionales. Por otro lado, el profesional, al ofrecer sus servicios o al aceptar su papel de asesor técnico tiene que estar de acuerdo en las líneas generales del gobierno. Evidentemente, es necesario acabar con la desconfianza ancestral de los políticos tradicionales “vis-a- vis de los profesionales calificados; actualmente, la mayoría de los políticos tradicionales están convencidos que el asesoramiento de un profesional calificado e independiente tiene como objetivo único hacer fracasar sus objetivos políticos inmediatos, en vez de favorecerlos. Se trata de un problema difícil, es preciso establecer mecanismos que lleguen a convencer a las élites políticas tradicionales de que la mejor manera de servir al país y favorecer la gobernabilidad en Nicaragua, es que todos los sectores sociales, profesionales y económicos se respeten su esfera de influencia, al mismo tiempo que se trabaje conjuntamente para el bien del país entero.’ Para que el país cambie - en conciencia, cultura política y estructura- es fundamental la tolerancia. La gobernabilidad sin tolerancia al disenso, solo sirve como odre para envejecer discursos y nulificar propuestas transformadoras, haciendo todo retórica de lo mismo; el viejo cuento del cambio institucional para que nada cambie. Sin embargo, hay que estar claros que el cambio es avance, es progreso, no retroceso. La primera condición para que el país se transforme es luchar a muerte en contra de

la política autoritaria, no sólo como política, sino como cultura. Hay que eliminar, poco a poco, a los políticos camaleónicos que nutridos por sus opositores incompetentes, se cambian para subsistir; a los políticos serruchos que buscan como eliminar a quienes los denuncian, ya que ponen en peligro su permanencia en el escenario de la política nacional; a los políticos con remos, que reman con la izquierda para virar a la derecha, y reman a la derecha para ir a la izquierda, y siempre buscan la cresta de la ola, ese rumbo que sólo ellos conocen, construido por los políticos extremistas y utilizado para imponerse sobre ellos. El político tradicional que todos los políticos criollos llevan dentro, que la clase dominante lleva dentro, que la historia del país no puede sacudirse para poder despegar.

La opción política del gobierno liberal tiene planteado un problema desde el punto de vista de la obtención del consenso. Para lograrlo, es necesario que los principales cuadros políticos liberales evolucionen del fundamentalismo antisandinista con el que han llegado al gobierno, hacia posiciones más centristas. Tienen que evolucionar y aprender, aunque todavía les falta mucho. Los liberales deberán aprender que los tiempos políticos son diferentes. Los tiempos para gobernar son más lentos que los tiempos cuando se es oposición. El gobierno tiene que gobernar con los mejores hombres y al servicio de los intereses del país, sancionar a los servidores públicos que no cumplan con su deber y obligar a las diversas instancias de la administración a un uso racional y eficiente de los recursos, tan escasos en tiempos de crisis, cuando miles de ciudadanos se debaten en condiciones de extrema pobreza.

El presidente Alemán en sus discursos, a veces olvida su papel de conciliador y propiciador de consensos; y advierte que cuantas veces sea necesario, ejercerá la mayoría parlamentaria para sacar adelante las leyes que Nicaragua necesita: “Tengo la mayoría y todas las veces que no exista acuerdo voy a usar mi mayoría en la Asamblea Nacional”. Por eso la desconfianza persiste. Es indeseable, pero es comprensible. Para crear el consenso es necesario desarrollar una mayor capacidad de diálogo y una mejor aceptación de lo que es el pluralismo. Tendrá que aceptar tesis y propuestas de los no alemanistas. La rigidez con que considera el quehacer gubernamental y la aplicación de la ley tiene que ir desapareciendo. Tiene que aprender que el “toma y daca” de la política cotidiana no significa sólo dar golpes al adversario político, sino llegar a acuerdos políticos, también.



Uno de los rasgos más alentadores de la sociedad nicaragüense es la irrupción y el mayor involucramiento de los grupos sociales emergentes, lo mismo en la búsqueda de soluciones a sus problemas cotidianos, que en la atención a los problemas nacionales. Por ejemplo, el 94 por ciento de la población valora de muy importante e importante la existencia de la Contraloría como ente fiscalizador.<sup>84</sup> Por eso el gobierno liberal no puede estructurar un gobierno basado en la corrupción, en la injusticia, en la explotación de los pobres y de los oprimidos sin entrar en una confrontación directa con el movimiento popular.

Los ejes centrales del gobierno liberal deberían de ser: el apego a la legalidad, el respeto a la división de poderes, el esfuerzo por profesionalizar a los servidores públicos, la búsqueda de una mayor participación de la sociedad y el esfuerzo de dar un contenido ético al quehacer político. Sanear la estructura del gobierno para erradicar prácticas de corrupción, influyentismo y falta de democracia real en la sociedad. Esto necesariamente provoca malestar y tensión con los grupos que se benefician de tales prácticas. Los liberales tienen que reconocer que las viejas estructuras de poder se resisten y retardan los cambios. Amoldo Alemán puede tener buenos deseos de cambiar las cosas, pero para cambiar realmente las cosas tiene que combatir que su gobierno no sea como el búfalo cuando mueve la cabeza: no se mueve ninguna otra parte de su cuerpo. Por eso la desconfianza persiste.

84. Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Por el fortalecimiento de la gobernabilidad democrática** <sup>en</sup> Nicaragua, Mimeografiado, Managua, Nicaragua, marzo de 1999,

## 10. Manipulación y mentira como instrumento político<sup>85</sup>

La manipulación política indica toda una serie de relaciones caracterizadas por una brecha muy marcada entre el carácter activo e intencional de la intervención del manipulador político, dirigida a transformar la conducta de la población manipulada, y el carácter pasivo e inconsciente de la conducta resultante en los sectores populares. El manipulador político trata al manipulado como si fuera una cosa: controla, maniobra, plasma sus creencias y conductas, sin contar con el consentimiento o la voluntad consciente de este último. El pueblo manipulado, a su vez, ignora que es objeto de una manipulación política: cree tener una determinada conducta según una opción propia, cuando en realidad su opción es controlada desde la oscuridad por el manipulador. En la esfera social y política, la manipulación puede definirse, en líneas generales, como una característica del poder político tradicional.

Las características principales de la manipulación social y política son dos. En primer lugar, su condición de algo escondido o invisible. El sujeto manipulado no sabe lo que es, y cree decidir libremente, mientras que su conducta está de hecho controlada por el político manipulador, como los movimientos del títere están controlados por el titiritero. El carácter oculto de la manipulación puede referirse a la existencia misma de la intervención del manipulador. La segunda característica consiste en el aspecto intencional de ejercer la manipulación. No sólo el manipulador quiere provocar intencionalmente la conducta deseada por parte del manipulado, sino que intenta también esconder la existencia o la naturaleza de la intervención que provoca la conducta del manipulado.

En ese contexto, para el manipulador político la mentira posee una importancia decisiva en nuestra vida política nacional. La mentira es un

85. Oscar-René Vargas, **La mentira como instrumento político**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario", Año XVII, Edición N°5691, Managua, Nicaragua, martes 18 de junio de 1996, p.6.

juego trágico, en el que miente, arriesga parte de su ser. El mentiroso pretende ser lo que no es. Su actividad reclama una constante simulación, un ir entre arenas movedizas. El objetivo principal es engañar al adversario. Firmar me harás, cumplir jamás” es el refrán popular para expresar la cultura de “darle vuelta” al otro, la política de la traición o de la manipulación. Todos los acuerdos a que llega la clase política son transitorios, en el entendido que obedecen a una determinada correlación de fuerzas. Como las correlaciones de fuerzas son volátiles y cambiantes, el gobierno de turno cumple parte de los acuerdos hasta cuando considera que la situación ha permanecido igual; cuando creen que cambia la correlación de fuerza que obligó a un determinado acuerdo, lo dejan de cumplir. También se da el caso en que se firman acuerdos con el objetivo de no cumplirlos, su objetivo es desmontar un problema político o social. Esta actitud es un factor de desestabilización social y de ingobernabilidad política permanente. Nadie le cree a nadie, lo que provoca que una de las partes del acuerdo, recurra a la violencia política o social para obligar a la otra parte a cumplir su obligación en el acuerdo pactado. Es decir, la manipulación y la mentira como instrumento político, permite que las fuerzas políticas o sociales manipuladas recurran a la violencia como solución de los conflictos. En la década de los noventa, en una atmósfera de desilusión política y decadencia moral, la mentira y la manipulación se ha transformado en una herramienta importante y recurrente de la clase política. Los políticos tradicionales creen que para participar en política se debe aprender a mentir convenientemente o, al menos, guiñar un ojo ante la mentira y el fraude. Los políticos tradicionales están unidos por mentiras, fraudes y engaños. No tienen otro ideal mayor que sus propios intereses personales.

A cada minuto tiene que rehacer, recrear, modificar el personaje que los políticos tradicionales fingen ser, hasta que llega un momento en que realidad y apariencia, mentira y verdad, se confunden. De tejido de invenciones para deslumbrar al adversario, la mentira se trueca en un forma superior de la realidad. Las mentiras del político tradicional reflejan, simultáneamente, las carencias y los apetitos, lo que es y lo que desea ser. Simulando se acerca a su modelo y a veces el gesticulador se funde con sus gestos, los hace auténtico. Pero el político tradicional, si lo es de veras, se entrega a la “causa” del momento y la encarna plenamente, aunque después, terminada la “causa de la coyuntura”, la abandone como su piel la serpiente. El político tradicional jamás se entrega y se olvida de

sí mismo, pues dejaría de simular y sí se fundiría con su imagen. Al mismo tiempo, la mentira se convierte en una parte inseparable -y espuria- de la esencia del político tradicional; la mentira se instala en su ser y se convierte en fondo último de su personalidad.

Siempre los políticos tradicionales han utilizado la manipulación y la mentira cuando quieren ocultar, suavizar o pulir una contradicción; recurren a la mentira cuando no quieren resolver un problema determinado. Los actuales políticos profesionales de la derecha y del sandinismo no son idénticos pero sí simétricos, por lo menos en el sentido que se encuentran a igual distancia del meridiano de la exactitud y de la verdad. En Nicaragua, donde las contradicciones sociales tienen una larga historia, la mentira asume un carácter institucional, equilibrado, tradicional y respetable. Sin embargo, en una época de transición, como la actual, cuando las contradicciones entre las distintas fracciones sociales y la lucha política entre las diferentes tendencias se ha exacerbado como nunca, la manipulación y la mentira, como instrumento político, adquieren un carácter turbulento, tenso, desmovilizador y despolitizador para las masas, ya que al final, terminan conociendo la verdad, porque la sufren y dejan de creer en los políticos tradicionales.

Decir que están dispuestos a negociar pero no hacerlo en la práctica, esa es la estrategia de todos los políticos tradicionales en nuestro país. Ante cualquier conflicto social o político su objetivo es y sigue siendo el ganar tiempo para no enfrentar una negociación seria y verdadera con los sectores sociales que protestan, ya sean transportistas, médicos, maestros, universitarios, miembros de la contra, etcétera. La mayoría de los políticos tradicionales son artistas de la superchería, realizan un trabajo político de engaño que exige una imaginación retorcida: tramar y orquestar una campaña clandestina, valiéndose de la mentira como su arma principal. La mayoría de los políticos tradicionales no acostumbra a mancharse las manos con hechos de sangre; sus delitos son más “respetables”: conspiración, cohecho, corrupción, secuestro... Si fracasan o son descubiertos están dispuestos a ponerle un parche.

La mayoría de los políticos tradicionales tienen una actitud que medra entre el secreto y el engaño. Para ellos, el secreto y el engaño están destinados a impedir que las autoridades judiciales y el gran público se entere de lo está haciendo. Indica también, una falta de moralidad: la creencia de que sus fines “justos” pueden alcanzarse utilizando medios inaceptables en circunstancias normales, aprovechándose de la buena fe

de las otras personas. Quién engaña una vez, engaña siempre. Para los políticos tradicionales, la hipocresía, la manipulación, la difamación, las triquiñuelas, las calumnias, las mentiras y la impostura se convirtieron, junto con la mala fe y las trampas, en técnicas a las que recurre para que el gran público no tenga conocimiento de la verdadera razón de su acción política. Los políticos tradicionales piden que se les considere como personas honorables, pero cuando resultan descubiertos y apresados en la telaraña de sus propios engaños, no dudan en afirmar que ellos tienen el

derecho a mentir” para su propio beneficio. La justificación del “derecho a mentir” radica en el derecho de la alta política nacional, sin importarle la violación de los derechos humanos de los otros: la mayoría de la población.

Los políticos tradicionales tratan de convencernos que debemos de admirar los delitos cometidos por ellos porque constituyen actos misteriosos, engaños muy difíciles de hacer creer, acciones milagrosas que demuestran su limitada capacidad política. Sin embargo, la perdurabilidad de esos actos son más imaginarios que reales. Lo que sí es real, desgraciadamente, es la disposición de sus amigos en el gobierno de apoyar los actos delictivos cometidos por los políticos tradicionales. Sus amigos, en el gobierno, están dispuestos a desarrollar una inmunidad e impunidad que bien poco tiene que ver con los principios que señalan las leyes de cualquier país. El valor real de la manipulación política radica en el desconcierto que provoca al inicio y en los beneficios personales que demuestran que son personas “dispuestas a todo”, incluso a violar las leyes y falsificar documentos públicos. La “victoria” que logran pueden proporcionarle más quebraderos de cabeza de los que tenían antes de cometer el delito. Es decir, los actos son discutibles -tanto en el terreno moral como en el provecho personal- ya que son operaciones ilícitas e ilegales ejecutadas al amparo del engaño y la mala fe.

Los principales cuadros de la política tradicional, que representan una poderosa casta social, se han elevado por encima de los intereses de los sectores sociales populares. Representan otros intereses, a veces contradictorios y antagónicos. Por eso, los políticos tradicionales, para mantener su liderazgo, dicen algo distinto que ayer, y mañana algo diferente que hoy. Es decir, recurren al doble discurso, a la mentira como instrumento político. Hay que estar claro que la mentira está determinada socialmente. Por ejemplo, en la actualidad, la derecha y la extrema derecha califican de sandinista” a cualquier cosa que no les agrada. Por otra

parte, la “nueva clase” conceptualiza sólo de sandinista a todo lo que sirve a sus intereses. Las verdades a medias son las mentiras más peligrosas.

Los partidos políticos, aparecen en el escenario nacional como camiones cargados de ambición, odio y mentira que cruzan en direcciones opuestas por los caminos de nuestro país, a punto de colisionarse, provocando muertes, destrucción y daños a la sociedad en su conjunto. No tiene importancia cuál de los conductores de esos partidos políticos será el más o el menos “culpable” del desastre de la actual situación del país. La desigualdad social no disminuye, aumenta día a día. Con toda claridad el principal culpable de esta situación es el gobierno liberal que impulsa el capitalismo salvaje en nuestro país, lo cual permite que se concentre en manos de unos pocos grupos económicos las riquezas de la nación y de la sociedad. Es necesario terminar con esta política. También, todos los políticos tradicionales son responsables del deterioro general del país, al no asumir con seriedad la responsabilidad que les corresponde. La política del gobierno ha incrementado la pobreza; decir que su política tiene la intención de eliminarla es falso, es una declaración mentirosa que supera todos los límites admisibles y se ha transformado en una frase hueca, hipócrita y ridícula.

Es fácil mostrar las contradicciones y las falsedades de algunos políticos tradicionales: sólo basta señalar las opiniones completamente opuestas que el mismo dirigente expresó en cortos intervalos de tiempo sobre el tema, no sólo acerca de cuestiones teóricas sino también sobre hechos concretos. En otras palabras, mintió de acuerdo a las variables necesidades del momento. La utilización de la mentira, por algunos políticos profesionales, revela un horizonte intelectual limitado y muestra una estrechez de miras frente al futuro de nuestro país, que casi provoca lástima. Estos políticos tradicionales, que son unos fraudes políticos, piensan que podrán contrarrestar la tendencia de agrandamiento de la pobreza de forma artificial, sin preparación y con falsedades. La renovación de la clase política pasa, también, por eliminar las actuales mentiras, destruir las falsificaciones del pasado y desterrar los cuadros políticos-fraudes que jugaron o juegan un papel político, de mediana o gran importancia, que perjudican enormemente al país por su soberbia e ignorancia y que no tienen ninguna o casi ninguna capacidad para saber enfrentar el futuro. La lucha contra la manipulación política y la mentira es una tarea política elemental.

Hacer política se ha convertido en un juego sucio, en el que los intereses personales están por encima de los intereses de la población. Basta abordar el tema en una reunión entre amigos, en la calle, en la familia o en cualquier otro espacio, para notar que cada día crece más el descontento de la población hacia la forma que los políticos tradicionales hacen política. Cada día las personas comunes, los de a pie, se sienten menos representadas por las personas que ejercen la política tradicional y más alejadas de la práctica política. El manoseo que se ha dado en este campo es descarado, y la credibilidad de los políticos tradicionales está por los suelos. Maquiavelo escribió que no es tan importante que un líder posea virtudes, pero si es imprescindible que aparente tenerlas. Nuestros políticos tradicionales saben bastante de eso. Entre sonrisas, abrazos, apretones de manos y firmas de acuerdos, quieren venderle a la población la idea de que aquí todo está bien.

Las personas que nos representan políticamente son personas exactamente iguales al resto de nosotros. La diferencia está en que ellos tienen más poder y en el hecho de ser personas públicas. De acuerdo a los valores del libre mercado (aplicado por los políticos tradicionales), el que más tiene es porque es más listo que los demás. No importa cómo lo haga. En el marco de que el más fuerte es el que sobrevive, cada profesional de la política usa el poder que le es conferido para su beneficio personal. Imagínense cuánto poder tiene alguien que tiene acceso a la aprobación y aplicación de las leyes que rigen y norman un país; alguien que tiene acceso al diseño e implementación de la políticas públicas, o que tiene en sus manos los destinos del país. Pocas son las personas que cuando han tenido poder, han mantenido una postura vertical en términos de sus propios principios, de su compromiso con el pueblo y de su responsabilidad ciudadana.

Por el contrario, muchas figuras políticas han sido piezas claves en el establecimiento de un poder paralelo en el Estado, el llamado poder oculto. En la época colonial, el poder político estaba totalmente vinculado a la Iglesia católica y al poder militar. Hoy en día, hay algunas variables sustancialmente diferentes en este sentido, pero el poder político e Iglesia siguen caminando de manos dadas. También sigue igual el hecho que a muchos de los políticos tradicionales los han comprado (los famosos cañonazos) desde diversos sectores del poder oculto, para manipular las leyes, influir en las altas esferas de decisión, obtener información útil, como encubridores de negocios sucios o simplemente como chivos

expiatorios. Es lamentable que cuando un profesional de la política intenta trabajar por el bien común, respondiendo a su compromiso de representar adecuadamente a uno o más sectores de la población, sea ese poder paralelo (el poder oculto) el que se encargue de evitarlo.

Los profesionales de la política creen que un gran problema histórico, como el reflujo social de los sectores populares, se puede resolver con charlatanería barata, con astucia, con intrigas palaciegas, con pactos cupulares, con ignorancia y sin conocimiento científico, o engañando a las masas. Sin embargo, sólo los políticos profesionales que conozcan la verdadera realidad objetiva de nuestro país, podrán ayudar a resolver los problemas sociales, económicos, culturales y políticos de Nicaragua. Hacer política debiera significar decir la verdad a las masas. La verdad a menudo tiene sabor amargo, y a los políticos profesionales les gusta lo dulce de la mentira. Este estilo de hacer política representa el pasado, no el futuro. Tenemos que prepararnos para el futuro, y los políticos profesionales deben estar al tanto de los retos del futuro.

Históricamente, los gobiernos negocian buscando cómo desorganizar los movimientos sociales por cansancio, y porque quieren creer que los movimientos sociales obedecen a tramas maquiavélicas y preestablecidas por los líderes de los mismos. No perciben que expresan el cansancio y la desesperación de las masas. Precisamente, por esa equivocación han dejado que los conflictos sociales adquieran ribetes dramáticos y que lleguemos al borde de situaciones irreversibles. Para gobernar no basta tomar decisiones, sino negociar las mismas políticas que se quieren implementar.

Un gobierno democrático enfrenta el reto de responder a la necesidad de introducir cambios en los métodos políticos y maneras de negociación con que se ha gobernado al país hasta ahora. Un gobierno fuerte no debe seguir definiéndose sobre la base de su capacidad para manipular a las masas o para ejercer la violencia; el Estado fuerte debe prestigiarse y legitimarse socialmente por implementar un programa económico que evite el incremento de la deuda social y elimine la corrupción administrativa. Sólo así, el gobierno podrá ir ganándose la confianza de los ciudadanos y ser, al mismo tiempo, fuerte.

Todo esto quiere decir volver más racional la vida política, evitando el chantaje, la violencia, la mentira, la manipulación y los golpes bajos. La democratización de la política significa consensuar y desarrollar una política económica que mejore de modo efectivo la situación material de la población; la democratización de la política significa incrementar la efi-



« dd E Sed<sub>K</sub> Promoviendo una inyección constante de talentos que el pro<sup>pío</sup> gobierno puede canalizar en beneficio de un proyecto nacional de desarro<sup>110</sup>; la democratización de la política significa, aceptar las diferentes fuerzas políticas existentes en la sociedad nicaragüense para eliminar el revanchismo persistente en el pensamiento de la clase política- la

f<sub>r</sub> ^ r<sup>1 0 1</sup> ? PohtlCa SÍgnífiCa eliminar la mentira como TMa carta mportante en el proceso de negociación interna.

## 11. Máscara y enmascaramiento<sup>86</sup>

La palabra castellana “máscara” proviene del vocablo árabemacjara, que significa bufón o antifaz;<sup>87</sup> sin embargo, su connotación se ha ampliado y ha venido a significar un rostro falso o postizo. La máscara está íntimamente relacionada con el disfraz, término que proviene del latín disfarsa que significa desfigurar la forma. Por ejemplo, para el campesino nicaragüense su traje es sobrio y simple de un país agrario: pantalón azul, cotona blanca y sombrero de palma. Sin embargo, “cuando se disfraza, es decir, cuando no quiere ser típico sino al contrario, ‘otro tipo’, en sus trajes de bailes populares en que el pueblo usa máscaras: en los Toros-venados, Güegüences, Diablitos y demás ‘carteles’ -el traje es superadornado, el sombrero está lleno de chécheres, flores y adornos-, se usan cintas de todos los colores: ¡todo un barroquismo exuberante de ornamentación sartorial! Pero ese no es el traje típico, al contrario, es el disfraz, es lo que ‘no es’ nicaragüense, sino su anti-tipo, su concepción de lo ridículo ( y lo ridículo para el nicaragüense es lo recargado), su concepción de la farsa”.<sup>88</sup>

La máscara oculta al individuo y exalta las ansias de lo que quiere ser, muchas veces dejando su particular apariencia en pro de ocultarse de una falsa apariencia, la que asume oculto detrás de un envoltorio de persona que no es la suya. La sustitución del yo por otro yo, importante razón de ser de la máscara, desde la época colonial ha actuado como un factor para el cambio u ocultamiento de personalidad.<sup>89</sup> El ser humano enseña en la

86. Oscar-René Vargas, **Máscara y enmascaramiento**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario" Año XVIII, Edición N°6361, Managua, Nicaragua, lunes 4 de mayo de 1998,

87. Real Academia Española, **Diccionario de la Lengua Española**, Editorial Espasa-Calpe SA, Madrid, España, 1970, p.852.

88. Pablo Antonio Cuadra, **El nicaragüense**, Editorial Hispamer S.A., Managua, Nicaragua, 1997, p.35.

89. Anónimo, **Baile de El Güegüence o Macho Ratón**, Editorial Hispamer, Managua, Nicaragua, 1998, 99 páginas.

mascara y con ella cosifica la materialización de sus deseos de poder ser otro o de querer engañar. Dentro de los diversos objetivos o funciones que cumplen las máscaras está el ocultar la verdadera fisonomía de la persona que utiliza el enmascaramiento, enseñando una cara que las separa de la realidad.

El deseo de ser otro(a) y el afán de desaparecer del entorno social habitual son sentimientos más extendidos de lo que se piensa. De ahí el entusiasmo que desde la época colonial, han despertado siempre las fies-

YVT^ VVTíTí■ El origen del GüeSüenc se pierde entre los siglos VI y XVII. Refleja una intensa mezcla de las culturas españolas e indígena, a la vez que fusiona las lenguas castellanas y náhuatl en un singular dialecto. La mayoría de los especialistas opinan que fue escrito por un mestizo; sin embargo, su contenido refleja la manera de ser, el sentido del humor y la cosmovisión del indígena. El escenario en el cual se desarrolla este teatro-ballet es la región del pacífico de Nicaragua; sin embargo, su temática es universal: la interrelación entre autoridad y resistencia.

Los protagonistas aparecen identificados con claridad: los gobernantes son los españoles y sus descendientes, los criollos. Los indios y ladinos son los dominados. Representa, por lo tanto, el choque de dos culturas. Desde la perspectiva del público indígena y ladino, la trama hace énfasis entre lo propio y lo foráneo. El pueblo capta de inmediato el mensaje y se identifica, sin duda, con los personajes que representan a los de abajo, gozando con las diversas artimañas que utiliza para bur-

autoridad de “los de arriba”. El espectáculo emplea una gran variedad de recursos humorísticos; sin embargo, su verdadera intención no es divertir al público, sino desafiar a la autoridad y ridiculizar las costumbres de los gobernantes.

A lo largo de la obra, los funcionarios hacen una serie de exigencias al uéguence: que reconozca y respete su autoridad, le rinda tributo y los divierta. El responde recurriendo a las artimañas tradicionales de los indígenas: la evasión y el humor. Finge sordera e ignorancia, tergiversa las palabras o les da un doble sentido. El entorpecer la comunicación es una forma de resistencia pasiva que provoca grandes risas entre el público. Este disfruta viendo cómo el Güegüence se burla con astucia de las autoridades, poniéndolas en ridículo. La gente del pueblo se identifica con los esfuerzos para evitar ser explotado, resistencia pacífica que ellos mismos

Este teatro-ballet concluye con un tono realista, en una forma de transacción entre autoridad y oposición. El Güegüence manifiesta un cierto grado de respeto por el gobierno, y no puede evadir el pago de algunos impuestos. Más aún, se produce un hecho significativo: la concertación del matrimonio entre la hija del Gobernador y el hijo del Güegüence. Obviamente, el matrimonio simboliza la unión entre dos pueblos y dos culturas, de la cual surgió el mestizaje.

La máscara, la careta y el disfraz permiten momentáneamente la evanescencia de uno mismo y la conversión en ese otro ser que hubiéramos preferido haber sido, aunque sólo lo defina la caricatura de ser el disfraz y las risas y espavientos del disfrazado que goza con esa aproximación a su autenticidad soñada. La disimulación exige mayor sutileza, pasar desapercibido, sin renunciar a su ser. Temeroso de la mirada ajena, se contrae, se reduce, se vuelve sombra y fantasma, eco. No camina, se desliza, no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonríe. Simular es inventar o, mejor, aparentar. En sus formas radicales el disimulo llega al mimetismo. Sin embargo, “acabada la función, desechan el maquillaje y tienen que aguantarse sus rostros verdaderos o insoportables .

Las fiestas del Güegüence, han perdido, poco a poco, parte de su vigencia e influencia porque la libertad de costumbres que en la sociedad moderna existe, hace menos necesario ese pequeño tiempo de licencia que permitían las fiestas en aquellas sociedades tan rígidas y coercitivas de antaño. Las máscaras son una creación artística, expresivas de esos misteriosos mundos interiores que quedan subrayados por el gesto rígido y el rictus, feroz o amable de las máscaras. A veces, a ciertas personas les basta un antifaz para ocultar su rostro verdadero; otras, no tienen necesidad de llevar máscara o antifaz porque su rostro no es la cara de alma como se dice, sino una máscara de la misma persona. Es en ese momento que entra el efecto de la duda de quién es la persona auténtica y quién la enmascarada. Es en ese instante que el común de las personas no logra distinguir a los locos de los cuerdos; tampoco percartarse que hay personajes ocultos que se encuentran encubiertos, disfrazados entre nosotros y aprender que no siempre se escribe en limpio la vida. En estos casos la máscara es el símbolo de la hipocresía, la utilizan por la necesidad de engañar, de ser ágiles o dominar.

El engaño, la falsificación y la superchería son instrumentos que utilizan muchas personas para ocultar la verdad de lo que se traen entre manos. Ha sido divertido para ellos maquinar artificios, adiestrarse en el

arte de emponzoñar, y asestar una puñalada traperera, protegidos con el escudo de múltiples máscaras. El arte del enmascaramiento lo hacen, con la sana intención de divertir, el clown, el payaso de firuliche y los personajes del teatro. El teatro es el gran taumaturgo al disfrazar a cada uno de los actores de todos los personajes. Aquél, si es buen profesional, se ocultará lo más posible al representar su papel. La fábula, la leyenda y el cuento son formas para sublimar o distosionar la realidad, para ocultar su verdadera condición. La metáfora que sustituye una realidad por otra imaginada, es el disfraz más ilustre que usan los poetas y los humoristas. Sin embargo, permite reflexionar sobre ese mundo de falsificadores y de personajes camaleónicos que existen en nuestra sociedad. El mimetismo político no consiste tanto en cambiar de naturaleza como de apariencia. Confundirse con los nuevos vientos políticos, confundirse con el espacio, es una manera de ser sólo apariencia. Por eso, el político tradicional disimula su propio existir hasta confundirse con los sujetos que lo rodean. Aparenta ser otra cosa e incluso prefiere la apariencia del no ser como era , antes que abrir su verdadera identidad.

La naturaleza, practica el mimetismo como medio de defensa o de ataque, tomando el color de la hojarasca donde se posa el saurio para cazar la presa descuidada. El camaleón es el gran transformista del mundo animal, símbolo de los humanos que tienen habilidad para cambiar de actitud y de conducta según les convenga. El ser humano quiere imitar a la naturaleza con el camuflaje del engaño y la mentira. El disimulo, el volver la cabeza y el silencio ante un delito evidente, son conductas para enmascarar la responsabilidad. Y algunos ilustres literatos, de obra propia muy estimable, han practicado el arte del conciliábulo y del camaleonismo para encubrir el deseo de ser otro. Pero puede haber una falsificación más profunda: la de personajes que circulan por nuestra sociedad y no se sienten a gusto de lo que son. Unos hubieran preferido nacer antes, quizá porque sintiéndose más afines a un pasado donde piensan que podían haber triunfado mejor en su vida: por su belleza o por su linaje. Otros, por el contrario, sólo sienten el futuro y se lamentan de un presente mezquino que no calza con sus deseos de ser otro.

La cultura política de Nicaragua es de símbolos y gestos, un mundo en el que, a falta de mensajes directos, hay que leer las intenciones “del hombre” a partir de datos tan sutiles como una sonrisa elocuente o una observación casual. El lenguaje ambiguo, la simulación y el engaño han sido parte de la política tradicional del país. Los historiadores afirman

nue la simulación era la forma en que los indígenas se protegían de la explotación indiscriminada de los españoles. Actualmente existe, tarm bién una cultura de la simulación, donde las apariencias cuentan mas que te rediSad donde para ser importante tienes que tener un titulo que ante- **ceda a** tu nombre.<sup>P</sup> Si uno quiere ser respetado, debe vestir de corbata y autodenominarse -«candado-, -docor" o “maestro-“^do é”" si se tiene un grado académico legítimo, o se haya comprado el titulo e una universidad que fabrica diplomas, o simplemente se ha inventado título de alguna universidad francesa.

## 12. Mimetismo político<sup>90</sup>

En conjunto, la sociedad nicaragüense funciona por medio de relaciones de poder, mientras que los derechos individuales están determinados por los niveles de influencia. Estando toda la intimidad escudada por máscaras de formalidad, los políticos tradicionales parecen actores, adaptando constantemente sus papeles a las circunstancias, sin arriesgarse a una exposición o a un compromiso definitivo. La posición social y las apariencias son cruciales en la sociedad nicaragüense. Los pobres gastan ostentosamente para ocultar la “vergüenza” de su pobreza, endeudándose para pagar las fiestas del pueblo, pródigas bodas, fiestas de cumpleaños y funerales. Símbolo similares proliferan entre los más ricos. Un regalo caro refleja tanto la riqueza del donador como la importancia del receptor. En la vida pública, la evidencia de una posición social más aparecida pudiera ser un séquito de ayudantes y guardaespaldas subempleados. Tener un título universitario implica en sí una esfera de influencia y requiere que se use traje y corbata como evidencia de poder. El logro académico es menos importante que el estilo social y no son pocos los políticos tradicionales que usurpan el título de licenciado sin poseer un grado académico. Con más sutileza, al jefe de una oficina no se le llama el licenciado fulano de tal, sino “el licenciado”, como si no hubiera otro. En los estratos de poder más alto, al Presidente o a un Ministro se les conoce simplemente como “el señor”, título que normalmente significa “el ser supremo”, en un sentido señorial o religioso y es la forma de alusión más deferente.

El prestigio no es sólo atribuido en forma autónoma de una persona a otra, sino que en la mayoría de los casos es pretendido. El prestigio es particularmente evidente si se vincula con la riqueza y poder. Prestigio, riqueza y poder constituyen las tres dimensiones fundamentales con que

90. Oscar-René Vargas, **Arrepentidos, oportunistas y tránsfugas políticos**, publicado en el periódico “El Nuevo Diario”

se establece el “status” social de las personas ligadas al poder político. En efecto quien tiene cierto grado de poder o de riqueza, normalmente pide o pretende un grado de prestigio proporcional o congruente con las otras dos dimensiones o viceversa. El prestigio que adquiere una persona está correlacionado positivamente con el grado de influencia que tiene en la sociedad. Los políticos profesionales y tradicionales siempre quieren estar en el poder político o cerca del poder oculto para gozar de influencia y de prestigio social.

En la vida pública, todos los altos funcionarios esperan verse adulados. Los talentos atribuidos a cada funcionario -mientras están en el poder- eran en lo ridículo. Sin embargo, no se espera que la manada de acólitos que rodea a cada “jefe” justifique su servilismo después de que el funcionario deje el poder; simplemente transfiere su adulación al siguiente jefe. La retórica usada por los funcionarios para discutir las cuestiones públicas es causa de estupefacción. Cualquier político tradicional puede anizarse a la oratoria al instante, con la intención de llenar el aire de palabras y frases bellas, en lugar de explicativas. Como el uso de lenguaje directo implicaría un compromiso, gran parte de los discursos oficiales son conceptuales, y defienden principios y valores que la mayoría de los gobiernos ignoran en la práctica. Las promesas huecas y las mentiras francas salen fácilmente, puesto que para los políticos tradicionales las palabras no tienen valor intrínseco propio. Los significados se ocultan entre líneas, pausas, énfasis, o entonaciones, incluso en sonidos o gestos extraños.

Nadie quiere estar con los derrotados, todos quieren sentirse triunfadores. Los que fueron conservadores (cachurecos) a la subida de Anastasio (Acho) Somoza García, en los años treinta y cuarenta, se volvieron tachurecos”, una especie híbrida de conservadores y somocistas. Los que fueron somocistas se transformaron en furibundos sandinistas a partir del 19 de julio de 1979 (día del triunfo de la revolución sandinista) y lograron grandes beneficios; luego se hicieron opositores y apoyaron a algún partido de la Unión Nacional Opositora, posiblemente al gobierno de la señora Violeta de Chamorro; después de las elecciones de octubre de 1996 comenzaron a coquetear con los liberales constitucionalistas de Amoldo Alemán y se volvieron amoldistas. Ello demuestra la falta de principios de los actores políticos tradicionales, todos quieren usufructuar del prestigio que facilita estar en el poder.

En los últimos años, desde la derrota electoral del sandinismo amplio, escenas de “cuadros sandinistas” y “personas progresistas” comenzaron



a pasarse a las filas de los vencedores de febrero de 1990. Estos “arrepentidos” fueron desde embajadores, cuadros políticos partidarios, profesionales calificados, y altos funcionarios estatales, hasta ex-militares, todos sandinistas. Entre tales “arrepentidos políticos” está la mayoría de los cuadros profesionales, que provenientes de las filas de la burguesía habían coqueteado con el sandinismo revolucionario en el período de ascenso del movimiento social. La orientación general de este vuelco político ha sido a la derecha, más a la derecha y todavía más a la derecha. ^

Con el cinismo que los caracteriza, los “arrepentidos políticos” presentaron esta acción como un repliegue político forzoso exigido por las nuevas condiciones nacionales, y no como una reacción lógica de su extracción de clase o de sus aspiraciones sociales ocultas. Es decir, que el único principio guía fue... la preservación de su “statu quo” económico o prestigio social adquirido durante la revolución o anteriormente. El monstruoso y rápido desarrollo de los “arrepentidos políticos” entre 1990 y 1999 se explica por causas análogas a las que, en las décadas anteriores, llevaron al florecimiento del parasitismo en la burocracia estatal durante los gobiernos conservadores, al seguidismo de los líderes laborales en la época de Anastasio Somoza García y al “cepillismo” en el interior durante el gobierno sandinista. Esto permitió, a los “nuevos sandinistas”, después del 19 de julio de 1979, escalar posiciones políticas y/o gubernamentales dentro de las estructuras de los aparatos de la revolución, a personas con limitadas capacidades, sin méritos militares y sin pasado político. Su único mérito radicaba en su dependencia política de los comandantes de la revolución.

Esta realidad ha reforzado el surgimiento de tendencias procapitalistas dentro del sandinismo amplio que piensa que cada vez más, el cálculo económico regulará las relaciones sociales y económicas de la sociedad nicaragüense. Por eso la “nueva clase”, enriquecida en la piñata y/o durante el proceso de privatización de las empresas estatales, espera ser aceptada socialmente en el futuro. Algunos de ellos dicen: “la mala fama pasa, los reales quedan”. Los “arrepentidos políticos”, que mócente- mente” se lavan las manos ante cada situación embarazosa que recuerde su pasado “revolucionario”, saben cómo utilizar sus relaciones familiares en las nuevas condiciones de libre mercado para alimentar su prestigio social.

**Por otro lado, el crecimiento de la crisis social, el incremento de los antagonismos económicos entre las distintas fracciones del capital, el**

latino aislamiento político de la dirección del sandinismo, el peligro de la restauración conservadora por parte de la extrema derecha, y la pasividad de la mayoría de los sectores populares empobrecidos, tienden a fortalecer, inevitablemente, el nuevo fenómeno electoral conocido como el “oportunismo político”. Esta tendencia ha surgido al interior de todos los partidos políticos de la derecha y consiste en que las personas que militaban en un partido determinado (conservador, centroamericanista, socialcristiano, liberal independiente, comunista, etcétera) se han trasladado a las filas de la alianza liberal, con el único fin de tratar de conseguir prebendas en las listas electorales o colocarse en buena posición para ser considerado como “ministeriable” en el gabinete de gobierno.

El crecimiento del “oportunismo político”, de antiguos cuadros importantes e intermedios del gobierno de Violeta de Chamorro, los ha llevado a reforzar su subordinación económica el capital somocista para mostrar su dependencia política con el liderazgo de la alianza liberal. Algunos de ellos ayudaron en la lucha contra la dictadura de Somoza, hoy, por “oportunismo político”, coquetean con el somocismo sin Somoza que representa Amoldo Alemán. En los últimos años, cada una de las tendencias del espectro político nacional comenzó a desarrollar, en mayor o menor medida, una línea de acercamiento o subordinación política a tal o cual fracción del alemanismo. El objetivo de los “oportunistas políticos ha sido buscar cómo reconciliarse con los representantes del partido político que antes combatían y que ahora piensan que pueden sacar una ventaja. Han jugado el papel de alcahuete, queriendo quedar bien. Pero los liberales de vieja data recuerdan las humillaciones sufridas en sus propios pellejos por parte de los actuales “tránsfugas políticos” cuando ejercían funciones estatales en los anteriores gobiernos.

Entendemos el oportunismo como la búsqueda de beneficios personales en el desarrollo de cualquier actividad política sin consideración por los principios ideales y morales de una posición política o ideológica. El oportunismo debe distinguirse de la corrupción en dos aspectos. La corrupción es típica del funcionario público, mientras que el oportunismo político está ligado con cualquiera que desarrolle una actividad política y sindical. Con la corrupción se favorecen los intereses particulares de un grupo social; con el oportunismo lo que termina por guiar la actividad política es la adquisición de ventajas exclusivamente personales. El oportunismo nace en períodos de reflujos sociales o situaciones de crisis o de transición política y prospera hasta que el proceso político no se haya

adecuadamente institucionalizado; es decir, hasta que se establezca una nueva correlación de fuerzas más o menos estable. Estas situaciones se presentan esencialmente en los periodos en los cuales se verifica una transferencia de poder de una clase a otra y duran mientras esta transferencia no haya terminado de efectuarse. Por lo tanto, es en las sociedades con instituciones políticas no legitimadas sólidamente donde el oportunista político próspera.

Después de muchos años de aplicación de purgas incesantes al interior del gobierno de Violeta de Chamorro, de degradación política y corrupción moral, algunos antiguos miembros de la administración Chamorro han llegado a tal nivel de desnaturalización política, que ahora ansian abiertamente ser aceptados en las recepciones sociales, en las organizaciones políticas y en las fiestas particulares de los miembros de la alianza liberal. Después de algunos años, estos “arrepentidos políticos” han desarrollado, al interior de la alianza liberal, un frenesí de banalidades propias a los advenedizos. Estos “tránsfugas políticos”, son los mismos que durante el gobierno Violeta de Chamorro hicieron de la calumnia, la manipulación, el engaño y la purga, los métodos normales de su accionar político gubernamental. Son los mismos que ahora se venden como los mejores “cuadros” para realizar la intermediación entre el gobierno Alemán y el Ejército. Son los mismos que ahora venden al alemanismo sus fluidas relaciones con los dirigentes sandinistas, construidas durante el gobierno Chamorro, como una carta a tomarse en cuenta para ser incluidos en el gobierno liberal.

### 13. Favores, apoyos y alianzas políticas 91

Una línea recta se determina mediante dos puntos. Para dibujar una curva se necesita no menos de tres. Los caminos de la política cotidiana son muy complejos y curvilíneos. Para evaluar correctamente las distorsiones coyunturas políticas nacionales, hay que examinarlas en sus diversas etapas: en momentos de alzas del movimiento social y en momentos de caídas de los flujos. Si queremos trazar la línea política de la coyuntura política nacional debemos establecer una serie de puntos críticos. Hay que visualizar la política nacional de conjunto y analizar la estrategia fundamental de la fuerza política, a pesar de los cambios circunstanciales. Aunque este método no brinda resultados instantáneos, es el único que merece confianza -

El mundo de la política es un mundo raro, que produce a menudo historias asombrosas. Son historias generalmente opacas, que cubren un amplio repertorio de pequeñas y grandes tragedias y satisfacciones ganadores y perdedores en el juego de las fuerzas del mercado político. La política, entendida como las reglas de distribución del poder en la sociedad, o como fórmula institucionalizada de producción de acuerdos, es una actividad que provoca sentimientos encontrados de fascinación y temor, a la vez que es fuente inagotable de mitos, rumores y elucubraciones en el gelatinoso medio que llamamos opinión pública. Una de las propiedades básicas de la política es su capacidad de generar cierto equilibrio entre acuerdos e incertidumbres. La construcción de percepciones les da donde esas incertidumbres son vistas como amenazas, habla claro algo raro ocurre en el mundo de las representaciones colectivas.

La política ha sido vista frecuentemente como un espacio donde la amenaza, la corrupción, la manipulación y el simulacro son algunas de las claves de desenvolvimiento cotidiano. Las imágenes que evoca la política es de grupos que se enfrascan en una sorda lucha por imponer su voluntad.

91. Oscar-René Vargas, **Favores, apoyos y alianzas políticas**, publicado en el *Proyecto de Ley* "El Nuevo Diario", Año XVIII, Edición N°6116, Managua, Nicaragua, lunes 25 de de 1997, p.6.

### 13. Favores, apoyos y alianzas políticas<sup>91</sup>

Una línea recta se determina mediante dos puntos. Para dibujar una curva se necesita no menos de tres. Los caminos de la política cotidiana son muy complejos y curvilíneos. Para evaluar correctamente las distintas coyunturas políticas nacionales, hay que examinarlas en sus diversas etapas: en momentos de alzas del movimiento social y en momentos de reflujo. Si queremos trazar la línea política de la coyuntura política nacional debemos establecer una serie de puntos críticos. Hay que visualizar la política nacional de conjunto y analizar la estrategia fundamental de cada fuerza política, a pesar de los cambios circunstanciales. Aunque este método no brinda resultados instantáneos, es el único que merece confianza.

El mundo de la política es un mundo raro, que produce a menudo historias asombrosas. Son historias generalmente opacas, que cubren un amplio repertorio de pequeñas y grandes tragedias y satisfacciones entre ganadores y perdedores en el juego de las fuerzas del mercado político. La política, entendida como las reglas de distribución del poder en la sociedad, o como fórmula institucionalizada de producción de acuerdos, es una actividad que provoca sentimientos encontrados de fascinación y temor, a la vez que es fuente inagotable de mitos, rumores y elucubraciones en el gelatinoso medio que llamamos opinión pública. Una de las propiedades básicas de la política es su capacidad de generar cierto equilibrio entre acuerdos e incertidumbres. La construcción de percepciones sociales donde esas incertidumbres son vistas como amenazas, habla de que algo raro ocurre en el mundo de las representaciones colectivas.

La política ha sido vista frecuentemente como un espacio donde la amenaza, la corrupción, la manipulación y el simulacro son algunas de las claves de desenvolvimiento cotidiano. Las imágenes que evoca la política

91. Oscar-René Vargas, **Favores, apoyos y alianzas políticas**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario", Año XVIII, ...

intereses a los otros. La política aparece como la continuación de la guerra por otros medios, donde la intimidación, la violencia y las componendas, se utilizan como recurso para la negociación de los conflictos y, simultáneamente, como instrumento para desmovilizar al movimiento social “de los de abajo”. En estas circunstancias, la política en Nicaragua es un territorio movedizo, lleno de zonas de incertidumbre, y fuente de las más insólitas historias, ocurrencias y conjeturas. En los últimos años, se ha vuelto un espacio de especulaciones, de sospechas, de prácticas misteriosas, donde se construyen imágenes en la que se respira un clima de desconfianza, conjuras e intereses “inconfesables”. Y esa sensación de riesgo, de peligro, parece incrementarse de acuerdo con la escala que ocupan los diversos grupos y estratos de la sociedad.

El origen verdadero de la desconfianza hacia la política parece encontrarse en una doble dimensión. Tiene que ver, por un lado, con una dimensión imaginaria donde la política es vista como un conjunto de acciones de los “otros”, de aquellos que representan el poder y los micropoderes de las élites dominantes. Pero de otro lado existe también una dimensión institucional o estructural, donde la política tiene tendencia a perder cada vez más su capacidad de conducción sobre los asuntos colectivos y se transforma en simple espacio de deliberación de los intereses representables.

Esta doble dimensión genera efectos complejos. Por un lado, exige de los ciudadanos y de la sociedad civil una mayor información en torno a una multiplicidad de asuntos colectivos, que posibiliten una mayor corresponsabilidad de las decisiones claves, y una mejor vigilancia de los gobernantes por los gobernados. Pero de otro lado exige también una renovada secularización de la política, que evite la sobrecarga de expectativas hacia una actividad que no puede convertirse en la llave mágica para solucionar los problemas actuales de la sociedad nicaragüense. Las verdaderas pesadillas en torno a la política se producen cuando los individuos se dan cuenta de las limitadas capacidades que posee la política y los políticos para resolver los grandes asuntos colectivos, y, al mismo tiempo, perciben la lejana influencia de los políticos y la política para resolver los pequeños problemas de la vida cotidiana.

En el escenario político nacional, vemos a muchos dirigentes de los partidos políticos criollos deshojar la margarita para averiguar si les interesa o no aceptar los favores ofrecidos a cambio de apoyos políticos concretos sobre leyes y acciones que el gobierno liberal quiere implementar. Pese a lo que puedan parecer y decir sus críticos, los políticos tradiciona

les (que sólo les interesa el poder y que quieren formar parte del gobierno) declaran a la prensa, que no harán nada sino seguir sirviendo a la sociedad y a la nación. Conocidos los cabildeos, los cuchicheos, las pláticas presurosas de los negociantes y negociadores políticos, los políticos tradicionales piensan que en la actual fase de reflujo del movimiento social, el poder político se conquista en las negociaciones cupulares de los estados mayores de los diversos sectores de la clase dominante. Mientras tanto, el movimiento popular, para sobrevivir, tiene que ampliar las distancias en relación a sus dirigentes tradicionales (quienes miran hacia donde apuntan los intereses del poder) y fijar fronteras claras en relación al gobierno liberal.

Durante los años de la dictadura somocista, el sector hegemónico de la clase dominante tenía la capacidad para disciplinar a los distintos grupos de presión que la componían, la diversidad de opiniones no se expresaba abiertamente y los políticos tradicionales liberales dirimían sus controversias bajo el manto omniabarcante del dictador de turno. El dictador, al margen de cualquier consideración ideológica, tenía una manera de hacer las cosas, con su propio sistema de premios y castigos, que les permitía a todos los políticos tradicionales tener posibilidades de volver a jugar con las mismas reglas una y otra vez, a pesar de no haber obtenido buenos resultados en una primera, segunda o tercera ronda. Dentro de ese sistema político se desarrolló, en los políticos tradicionales, el predominio del oportunismo y la búsqueda de prebendas personales, mientras se dejaban de lado las visiones éticas de lo que debía ser la política. El dictador buscaba intermediarios políticos capaces de negociar y poder aprobar las leyes que querían impulsar. En la década de los noventa, el gobierno liberal busca transformar el favoritismo, fundamentalmente episódico, de los notables de la época somocista, carente de una amplia visión de conjunto y limitado a un restringido grupo social, en una estrategia articulada de expansión del poder político, dirigida personalmente desde los lugares de poder determinantes para la administración del gobierno.

El gobierno suele dar concesiones de construcción a los amigos del gobierno, hay muchos que nunca han tenido licencias de constructor y trabajan para las diversas instituciones de gobierno. Otros utilizan testaferros para ocultar el hecho de que el funcionario público concede licencia para sí mismo, a sus clientes o a sus parientes que conforman la empresa recién formada. Conseguido el primer contrato con el gobierno, el funcionario a través de sus testaferros obtienen los créditos necesarios sin

aval de la banca estatal. Así, mientras el nivel administrativo proporciona las licencias técnicas de construcción correspondientes o contratos de obras publicas; después, a nivel financiero se dan las garantías necesarias a partir de la obtención del contrato. Esa ha sido la forma más común de operar en la rama de la construcción para pagar favores desde la Alcaldía o desde el gobierno central. Otro método ha sido que la empresa obtiene el contrato a precios altos y en condiciones de monopolio, después subcontrata los trabajos a pequeñas empresas.

Otra operación ha sido el control de la expansión inmobiliaria y fomento de la especulación en las áreas edificables, de ese modo se ido constituyendo un grupo económico omnipresente formado por políticos tradicionales, hombres del partido de gobierno, funcionarios públicos empresarios mafiosos, representantes del sistema crediticio y bancario mediadores de todo tipo, viejos sectores de la clase dominante y nuevos grupos económicos en ascenso que giran alrededor de la concesión de contratos, permisos de construcción, créditos sin aval, prebendas de cualquier clase e intercambio de favores en los que la gestión de la cosa publica tiene como fin esencial el enriquecimiento personal de los amigos íntimos del poder oculto. De esa forma se comienza a constituir una verdadera maquina política para: procurarse votos para el partido liberal que le permitan la conquista de centros de poder y el control de alcaldías neurálgicas a nivel municipal. De esa forma se comienza a desarrollar una compenetración entre miembros del poder oculto y hombres de partido que asumen las labores de funcionarios públicos. Mientras desaparecen las bases tradicionales del viejo poder somocista, se crean actividades nuevas y mucho mas lucrativas para la acción del círculo íntimo del poder oculto.

Los políticos que se encuentran en el “ejercicio del poder” suelen estar bajo diversas presiones provenientes de diferentes sectores de la sociedad, teniendo que negociar constantemente en términos de favores y apoyos para poder mantener las alianzas políticas realizadas y/o conservar las mayorías parlamentarias. Los políticos tradicionales establecen sus alianzas como medios para preservar cuotas de poder o para satisfacer el enriquecimiento privado del político o del funcionario corrupto. Generalmente los acuerdos entre los políticos tradicionales están relacionados con la satisfacción de los intereses privados en perjuicio de las instituciones estatales. Los nombramientos no se hacen en base al conocimiento de tal o cual funcionario, sino a la fidelidad partidaria o a la alianza política en vigencia. Por ejemplo, el criterio que se utilizó para elegir a la mayo



ría de los magistrados del poder judicial fue estrictamente político. Se valoró la militancia, no la experiencia; se premió la fidelidad, no la capacidad técnica.

Para obtener un empleo no se requiere el poder “de abajo”, sino a aprobación “de arriba”. Un empleado empieza su carrera al unirse a algún funcionario que le ofrezca trabajo. El burócrata de alta jerarquía piensa que el subordinado será dedicado y discreto, ya que le debe su puesto a un benefactor mayor, cuya fortuna política está ligada a alguien superior a él, y así sucesivamente hasta llegar al Presidente. Todo presidente debe de nombrar a unos 300 funcionarios de alto nivel, cada uno de los cuales llena decenas de puestos bajo su mando. Infinidad de pirámides de poder se superponen así a la pirámide jerárquica principal: todo el mundo, salvo el Presidente, es a la vez patrón y sirviente. Este proceso viene a generar camarillas políticas que son al presidente, pero que compiten ferozmente entre sí. Sin ellas, las lealtades del sistema política no podrían funcionar. Las cuestiones ideológicas rara vez vienen al caso, puesto que el compromiso es con las personas y no con las políticas.

En política todos los amigos son falsos y todos los enemigos son verdaderos. Y como la carrera de un enemigo no se puede enterrar en forma permanente, los políticos deben templar su anhelo de venganza con su instinto de conservación: al igual que los favores, los actos con malicia llegan también a ser deudas. Los políticos tradicionales, perdonan el robo, la corrupción, todo menos un error político. Los errores políticos capitales son la deslealtad y la indisciplina. Quienes son humillados o despedidos por un gobierno, por consiguiente, deben permanecer pacientemente e callados, con la esperanza de volver a ser incorporados en el gobierno. Por el contrario, aquellos cuya lealtad al sistema es mas débil que su odio a una persona, jamás vuelve a ser merecedores de confianza. Sin esta disciplina, el sistema político tradicional se haría pedazos. Sin la interdependencia estrecha entre el gobierno y los grupos de presión clave el sistema tradicional no puede sobrevivir: de alguna forma, todos deb estar ligados al círculo íntimo del poder oculto.

Junto al desarrollo del favoritismo político, surgen nuevos miembros del poder oculto, y los viejos se transforman. El poder político del poder invisible de los años noventa está caracterizado por la presencia conjunta de lo viejo y lo nuevo, como no se había dado en el pasado. Aun están activos los viejos miembros del liberalismo nacionalista, los hombres de respeto ligados a la dictadura somocista; pero empiezan a aparecer los

Al mismo tiempo, la estrategia de la gobierno liberal busca generar que las instituciones (Poder Legislativo y Poder Judicial) no tengan ningun papel independiente al poder ejecutivo en la solución del problema de

us. Jñicif,, "" n oble,i Vo de Una ~~me~~ di inionX de  
la ew compromisos vinculantes, lo que necesariamente promueve la  
emergencia de profetas y redentores apocalípticos de toda índole No hay  
que olvidar que la tiranía es la unión forzosa de aquello que debe ser dis  
into: legislativo y ejecutivo, derecho y justicia, poder y saber La hís ona  
política de Nicaragua nos enseña que cuando el PoderLegislativo  
o enelmtm<sup>0</sup> « ~~fu~~ baJ0 la COnducción Pática de la misma persona o en el mismo  
cuerpo partidario, no hay libertad ni democracia.

Las alianzas políticas entre partidos y/o entre personas tienen formas

coaliciones y desorganizadas: simple echar ah, y Variable S. AlgUnas son efímeras  
proVISIóna,es> para beneficiarse de ventajas electorales, para echar abajo a un  
gobierno o para sostenerlo ocasionalmente. Otras son durables y están  
provistas de una sólida armazón, que las hace parecerse  
dj OSOP6parlIdo y Se dl stinguen mal de «os partidos profundamente divididos en  
tendencias rivales. Otras alianzas son mecanismos para una absorción del más  
débil por el más fuerte. Cuanto mayor sea el partido en la alianza, mas  
fuertemente pesa. - La Alianza Liberal de 1996 se confío “ sometimientto de los  
pequeños núcleos liberales aglutinados en  
P fo dC PoCa presencia  
an fo, P Pectoral y conformados por personas que querían  
asegurarse un puesto en el gobierno. 4 92

Toda alianza política implica acuerdos alrededor de los cuales los partidos y/o personas se comprometen a cumplir en y por un determinado tiempo. Todos los acuerdos nacionales, acuerdos tácitos y a menudo locales entre los políticos tradicionales han sido concluido bajo la presión de las necesidades electorales. Las alianzas políticas son difíciles de realizar, debido a los intereses inmediatos de cada actor político, pero, una vez concluida, implica una colaboración profunda. Actualmente, la presión electoral impulsa hacia el establecimiento de acuerdos políticos que pueda permitir la vuelta al bipartidismo. Hay alianzas se hacen para formar listas y “emparentamientos” políticos que desembocan en las conformaciones de listas electorales comunes, lo cual tiende a desaparecer a los partidos más pequeños que forman esa alianza. Es lo que paso con partidos pequeños que conformaron la Alianza Liberal en 1996.

En el plano vertical, existen alianzas electorales, parlamentarias y gubernamentales. Las primeras se sitúan en el nivel de los <sup>can</sup> <sup>ldados</sup> - con listas comunes y/o con acuerdos para la repartición de cupos el elector no puede hacer fracasar la alianza, a menos que deposite su voto a favor de un candidato opuesto a sus opiniones. En la segunda, los partidos pueden unirse a favor de las iniciativas del gobierno o contra él. Durante el gobierno de Violeta de Chamorro, por ejemplo, se formaron diferentes coaliciones políticas transitorias que expresaban una alianza igualitaria sin embargo la mayoría de ellas se establecieron para la repartición de esferas de influencia o acuerdos políticos transitorios y no para conformar un bloque político que compitiera electoralmente en el mediano plazo. Mientras que en el gobierno de Alemán se gobierna apoyándose en sus **diputados** en los de los partidos ‘subordinados’ que le dan sus votos pero sin compartir el poder político con él. Todo el juego político consiste en tratar de acumular las ventajas que obtienen del poder político por los intereses del ejecutivo a cambio de prebendas económicas o de privilegios indeterminados. La actual alianza parlamentaria progubernamental está dominada por el partido que representa los intereses de la derecha más extremista. Sus aliados menores son obligados a someterse, so pena de ser destruidos.

En el plano horizontal las diversas posiciones de los partidos de la Alianza Liberal van desde el centro de derecha hasta la extrema derecha. La revolución sandinista provocó el acercamiento de conservadores y liberales lo que dio origen a una alianza muy desigual, con el apoyo del clero católico, muy similar a la experiencia chilena durante los años cin-

cuenta. Olvidando experiencias particulares, repitiendo errores y fracasos. Soberbia y desprecio. Desconocimiento de realidades, circunstancias y gentes. No todo en las alianzas es repartición de prebendas y puestos gubernamentales. No hay que olvidar que en una alianza, el partido mayoritario tiende a dominar al más pequeño. La religión ha servido, desde la década de los ochenta, de lazo de unión entre las diferentes tendencias de la derecha autoritaria y antisandinista, dando origen a una coalición progubernamental, reaccionaria, derechista y clerical. En esas condiciones, para el sandinismo amplio es muy difícil justificar, ante sus bases, los acuerdos políticos que están en proceso de negociación.

Finalmente, podría trazarse curvas de desigualdad política dentro de la Alianza Liberal: en el período anterior e inmediatamente posterior a las elecciones de 1996, el sector más extremista de la coalición libero-conservadora dirigió el juego político; sin embargo, a medida que pasó el tiempo, ha perdido influencia en las principales decisiones gubernamentales a favor de los sectores más moderados, presionados por las necesidades gubernamentales más inmediatas. Desde luego, este esquema es muy general y el entrecruzamiento de circunstancias particulares, numerosas y diversas, lo modifican a veces. Queda por saber, sin embargo, si el gobierno de Alemán se ha hecho más moderado porque necesita tapar el enriquecimiento inexplicable de sus funcionarios, o si las denuncias de corrupción -desde la sociedad civil- lo ha hecho más moderado para aceptar un pacto político con el sandinismo que le pueda lavar la cara ante la población. Mientras tanto, Alemán necesita del discurso antisandinista para aglutinar sus bases y Ortega busca en el discurso de la confrontación a vía para conservar sus bases, ambas posiciones los lleva a negociar un acuerdo con un gran costo político para ambos líderes.

## **14. Elitismo, sectarismo y servilismo**

Por elitismo se entiende la teoría que afirma que en toda sociedad una minoría es siempre la única que detenta el poder en sus diversas formas de poder (económico, ideológico y político). Es decir, en toda sociedad el poder político, o sea el poder de tomar y de imponer decisiones valederas para toda la sociedad, le pertenece a un grupo restringido de personas. En Nicaragua, el pensamiento político de las diversas tendencias de la clase dominante está dominado por la contradicción élite-masas, ya para ellos existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que siempre es la menos numerosa, cumple todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que o acompañan; en tanto que la segunda, más numerosa, está dirigida y regida, de un modo más o menos legal, o, más o menos arbitrario y violento, por la primera. El elitismo, asumido por la clase dominante nicaragüense, tiene un fuertísimo contenido antidemocrático y antipopular, que refleja muy bien el “miedo” de “los de arriba” en los períodos de intensificación de los conflictos sociales.

La élite nicaragüense en el poder está compuesta por hombres y mujeres que se encuentran en posiciones tales que les permite trascender e ambiente del hombre común y que ocupan las posiciones estratégicas de la estructura social en dónde están concentrados los instrumentos del poder de la riqueza y de la celebridad. Las élites son los que tienen influencia y los que la ejercen. Los que tienen influencia son los que se apoderan de la mayor parte de lo apoderable y son los que tienen el mayor poder político en la sociedad. Normalmente, la élite nicaragüense ocupa las posiciones claves de los distintos sectores de la sociedad: economía, ejército y política. Los miembros de la élite nicaragüense se encuentran, generalmente, ligados por cuestiones sociales, familiares y económicos; los cuales se sostienen y se refuerzan recíprocamente, tendiendo cada vez más a concentrar sus instrumentos de poder en instituciones centralizadas e interdependientes.

El sectarismo encuentra su correspondencia en el plano de la cultura política en la actitud de contraposición y negación del pluralismo político. El sectarismo indica una adherencia excesiva y rígida de ciertos principios políticos, sin ningún intento de adaptarlos críticamente a las cambiantes situaciones políticas. El sectario va a combatir contra todo lo que ha sido pensado y llevado a cabo fuera del partido político o del gobierno al que no pertenece, desconociendo siempre lo que hay de bueno y verdadero en el juego democrático. Ven en la democracia todos los males del país y contra la cual es necesario comprometerse en un enfrentamiento decisivo. Los sectarios proponen como modelo una sociedad compuesta por un solo centro de poder, el cual tiene la función de limitar, controlar, contrastar e incluso eliminar toda acción que busque el pluralismo político. El sectario apoya la tendencia hacia la concentración y la unificación del poder del Estado; es decir, apoya un superpoder del Estado y la tendencia a la concentración del poder único. En el fondo los sectarios apoyan un sistema totalitario del poder y no desean la separación de poderes. Los sectarios buscan la conformación de un estado en el cual existe una fuente de autoridad única y la supresión de los cuerpos sociales intermedios que expresen los intereses particulares de los distintos sectores

La incapacidad de aceptar una oposición política y el irrespeto a las ideas de los demás o del adversario político o social, da como resultado el servilismo de los funcionarios, con el objetivo de poder sobrevivir en los puestos de los diferentes entes gubernamentales. Esto provoca que los cuadros medios y superiores nombrados por los distintos gobiernos no sean las personas más capacitadas y/o inteligentes para tomar la mejor decisión en beneficio del país, sino que el nombrado o designado sea, sencillamente, más proclive a los intereses del grupo de poder dominante de turno. Prueba de ello es que después del intento, de última hora, del gobierno sandinista de crear una ley de carrera administrativa, el gobierno Chamorro no quiso impulsar ningún tipo de regulación que hubiera permitido a los funcionarios estatales cierta protección de los vaivenes de la inestabilidad política, propia de los períodos de transición, para garantizar así la permanencia de cuadros intermedios de buena preparación profesional. Actualmente, se nombra a alguien no por sus méritos profesionales.<sup>93</sup>

<sup>93</sup> El "criterio" para la conformación de los grupos o centros de poder para limitar el centro del poder único identificado con el Estado autoritario.

sionales ni por su curriculum académico, sino por su fidelidad o servilismo político al partido gobernante.

Si alguien quiere trepar en jerarquías y llegar “a lo más alto” tiene que ponerse muy listo, trabajar duro para el director, otorgarle toda su lealtad, adivinar lo que él quiere y adelantarse, de ser posible; averiguar los puntos débiles del superior y compensarlo mediante severas dosis de halagos y servilismo, especialmente cuando se acerca el momento de ascender- tiene que conocer los gustos del jefe y compartirlos, aunque a lo interno le causen repugnancia; se debe llamar la atención, pero no demasiado; no presionar a no ser que el señor sea presionable; ya en el equipo superior hay que formar un grupo de presión o fortalecer el ya existente, establecer una red de relaciones o posibles alianzas, y, por supuesto, estorbar al máximo, o de plano sacar de la jugada, a todo aquel que haga su “luchita” para trepar “hasta arriba”. En todo caso hay que ser consciente de que el jefe toma la gran decisión, y que a él se debe llenar de elogios. Cualquier parecido con la manera como los ministros, altos, medianos y pequeños funcionarios luchan por mantenerse en sus puestos es pura coincidencia.

Por fanatismo político se entiende una obediencia ciega a una persona o a una idea, servida con celo obstinado, hasta ejercer la violencia para obligar a los otros a seguirla y castigar al que no está dispuesto a aceptarla.<sup>94</sup> El fanático político se apega a una idea falsa y peligrosa, no digna de ser abrazada con tanta perseverancia. La intolerancia de las ideas ajenas y un espíritu de servilismo que no evita los medios violentos, son consecuencia de una actitud y de una mentalidad fanática. En la época colonial el fanatismo se expresaba casi exclusivamente como un fenómeno religioso el que experimentamos actualmente es, principalmente, político. Los serviles ven en la ignorancia del vulgo (explotada con fines políticos) la causa principal de la superstición que genera fenómenos de fanatismo individual y colectivo. La mentalidad fanática se debe a profundas perturbaciones psíquicas, en las que el egocentrismo exagerado del dictador se une con una rigidez y cerrazón mental llevada hasta la monomanía. El fanatismo es un fenómeno social, ligado a fenómenos de exaltación colectiva. Los dictadores o los líderes autoritarios son fundadores de movimientos sociales fanáticos para poder utilizarlos en un determinado con

94. Norberto Bobbio~ Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino **Diccionario de Política**, Tomo I, Siglo XXI Editores, México DF, México, 1995, p.614.

texto social, que tolera y hasta provoca ese contagio. El fanatismo político está relacionado generalmente con el dogmatismo o sea con la creencia de una verdad o en un sistema de verdades que una vez aceptadas ya no deben ponerse en discusión y no aceptan ser discutidas por los demás. En el terreno práctico le corresponde el sectarismo, sea la parcialidad con los seguidores y odio para los adversarios.

En una sociedad en que el fanatismo político se impone, se genera por contrapeso y se difunde el espíritu conformista y servil. El conformista responde al celo obstinado del político fanatizado con el celo cobarde del que no quiere correr el riesgo de ser perseguido por sus propias ideas, con la aceptación resignada y servil de las verdades ajenas. El servil renuncia a las propias ideas y es la manera de plegarse a los políticos sectarios. El servilismo no cree en ninguna idea, pero está dispuesto a valerse de todas según le convenga. El enemigo de ambos es el espíritu crítico, el uso de la razón confortada por la experiencia que enseña a reflexionar con la propia cabeza. El servilismo y el conformismo, nacidos de un solo parto están condenados a desaparecer juntos. Mientras el fanático político busca el éxito sofocando las ideas ajenas, el otro, el servil, tiende al éxito acariciando una idea ora otra según las circunstancias. No hay que descartar que el servil se sirva de los fanáticos políticos para conseguir sus fines. Esto no quiere decir que los diferentes dictadores nicaragüenses y sus colaboradores hayan sido ellos mismos fanáticos sino que el servilismo de los gregarios ha sido generalmente un instrumento para su dominio. Somoza no tema nada de jefe fanático; era un cínico; sin embargo, expresó, con la fórmula de Somoza forever”, divisa y la quintaesencia de todo el fanatismo del régimen somocista.



## 15. Iglesia y política

La historia del imperio español en Centroamérica se encuentra íntimamente relacionada con la de la Iglesia católica. Hay en realidad dos historias de la Iglesia en los siglos XVI y XVII. La una es la misionera, llevada a cabo por las órdenes religiosas, cuyos frailes, inspirados en la visión milenaria del reino de Dios hecho realidad en el Nuevo Mundo arriesgaron la vida por ganar ánimas para la fe cristiana. La otra, extensa, trata de la evolución de la Iglesia como depositaria de poder político, social y económico. La Iglesia tenía un papel importante en el sistema de poder colonial; bajo la dinastía de los Habsburgo, figura como un aliado de la Corona, al constituir una burocracia paralela que operaba sobre todos los aspectos de la vida, separada del Estado solo por los límites más vagos e indeterminados. La Iglesia colonial no se ocupaba solamente por la catequización de la población indígena, que también funcionaba como brazo del Estado al colaborar tanto en la Conquista como en el gobierno de la colonia. La Iglesia y el Estado se reforzaban mutuamente, defendiendo éste la autoridad eclesiástica mientras que aquella apoyaba el derecho divino del poder político-terrenal.

La Iglesia católica, como institución, no nació bajo el signo de la tolerancia, la diversidad, la pluralidad, la libertad y la democracia. La Iglesia, y la nuestra no fue una excepción, nació bajo el signo de la herencia, la unidad, el integrismo, el dogma y la autocracia. No existió otra institución en donde la palabra de su líder supremo estuviera «totalmente» obedecida y comprometida para su línea oficial como a la Iglesia católica. No cedió jamás por la vía pacífica un fuero, un privilegio. Y bien con la revolución liberal perdió propiedades, no influencia. Para bien y para mal, en un pueblo teocrático como el nuestro, nunca la perderá. La Iglesia excluye a cuantos la contradicen, lo que ella no enseña no

95^ **Benjamín I. Tepitz, The political, and economic foundations of Nicaragua: The administrations of José Santos Zelaya, 1893 1909**, Dissertation, Howard University, Washington DC, United States, 1973, p.216.

es verdadero, es herejía. La posición de poder e influencia de que gozaban los curas y vicarios se debía a que en las comunidades rurales, por lo general, eran ellos los únicos representantes del aparato del Estado. Tal importancia se acentuaba por su papel de intermediarios sociales entre la burocracia y el pueblo.

Desde el Obispo Bobadilla, en la época colonial, pasando por Monseñor Lezcano a comienzos del Siglo XX; la jerarquía eclesiástica ha influenciado, en forma determinante, en el acontecer político, social y económico de nuestro país. Ya sea en alianza con los poderosos, o sea enfrentándose a los cambios sociales que se quieren impulsar. Un intelectual orgánico de la derecha nicaragüense explica la relación Estado-Iglesia de la siguiente manera: “la jerarquía católica ha desempeñado un papel muy destacado, no sólo como fuente de ortodoxia, doctrinaria, sino como severo censor de la conducción del Estado”.<sup>96</sup> Porque el Episcopado llena con su fuerte influencia, el vacío que dejan las débiles instituciones sociales a la hora de defendernos de los abusos de los gobiernos autoritarios y/o incapaces, que padecemos”.<sup>97</sup>

En Nicaragua, las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado, siempre han sido parte esencial de la historia nacional.<sup>98</sup> Por lo tanto, en los últimos 20 años (1978-1998) las luchas entre el poder civil y la Jerarquía del poder eclesiástico han sido parte importante de la lucha política de la oposición en contra del gobierno de turno. Durante estos años las relaciones Iglesia-Estado nacional han tendido, por lo general, a la disputa y al conflicto.<sup>99</sup>

La separación entre Iglesia y Estado se dio, en forma definitiva, con el triunfo de la Revolución Liberal (1893). El poder civil proclamó su soberanía sobre toda la nación y el poder eclesiástico pasó a ser una simple institución privada. Con la reforma liberal, la homogeneidad Estado-religión como factor de poder fue oficialmente disuelta, pero no erradicada entre los religiosos y la clase dominante, principalmente los conservadores y los liberales conservadurizados durante la dictadura somocista. La

96. Emilio Álvarez Montalván, **Breve glosa a la Pastoral**, publicado en el diario La Prensa, edición No. 18987, Managua, Nicaragua, jueves 28 de noviembre de 1991, p.4.

97. Emilio Álvarez Montalván, **Breve glosa a la Pastoral**, p.4.

98. Edgard Zúñiga C., **Historia Eclesiástica de Nicaragua**, Editorial Hispamer, Bogotá Colombia, 1996, 602 páginas.

99. Rafael Aragón y Eberhard Loschcke, **La Iglesia de los Pobres en Nicaragua. Historia y Perspectivas**, s/i, Managua, Nicaragua, 1991, 122 páginas.

Iglesia jamás aceptó tal imposición. A raíz de la intervención militar norteamericana (1910), la Iglesia católica se vio favorecida y reconquistó algunos espacios. Entonces justificó la intervención, condenó la resistencia de Sandino y, posteriormente, la Jerarquía se transformó en el mejor consejero y soporte ideológico de los diferentes gobiernos de la dictadura somocista (1934-1979). Obispos y sacerdotes se oficializaron como capellanes de la guardia nacional, pilar fundamental del somocismo. Esa complicidad de los representantes de la Iglesia católica oficial con la familia Somoza, y en general con todas las estructuras del poder dictatorial, no impidió, sino que motivó la incorporación de los cristianos a la lucha revolucionaria que puso fin a la dictadura en julio de 1979.

Solamente a raíz de los bombardeos a la ciudad de Estelí (septiembre de 1978), y del inicio del proceso de negociación impulsado por los Estados Unidos para encontrarle una salida a Anastasio Somoza Debayle (octubre de 1978), la Iglesia se pronuncia realmente a favor de la renuncia del dictador favoreciendo una salida de “un somocismo sin Somoza”.

Es decir, la permanencia del sistema pero sin la odiada figura del dictador. Días antes del triunfo de la revolución sandinista (19 de julio de 1979), el Obispo Miguel Obando y Bravo encabeza una delegación a Venezuela donde se producen intensos cabildos para tratar de escamotearle el triunfo a los sandinistas.<sup>100 101</sup>

Durante los años de la revolución sandinista, la Iglesia católica mantuvo una posición confrontativa al gobierno revolucionario. También, la política errada del sandinismo en relación a la Iglesia, facilitó la confrontación impulsada por la Jerarquía. En 1984, luego de los resultados electorales, la derecha quedó políticamente atomizada y sin liderazgo interno. La Iglesia católica lo asumió, y pasó a jugar un papel beligerante de oposición al gobierno, en una actitud similar a la de la iglesia polaca.<sup>102</sup> En abril de 1985, Miguel Obando y Bravo, Arzobispo de Managua, es

100. Oscar-René Vargas, **Nicaragua Hoy: Después de Somoza, qué?**, publicado en la Revista «Nexos», publicación mensual, Año 1, N°10, México DF, México, octubre 1978, p.7-13.

101. Rafael Avila Penagos, **Religión y Sociedad Política en Nicaragua**, publicación del Instituto de Investigación y Desarrollo Humanístico de la Universidad Politécnica de Nicaragua, Managua, Nicaragua, junio de 1998, p.275-381.

102 INCEP, **Iglesia Católica, crisis y democratización en Centroamérica. Documentos seleccionados de las Conferencias Episcopales y del SEDAC, 1978-1990**, publicación del Instituto Centroamericano de Estudios Políticos, Guatemala, Guatemala, marzo-junio de 1990, p287-401.

nombrado Cardenal de la Iglesia Católica. Inmediatamente después, la Iglesia incrementó sus actividades masivas dentro de un contexto eminentemente agitativo. El periplo que Obando realizó entonces, por todas las diócesis del país, evidenció su papel de aglutinador de los sectores de oposición.

En la década de los ochenta, la Iglesia católica nicaragüense desempeñó un papel importante en los planes del gobierno de Ronald Reagan para combatir el sandinismo. Casi desde un comienzo, la administración norteamericana había decidido que el gobierno sandinista tenía que ser derro-

El plan de llevar a cabo sus planes, la Central de Agencia de Inteligencia (CIA) estaba financiando un ejército "contra".<sup>104</sup> En diciembre de 1982 el Congreso norteamericano prohibió a la CIA y al Departamento de Defensa suministrar equipo militar, entrenamiento o apoyo a persona alguna que actuase "con el propósito de derrocar al gobierno de Nicaragua".<sup>105</sup> Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos buscó otros medios para financiar y controlar a los "agentes".

Como el gobierno de Reagan no podía operar libremente en Nicaragua, tuvo que reforzar el papel de su principal aliado moral y político en el país: la Iglesia católica. Desde 1981, la CIA comenzó a canalizar en secreto fondos a los altos funcionarios de la Iglesia católica. El dinero resultó especialmente útil para ayudar a Obando "a ampliar las operaciones de la estación radial y su periódico", los que servían de plataforma a la oposición contra el gobierno sandinista. Cuando los sandinistas acusaron al Arzobispo Obando y Bravo de ser un "agente" pagado por la CIA la Iglesia negó enfáticamente los cargos. En verdad, Obando no era un "agente", pero la CIA lo consideraba como uno de los principales "aliados", ansioso por cooperar en los esfuerzos patrocinados por la CIA para desacreditar a los sandinistas.<sup>106</sup> Obando encajaba en la estrategia de "doble

Organismo norteamericano que efectúa operaciones de inteligencia en el extranjero o en el territorio norteamericano no puede realizar arrestos.

104. Bob Woodward, **Las guerras secretas de la CIA 1981-1987** Ediciones BSA, Barcelona, España, 1987, p.153.

105. Para noviembre de 1982, la contra había aumentado sus efectivos hasta un total de cuatro mil hombres. Ello equivalía a ocho veces la cantidad inicial de quinientos que se había propuesto en año anterior.

106. Los miembros de la CIA se clasificaban desde "informadores casuales", que no deben de saber que proveen de información a la CIA, a "colaboradores controlados de máxima importancia, que reciben remuneración mensual de la CIA y son

añadidos a la lista de "agentes" de la CIA. Los que quedan en la lista, y allí donde

vía” que aplicaba los Estados Unidos en Nicaragua que significaba: continuar con apoyo de las acciones encubiertas a la “contra” pero tratando de a la vez de forzar a los sandinistas a que negociaran con los contras .

La acción encubierta es una actividad clandestina destinada a provocar determinados acontecimientos en países extranjeros sin que el gobierno de los Estados Unidos o la CIA sean reconocidos como los causantes; tales actividades pueden variar desde un despliegue propagandístico de bajo nivel hasta el derrocamiento de un gobierno supuestamente hostil La acción encubierta consiste en la práctica en esforzarse por encontrar aliados” dispuestos a cooperar con la CIA, que sean con preferencia individuos que crean en los fines de la agencia. Los funcionarios de la CIA poseen la habilidad suficiente para convencer a la gente de que colaborando con la agencia lo harán para sus propios intereses; el buen funcionario recurrirá normalmente a todas las técnicas que se requieren para reclutar a un posible “aliado”: los llamamientos al patriotismo y al anticomunismo pueden reforzarse con el halago o endulzarse con dinero y poder ts decir, las acciones encubiertas son un instrumento clandestino mediante el cuál Estados Unidos utiliza para alcanzar sus <sup>objetivos</sup> de su política exterior inasequibles por medio de la diplomacia.

De acuerdo a las declaraciones del almirante John Poindexter, en ese momento Director Adjunto del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos,<sup>107 108 109</sup> que hizo durante las investigaciones del escándalo Irán-contras aseveró que: “informábamos a los obispos (de Nicaragua) sobre lo que pensábamos que iba a hacer el gobierno nicaragüense . am bién señaló que la CIA entregaba fondos a los obispos de la Iglesia católica, “esto se hacía directamente con el obispo (Obando y Bravo) en Nicaragua”.

<sup>110</sup> Por ejemplo, las comisiones de inteligencia del Congreso norteamericano descubrieron, en 1983, que por lo menos veinticinco mi

107, Víctor Marchetti y John D. Marks, **La CIA y el culto al espionaje**, Editorial Euros, Barcelona, España, 1974, p.64.

108. Brian Freemantle, **La CIA. Les secrets de l'honorable compagne**, Librairie Plon, Paris, France, 1986, 234 páginas.

109 El Consejo de Seguridad Nacional (CSN) está formado por el Presidente de los Estados Unidos y sus consejeros superiores en política exterior, incluyendo el Vicepresidente y los secretarios de Estado y Defensa. El equipo del CSN está dirigido por el Director y un Director Adjunto quienes informan al Presidente.

110. Cari Bersteln y Marco Politi, **Su Santidad. Juan Pablo II y li.historia.oculta de nuestro tiempo**, Grupo Editorial Norma, Bogotá, Colombia, 1996, p.389-390.

dólares mensuales de fondos de la CIA habían tenido como destino la Arquidiócesis de Obando.<sup>111</sup>

Poco después, la CIA buscó otra forma de enviarle dinero a la Iglesia católica nicaragüense. De allí en adelante, se hicieron arreglos para que un contratista privado que tenía negocios con la CIA cobrara sobrecostos a a agencia por trabajos legítimos. El contratista entregaba luego el exce-

3 H<sup>n</sup> a gme dC 13 CIA « Nicaragua - A en a su vez organizaba la trega del dinero a la Iglesia católica. No se sabe cuántos cientos de miles - o quizás millones- de dólares llegaron a la jerarquía de la Iglesia católica por medios encubiertos durante el gobierno de Reagan pero el caso es que la Iglesia de Obando y Bravo se convirtió en el principal aliado ideológico de la administración norteamericana en su lucha en contra de los sandinistas.<sup>112</sup>

Durante la campaña electoral de la Señora Violeta Chamorro la Iglesia apoyo abiertamente su candidatura.<sup>112</sup> Sin embargo, al mes de ser presidenta (4 de junio de 1990) la Iglesia se pronuncia, en una Carta Pastoral, en contra de la concertación entre el gobierno, el Ejército y el

i y i f aVoK. Una aHanZa entre el gobierno y ^ grupo más derechis- ta de la Union Nacional Opositora (UNO) que encabezaba el Vice-presi- dente Virgilio Godoy. Es decir, la Conferencia Episcopal avalaba las posiciones mas derechistas de la sociedad nicaragüense.<sup>114</sup> Desde inicios del gobierno Chamorro, se incrementa la beligerancia política de los sectores mas derechistas de la Iglesia Católica, expresándose en la utilización abierta de los pulpitos en contra de la política de alianzas emprendida por el Ministro de la Presidencia, Antonio Lacayo. En el comunicado de a Conferencia Episcopal de Nicaragua del 4 de junio de 1990 aborda los siguientes temas:

- Los Obispos se declaran a favor de una auténtica democracia, suponiendo que se viene de un régimen dictatorial.
- Afirman que “deben de gobernar aquellas personas designadas” por el “voto popular”. Esto tiene dos implicaciones: están en contra de una concertación con el FSLN y a favor de una alianza entre los asesores de la

ni. Ibid., p.390.

112. Ibid., p.390.

113. Oscar-René Vargas, **Adonde va Nicaragua** Ediciones Nicarao, Managua, Nicaragua, febrero de 1991, p.78-81.

114. Oscar-René Vargas, **Adónde va Nicaragua**, p. 162-164.

- Apoyan la demanda de la extrema derecha de que “deben ser desarmados, con urgencia, los civiles que en todo el país fueron imprudentemente armados”, lo que significa el desarme de todos los campesinos que se habían armado para defenderse de los ataques de la contrarrevolución.
- Se pronuncia a favor de la “reducción del Ejército y su reestructuración, para que se convierta de hecho, en Ejército Nacional , lo que implica la incorporación de cuadros de la contra a las estructuras militares y la separación de los principales cuadros del E , demanda similar hacían: la tendencia de Godoy, la contrarrevolución y, veladamente, el gobierno de los Estados Unidos.
- Están a favor de la devolución de los “bienes mal habidos . Para los obispos la verdadera reconciliación pasa por la devolución a los somocistas de las casas, terrenos, fábricas, fincas, etcetera; que les fueron confiscados por el gobierno sandinista.
- No critican la suspensión de la Ley de Servicio Civil que daba estabilidad laboral a los trabajadores del Estado y que fue el detonante de la huelga general de mayo de 1990.
- Se pronuncian en contra del derecho a huelga cuando produce desestabilización social”. Según los obispos, la amenaza de despido de miles de empleados estatales no es causa suficiente para que los trabajadores declaren una huelga defensiva de sus puestos de trabajo y de sus salarios reales.
- La Carta Pastoral fue un pronunciamiento político a favor de las posiciones más derechistas del gobierno y de la sociedad. En ninguna parte del comunicado protestaron por el alza indiscriminada de los precios de los alimentos básicos ni por el incremento de los servicios públicos (agua, luz, teléfono y transporte público) que provocaron la resistencia social que desembocó en la huelga de mayo de 1990.<sup>117</sup>

Ilst JulicTRamón García, **La Carta Pastoral de los Obispos** \*p\*unij\* en J<sup>di</sup> J<sup>o</sup> La Prensa, Edición N°18525, Managua, Nicaragua, jueves 14 de junio de 1990, p.4.

116. Ernesto Aburto M, **El partidismo de la Iglesia**, publicado en el diario Barricada, Año 10, edición N°3838 Managua, Nicaragua, jueves 7 de junio de 1990, p.3.

117 Oscar-René Vargas, **Adónde va Nicaragua. Perspectivas de una revolución latinoamericana**, Ediciones Nicara, Managua, Nicaragua, 1991, 356 páginas.

Posteriormente, en noviembre 1991, con la publicación de otra Carta <sup>o SPoS, n8 ^ jerarquía de la</sup> **irnervTnir** o **SPoS, n8 ^ jerarquía de la** Iglesia Católica vuelve a intervenir en el acontecer político nacional:

Los Obispos declaran que el esquema político, surgido de los Acuerdos de Transición (marzo de 1990), ha dado como resultado “...un Gobierno que parece incapaz de hacer justicia y darse a respetar” sosteniendo el mismo discurso de la extrema derecha nicaragüense. • La pastoral tiene una clara intención política de favorecer a la extrema derecha al declarar que “no existirá la verdadera democracia si los intereses del pueblo son frustrados al amparo de procedimientos aparentemente democráticos, pero en realidad están al servicio de intereses que no son los del pueblo; o bien, los frutos del dialogo abierto son anulados por arreglos privados o secretos”. Según los Obispos, el Estado de derecho y la estabilidad social no se ha logrado porque “...no se tiene un brazo ejecutante que apoye y defienda las decisiones gubernamentales y haga respetar las leyes de a República”. Estaban proponiendo, sin decirlo abiertamente, la sustitución de los principales mandos del Ejército por otro de signo político contrario, tal como lo demandaba la extrema derecha.

- La extrema derecha fue apoyada en el debate que se presentaba en la Asamblea Nacional para recortar al mínimo el presupuesto del Ejército al declarar que “creemos que el nivel actual de gastos militares no es justificable en un país que ya ha sido pacificado internamente y que no tiene conflictos con sus vecinos”. <sup>1,9</sup> Con la evidente intención de restarle legitimidad a las leyes del país muy cuestionables”, según la Conferencia Episcopal que cambiaron la estructura de la propiedad de la época somocista, los Obispos dudan de la “manera de adquisición de la propiedad” de miles de campesinos y pobladores urbanos beneficiados por las leyes O y oo.

La derecha de la UNO ha mostrado disposición al enfrentamiento con el gobierno de la señora Chamorro, so pretexto que la señora

<sup>1,9</sup> MAM'L as Murai de los oispos Publicada en el diario "La Prensa", Edición N°18983 nagua, Nicaragua, domingo 24 de noviembre de 1991 p 2



Chamorro “no dirige” y que el gobierno encabezado por Lacayo es “blandengue”, coincidiendo con el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), y, también, con los Obispos, declaran que el gobierno “no manda”.

- Se quejan de que “la miseria de algunos sectores de la población ha alcanzado niveles sin precedentes en vanas décadas. El desempleo ha aumentado grandemente. Los salarios son insuficientes para cubrir las necesidades básicas de la persona y de la familia. El hambre y la desnutrición, así como la amenaza de enfermedades mortales, aquejan a muchas familias”. Sin embargo, no exigen ni demandan un giro en la política económica del gobierno para ejecutar un ajuste con rostro humano.<sup>120</sup> Desde entonces, la jerarquía de la Iglesia Católica mantiene un doble discurso: por un lado, un discurso político de derecha y alianza con sectores más derechistas de la UNO; por otro lado, un discurso social favor de los pobres que actualmente se encuentran huérfanos de liderazgos porque el sandinismo, por su alianza con el gobierno, ha dejado un vacío político entre los sectores populares, que quieren llenarlos la Iglesia y el Alcalde de Managua, Amoldo Alemán. Este último, representante del sector del somocismo sin Somoza.

A partir de la aprobación del Senado de los Estados Unidos (miércoles 28 de julio de 1993), del congelamiento de la ayuda económica para Nicaragua de la solicitud de parte de la jerarquía de la Iglesia Católica a mediados del mes de julio, demandando la llegada de los **Naciones Unidas**, los sectores más derechistas de la UNO pensaron que las condiciones no estaban dadas, y que había que crearlas, acderando a la inestabilidad para provocar la crisis general de justificara una intervención militar extranjera. A **partir de** los acontecimientos antes citados, los principales cuadros de acuerdo impulsaron un plan cuyo primer objetivo era **descabezar** al gobierno de la señora Chamorro, creyendo que al eliminar a Antonio Lacayo y a Humberto Ortega se podía provocar su caída. En los dos objetivos (llegada de los **cascos azules** y defenestración de Lacayo y Ortega), todas sus acciones y declaraciones apuntan hacia ese fin.

Pr. T. 1/V! Cardenal Miguel Obando y Bravo afirmó que la Presidencia Violeta Chamorro permanecerá en el poder hasta que el Jefe del Ejército, Humberto Ortega, lo desee. "Es el hombre de las armas el hombre fuerte y ella (la presidenta), estará allí hasta que él le preste los rifles. Cuando diga stop, hasta aquí, ella dejará el poder".<sup>121</sup> Insinuaba también, que la salida de Ortega de la Jefatura del Ejército resolvería los problemas del país. Días más tarde, el Cardenal Miguel Obando y Bravo declaró que el Ministro de la Presidencia, Antonio Lacayo, es como el avestruz que mete la cabeza en la hojarasca para no ver la problemática" y advierte que este tipo de gente le hace daño a la Presidencia Chamorro- Esa gente (Lacayo) es mal asesor" termina diciendo.<sup>122</sup> La jerarquía de la Iglesia Católica rechazó, también, la Ley de Amnistía, que busca el desarme de los rearmados y la pacificación del país. El Cardenal Obando declara que la amnistía sólo estimula el delito".<sup>123 124</sup>

El COSEP la UNO y sus aliados, estaban claros que la profundización de la crisis política y crisis del Estado, en ningún momento debe entorpecer, dada la realidad internacional y regional, la continuación del proceso de contrarreformas del Estado iniciado en abril de 1990. Solamente quieren acelerarlos para llegar más rápidamente a una etapa contrarrevolucionaria, lo cual los obliga a buscar como cambiar, desesperadamente la actual correlación de fuerzas políticas y sociales. De allí sus demandas: eliminar el Ejército, solicitar los cascos azules y defenestrar a Antonio Lacayo y a Humberto Ortega. Precisamente, las declaraciones de la época de la Jerarquía de la Iglesia Católica apuntaban en esa misma dirección.

Para el cierre de campaña de las elecciones de octubre de 1996 la falta de previsión del contenido político de la homilía de la "víbora" a favor de el candidato de la derecha y la tensión política que provocó con el sandinismo, muestran la miopía con que a menudo se interpretan las acciones políticas del Cardenal Obando. >2< En primer lugar, es ingenuo

<sup>121</sup> Nomq 7H~M~ de j~ Quidius Obando y Bravo publicadas en el diario " **La Prensa**" Edición 195/8, Managua, Nicaragua, lunes 29 de julio de 1993.

122. Declaraciones de Miguel Obando Bravo publicadas en el diario \* **La Tribuna**" Año I Edición N°37, Managua, Nicaragua, viernes 6 de agosto de 1993

<sup>123</sup> F^iAnMo^ j~ M~ de j~ Quidius Obando y Bravo publicadas en el diario " **La Tribuna**" Año I Edición N 49, Managua, Nicaragua, miércoles 18 de agosto de 1993.

<sup>124</sup> Sn^N031^ Ma^N^ Quidius Obando y Bravo publicadas en el "Semanario" Año VI, Edición N.316, Managua, Nicaragua, semana del 3 al 9 de enero de 1997, p.7 y 8.

asustarse de su participación política en la esfera pública cuando ésta es inevitable para defender sus intereses, y cuando necesitaba definir su posición frente al sandinismo para tratar de asegurar la victoria de la derecha política en las elecciones generales. En segundo lugar, se hizo evidente la ausencia de una estrategia del sandinismo frente a la Iglesia católica, ante el peso social y político considerable que esta tiene. Acusar a Cardenal de que participa o de que “hace” política, es inútil, sería acusar a los sindicatos de hacer lo mismo, en lugar de defender los derechos de los trabajadores. No debemos olvidar que la Iglesia católica como institución, ha logrado sobrevivir tantos años gracias a su capacidad para hacer política. La política equivocada del sandinismo fue querer reducir las acciones de la institución religiosa a la esfera del culto religioso. Si la Iglesia sólo se hubiese dedicado a éste, quizás hubiese desaparecido hace mucho tiempo.

La vida del Cardenal Obando ha sido un columpiarse entre dos mundos: la iglesia y la política.<sup>125</sup> Por experiencia sabe que la mayoría de los políticos no son ni serán hombres queridos o amados por sus pueblos, saludable entender que él ha practicado. Por eso su vida ha descansado en buena medida en su capacidad para amarrarse a los dos mundos, atrapando una rama sin soltar la otra. Ahí está, sin duda, la clave de su éxito, a liviandad de las convicciones del Cardenal Obando, la ligereza de su equipaje ideológico empata con el temperamento pragmático de los políticos criollos. No es, pues, admirado por su visión de futuro sino por la comprensión del presente, por su extraordinaria capacidad de adaptación. Ha tenido momentos en que trata de anticipar el futuro, cuando llama a superación de los antagonismos partidistas, siguiendo la tradición de sensiblería de los políticos criollos. Es un político que sabe enfocar sus objetivos con claros sentido de prioridad, ha sabido jugar con las aguas e, incluso, alimentarse de las derrotas de los otros.

En política quien corre se cae. Sólo se sostiene el que camina. El Cardenal aprendió a caminar. Aprendió también a sacar jugo del antagonismo. Todo comenzó con la toma de la casa de Chema Castillo, en diciembre de 1974; siguió con el asalto del Palacio Nacional, en agosto de 1978; y continuó en la ofensiva final y en las negociaciones para encontrarle una salida a la dictadura de Somoza (junio-julio de 1979). En esos

125. Irene Selser, **Cardenal Obando**, Centro de Estudios Ecuménicos, México DF, México, noviembre de 1989, 432 páginas.

cinco años, el Arzobispo de Managua logró consolidar una figura de tinte progresista, favorable a la teología de la liberación y contrario a la dictadura somocista. Sin embargo, todo político debe aprender también a hacer buenos enemigos. El enemigo hace al político. Lo que resiste apoya, dice un principio básico de la política criolla. Fue la confrontación con el sandinismo en la década de los ochenta lo que lo infló para llegar a ser Cardenal.

Pasada la euforia de la revolución y después de la publicación de la Carta Pastoral de noviembre de 1979, favorable a un compromiso con los pobres, poco a poco el Arzobispo comenzó a tomar distancia del sandinismo. Criticó veladamente la campaña de alfabetización, apoyó a los miskitos en su rebeldía contra el sandinismo, condenó el servicio militar, comenzó a transformarse hasta llegar a ser la figura principal de oposición al gobierno sandinista. En abril de 1985, el Papa Juan Pablo II Karol Wojtyła, lo unge Cardenal y desarrolla una campaña de oposición abierta a la revolución visitando todo el país, criticando los abusos y esmanes de los principales líderes sandinistas, recibiendo ayuda financiera de los Estados Unidos y apoyando la candidatura de la señora Violeta Barrios de Chamorro en las elecciones de 1990. El peso conservador de la jerarquía de la Iglesia católica estaba ya presente en el gobierno

La crisis política permanente de los últimos años le permitió consolidar su figura de “gran componedor” de la política nacional. Aunque el sandinismo sabía que era un personaje inclinado hacia la derecha y antisandinista, pensaba poder utilizarlo y luego solicitar su neutralidad. Comenzaron a jugar al gato y al ratón. La historia siempre termina el gato comiéndose a los ratones. Su peso político fue creciendo en la medida que la crisis general deterioraba la figura de los políticos. Después que estos últimos se desprestigiaban por la crisis de los poderes, necesitaban de su presencia para legitimar los acuerdos de cúpula que firmaban. Uno de los principales ganadores de la crisis política expresada en el problema de la reforma constitucional fue el Cardenal. Entre 1995 y 1996, en Nicaragua, no se tomó ninguna decisión política de envergadura sin el consentimiento del Cardenal, logrando, al mismo tiempo, mantener su papel de árbitro e imponiendo a algunos de sus allegados en los principales poderes del Estado.

Pero en algún momento todo ser humano tiene que tomar una decisión e inclinarse por alguien. Esa determinación define la personalidad del

hombre. El discurso-homilía del 17 de octubre de 1996, apoyando la candidatura de Amoldo Alemán a la presidencia de Nicaragua condujo a la Iglesia católica a trazar una línea entre sus principios y sus intereses. Sostener sus principios significaba mantenerse públicamente neutral entre los candidatos a la presidencia, ya que existen católicos en todas las corrientes ideológicas en el país; pero sus intereses lo movieron a pronunciarse por la candidatura de Alemán para mantener su creciente influencia política en el gobierno, aún a costa de crear dificultades con un sector de los católicos. Hay que recordar que tendrá más influencia en el futuro gabinete que en el presente. El nuevo gobierno tiene que pagarle sus favores, mientras que el presente ya terminó de pagarle. Hemos votado por un presidente, no por un santo comentó a otro Obispo, perteneciente a la Conferencia Episcopal Nicaragüense. Ahí está la pasta del autentico hombre político.

Cuando algunos suponían que el laicismo -principio liberal por excelencia-, el respeto a las diferencias políticas y la tolerancia religiosa se comenzaba a desarrollar en la sociedad nicaragüense, nos encontramos con un renacimiento de actitudes y visiones propias de principios de siglo. Escuchamos declaraciones de miembros de la burocracia gubernamental alertando contra la pérdida de valores supremos de la familia y de la religión. Curas regañones y obispos moralistas aparecen en la escena pública tratando de ayudar a restaurar el orden social de la derecha.

Si la revolución sandinista representó, entre otras cosas, la posibilidad de modernización de la política y de la sociedad; sin embargo, en los años noventa reaparecen los fantasmas de la intolerancia política y social. Y en ello, la derecha política y la Iglesia, como siempre, se parecen. Ellos forman parte de un “movimiento” de perfil conservador que aspira a estar en el centro político y colocar en la agenda pública sus intereses, sus exigencias y sus obsesiones. Es decir, grupos sociales con influencia específica, los curas de los pueblos y la mayoría de los obispos son los que impulsan al Cardenal a inventar la homilía de la “víbora” a cambio de que ciertas de sus preocupaciones privadas relacionadas con la moralidad y el orden sean trasladada a políticas gubernamentales. En tales circunstancias, lo religioso y lo político, como en los tiempos remotos de los conservadores del siglo pasado, se entrecruzan y se confunden: El pasado esta de vuelta entre nosotros.

Este “movimiento” de perfil conservador hegemonizado por el Cardenal ha pasado a ser, en medio del vacío simbólico que ha producido el

desvanecimiento de la mitología revolucionaria en los últimos años, la alternativa política-ideológica del país. Grupos de interés, personajes diversos, ciudadanos imbuidos de ansias redentoras, confluyen en la conformación de la derecha nacional para tratar de resolver, a su manera, el orden político, moral y social.

El mejor antídoto para evitar el enorme peso político de las posibles futuras declaraciones del Cardenal y sus acólitos es trabajar para que no existan las condiciones que dan lugar a que sus opiniones tengan una fuerza desproporcionada. Es decir, es necesario que el sandinismo amplio se modernice y defina una estrategia hacia las iglesias. La ausencia de una estrategia del sandinismo amplio con las iglesias, produce precipitación y poca claridad en sus relaciones políticas con actores influyentes. Si no se puede disuadir a ningún actor político de tener una presencia política pública, y éste tiene una opinión y presencia política inevitable, es necesario que el sandinismo amplio deje la improvisación y establezca una estrategia con esos actores políticos.

La Carta Pastoral de mayo de 1997 <sup>126</sup> arranca con el análisis de la situación social, económica y política: reconoce que es crítica, difícil, que se vive en condiciones de terrible pobreza y ampliamente generalizada. Constata la alta cantidad de niños y jóvenes que no reciben la adecuada instrucción, lo cual los condena a vivir en la ignorancia. Acepta que existe un elevado número de personas sin trabajo, factor fundamental de la pobreza extrema. De ahí, concluyen en la necesidad de realizar cambios profundos en la sociedad.

Los obispos consideran necesario organizar una economía social que satisfaga las necesidades básicas de la persona humana. Por eso los legisladores tienen que hacer leyes que sean favorables al bien común (a la mayoría empobrecida), que deben situarse por encima de las ventajas personales o de grupos. Expresan, también, que es necesario la implantación de un “Estado de derecho”, ya que sin leyes iguales para todos, no es posible obtener las condiciones requeridas para el desarrollo de la nación. Estas reflexiones generales sobre la situación del país no contradicen a la realidad. Pero cuando entran al análisis de casos concretos, sus reflexiones se orientan hacia donde apuntan los intereses de la élite en el poder.

126. Oscar-René Vargas, **Cinco comentarios a la carta pastoral**, publicado en el periódico «El Nuevo Diario», Año XVIII, Edición N°6021, Managua, Nicaragua, jueves 22 de mayo de 1997, p.6.

1) Ganancias y lucha social: *“(...) los grandes monopolios, la ambición desmedida de ganancias (lo que los economistas llamamos ganancias extraordinarias) y la insensibilidad social (de la clase dominante en el poder) preparan el camino para que transiten los que siembran el odio de las clases y la violencia. (...) debe desecharse de una vez para siempre las actitudes desestabilizadoras, las destructoras asonadas y el fomento del odio como camino del cambio”*. A pesar de la denuncia de las ganancias extraordinarias de la clase dominante, los obispos no dicen nada sobre las alzas de los servicios básicos (agua, luz y transporte). Tampoco dicen nada sobre el hecho de bajar los precios de las comunicaciones de larga distancia y subir los servicios locales, medida que busca eliminar el subsidio nacional y favorecer el servicio internacional. El objetivo es que el incremento de la canasta total de los servicios telefónicos se mantenga en cero. Para lograrlo se da un mayor incremento del costo de los servicios locales y una disminución de los servicios de larga distancia. El servicio local es un servicio de todos los usuarios, el servicio internacional es para una minoría, la élite. Todos los clientes de ENITEL (Empresa Nicaragüense de Telecomunicaciones) han sufrido un incremento real de los servicios. En cambio, los servicios de larga distancia que pagan los clientes de mayores ingresos por las ganancias extraordinarias, se ven beneficiados. Precisamente estas alzas, que afectan a la mayoría empobrecida de la población, es la que siembra la violencia en nuestro país. Históricamente, ha sido el enriquecimiento ilimitado y la insensibilidad social de “los de arriba” los fenómenos que han desatado la violencia de “los de abajo”. Durante la resistencia campesina a la intervención militar norteamericana,<sup>127</sup> los expresidentes Adolfo Díaz y José María Moneada decían que la lucha campesina era fomentada por el “bandolero de Sandino. Anastasio Somoza Debayle explicaba las protestas populares de los años setenta por la instigación del “castro-comunismo”. Hoy, en la década de los noventa, en la misma lógica del discurso de la víbora y del comunicado del Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), los obispos hacen una explicación sociológica insostenible de que las protestas sociales son productos del odio. Los obispos católicos no debieran olvidar que para que la historia no se repita, hay que recordarla. La Iglesia católica manda a callar a “los que no tienen voz”, mientras el poder de “los de arriba” justifica la perpetuación del privilegio, otorga impunidad

127 Oscar-René Vargas, **Sandino: floreció al filo de la espada**, Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), Managua, Nicaragua, 1995, 534 páginas.

a los actos corruptos de los que mandan y proporciona coartadas a su discursos, que mienten con admirable sinceridad.

2) Ejército e iglesia: ***“El ejército y la policía deben ocupar el lugar que les corresponde dentro de la sociedad democrática, sirviendo al bien común y sujetos efectivamente a la autoridad civil de acuerdo a la ley”.***

o ay nada nuevo en esa posición. Tal recomendación ha sido hecha por muchos analistas políticos desde hace varios años.<sup>128</sup> Sin embargo, lo nove oso es que en la coyuntura política de ese momento aparecen desautorizando la posición radical, de extrema derecha del vice-presidente Bolanos y apoyando la posición de Alemán en el debate al seno del gobierno liberal. Por otro lado, aprovechando ese debate, la jerarquía de la Iglesia católica quiere congraciarse con el Ejército para obtener un espacio al interior de las Fuerzas Armadas para el trabajo que la Iglesia católica siguiendo la constitución apostólica, “*Spirituali Militum Curae*” del Papa Juan Pablo II. Por el momento, el trabajo está dirigido exclusivamente a proporcionar atención a los militares. En una primera fase estara encaminado a la formación de capellanes y a una pastoral laica,<sup>9</sup> basada en las familias de los militares y enfocada a la evangelización de las tropas.

3) Tribunales de justicia: ***“Quienes integren los tribunales de justicia tienen que ser personas insobornables y de reconocida competencia y moralidad .*** La estrategia política del gobierno liberal busca generar que as otras instituciones del Estado (poder legislativo y poder judicial) no tengan ningún papel independiente al poder ejecutivo en la solución de los principales problemas nacionales (por ejemplo el de la propiedad) con el objetivo de crear una especie de vacío institucional, de ausencia de compromisos vinculantes, lo que necesariamente promueve la emergencia de profetas y redentores apocalípticos de toda índole. No hay que olvidar que a tiranía es la unión forzosa de aquello que debe ser distinto: legislativo y ejecutivo, derecho y justicia, poder y saber. La historia política de Nicaragua nos enseña que cuando el Poder Legislativo y el Poder Ejecutivo se reúnen en la misma persona o en el mismo cuerpo partidario, no hay libertad. Por eso es que la tarea democrática es hacer del Poder Judicial una institución técnica, autónoma, fuerte y profesional para que



cumpla mejor su función, se convierta en el más respetado por la comunidad y contribuya a combatir la corrupción e impunidad. Hay que comprometerse a impulsar una relación de pleno respeto entre los poderes fundamentales del país. Hay que impulsar una división de poderes efectiva, estricta y equilibrada. El mutuo respeto y corresponsabilidad entre los poderes es uno de los deseos más avanzados de la consolidación democrática en nuestro país.

4) Cargos públicos: ***“Los nombramientos para los cargos públicos ( ) deben hacerse no por amiguismo o parentesco, ni como premios por trabajos políticos realizados, sino teniendo en cuenta la capacidad y la honradez de las personas y el mejor servicio a la comunidad nacional***. Esa ha sido la cultura de los políticos tradicionales y que este gobierno la sigue implementando en casi todos sus nombramientos. Estos no se hacen en base al conocimiento de tal o cual funcionario (por ejemplo, los técnicos y profesionales más calificados han sido despedidos del Ministerio de Salud, Ministerio de Finanzas y de la Empresa Nicaragüense de Electricidad), sino en base a la fidelidad partidaria o a la alianza política en vigencia. Por ejemplo, el criterio que se utilizó para elegir a la mayoría de los magistrados del Poder Judicial fue estrictamente político. Se valoró la militancia, no la experiencia; se premió la fidelidad, no la capacidad técnica. Los políticos que se encuentran en el poder, entre ellos el presidente suelen estar bajo diversas presiones provenientes de diferentes sectores de la sociedad, teniendo que negociar constantemente en términos de favores y apoyos para poder mantener las alianzas políticas realizadas y o conservar las mayorías parlamentarias. No hay que olvidar que el nombramiento del Ministro de Educación, Humberto Belli Pereira, fue un pago que hizo el gobierno liberal al Cardenal Obando por la homilía de la “víbora” del 17 de octubre de 1996.

5) Mujer y familia: ***“La aceptación del aborto en la mentalidad, en las costumbres, sobre todo de algunas agrupaciones feministas, generalmente financiadas desde el extranjero, es una señal evidente de una (...) crisis del sentido moral (de la sociedad nicaragüense)***. Desde el gobierno Chamorro, la Iglesia católica ha venido imponiendo su visión sobre la planificación familiar. En las delegaciones oficiales a las reuniones sobre población (1994) y sobre la mujer (1995), la Iglesia católica impuso su criterio en la declaración oficial de Nicaragua. Incluso, impuso que el Ministerio de Salud (MINS) retirara, en mayo de 1995, las vacunas antitetánicas para satisfacer las denuncias de los amigos del Cardenal

Obando de que se estaba esterilizando a las mujeres en edad fértil sin su consentimiento. La denuncia resultó falsa, pero nunca hubo rectificación de parte de los “hombres del Cardenal”. A la Iglesia católica le preocupa que en los últimos años el número de mujeres que utilizan algún método de planificación familiar se haya duplicado. Por ello acusan al movimiento amplio de mujeres y a la cooperación internacional del incremento de a utilización de algún tipo de método anticonceptivo por parte de las mujeres en edad fértil. Utilizan el problema del aborto para tratar de satanizar el debate sobre la planificación familiar. No juegan limpio a la población, porque también la cooperación internacional norteamericana financia las actividades de los organismos no gubernamentales ligados a la cuna arzobispal de Managua: COPROSA, CARITAS y Radio Católica. Es en ese hecho que se demuestra que tanto la Iglesia católica, como los políticos tradicionales, no le juegan limpio a la población. Quieren imponer las voces de unos pocos como voces de todos. La Iglesia católica solo escucha las voces que repiten la aburrida letanía de su propia sacralización. Hay que tener presente que el Ministerio de la Familia también es parte del pago por el famoso discurso de la “víbora”.

La Carta Pastoral, >> fechada el 17 de mayo de 1997, también aborda los problemas de la corrupción y de la propiedad. Explican que hay que combatir ambos problemas para recuperar los valores de la honradez, la solidaridad y el respeto a la familia. La Carta Pastoral toca el debate sobre la propiedad, debate donde como en tantos otros, los obispos no tienen claros sus temas centrales. Por otro lado, declaran que es necesaria la renovación de la clase política para poder “asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia”. La demanda de la sociedad es justa y obliga a revisar de forma continua la actuación de los políticos tradicionales y de los funcionarios de las diversas ramas de la administración pública. En particular, la de aquellas encaminadas a resolver las necesidades de la población que, si bien es la beneficiaría de los bienes y servicios suministrados por el Estado, es también la que los sustenta mediante sus contribuciones. También, hay que estar claros que el sistema democrático busca resolver el problema del poder político y de la libertad política, pero que no constituye la solución a todos los problemas imaginables del ser humano.

1 Corrupción: “(...) *la raíz del mal (de la sociedad nicaragüense) está en la corrupción que afecta al país*”. Por eso expresan que no será posible sanar a la sociedad “*pasando encima de la justicia o dejando impune a quienes pretenden justificar el robo o tapar la corrupción*”. Los obispos expresan que los políticos y funcionarios tendrían que ser honrados, pero la práctica contradice esa idea. Al separarse la política del mundo de la ética, la corrupción de los funcionarios no es solo explicable, sino inevitable. La corrupción se instala en el gobierno cuando la institucionalización es insuficiente y la burocracia deficiente.<sup>1</sup> Por eso los obispos debieron exigir el cumplimiento de las promesas electorales, de que a los ministros no se les debe asignar salarios y dietas desproporcionados, que los funcionarios no debieran utilizar los fondos públicos para gastos lujosos y suntuarios personales, que los políticos no antepusieran sus intereses privados o partidistas a los intereses generales de la nación, etcétera. Para combatir eficazmente la corrupción, la Iglesia católica debió señalar las cosas que se hacen y que no son delitos contemplados en los códigos nacionales. Porque la corrupción es ante todo, un asunto de ética social. El gobierno no puede pasar por alto que la sociedad se muestra cada vez más crítica de la acción gubernamental y su llamado al mejoramiento de los servicios públicos. Demandas que exigen también mayor racionalidad, transparencia y honestidad en la aplicación de los recursos económicos y una cabal rendición de cuentas que sea, además, pública.

2. Propiedad: En el problema de la propiedad, los obispos escriben, que no es aceptable “un borrón y cuenta nueva”. Es decir, no están de acuerdo con sectores de la clase dominante que dicen que la amnesia selectiva es sana. Tanto hay que combatir los abusos que se realizaron al amparo de las leyes 85, 86 y 88, como no se puede obviar la manera en que muchos miembros de la clase política somocista adquirieron sus propiedades. Sin embargo, el problema de la propiedad no ha sido abordado seriamente por el gobierno liberal para resolverlo, porque piensan que están desgastando a los sectores progresistas del sandinismo amplio. La falta de acuerdos para la culminación definitiva del problema de la propiedad genera costos sociales e institucionales enormes lo mismo que la carencia de una voluntad política de resolverlo en el corto plazo, aunadas<sup>130</sup>

130. Reynaldo Antonio Téfel, Danilo Aguirre Solís y Ernesto Castillo Martínez Coordinación y Democracia, publicación del Foro Democrático, Managua, Nicaragua, 1998, páginas.

al desastroso desempeño de un sistema de procuración de justicia corrupto e incompetente. Todo ello permite entender por qué nuestra precaria democratización se ve amenazada por crisis y escándalos recurrentes que no solo ponen en riesgo los avances logrados con tanta dificultad, que no solo hacen peligrar una economía tambaleante y sometida a fuertes presiones externas, sino que sobre todo, profundizan el deterioro y la desconianza de la mayoría silenciosa en todas las instituciones del Estado nicaragüense.

Por otro lado, los obispos dicen que: “(...) *quienes se apropiaron de lo ajeno indebidamente, deben honrar la justicia devolviendo o pagando*

*de lo que no es suyo*”. Siendo el principio de que *“fueron injustamente despojados de sus bienes, contribuirán al bien de la nación no pretendiendo recuperar hasta el último centavo (...)”*.

Seguendo el principio de que la historia no se repita, hay que recordarla; no hay que olvidar a los corruptos y los empresarios corruptores tuvieron presencia destacada en la administración gubernamental. Les permitió un enriquecimiento inexplicable. La falta de libertad de información no fue un impedimento insuperable para que las noticias ciertas corriesen por el país, junto a un sinnúmero de especulaciones y rumores. La corrupción no sólo fue permitida en la dictadura sino que esta necesitaba de los corruptos para sobrevivir a las crisis políticas y sociales. En esa época, ni los defensores del somocismo, ni los representantes oficiales de la Iglesia católica prestaron especial atención

los donatarios ni denunciaron públicamente las prácticas irregulares en la tramitación de los expedientes administrativos, en el cobro de comisiones, en la arbitrariedad en el uso de las potestades de decisión, en el clientelismo o las innumerables maneras de emplear presiones ilícitas y ocultas para obtener unos resultados que los procedimientos regulares no garantizaban: poder y riqueza.

En la época somocista, el sistema político carecía de efectividad contra la corrupción de la cúpula del poder político-administrativo del Estado en la que el enriquecimiento personal o la colusión con los intereses privados constituía más que una forma de corrupción (tal como hoy se entiende este concepto) una forma de dominación política de corte oligárquico y, en ciertos casos, caciquil. No sólo eso, sino que se convirtieron en Privilegios inadmisibles, con prebendas funcionales o meramente “toleradas”. Ello no obstante, el sistema jerárquico y de control interno aseguraban un cierto orden, eficaz al menos en

las extralimitaciones groseras, lo que no era poco en el marco de un sistema político autoritario. Por lo demás, el control ^temo que ejercía dictadura era el único que funcionaba, resultaba en la realidad, dada la imposibilidad de ejercer un control efectivo desde la <sup>sociedad C, V1</sup> ¿ porque los mecanismos institucionales no lo ejercían en la practica. Ni el Congreso Nacional ejercía un poder político parlamentario, obvias, ni los Tribunales de Justicia funcionaron como <sup>barreracOnt</sup> la corrupciones. En cuanto al Tribunal de Cuentas, su función fue exclusivamente “formal”, por no decir simbólica. Sorprende igualmente que en la jurisprudencia apenas se encuentren sentencias que resuelva impugnaciones contra los procedimientos de adjudicación de contratos durante la administración somocista, lo que se explica por la escasa confianza de las empresas en los beneficios de las impugnaciones o po conveniencia de prevenir los perjuicios que podían depararles en el futuro.

El principal desafío de la actualidad es elaborar, entre las principales fuerzas políticas, una estrategia nacional de desarrollo pactada pacifica Y constitucional, reconociendo que el único derecho legitimo a la propiedad de los medios de producción, ya sea bajo la forma de propiedad privada o propiedad colectiva, es la que sirva para que progrese el tr^ajo y el pais^ Gobernar es cosa seria. No es pasatiempo de temporadas ni trabajo de ocasión ni cultivo de recriminaciones y odios que se alimentan a veces ““ipdone que no ha. podido ser superadas. La políoca no puede estar en manos de malos políticos, de políticos tmprovtsados y mucho menos de políticos tradicionales y corruptos. Es tiempo ya de recupera , desde la política, los mejores ideales y los valores éticos de la sociedad Por último, los obispos se olvidaron advertir, como lo hicieron en a década de los ochenta, al gobierno que no debe confundir «1 poder qu^ tiene para implementar la “dirección política” de la actual admimstraci gubernamental que les asigna la Constitución Política con la P[<sup>ec</sup>™ situar a la administración pública al servicio del partido político de turn y de sus intereses. La ruptura del equilibrio, siempre precario, entre os intereses de la política partidaria y los principios de la <sup>at</sup>otración pública nacional, puede crear eventuales tentaciones de violencia de los de abajo” que buscan como frenar la utilización del poder político en favor de intereses personales o de partido. En nuestra historia reciente, ruptura de ese equilibrio ha justificado la lucha armada.

Actualmente, el papel de Obando es utilizar la religión en la\_pugna ideológica contra el sandinismo amplio y buscar como acentuar el fanatis-

OhanH<sup>8</sup> ? ü P<sup>rmc</sup>P<sup>105</sup> políticos e ideológico del sandinismo. Obando, ante todo, difunde abiertamente una posición antisandinista radical, lo cual constituye un cambio en su política. Ahora Obando habla menos sobre los principios cristianos universales y se comporta más como el líder laico de derecha de Nicaragua. La Iglesia católica comanda la ofensiva, inspirando y uniendo a los enemigos del sandinismo y tratando de neutralizar a los insatisfechos con el gobierno liberal. Las frecuentes reuniones entre Alemán y Obando buscan como mantener al otro informado, siempre tomando en cuenta los intereses de la otra parte, buscando errenos ideológicos y políticos comunes, intercambiando ideas de cómo frenar un posible regreso del sandinismo amplio al gobierno.

La relación entre Obando y Alemán, unión de lo temporal con lo espiritual, esta basada en una creencia antisandinista. Esta relación ofrece la posibilidad de grandes beneficios para ambas partes, especialmente en relación de limitar los espacios a los protestantes, bloquear los programas e planificación familiar en todo el país y evitar el regreso de los sandinistas al poder. Las reuniones entre Obando y Alemán se hacen a intervalos muy seguidos, donde le informan a Obando sobre prácticamente todos los aspectos de la política nacional y se le brinda evaluaciones de inteligencia que hace el gobierno -en el aspecto internacional, político y económico se le explica las conversaciones con los dirigentes sandinistas o se habla sobre cualquier tema de interés para la Iglesia católica

## 16. El poder transforma <sup>131</sup>

La mayoría de quienes seguimos de cerca la política nacional tendemos a maravillarnos ante los dos planos de conciencia en que las situaciones y los eventos políticos nacionales son percibidos por los profesionales de la política”. Hay lo que a mí me gusta considerar como el plano de la realidad, tal como se revela a cualquier observador razonablemente desinteresado. Pero hay también la imagen de sí mismo y de sus hazañas la máscara, creadas por el gobierno y expuesta diariamente en mil formas diversas por la maquinaria propagandística del poder. Están tan distantes entre sí estas dos versiones de la realidad -o de la realidad percibida, si se quiere- que las imágenes derivadas de ellas parecen ser las de dos países totalmente diferentes. Una buena parte de los políticos tradicionales, percibiendo las dos imágenes, aprendió, por buenas razones, a pensar en términos de la primera de ellas (la razón) cuando están en la oposición pero hablan en términos de la segunda (lo mágico) cuando están en el poder. Es decir, se produce una transformación cuando los políticos tradicionales pasan de la oposición al poder. Para analizar la realidad nacional, se da un proceso de sustitución de la razón por la magia.

Los observadores de la política nacional, tratamos de tener en mente las dos imágenes, los dos planos de conciencia y de identificar las veladas conexiones ocasionales existentes entre ellas. Pero para todos nosotros este esfuerzo causa una especie de doble visión, a la luz de la cual se debe analizar la vida política nacional. La consolidación de la democracia tiende a disminuir la agudeza de esta disparidad entre lo que se desea que suceda inmediatamente (lo mágico) y lo que es real y posible, por lo menos hasta el punto de que gran parte de la imagen cultivada por el poder político (la máscara), se vuelva evidente para casi todos y ya no sea importante en la política nacional. En ese sentido, la democracia puede desaparecer poco a poco las máscaras de los políticos tradicionales.

131. Oscar-René Vargas, **E. poder transforma**, publicado en el Año XVII, Edición N°5959, Managua, Nicaragua, lunes 17 de marzo de 1997, p.b.

## EL SINDROME DE PEDRARIAS

En el gobierno y en la estructura burocrática y administrativa del Estado se concentraron estos poderes, y, en la medida de lo posible, se hizo especialmente apetecible para los políticos tradicionales. La escasez de recursos hizo que surgieran intereses para los grupos económicos; al mismo tiempo, provocó una acentuación de la competencia por el poder político. La aplicación del poder cayó en manos de una burocracia que, debido a cómo había sido educada, no estaba técnicamente incompetente y políticamente corrupta. El reclutamiento de funcionarios y políticos tradicionales se ha dado en forma de aspirantes mediocres, lo cual dio un carácter de especulación

El término de poder social que, desde el siglo pasado, ha constituido el muro contra el que ha topado y modernización en Nicaragua, ya sea el campo de las actividades económicas o en el del progreso social. En esas condiciones para el funcionario medio, la multiplicación de puestos prebendarios, posibilidades de beneficios lícitos e ilícitos, han sido y son condiciones esenciales para conservar y aumentar su poder.

El poder social designa la capacidad o posibilidad de obrar, de producir efectos en la sociedad, y puede ser de grupos humanos. Como fenómeno social, el poder es una relación entre seres humanos. Se puede decir que existe prácticamente una relación social en la cual no esté presente el poder de un individuo o de un grupo social sobre la conducta de otro individuo o grupo social. La manera como se expresa el poder es a través de la ley, a la cual obedecen no sólo los ciudadanos, sino también el que manda: el aparato administrativo del poder es el de la burocracia con su estructura jerárquica de superiores y de subordinados, en la cual las órdenes son impartidas por funcionarios dotados de competencias específicas.

Cuántas personas hemos conocido que, mientras están fuera del poder, piensan y actúan de una forma, pero una vez que acceden al poder político se olvidan de lo que pensaban y hacían apenas ayer. Taratgar el papel de que son quienes realmente manejan las riendas y deciden. La historia como proceso social, que se va construyendo por la acción permanente aunque no lineal de los seres humanos y sus relaciones con la naturaleza. Sigue un curso (las más de veces) ascendente.

ses de la mayoría, y favorables a la minoría gobernante. A ésta última se aferran los oportunistas; aquellos que ven la posibilidad de escalar posi-



dones o, según ellos, de hacer carrera polines; para ser recordados por sus acciones en favor de los gobernantes de turno.

Algunos de éstos son reconocidos por ser seguidores de caudillos tropicales bajo cuya sombra se han acogido. Su discurso fuera de los círculos de joder **1** uno, dentro del mismo es otro. Sus acciones fuera del poder político eran unas; dentro de éste son otras. Estos personajes no dudan en calumniar el honor de otros, puesto que “ se mantienen en los puestos gubernamentales a través

servilismo. La esencia de sus vidas es la ambigüedad. Son el testimonio vivo de los límites del gradualismo en el combate por el inmariaospol ^ ticos tradicionales y de la imposibilidad de luchar paso, para renovar la cultura política nicaragüense carcomida por las pías gas del oportunismo.

Ahora únicamente les interesa el poder, el decoro pasó a un según o S— quieren estar en el pedestal durante el mayor tiempo posible para satisfacción de sus aduladores y regocijo de **sus** patrones. C mu y recientemente, si alguien quería hacer algún fin práctico y/o con alguna ganancia, tema que aliarse al parüdode ^revolución en el poder o volverse aliado del «andinismo amplio. Pero

las cosas fueron cambiando, y por mera ambición ^ jugosas se quisieron transformar en políticos perdurables, y sin ofender a su conciencia ni a su convicción íntima se volvieron oportunistas y transfugas Algunos de ellos son tecnócratas formados en el extranjero y com prometidos con intereses ajenos al nacional. El poder político no es un fm ensimismo, sino un medio para obtener un lucro legalmente mexphcable^

**22JSZZ** S^l»7p“v^to;tmslosnjdn que

oue e pago sea diferido. En el poder, se vuelven ciegos y sordos, sacrificando L realidades por las promesas. Confundiendo las formas con el fondo v las palabras con las intenciones. Se olvidan de la histo , aderen ver lo que es obvio; escuchar las voces de los de a pie; se transforman de un idealista quijotesco en pragmático **calculador**, cambian su escalas de valores personales por otras muy diferentes que rigen los inte-

reses de los funcionarios de gobierno. En fin, asumen que no son iguales a los otros. En resumen, se vuelven prepotentes.

Sus objetivos se reducen a: acceder a posiciones de gobierno, pretender un mejor status económico, espejismos que parecieran reales. Como cuando hacen una fiesta en la casa o tienen invitados: contrario a la costumbre, barren hasta el rincón más profundo y tratan de mostrar una cara diferente, esconden a la niña descarriada, al hijo malcriado lo quieren aparentar educado, el abuelo enfermo aparece radiante, la cortina raída y la pared sin repello la cubren con festón y papel de china y la miseria aparentemente se convierte en abundancia. Estos son los hombres y/o mujeres a quienes, tarde o temprano, la historia les quita el velo con el que se han cubierto, para descubrirlos tales cuales son, y termina colocándolos en el lugar que les corresponde. Son aquéllos a los que ahora alaban al “mesías” liberal y a quienes la crítica profunda, serena, objetiva y certera de los que se mantienen fieles a sus principios e ideales democráticos, de justicia social y de respeto a los derechos humanos, los descubren como arribistas y oportunistas.

De éstos está llena la historia política de Nicaragua. En ellos se ha puesto muchas veces la esperanza de que el país cambie. Iguales expectativas se cifraron en algunos funcionarios del anterior y del actual gobierno. Apenas hace unos años, en conferencias, declaraciones o artículos de opinión hablaban en contra de la impunidad; señalaban a los responsables de los errores cometidos; indicaban los peligros de una victoria electoral del actual presidente Alemán. Decían que los corruptos del pasado y del reciente pasado, debían ser juzgados y condenados por los tribunales de justicia. Apenas ayer denunciaban lo ilegal y monstruoso del uso indiscriminado de las tarjetas de crédito por parte de los funcionarios; hoy, sin embargo, estampan su firma en los vales que firman en restaurantes y tiendas en el exterior. Se veían muy convencidos y fieles a los principios que proclamaban; se creía que tenían una voluntad inquebrantable de lucha por el establecimiento del Estado de derecho, la prevalencia de la justicia y el combate a la impunidad. Parecían ser portadores de una profunda conciencia sobre los cambios necesarios de los que el país está urgido. El cambio viene, decían ayer.

Hoy, algunos oportunistas se encuentran incrustados en el poder político, pero están lejos de ejercerlo realmente. Los expertos aseguran que los civiles no tienen la capacidad ni la preparación de tomar la responsabilidad de la Defensa y la Seguridad Nacional. Otros arribistas se encuen-

» cercanos de, poder real, pero ata rS- cotidiano. Todos ellos han,  
 cambiado <sup>de ropaje</sup> Pa-  
 profunda metamorfosis póliza, A<sup>^</sup> cias seg ún las circunstancias y las recidos al  
 camaleón, mudan p <sup>son los</sup> tráfugas tradiciona-  
**conveniencias** propias. Estos cama <sup>están</sup> estrechamente reiales.  
 Oportunistas y política, por consígante esUm e <sup>la</sup>  
 donados. Son los que <sup>^</sup>Igtíla vezíosLieron;  
 cabeza. El poder les transformo 1 P P > <sup>Q ió la</sup> conciencia  
 les compró la voluntad de la que se jac > renuncian de un parti- que decían  
 tener. No tienen “nviccuW<sup>^^</sup> prebendas de un do para ser postulados por  
 otro, QU  
 nacional. presupuesto

rssns::; u\* - ->

historia.

## 17. Equilibrios políticos <sup>132</sup>

Con el gobierno de Violeta de Chamorro, la clase dominante retomó la hegemonía en el bloque de poder, manteniendo -transitoriamente- a la mayoría de la fracción somocista fuera del poder político. Este dominio lo ejerció la clase dominante a través de la democracia con un menor costo político. La democracia les permitió reducir los antagonismos políticos, exacerbados durante el período sandinista, sin grandes concesiones sociales a los sectores populares. Igualmente, permitió que una importante fracción de la burguesía participara directamente en el ejercicio del poder político.

El poder económico significa, al mismo tiempo, poder político. El dominio de la economía concede simultáneamente la disposición de los medios de poder del Estado. Cuanto mayor peso tenga una fracción de la clase dominante en la esfera económica, tanto mayor poder político tendrá en las decisiones del Estado. Este último resulta ser el instrumento insuperable para conservar el dominio económico adquirido, pero también resulta imprescindible para la reconquista del poder político, condición previa para recuperar la hegemonía económica. Sin embargo, para mantener la forma democrática de dominación política en Nicaragua, es necesario equilibrar las fuerzas económicas y sociales que apoyen a las fuerzas políticas deseosas de sostener tal equilibrio de fuerzas. Sin embargo, la función histórica del alemanismo consiste en cambiar abrupta y violentamente las condiciones del dominio político y del poder económico en beneficio del sector político y económico que fue desplazado durante la revolución sandinista.

Las revoluciones sociales, por regla general, no se hacen arbitrariamente. Si fuera posible trazar de antemano el sendero revolucionario en forma racionalista, entonces, probablemente, también sería posible evitar la revolución misma. La revolución social es una expresión de la imposi-

132. Oscar-René Vargas, **Los equilibrios políticos**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario", Año XVII, Edición N°5972, Managua, Nicaragua, jueves 3 de abril de 1997, p.6.

bilidad de reconstruir la sociedad de “los de arriba” con métodos racionalistas. No es fácil determinar con precisión cuándo termina un periodo revolucionario y comienza un período de estancamiento social contrarrevolucionario. Es un proceso que toma varios años en consolidarse y pasa por un período de contrarreformas políticas, poco perceptible para la mayoría de la población.

A partir de la elecciones de 1990 se rompió el impulso nacional de la revolución social, aunque se continuó aisladamente resistiendo por sectores sodales específicos al proceso de contrarreformas iniciado en abril de 1990, aunque no puede ser mucho tiempo. Aunque la crisis económica se ha mantenido, las masas están demasiado exhaustas y sin liderazgo nacional, no pueden recuperar, en esas circunstancias, la esperanza de un nuevo ascenso social, cada día más limitado. La contrarreforma política aprovechándose del cansancio de los masas y de su alianza con la dirección política del sandimsmo, ha desorganizado al movimiento obrero y ha perseguido, uno a uno, a los movimientos sociales y populares. Uno de los elementos de la situación política nacional que se ha hecho evidente es que. las masas están fatigadas y desilusionadas por la corrupción y la falta de interés de la clase política por resolver los principales problemas más sentidos por la población.

Después de años de contención de los movimientos sociales, éstos no quieren seguir muriéndose de hambre ni ser reprimidos, entonces se puede dar el peligro que acepten el fracaso de la revolución social. Se iniciaría, entonces, un período de estancamiento social de masas o “período contrarrevolucionario”, lo que podría acentuarse como producto de los resultados electorales de 1996. El factor determinante no es sólo el estado e animo de las masas, aunque es importante, sino la situación de descomposición política relativa, en relación a la década anterior, lo cual puede viabilizar la superación de la crisis política “de los arriba” por la falta de alternativa de “los de abajo”.

El equilibrio político es la capacidad del sistema de durar en el tiempo. Un sistema político debe ser considerado estable, cuando en un momento dado y sobre la base de un conjunto de indicadores, es racionalmente posible que durará en el tiempo. Se dice que un sistema político esta en equilibrio cuando se encuentra en una condición de reposo debido a la interacción de fuerzas opuestas, es decir cuando ninguna variable del sistema cambia su posición o relación a las otras variables. Es necesario distinguir entre equilibrio político estable, inestable y dinámico.

1. Se tiene un ***equilibrio político estable*** cuando el sistema, después de haber sufrido cualquier disturbio (interno o externo), tiende a retornar al estado de quietud precedente; es decir, privilegia el “status quo”. Se puede afirmar, por lo tanto, que, paradójicamente, un sistema político en equilibrio político estable corre el riesgo de volverse el más inestable.
2. Se tiene un ***equilibrio político inestable*** cuando el sistema, después de haber un disturbio, se encuentra en un equilibrio precario que lo predispone a asumir otras posiciones, conformes o no con la precedente. Para alcanzar sus fines, un sistema político puede desear un estado “no equilibrado”; ya que para poder persistir un sistema político persigue fines que perpetúan el equilibrio político mestable.
3. Se tiene un ***equilibrio político dinámico*** si el sistema asume una nueva posición después de la intervención de cualquier factor externo o interno.
4. Puesto que el equilibrio político consiste en la capacidad del sistema de persistir a través de adaptaciones, debe agregarse entonces, antes que nada, que, cuando se estudian el equilibrio y la inestabilidad política, no se estudian dos fenómenos distintos, sino un solo fenómeno.

La historia como proceso real es una línea sinuosa que remonta cimas y se sumerge en simas. La historia como conocimiento, también es un proceso que requiere de constantes aclaraciones y correcciones. La verdad no se alcanza en un día ni es el resultado de una intuición, de un “relámpago divino”, sino de un trabajo de búsqueda constante, siempre con el lente de la objetividad. Por ello, las generaciones del futuro, y más la del remoto futuro, sabrán más que nosotros, testigos presenciales del desarrollo político del actual gobierno de Amoldo Alemán. Hoy sabemos más de las causas reales de la intervención norteamericana de 1910, que quienes apoyaron esa barbarie o la combatieron.

En las épocas de transiciones políticas, las alianzas políticas que se establecen tienen como resultado la creación de grupos de intereses caracterizados por redes de relaciones no formalizadas que compiten entre sí en mercado de los recursos. Se constituyen a partir de la confianza en el cumplimiento de los acuerdos establecidos, con arreglo al principio de reciprocidad. Estas alianzas, en consecuencias, no se caracterizan por ser una red estable de relaciones; por lo tanto, compiten entre sí, creando equilibrios políticos inestables y dinámicos. Las experiencias de las tran-

“1, -SON exceP, onales y muy delicadas. Quien en coyunturas tan difíciles apuesta al colapso del adversario con el objeto de ponerse por delante adopta una actitud altamente riesgosa. Este período de transion, en el que aflora el grave desequilibrio entre demandas sociales potenciales y los recursos económicos reales de. país, exige pues “i2 amplio consenso nacional.

n \*!eqU1fbTM general de la sociedad nicaragüense es un fenómeno complicado; el gobierno construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y

ÍoZT otra VeZ, tr atando dC P3S0> dC CnSanchar su ^gemonía. En d feTrelhl<sup>0</sup> miCo, \*, Y d plan de ajuSte “tituyen la ruptura las TT eqU1fbfio\_ En d C3mPo de las relac>ones entre s clases sociales, la ruptura del equilibrio relativo consiste en huelgas y quiebras de empresas estatales, tanto agrícolas como industriales. En el minio político, la ruptura se expresa en los zigzags del gobierno, la ransigencia de los sectores más reaccionarios y la falta de un plan alternativo de parte del sandinismo; pero todos tratan de reconstruir el — “ “a°S° "agonal. La sociedad nicaragüen TMive pues, un equilibrio general inestable y dinámico que, de vez en vez, se rompe y se compone.

Asistimos a dos procesos de la evolución económica: la riqueza nacio- y el producto interno bruto disminuyen para las grandes mayorías mientras el enriquecimiento de la clase dominante aumenta. Los pobres’ aumentan, los capitales se concentran cada vez más en pequeños grupos y Pmhferan los bancos privados. Todo lo anterior hace inevi- e la ucha social, cada vez más aguda, como resultado de la reducción del empíeo y de la reducción de la capacidad de compra de los que tienen

S o m3S SCreStrínja 13basematerial> más mecerá la resisten- entreTos Inf , \*Tcc empobrecidos\_ así como las contradicciones entre los grupos económicos para el reparto de las rentas nacionales.

HUPtUra<de! 3CtUal equilibrio Poh'hco significaría que el gobierno Íerhn T mdePendiente, de dos polos de la contradicción. El hecho que el origen de la existencia del gobierno resida en la neutralización de campos no conciliables, no significa de modo alguno que las

la balan<sup>001</sup>, f eConomiCas y Políticas Presentes, estén equilibradas en la balanza en forma permanente. El gobierno no representa más que el

Hov rnm<sup>qu</sup> “ 108 gnmdes aCtores de la sociedad nicaragüense. Presa en la agudización de la crisis económica, el incremento de la deuda social y el **resurgimiento**

político del somocismo; el gobierno vacila y se inmoviliza, aplica una política en la que no quiere negociar ningún aspecto concreto que permita la reconstrucción del equilibrio inestable, pero tampoco tiene todos los instrumentos para poder dominar la situación.

La vieja regla del sistema político somocista para crear los equilibrios políticos internos que le permitieron gobernar sin mayores sobresaltos radicaba en una condición básica: existían elementos y expectativas que repartir para generar contrapesos que evitaban el desborde de las ambiciones personales. Las diferentes corrientes y grupos económicos que componían la clase política somocista sabían que no podían estar sobrerrepresentados en la conformación del gobierno. No siempre los grupos o corrientes tuvieron la misma representación o correlación de fuerzas a lo largo de los cuarenta y cinco años de la dictadura. En algunas épocas, una corriente ganaba más posiciones que otras, y eran precavidos en respetar los espacios para los que obtenían menos. Pero esa circunscripción se compensaba en el siguiente reparto, y los que habían bajado sentaban tranquilamente a esperar su nuevo turno. La estabilidad interna era un activo muypreciado en ese fenómeno que fue el sistema político somocista.

Los caciques departamentales, las corrientes históricas del liberalismo, los militares, los sectores sociales, los del poder económico etcétera eran siempre considerados cuando se decidía la composición de un gabinete de gobierno. El dictador de turno (Tacho, Luis o Tachito) armaba su juego creando su propio equipo que provenían de vanos grupos y que tenían diferentes intereses. Medían su desempeño en su capacidad de representar a las corrientes que decían representar y también en la posibilidad de realizar las cooptaciones de nuevos elementos, según marcaran las circunstancias y necesidades del sistema político.

El escenario de los tiempos presentes está totalmente cambiado. El sistema político nicaragüense está atravesando un periodo de profundos cambios estructurales. Todo ha cambiado, menos la cultura política y las costumbres de los grupos en el poder, los que están en el y quienes aspiran a quitarlos de ahí. Sin embargo, Alemán ya no puede repartir como se hacía en la época de la dictadura somocista. En muchos casos ya ni siquiera hay mucho que repartir. De ahí la necesidad de cuestionar la actual distribución de la propiedad para tener qué repartir. En tal contexto es inexorable la creación de nuevos equilibrios políticos y económicos para estructurar un nuevo sistema de equilibrios políticos entre las diferentes



ss==S=  
BErS2EE¿'""-5i£

dentro de i<sub>a</sub> n iv<sup>8</sup> ?<sup>tanda</sup> <i<sup>ue</sup> seguramente han hecho historia

Ér#>=^S=l!

ducc<sub>tó,,</sub> de, nuevo sis,la

reP<sub>0</sub>\_

\_ ^<sup>crea</sup>c'ón de nuevos equilibrios políticos al interior del gobierno liberal

dad de actuar para eliminar a los políticos demasiados "semíchos" á tortor'

*mSmms*

necesita consolidar los equilibrios políticos al interior **del gobierno**! ^enfrentarse parcialmente al movimiento social con acciones de contención mientras continúan adormilados. Por ahora, el gobierno no aspira anlastómiendo de las corrientes internas del liberalismo ya que han adop-

==S'Siï=

go mismo, no sólo las instituciones partidarias, sino también a propte

SS3S

Z1 funcionario del Estado, AdentSs. el burócma ne^e a tmagtn»

Por todo ello debemos exigir que las leyes estén siempre por encima de la ^160 V de los intereses

sustil e,

'uSa'SZZ a

"TMS

que la política sea una actividad que se desa-

S£SS»»\*S=S:

convivencia social.

## 18. Políticos tradicionales <sup>134</sup>

Los políticos tradicionales son un conjunto de individuos que se dedican prácticamente todo el tiempo, por un período muy largo de su vida productiva, a una actividad política regular a nivel nacional o local, en calidad de dirigentes electos o nombrados por asociaciones partidarias para ocupar los puestos máximos de entidades, públicas o no, controladas por el Estado y por las entidades locales. En el desarrollo de esa actividad los políticos tradicionales encuentran el fundamento primario de una posición social y con ella de un “status” específico, totalmente distintos de los de cualquier otro subconjunto de la población activa, y también reciben los medios necesarios de subsistencia. Los políticos tradicionales forman generalmente una fracción de las élites que se dividen y se disputan el poder político y la influencia en el campo de la política. Es decir, la clase política nacional es un conjunto de individuos que con base en la posición que ocupan y ejercen de hecho, con su acción, un grado de influencia o poder político en la sociedad.

La discusión en torno a la relación entre la ética y la política es tan antigua como la ciencia política misma. La ética es el cuerpo de ideas que nos permite distinguir entre lo moralmente correcto y lo incorrecto. La ética es la búsqueda de la armonía entre moralidad y legalidad; es decir, entre moralidad y poder político; una búsqueda de siglos y que entre los políticos tradicionales nicaragüenses no ha dado mayor resultado. La esencia de la política es el poder, esa relación asimétrica entre individuos, basada en la autoridad y al final de cuentas, en la fuerza. Los políticos tradicionales utilizan una política autoritaria y al mismo tiempo benévola, una actitud de asistencia para el pueblo, ejercida desde arriba, con métodos puramente administrativos e impregnado de un paternalismo social- El Estado paternal es posible en una sociedad de masas atomizada, en la cual el individualismo encierra al individuo en el estrecho círculo de los

134. Oscar-René Vargas, **Los políticos tradicionales**, publicado en "El Semanario", A<sup>o</sup> VI, Edición N°328, Managua, Nicaragua, semana del 4 al 10 de abril de 1997, p.6-

intereses familiares y domésticos v en la cal  
exclusiva, el bienes,, y el goce ¿tos bien\*oSST Como paSc.O,,  
pens^^

sacerdote, que ierminaba en la hoguera \*TM^ro la, el .PTMeipe  
frentarse a la corrupción política César Rumia ncla Por insistir en en- de la  
corrupción triunfaba Fctp n ® , que es a personificación política de  
Saquiavd"EnsZ;TZ° \*\*, 'T ' del príncipe, el hombre político no , f^ iavelo adoPto  
la perspectiva Vio eomoL mero oíSo jíSS"? " al hombre  
mente manipulable El objetivo «,mr ? A ^arente de Vlrudes y perfecta-  
d^todas tZ, '1T22  
n^d^u voi dei  
tact.M r

De ahí que, si ljs circunstancié \* 13 Seguridad y al bienestar”,  
podía y debía asesinar traicionar C o JCilVo lo requiera n, el gobernante todos  
los sentimientos, incluido ei XiLTÍ”, «r cnfel y ma,llp^clar tradicionales  
nicaragüenses rechavan „f En pnncipio, os políticos para los gobernantes”o,  
nrnnZlT^r^l^0 ^ “aüdad vigencia es tan obvia ,^ 0.1 íZí ^ per0 “ la p^toí“ so  
éticas persiste- en términos ac i gara ^a tensión entre las dos

b-ia4^&^rr^m'

en ed^2\* " \* o^l^TM - \*\* -tener le da el monopolfo del p^rpe ¿T\* TM^a'es  
<^TM

dial" se ha estrellado Sé d „,x, A "rara ola de^TMcrítica mnn-  
institucionalizado, más o menos flexible sm MeT^TM^TM añeJo, mUy  
tablemente corrupto y corruptor. En lá Nicarag^Tnnd^0"""" ?"" tan  
campante la cornipción de ,a administración^ ,a cía pn£

■3S. «OIS, M\*\*\* El Principe, Editen»,

BfcB)• 1998, Mgte

justicia, y la degradación de toda la dd£te  
que todo aquel que desea hacer carrera ilias^estmetu^

SVr,o?VVmncs de suXSS. E, político tradicional que quie-

❧'«—

Los “ministros son los humillados m ^ (os políticos tradicionales  
los únicos: en mayor o en menor ^^^Vn Veamos, por ejem- q,,e dependen del  
poder presidencial umbtto to s . ^  
pío, el caso de los legisladores del parado en y poder, en  
supuestos r'PresemanKs de osi son tratados por ésle como

ensuconductaconlosc—^^To,ros, sobre todo,

**rssrss** de

ñüSTIrVd'adVTEÍ quehacer político desde el poder es, en  
buena medida, una **actividad** sórdida e incluso denigra .

La política real, no aquella que la

rag^SITsSa^

te de maniobras, intrigas, conspiraciones,^^ al políico tradi-  
culo, bastante cinismo y toda c ase ^ ■ mantiene en actividad  
cional, lo que en verdad o moví > ^ Q volver a ocuparlo cuanto  
es el poder político: llegar a e , qu ;ncumolen sus compromisos y

tsrl U Contraería Genera de <sup>1</sup> , <sup>1</sup> e <sup>n</sup> " <sup>i</sup>  
declarado por el Presidente por «o valor d. 26 mil

«pita" Comprondido S i s e daba ,a vida para eu\_mplir

7goC: dT<sup>a</sup> al adTM<sup>an</sup>o **POMCO** usando ios medios nales reL  
JTe:31Z7“ T “ P0micos criollos TMido- .ados, para °  
pública, sin importar aue in7h! " A adversario ante la opinión privado o a,  
al

evidente cuando se develan herhr,  
**agonizados^, aoueto** „ue 7 77“ o claramM, dd i«iTM<sup>s</sup> Pro-<sup>1</sup>recurso opera con ventaja

en  
y de irresponsabilidad ^STrtSnalTnf^, t\* privi, e<sup>8</sup>ios ■r<sup>d</sup>»o"ales siguen pensando

sino la guerra de Jos conma “d7y md a J  
sociedad sin eonfliclos, sino el loialliarismo P “ “ “ “ “ “ “ “ ,a

eosZsrsirirdfníszc r<sup>TM</sup>\* \*??-“●

demanda esfuerzo ni concentración Íianár<sup>3</sup> CUltU? telegráfica, ^ue no rápidas  
como intrascendentes CA<sup>is</sup>s, simplemente de imágenes

Wmmmm

Populares c,,m< los InZjSZ

ZSZ tE^ 137

la representación de masas y buscan.como

— »io

W SÍ:r:r:f.r=r~r?,

la escucha, para vigilar de dori e<sup>i</sup> <sup>g</sup> P ^ traiciona; sonríe n  
plot de sus compañeros, para darse cueni 4 <sup>enemigo</sup> ab ierto ni <sup>P</sup>a cada uno,  
desconfían de todos ■ “ \* ^ ^ \_ ^ \_ ^ transido, no ningún amigo seguro;  
teniendo la ■ \* z <sup>TM</sup> Y <sup>en señales</sup>  
pueden estar alegres y no *osan* estar \_ tns ^ <sup>pe</sup>ro carecen del

<sup>1163</sup> mloUtkocriollo tradicional está convencido que no existe nadie como

**SESsSsS&sSÍ**

“rri—"r,srSS~S

“^-=”^=1=5

«SESSsSSSS^

**I=S<sub>2</sub>=SH|f**

de Sk la P«reaa mandila por el ejercido perverso de, poder.

La crisis de los lideres políticos del centro, quedó reducnU, \* las  
presencias; sus posibilidades de sobrevmencia en la vida polmca na cional  
se achicaron y los resultados electorales anuncian una posible

tinción. Sin embargo, la mayoría de ellos analiza su fracaso electoral como parte fundamental de la carrera y la formación de un político. Piensan que nadie borra sus clientelas construidas ni sus votos ganados, aunque hayan sido insuficientes para salir electos diputados. Los candidatos perdedores pueden por eso mantenerse y volver a intentar las cosas otra vez. El principal problema de los grupos políticos de centro es que no se han renovado, por lo que su convocatoria no ha podido aumentar pese a la caída de popularidad del gobierno y a los errores cometidos por la dirigencia sandinista. Y esto puede explicarse por la extrema fragmentación que muestra la opción de centro. Sobre los escombros de partidos que no pudieron obtener representación parlamentaria en las pasadas elecciones generales de octubre de 1996, viejos dirigentes, otros no tan nuevos, y figuras independientes buscan convertirse en referentes políticos nacionales y erigirse en las figuras principales de la tercera fuerza. Se trata de un escenario ocupado por un conjunto de personajes pequeños (en términos de su respaldo político), en el que aparentemente todos piensan que tienen posibilidades de ganar; lo cual dificulta la escogencia de un liderazgo único.<sup>138</sup>

Las acciones de los políticos criollos tradicionales sólo contribuyen a distraer a la población sobre la angustiante y dolorosa situación que está viviendo el país. Dígase lo que se diga, y lo diga quien lo diga, el actual sistema económico está dañando profundamente a los sectores populares sin ningún horizonte de esperanza. A los políticos criollos tradicionales se les olvida que la política es un equilibrio entre la eficacia y los principios. Si nada más habláramos de principios, pues estaríamos en un monasterio y no en un escenario de la vida pública. Si solamente nos importara la eficacia, a lo mejor estaríamos en un cuartel. La idea es buscar el equilibrio, avanzar en los propósitos encomendados, sin claudicación, y sin dejar trozos de dignidad en el camino.

Entre los políticos tradicionales no encontramos ideólogos, con ideas propias y con propuestas conceptuales. El pensamiento de los políticos criollos está divorciado de sus acciones, ofreciendo la impresión de que lo importante es sólo hablar y no pensar; muchas veces hablar para oírse ellos mismos; crear frases huecas, imágenes pasajeras y un culto desme-

<sup>138</sup> En el transcurso de 1998 se han conformado una serie de grupos pequeños con el objetivo conformar una gran coalición de centro, entre ellos se pueden mencionar Grupo Ticomó (abril), Participación Ciudadana (abril), Grupo de los Siete (junio) Fundación Chamorro (junio) y Movimiento Patria (septiembre).



dido a las percepciones y no a las realidades. Su objetivo estratégico es mantenerse en el poder, tratando de identificarse con la idea de poder que tiene el pueblo, para ser objeto de aceptación. Su autoridad se basa en la autoridad del sistema político establecido que vulnera la solidaridad social y la cohesión de “los de abajo”. Mantienen los moldes obsoletos de la marginación social, rechazando las ideas de la participación ciudadana en la solución de los problemas nacionales. No quieren molestas perturbaciones de incómodos testigos para el futuro. Puede pensarse tentativamente que desean mantener un aislamiento de su ignorancia y un control absoluto del poder.

Hay que derrumbar el mito de los políticos “sabelotodo” y endiosados, de los que no están sujetos a error. Hay que impulsar al político común y corriente, al que puede ser amigo de los ciudadanos, de los campesinos, capaz de andar en la calle sin traje y sin corbata, con tiempo para pararse por minutos, por horas, si es necesario, a escuchar a un ciudadano, a escuchar propuestas, a entender lo que está pasando en la sociedad. El profesional de la política necesita romper las barreras de la incomunicación y establecer el diálogo directo con la sociedad. La política puede ser una actividad apasionante, ética y compatible con la preservación de la dignidad de todos los que participan en ella. Sin embargo, en la política criolla lo más frecuente es que no sea ese el caso, y que su forma y contenido resulten más bien mezquinos, pedestres y vulgares.

## 19. El poder ciega <sup>139</sup>

El viernes 10 de enero de 1997, el presidente Amoldo Alemán Lacayo presentó ante la nación su discurso inaugural y una visión limitada de su gobierno para los próximos años. Alemán piensa que los hombres con poder no deben revelar completamente su política a implementar. Mientras se es misterioso, se puede mover en cualquier dirección. A los dirigentes políticos reservados les va mejor que a aquellos que se revelan por completo. En la forma, se repitió la ceremonia que da marco al discurso presidencial del último Somoza. Presentes, ahora como entonces, la “crema y nata” del poder económico y político, los nombres y los hombres, el Cardenal Obando, el “jet set” del nuevo gobierno y de la fortuna para escuchar, aplaudir y elogiar al nuevo titular del Poder Ejecutivo.

Los medios de comunicación de la derecha -prensa, radio y televisión- se han dado vuelo para destacar las excelencias visionarias de su líder, subrayar en sospechosa unanimidad los párrafos sobresalientes del discurso presidencial, publicar entrevistas todas ellas rebosantes de optimismo, profecías optimistas, leche y miel. Los entrevistados afirman que penas y crisis quedaron atrás y el nuevo gobierno como aurora radiante, es anunciador de los tiempos de “Alicia en el país de las Maravillas”. La crónica periodística señala que en un lenguaje coloquial, penetrante y pintoresco, el nuevo presidente sostuvo una tesis que da cuenta y razón de su impaciencia y autoritarismo: de aquí en adelante no hay consenso posible sin la aceptación de la mayoría.

Lo aplaudieron con pasión y sin medida: dio varias vueltas en el estrado para agradecer la nueva investidura; Alemán cree en el poder del acto simbólico. Ha aprendido cómo actuar para utilizar contundentemente el poder del simbolismo; los periodistas se olvidaron de la economía empobrecedora y deshumanizada que se piensa implementar. Los diputa-

139. Oscar-René Vargas, **El poder ciega**, publicado en el periódico «El Nuevo Diario», Año XVIII, Edición

dos liberales pusieron de lado los descontentos y los reclamos incumplidos. Los instintos básicos predominaron sobre la sabiduría convencional. Allí estaba la cultura política autoritaria, el titular del Ejecutivo, el hacedor de milagros, el emperador, recibiendo los aplausos, los hurras desbordados y los abrazos de sus servidores. Es la misma tradición autoritaria, la misma cultura del servilismo. Los mismos oportunistas que ayer pedían la horca para Alemán Alcalde, son los que gritaron, vociferaron y adularon a Alemán Presidente.

¿Que las alturas marean? Marean. Los ungidos en los laberintos del poder político pierden la dimensión de la realidad y la vida cotidiana. Como si se les subiera a la cabeza muchas ínfulas. No reconocen a sus antiguos compañeros y/o amigos que los tratan de igual a igual. Mientras están en el poder conceden su amistad a unos, después, a otros; al cabo del tiempo les enseña que no son amigos solamente interesados. Muy pocas veces buscan a sus viejos amigos, a los viejos camaradas de los tiempos escolares o con quienes comenzaron sus actividades políticas en la clandestinidad. Les comienza a gustar que los traten como los dueños del poder o como el nuevo “mesías”. Y no es para menos. El “encumbrado” tiene un séquito de obsequiosos y serviles. Serviles de tiempo completo lo rodean permanentemente, no lo dejan ver la realidad, le dicen que todo está bien y que es el más inteligente de todos los seres humanos. Se rodean de aduladores y personas acríticas, para quienes todo esta bien en el país, mientras ellos estén bien. Especialistas en llevar y traer chismes. Son como esos fogoneros que mantienen la llama en su punto y a fuego lento le inflan el ego “al hombre”, al número uno, al que está a la cabeza de la jefatura del gobierno, de un ministerio o de una institución descentralizada. Todos ellos, los fogoneros, los oportunistas y los serviles, se sentirían halagados de recibir una llamada del “jefe”, no importando la hora. A los serviles y a los fogoneros no les importa que el “jefe” sea inculto, desleal o que tenga tendencia al abuso del poder, cualidades que normalmente se desarrollan inmensamente durante el ejercicio gubernamental; sólo les interesa gozar de los favores del poder.

Por eso es que la mayoría de los que llegan al poder pierden el norte, dejan de palpar la realidad cotidiana y viven rodeados de guardaespaldas y/o “achichincles”. Por eso el ministro se vuelve “subjetivo” e intratable, no quiere saber de los verdaderos problemas a resolver, solamente quiere escuchar de su “extraordinaria gestión”. El director general de un organismo estatal descentralizado se cree la “divina garza” al escuchar fre

cuentemente de los serviles o fogoneros del chisme la frase: “usted es el hombre”. Después de un tiempo, los que llegan al poder, comienzan a perder contacto con la realidad y creen que pueden “hacerlo todo” no importando qué cosa sea, que son personas que están “por encima de la ley”, que son seres “ultrasuperiores a los gobernados”, hasta llegar a creerse: “el supremo”, el “mesías” o el inventor del agua tibia. En esa perspectiva piensan que la mayoría de los mortales no tienen la capacidad de ver nada, de darse cuenta de lo que está pasando ni de las transformaciones que está realizando. Comienzan a decir mentiras que solamente ellos creen, tratan de engañar a la gente, siguen prometiendo sin cumplir nada, buscan cómo interpretar las leyes a su manera, de forma que les permita hacer lo quieren y no hacer lo que no quieren.

Un pequeño círculo de periodistas (generalmente a sueldo) les hacen creer que tienen la potestad de acuñar cada frase, de opinar sobre todo, de decir majaderías, como si tuvieran el don de que todo lo que vierten debe ser tragado por la “plebe”. Su soberbia menosprecia a la inteligencia de la gente común y corriente, a los de a pie. Su encierro palaciego, rodeado de serviles y fogoneros los lleva a despreciar a los demás y a creer que no tienen capacidad de raciocinio ni de percibir la realidad que se descompone cada día. Quieren utilizar el poder para favorecer a sus familiares y amigos, pero no piensan en el país al que deben sacar de la miseria y la pobreza. Se auto-satisfacen en inaugurar cosas intrascendentes, cualquier cosa, pero no se les ocurre impulsar la elaboración de un plan estratégico de desarrollo nacional.

Los hábitos cortesanos fomentados por el aparato publicitario del gobierno liberal (el culto al líder, la adulación a los jefes, el doble lenguaje, la hipocresía, los silencios dictados por el temor) intensifican la rigidez y la artificiosidad de las relaciones gubernamentales, superficialmente revestidas de compañerismo pero en verdad fuertemente jerarquizadas. Los dirigentes liberales no debieran olvidar la lección política que algunos líderes han vivido en el pasado reciente: sólo el disfrute del poder o la esperanza de obtenerlo en el corto plazo mantiene los vínculos de subordinación. Al igual que los éxitos cimentan el monolitismo gubernamental o de las organizaciones partidarias, las derrotas lo socavan. Por eso los líderes, objeto de un “culto a la personalidad” cuando conducen a sus séquitos a la victoria, se convierten en ídolos con pies de barro al llegar a la derrota. Los liberales tienen que aprender de la experiencia reciente de muchos ex-funcionarios, que en este mundo siempre llega el momento en

que el más humilde de los seres humanos, si está al tanto de la vida política, siempre podrá ver caer a los más poderosos gobernantes. Los gobernantes actuales no pueden olvidar que históricamente en Nicaragua, el precio que han pagado los gobernantes anteriores por el poder del que han disfrutado durante su mandato, ha sido directamente proporcional a su poder absoluto, el cual se expresaba por el grado de servilismo del que gozaban por parte de cuantos lo rodeaban.

La acumulación de poder en las manos de un número restringido de personas, tal como ocurre en los gobiernos autoritarios, da lugar, por fuerza, a muchos abusos. El “mesías”, orgulloso de su condición de indispensable, se transforma con facilidad de servidor en amo del pueblo. Los líderes, que en un principio estaban sujetos a obligaciones hacia sus subordinados, a la larga llegan a ser sus señores. El mismo partido de gobierno que lucha contra la usurpación de la autoridad presidencial, se somete, como por necesidad, a las usurpaciones propias del “mesías” o líder. Sin embargo, cuando las clases dominantes, atacadas por una ceguera súbita, adoptan una política que fuerza en las relaciones sociales hasta un punto de ruptura, los sectores populares aparecen activas en las escena de la historia y derriban el poder autoritario.<sup>140</sup> Todo movimiento autónomo de los sectores populares significa un desacuerdo profundo con la ceguera de las élites dominantes. Una característica esencial de los líderes autoritarios es que cada uno lleva en la mochila su bastón de mariscal. Tan pronto como los políticos tradicionales han logrado su objetivo, tan pronto triunfan, al derrocar a la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, vemos que sufren una transformación que los hace muy semejantes a los tiranos destronados. La historia política registra con claridad metamorfosis como ésta. En la Nicaragua de hoy, la democracia de fachada está amenazada por dos peligros graves: la rebelión de las masas populares y (en relación íntima con esta rebelión, de la cual suele ser el fruto) la transición hacia una nueva dictadura, si uno entre los miembros de la élite dominante logra conquistar el poder supremo.

El nuevo gabinete ministerial y sus asesores está compuesto de servidores destacados del alemanismo, integrantes y colaboradores activos del gobierno saliente, aplaudidores sin fronteras ideológicas, servidores obe

**140. Robert Michels, Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna, Tomo I, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1991, p.194.**

dientes, políticos tradicionales. El político tradicional hace política, dispuesto a hundir a quien sea, con tal de salvarse. En Nicaragua, los políticos tradicionales son maestros en provocar crisis y olvidarse de la miseria y el hambre de la sociedad que ellos dicen querer modelar y por lo cual son responsables. Tampoco son hábiles para poner las cosas en su lugar. Sólo quien ha conocido de cerca el oportunismo sabe, con certeza, lo que ocurre en sus interioridades.

Entre los políticos tradicionales prevalece la corriente de los trepadores y oportunistas. Se han convertido en un cascarón vacío, sin esencia ni doctrina política, que después de cada elección presidencial se acomodan a la conveniencia y al interés del presidente de la República en turno. La mayoría de los políticos tradicionales se han transformado en dinosaurios. Es la actitud política y no la edad, la que define a un dinosaurio político. Independientemente de la edad, los políticos rupestres, cavernarios, los autoritarios, los que piensan que van a sacar provecho personal, los que votan por las posiciones más recalcitrantes, esos son los políticos dinosaurios. En los políticos tradicionales proliferan los dinosaurios porque carecen de una verdadera cultura democrática y no actúan con civilidad política. Muchos políticos tradicionales siguen pensando que los sandinistas o progresistas son personas diferentes, que no son buenos ciudadanos y que no quieren el bien del país. Esta tontería es uno de los grandes defectos de los políticos tradicionales o dinosaurios, es demostrar la falta de cultura

## 20. El poder oculto

La existencia de un poder oculto en Nicaragua (mafias, servicios secretos no controlados, gabinete secreto, etcétera) es extremadamente visible. Es decir, al lado de un poder visible, las autoridades electas y visibles, existe un poder oculto (criptocracia) donde se toman las principales decisiones políticas del gobierno, alejados de las miradas indiscretas del público, en reuniones secretas, donde se firman acuerdos y donde se toman decisiones secretas. Es bien conocido que la democracia, como advenimiento del gobierno visible, nació bajo la perspectiva de erradicar para siempre el poder oculto, con la convicción de que el gobierno democrático pudiese finalmente dar vida a la transparencia del poder, al “poder sin máscara”. Sin embargo, los gobernantes han aplicado la lógica que el Estado está obligado a actuar en secreto para no hacer escándalo, lo que le permite no verse obligado a distinguir entre lo que es lícito de lo que es ilícito. El ideal del poderoso siempre ha sido el ver cualquier gesto y escuchar cualquier palabra de los sujetos sociales, sin ser visto ni escuchado. Un régimen autoritario aspira siempre al máximo control de los ciudadanos por parte del poder oculto. La visibilidad del poder no depende únicamente de la presentación en público del que está investido del poder, sino de la cercanía de las decisiones entre el gobernante y el gobernado y de la posibilidad que se le ofrece al ciudadano de extender su mirada a los asuntos que le conciernen, y dejar el mínimo espacio al poder oculto. La visibilidad del poder es cuando los ciudadanos tienen visibilidad, cognoscibilidad, accesibilidad, y por lo tanto contabilidad de los actos de quien detenta el poder supremo.<sup>141</sup>

El objetivo del poder oculto es doble: conservar el Estado en cuanto tal y conservar la forma autoritaria de gobierno (o sea, impedir que la plutocracia existente se convierta en democracia). El fenómeno del poder oculto o que se oculta y el del poder que oculta, es decir, que esconde

## 20. El poder oculto

La existencia de un poder oculto en Nicaragua (mafias, servicios secretos no controlados, gabinete secreto, etcétera) es extremadamente visible. Es decir, al lado de un poder visible, las autoridades electas y visibles, existe un poder oculto (criptocracia) donde se toman las principales decisiones políticas del gobierno, alejados de las miradas indiscretas del público, en reuniones secretas, donde se firman acuerdos y donde se toman decisiones secretas. Es bien conocido que la democracia, como advenimiento del gobierno visible, nació bajo la perspectiva de erradicar para siempre el poder oculto, con la convicción de que el gobierno democrático pudiese finalmente dar vida a la transparencia del poder, al “poder sin máscara”. Sin embargo, los gobernantes han aplicado la lógica que el Estado está obligado a actuar en secreto para no hacer escándalo, lo que le permite no verse obligado a distinguir entre lo que es lícito de lo que es ilícito. El ideal del poderoso siempre ha sido el ver cualquier gesto y escuchar cualquier palabra de los sujetos sociales, sin ser visto ni escuchado. Un régimen autoritario aspira siempre al máximo control de los ciudadanos por parte del poder oculto. La visibilidad del poder no depende únicamente de la presentación en público del que está investido del poder, sino de la cercanía de las decisiones entre el gobernante y el gobernado y de la posibilidad que se le ofrece al ciudadano de extender su mirada a los asuntos que le conciernen, y dejar el mínimo espacio al poder oculto. La visibilidad del poder es cuando los ciudadanos tienen visibilidad, cognoscibilidad, accesibilidad, y por lo tanto contabilidad de los actos de quien detenta el poder supremo.<sup>141</sup>

El objetivo del poder oculto es doble: conservar el Estado en cuanto tal y conservar la forma autoritaria de gobierno (o sea, impedir que la plutocracia existente se convierta en democracia). El fenómeno del poder oculto o que se oculta y el del poder que oculta, es decir, que esconde

141. Norberto Bobbio, **El futuro de la democracia**, Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 1989, p.65-83.



escondiendo. El primero comprende el tema clásico del secreto de Estado, el segundo abarca el tema igualmente clásico de la mentira lícita y útil (es lícita porque es útil). En el Estado autocrático el secreto de Estado no es la excepción sino la regla: las decisiones políticas deben ser tomadas lejos de las miradas indiscretas del público, lo cual coincide con la máxima concentración del poder en círculo íntimo del gobernante, compuesto por no más de tres o cuatro personas seleccionadas entre los más prudentes y experimentados, con los cuales el gobernante trata las cuestiones más importantes antes de presentarlas al gabinete de gobierno. Entre las razones que socorren lo secreto hay dos que son dominantes y recurrentes: la necesidad de rapidez en toda decisión que atañe a intereses estratégicos de la élite gobernante, y el desprecio por el gabinete ampliado, considerado como un objeto secundario de poder, dominado por fuertes intereses contradictorios que le impiden tomar una decisión unánime y racional.

A lo largo de la historia política de Nicaragua, al lado del poder oculto, siempre se ha desarrollado un contrapoder también oculto. Poder oculto y contrapoder invisible son dos caras de la misma moneda. La historia de todos los regímenes autocráticos y la historia de las conspiraciones son dos historias paralelas que se reclaman mutuamente. Donde existe el poder secreto existe casi como subproducto natural el antipoder igualmente secreto bajo la forma de conjuras, complots, conspiraciones, golpes de Estado, intrigas, o bien sediciones, revueltas, rebeliones, preparadas en lugares intransitables e inaccesibles, lejanos de la vista de los miembros del poder oculto, así como el gobernante y sus amigos cercanos (la criptocracia) actúa lo más lejos posible de las miradas de los ciudadanos de a pie. Lo más peligroso del poder oculto es que tiende a esconder sus reales intenciones en el momento en el que sus decisiones deben volverse públicas. Tanto el esconderse como el esconder son dos estrategias normales del poder oculto. Cuando no puede hacer otra cosa que publicar las decisiones se ponen la máscara. El tema de la mentira como instrumento político del poder oculto es un tema necesario de analizar.<sup>142</sup> Solamente publicitando los actos del poder invisible podemos ir cambiando la cultura política predominante en las élites dominantes.

El poder oculto es el conjunto de acciones realizadas por fuerzas políticas invisibles que actúan a la sombra en estrecha relación con los servi

M2. La manipulación y la mentira como instrumentos políticos se encuentran analizados ampliamente en el punto 10 del presente libro.

cios secretos, o con una parte de ellos, o por lo menos no obstaculizados por éstos. La clase política tradicional ya no ejerce el poder sólo mediante el ejercicio de las formas tradicionales de la ley, del decreto legislativo, de los diversos tipos de actos administrativos, que entraron a formar parte del poder visible, sino también por medio de la gestión de los grandes centros de poder económico. A diferencia del poder legislativo y del poder ejecutivo clásico, el gobierno de la economía pertenece en gran parte a la esfera del poder invisible en cuanto escapa, si no formal sí sustancialmente, al control democrático y al control jurisdiccional. Quien decidió ser parte del poder oculto está obligado a ponerse la máscara, y ejercer el arte de la falsedad, tantas veces descritos como una de las estratagemas de los gobernantes. También tienen que respetar la máxima de que el poder oculto es más eficaz en cuanto más sabe, ve, conoce, sin dejarse ver. Actualmente, la tendencia no es hacia el máximo control del poder por parte de los ciudadanos, sino al contrario, hacia el máximo control de los ciudadanos por parte de quienes detentan el poder oculto.

La mafia <sup>143</sup> nace como fenómeno criminoso típico de Sicilia (Italia) relacionado con la forma explotación económica de esa región y organizada en forma rígidamente piramidal. Actualmente, se utiliza el término “mafia política y económica” para determinar una asociación cerrada de tipo político o económico que actúa en forma paralela a las leyes de una nación. <sup>144</sup> <sup>145</sup> El vértice del poder está representado por el “padrino” que habitualmente tiene en sus manos la responsabilidad mayor del poder oculto <sup>145</sup> y quien subdivide el poder en pequeños jefes, controla la cantidad y la cantidad de las acciones a realizar. Alrededor del “padrino” o “capo supremo”, <sup>146</sup> en un nivel ejecutivo, gira una corte de capataces, sicarios, guardianes, serviles, ejecutores de sus acciones y “achichincles”.

Un código de leyes no escritas regula las relaciones que van desde el “padrino” pasando por los barones, y hasta llegar a los guardianes para

143. La mafia se puede definir objetivamente como el misterioso sentido del miedo que un hombre, famoso por sus delitos o por su fuerza brutal, hace sentir a los débiles, los pusilánimes, los apáticos. Ver: Raimondo Catanzaro, **El delito como empresa. Historia social de la mafia**, Taurus Humanidades, Madrid, España, 1992, p.22.

144. Jiirgen Roth y Marc Frey, **Europa en las garras de la mafia**, Anaya, Madrid, España, 1992, 479 páginas.

145. Es una unión de personas de toda clase, de toda esfera social, sin lazos aparentes, con el fin de servir a sus intereses comunes, cualesquiera que sean.

146. Mario Puzo, **El último Don**, Ediciones BSA, Barcelona, España, 1996, 538 páginas.

asegurar el respeto de las mismas. Normalmente es integrada por pocos individuos que se encargan de garantizar, tratando de no llamar la atención, la estabilidad de las relaciones económicas, políticas y sociales del poder oculto de un determinado país. El poder oculto interviene generalmente a través de “acuerdos entre amigos”, o si no, en los casos más difíciles, con el uso de la fuerza, para tratar de asegurar, de ese modo, la sobrevivencia de un sistema político que favorece al poder oculto al interior de un Estado-nación.

Como estructura de poder de hecho, el poder oculto se coloca a la mitad de camino en los negocios fundamentales de la sociedad y de quienes tratan de hacer negocios legales, asumiendo la tarea de intermediarios. Por lo tanto, el poder oculto termina siendo parte de la organización de ese complejo mundo de los negocios en un mundo globalizado, y que obtiene una ganancia sin invertir ninguna o poca cantidad de dinero en particular. El poder oculto utiliza la especulación y la explotación parasitaria de su poder gubernamental como modos privilegiados para enriquecerse y la violencia contra los más débiles como la forma para hacerse valer. De esa manera el papel del poder oculto tiene tres acciones concretas que realiza: una hacia los sectores de la clase dominante para que aporten una parte de sus ganancias y de sus negocios a los miembros del poder oculto; otra hacia la población con el objetivo de mantener los salarios de miseria que asegura una tasa de ganancia alta a los inversionistas nacionales y extranjeros que gozan de su protección; y, por último, utiliza los mecanismos del Estado para garantizar el buen desempeño de las inversiones de la clase dominante. Es decir, sin el visto bueno del poder oculto no se puede hacer ningún tipo de negocio en el país. Por lo tanto, se puede deducir que el poder oculto es un instrumento para la acumulación de riqueza y para la adquisición de poder económico.

El poder oculto ha invadido verdaderamente todas las clases de la sociedad nicaragüense: el rico se sirve de él para mantener a salvo su persona y sus propiedades, o lo utiliza como un instrumento para conservar su influencia y preponderancia en las altas esferas del poder; la clase media se entrega a él y colabora por miedo, o porque lo considera un medio poderoso para obtener riquezas, o para lograr el cumplimiento de sus deseos y ambiciones, o para hacer una carrera rápida en la política tradicional; y, por último, los miembros de los sectores populares pertenecen al poder oculto, asumiendo el papel de sicarios, ya sea por odio a los movimientos sociales, o porque le permita estar en una posición más

elevada que la gente de su mismo nivel social, o por el aborrecimiento que sienten en general hacia el trabajo y el empleo, o para poder intimidar o imponerse de algún modo a los otros.

Poco a poco el poder oculto ha ido asumiendo el control de una parte importante de la economía nicaragüense (la empresa privada habla del capital emergente cuando se refiere al poder oculto). A través del poder del Estado ha penetrado en los diferentes sectores de la economía. El poder del Estado le permite controlar las licitaciones de las obras públicas o las ventas de las empresas estatales. Todos estos mecanismos le han permitido incrementar su influencia en los sectores de la empresa privada, en la administración pública y en la política tradicional. Más o menos toda la clase dominante tiene vínculos con el poder oculto. La alianza orgánica entre política y dinero es lo que constituye el rasgo característico del poder oculto, con todas las conexiones que ello implica en el control de las esferas económicas y las organizaciones sindicales, y con la influencia en el Poder Judicial, la Policía, la Asamblea Nacional y el Ejército. Quien tiene dinero y poder puede manipular la justicia, dice un proverbio siciliano.

El surgimiento público de la actual corrupción gubernamental ha desatado, en el país, una crisis de credibilidad, una crisis de imagen en el extranjero y una crisis de conciencia entre las élites, separadas por el abismo de la pobreza de las grandes mayorías. Por su naturaleza, la corrupción, real y existente, es empíricamente indemostrable: inmedible e incuantificable. En su secreto, enigmas, acertijos e incoherencias lógicas de esa vasta operación revelan la magnitud de la descomposición gubernamental. La corrupción denunciada demuestra que ha sido una operación simultánea de manipulación y alteración de las leyes, centralmente diseñada y planificada con una meticulosidad y sofisticación que sólo pueden dar la apropiación de los recursos materiales, técnicos y humanos del aparato estatal y el almacén institucional de un poder oculto.

El poder cambió de manos: es lo que ha estado ocurriendo en Nicaragua a espaldas de todos nosotros, sin preguntamos, sin consultamos, sin ni siquiera escuchamos porque no nos concierne, porque ese poder oculto es un asunto de familia. Un poder oculto, que a nadie rinde cuentas, conduce los destinos de este país, el poder de la fracción liberal de la clase dominante a través de sus socios y representantes políticos. Este poder oculto se considera, además, propietario de la nación y ha ido cambiando nuestras leyes para que, en efecto, así sea. El papel totalmente

subordinado de la administración de justicia, como lo demuestra la reciente resolución de la Corte Suprema de Justicia sobre la declaración patrimonial de los funcionarios públicos, servidora de las políticas del poder ejecutivo en lugar de ser garante de los derechos de los ciudadanos y de la nación, ha permitido el desarrollo del poder oculto.

Este nuevo capital liberal se formó y se consolida en los últimos años mediante una infinita e invisible violencia contra la sociedad. Sin ese tipo de violencia es imposible que nadie, en este país, pueda reunir en pocos años millones de dólares y más. La violencia de la corrupción, no la ley, es lo que rige la conducta interna de ese poder, el poder oculto de la fracción liberal de la clase dominante. Este poder oculto todavía no tiene reglas estables ni para sus relaciones internas con la clase dominante ni para sus relaciones con la población. Y cuando no hay reglas y normas reconocidas por todos, lo que queda es la violencia de la corrupción, una violencia sin ley y sin piedad tanto entre “los de arriba” como desde “los de arriba hacia los de abajo”. El poder oculto actúa como propietario del país. No quiere ni necesita ciudadanos, sino súbditos. No quiere negociar sobre lo importante, sino sólo dialogar sobre lo accesorio.

Para el poder oculto la distribución de los puestos gubernamentales se hace en forma de prebendas, la administración de la justicia se caracteriza por principios de venalidad y el comportamiento de la burocracia no corresponde al principio del ideal weberiano. El poder oculto vende los puestos públicos, corrompe la justicia y fomenta la ignorancia. Para obtener licencias, concesiones, permisos administrativos, es indispensable poseer las entradas adecuadas en cada despacho gubernamental y se tiene que contar con los favores de personas relacionadas con el poder oculto. Para que los diferentes sectores de la sociedad puedan obtener cualquier autorización tienen que “lubricar” a las personas allegadas al poder oculto.

El poder oculto debe regocijarse cuando los partidos opositores le ofrecen diálogos sin tener idea clara de con quién en realidad van a dialogar ni sobre qué versarán las conversaciones, como no sea sobre la política menor, cumies, comisiones parlamentarias, presupuestos menores y otras minucias. Y de esas migajas traen la bolsa llena los dirigentes del poder oculto. El carácter del poder oculto lo dice el silencio y el secreto con que los gobernantes rodean la preparación de sus futuros planes, actos y decisiones (el hombre que habla mucho no dice nada, el que habla poco es sabio, dice un proverbio siciliano); mientras la oposición, perdida en su propio extravío, sigue hablando de lo mismo y pide diálogos sin

saber para qué ni sobre qué. No saben a dónde van, pero hacia allá se precipitan con los ojos cerrados.

Sin embargo, ese poder oculto quiere ir más lejos. Quiere cambiar la formación y la propiedad del conocimiento, aquello que es hoy la riqueza esencial de las naciones. Para ese fin, está preparando un asalto contra las universidades públicas, para que se produzca una creciente oligarquización de los sujetos y del contenido de la enseñanza y de los temas y los fines de la investigación. El poder oculto destruyó los contratos colectivos y convirtió en letra muerta las leyes y las protecciones sociales de los asalariados. Hoy una masa impresionante de desocupados asegura, con su presión sobre el mercado de trabajo, la sumisión de trabajadores y sindicatos a los nuevos gobernantes. Esa misma masa engendrada por ellos -desocupados, semioocupados, precaristas, ambulantes, marginales, migrantes a quienes les quitaron la tierra, el trabajo, la esperanza y el porvenir- los quieren convertir en una masa de clientes pasivos, indefensos, sin derechos, condenados a esperar la buena voluntad de las alturas porque su situación misma les impide organizarse como ciudadanos, hacer oír su voz y hacer valer sus derechos sociales.

Pero un poder que se autorreproduce fuera de las leyes, o cuya norma es la violación de las leyes para poder reproducirse, está condenado a no tener reglas ni ley en sus propias relaciones internas. A través de esa fractura, obra de un poder que no responde a leyes, se ha generalizado la violencia de la corrupción. El poder oculto ha creado o inventado propietarios vicarios para mantener la impunidad de los verdaderos corruptos o cubrir el misterio de la trama. La impunidad y la oscuridad en que han quedado los actos de corrupción denunciados, la verborrea y las tergiversaciones son la evidencia de una enorme crisis de credibilidad. La diferencia entre un delincuente de poca envergadura y los miembros del poder oculto consiste, en que los primeros se encuentran en abierto conflicto con las leyes y el Estado, mientras que los segundos, aunque desprecian tanto las leyes como al Estado, son partes de las autoridades de ese Estado y tienen el mandato de mandar el orden público.

Sin embargo, no acabará de constituirse el poder oculto hasta que muchas cosas pasen. No terminará de consolidarse sin que otras fuerzas se hagan presentes desde otros lugares de esta sociedad herida pero viva, pensante y en buena parte convencida, sí, de que democracia, derechos sociales y justicia son condiciones de su existencia y de su paz. Mucho, mucho ha cambiado en las conciencias de los ciudadanos en los últimos

años. Los actos de corrupción que se conocieron en los años treinta, cuarenta y cincuenta no son tolerables ni perdonables para la sociedad nicaragüense de los años noventa. Cansada de hipócritas condenas, quién sabe cómo, dónde y cuándo, la conciencia de los ciudadanos de esta nación, conservando el don de la cólera y de la fe inquebrantable, se levantará en protesta verdadera con la violencia de la corrupción del poder oculto.

El gobierno de Amoldo Alemán es el gobierno de los intereses del poder oculto. Constituido por un equipo donde, en los puestos claves, están los hombres de confianza del poder oculto. Quien trate con este gobierno, debe saber a quién tiene enfrente y con quién está tratando: un gobierno conformado por los hombres de confianza del poder oculto. El poder oculto del gobierno liberal, a través de sus socios y representantes políticos, se ha apoderado del aparato estatal subordinándolo a sus intereses y a sus dictados. Usufructuando de ese aparato se ha apropiado del trabajo y de los bienes de la nación imponiendo sumultáneamente sus reglas y ritmos a toda la sociedad y una redistribución del poder entre las élites, las ganancias y el mando. Los miembros del poder oculto no son unos fuera de la ley, aunque todos sepan que trabajan al margen y a veces en contra de la ley. Son ciudadanos libres como cualquier otro; gozan de derechos civiles y políticos, pasean por los balnearios del país y, a menudo, con alguno de los comandantes de la policía.

En esa fusión del poder y dinero una violenta desgarradora y violenta recomposición interna de la élite gobernante está operando. La formación una nueva oligarquía del capital en la dirección del Estado ha trastornado las normas de acceso y trasmisión del poder pactadas y mantenidas a principios de la década de los noventa. Las reglas que se había dado a sí misma la élite gobernante garantizando la disciplina y unidad de todos sus miembros han sido rotas por el poder oculto del gobierno liberal. Subordinada al mando impersonal e invisible del poder oculto, esa nueva fracción de la clase dominante no admite jefaturas alternativas ni lealtades a medias. Sin reglas y sin normas estables y reconocidas por todos resuelve entonces violenta y caóticamente las disputas abiertas por la redistribución y reproducción del dinero y el mando. La corrupción es, claramente un intercambio oculto para tener acceso a una ventaja indebida, pero un intercambio que se funda en el conjunto de transacciones sociales que se dan entre algunos sectores de las élites y los miembros del poder oculto.

La corrupción política y administrativa es un fenómeno universal. Se ha dado en todos los sistemas y en todos los tiempos. Pero este mal uni

versal no se da con la misma intensidad en todo lugar y tiempo, y lo que hace destacar en materia de corrupción al actual gobierno liberal, es la extensión e intensidad del fenómeno. La corrupción tiene hoy en la política nacional un papel igualmente protagónico que en los tiempos de la dictadura somocista. Hoy la corrupción es un tema presente prácticamente en toda discusión política, en la aprobación del presupuesto y en toda conferencia sobre el desarrollo del país, cuando hace una década el asunto era tabú. Hoy, el enriquecimiento inexplicable está ligado a las funciones de mediación y de control social, es decir, al papel de bisagra que ejercen los miembros del poder oculto. La relación entre los miembros del poder oculto y la acumulación de riqueza no se manifiesta sólo en las formas de acumulación violenta e ilegal. De hecho, los miembros del poder oculto combinan formas de acumulación ilegales y legales. Se puede afirmar que el enriquecimiento inexplicable del poder oculto se produce mediante el uso de cuatro formas esenciales: a) el uso directo de los métodos ilegales; b) la amenaza o la intimidación; c) la instrumentación de posiciones del poder político; d) acceso al monopolio del poder político.

Generalmente se define la corrupción como abuso de los deberes de un funcionario público para beneficio propio. En política, la corrupción es la alteración, por parte del funcionario, de la norma legal en provecho de sus intereses personales o de grupo. La esencia de la corrupción política y administrativa es el uso arbitrario del poder que la sociedad ha conferido a la autoridad. En los delitos de corrupción, generalmente es complicado obtener evidencias dado que las partes suelen poner especial cuidado en no dejar huellas. Los funcionarios públicos corruptos tienen bajo su posesión recursos pecuniarios o propiedades desproporcionadas en comparación con su emolumentos oficiales pasados o presentes, lo cual ha permitido un “enriquecimiento inexplicable” de varios funcionarios. Pareciera que el actual sistema de organización del poder político fuera como un sistema de corrupción, basado en una élite gobernante y a la que la sociedad no puede llamar a rendir cuentas.

El “hombre de respeto” del poder oculto lo es porque puede ejercer la violencia gubernamental hasta tal punto que infunde temor a los demás. Ser respetado significa tener derecho a la consideración de los demás, derivada del miedo a que ejerce la violencia del poder oculto. Quien es capaz de hacer daño se le deja en paz, al menos mientras ese poder oculto no sea discutido por rivales. La violencia del poder oculto se ejerce en relación a la capacidad, presunta o verdadera, de protección, y el ejerci-



ció eficaz de esa función aumenta su capital de respeto. Por el contrario, cuando los miembros del poder oculto no son capaces de desarrollar eficazmente las funciones de protección pierden seguidores y sucumben frente a los demás. Sin embargo, cuanto más se amplía y difunde la fama de la capacidad de ejercer protección a otra persona, más recurren a los miembros del poder oculto en busca de soluciones de sus conflictos. El respeto existe, cada vez más, en función de la amplitud de la red de relaciones que el hombre del poder oculto haya podido crearse. Cuanto más amplia sea dicha red, mayor será el respeto que reciba.

La percepción de la opinión pública acerca de la corrupción como práctica común es bastante elevada. La percepción de la corrupción refleja, en realidad, el patrón real de cambio que presenta su incidencia a partir de 1997. Lo indignante de la actual corrupción gubernamental es que se da entre los funcionarios de alto rango, supuestamente encargados de defender los intereses de la mayoría de la población y hacer cumplir las leyes. La campaña anticorrupción de los medios de comunicación ha hecho evidente, públicamente, la corrupción endémica y ha advertido de la gravedad del problema. Se reconoce que la corrupción es un fenómeno social muy difundido en el sector público, en varias oficinas gubernamentales y no sólo en el poder judicial y se acepta que un esfuerzo eficaz contra la corrupción requiere de la cooperación activa del público.

La opinión del ciudadano medio acerca de la corrupción se resume de la siguiente manera: el ciudadano medio tiene que escoger entre dos alternativas: participar activamente en la corrupción o ser espectador, pero sin interferir. Bajo ningún concepto se considera la posibilidad de pararse frente a la corrupción, como opción viable, porque piensa que seguramente aDlastaría a Quienes se atrevieran a hacerlo. En pocas palabras, para muchos ciudadanos medios sería fútil, tonto y tal vez peligroso desafiar o cuestionar a los funcionarios gubernamentales. Aunque a la gente no le guste pagar sobornos, es mucho mayor el temor que sienten por las eventuales represalias que puedan sufrir tras denunciar a un funcionario corrupto. El ciudadano medio piensa que la corrupción tiene una gran capacidad de penetración en la sociedad y se encuentra extendida a los niveles más altos del gobierno.

Por ejemplo, el caso del “narcojet” nos demuestra que ha surgido en Nicaragua una nueva fuerza, con grandes cantidades de recursos a su disposición y que ha logrado penetrar en las altas esferas del gobierno liberal. En cualquier caso, con el “jet presidencial” los jefes del comercio

de la droga han podido romper varios eslabones en la cadena de obediencia y lealtad que une al aparato político liberal con el presidente. También, el financiamiento de la campaña electoral de la Costa Atlántica de 1998, nos demuestra que una parte sustantiva de los enormes recursos de los liberales provienen del financiamiento ilegal, de ése que tiene lugar cuando se desvían fondos estatales o municipales para financiar sus campañas electorales. Así pues, en la medida en que continúe esta transferencia ilegal e ilegítima, los imprevistos del presupuesto de la nación y los gastos discrecionales del gobierno seguirán siendo uno de los más grandes obstáculos al esfuerzo que hacen los ciudadanos por combatir la corrupción de la “cosa nuestra” nicaragüense.

Recientemente visitó a nuestro país un grupo de asesores de organismos internacionales de Europa, uno de ellos me formuló una pregunta simple y lógica: “Si en Nicaragua hay una centralización extraordinaria del poder político en manos del presidente, entonces ¿por qué, en la práctica, no hay una acción igualmente centralizada, coordinada, eficaz contra la corrupción por parte del gobierno? ¿Por qué hay un grado tan alto de corrupción en las diferentes instituciones gubernamentales?”. La respuesta no es fácil, pues, en efecto, a una presidencia tan centralizadora como es la del presidente Alemán, debería emprender una lucha frontal contra la corrupción. La única explicación que no se haga, es no hay una voluntad política para hacerlo con el ánimo de proteger al círculo íntimo del poder oculto o la “cosa nuestra” nicaragüense; lo que da como resultado una combinación de elementos que caracterizan al actual gobierno liberal: centralismo y autoritarismo político por un lado, y corrupción galopante y de ineficacia en la gestión del aparato gubernamental por el otro.

La verdadera dimensión de la crisis política y de la falta de credibilidad del gobierno liberal se refleja en el plano moral. Se trata de una crisis profunda, y cuando a esa dimensión se le puede poner cifras -como es hoy el caso-, el resultado es sencillamente escalofriante. Si bien la corrupción no somos todos, los documentos muestran que son muchos. Las cifras de la corrupción gubernamental que día a día publican los medios de comunicación pueden ser un indicador exacto de la extensión e intensidad del fenómeno de corrupción establecida entre la clase política liberal y una amplia zona de la corrupción empresarial (robber barons). El círculo íntimo del poder oculto ha dado un trato privilegiado a un pequeño grupo de empresarios a los que se les ha permitido aprovechar al máximo

sus conexiones políticas y ventajas oligopólicas. Ha sido así como en nombre del mercado que no funciona, el gobierno liberal redistribuyó a favor de sus aliados los beneficios de la globalización. El peso económico de estos grupos económicos, y lo estratégico de su posición en la economía, los ha convertido en intocables e impermeables tanto a la “magia del mercado” como al control político.

Las labores de mediación que ejercen los miembros del poder oculto adquieren una importancia decisiva en la sociedad nicaragüense en la medida que las estructuras del Estado no han descubierto las formas de universalidad y la imparcialidad que deben de actuar de cara a la gestión administrativa, sino las del particularismo y el clientelismo. Los miembros de poder oculto asumen la gestión de estas junciones y se incorporan al papel de mediadores con el fin de ampliar sus fuentes de enriquecimiento inexplicable. La medida de respeto no depende sólo de lo amplias que sean las conexiones, sino de su importancia; los “hombres de respeto del poder oculto se sitúan, de esa manera, en el centro de las redes de relaciones sociales del poder político. Este sistema de transacciones hace que sean los propios altos funcionarios del Estado los que asumen funciones de protección y custodia y hagan de bisagra entre los distintos intereses de la clase dominante.

## **21. Iniquidad o desigualdad política**

En el sistema de gobierno democrático la mayoría ejerce el poder, sujeto, cuando así lo dispone la Constitución Política, a límites que vienen determinados, tanto por los derechos individuales como por la distribución de las funciones públicas que a cada poder del Estado se le atribuyen. Normalmente, el partido en el gobierno cuenta también, mediante coalición o no, con la mayoría simple parlamentaria, y por esa razón, le resulta innecesario negociar a fondo con la oposición para todas aquellas decisiones que no requieren de una mayoría calificada o especial, de dos tercios de los diputados. Por eso los gobiernos negocian paso a paso, acuerdo por acuerdo, evitando una negociación global.

Se entiende que el papel de la oposición consiste en generar el debate político, criticando la gestión gubernamental y cuestionando, bien sea a través de los medios de comunicación social, o a través de sus intervenciones parlamentarias, la conveniencia o la corrección de los actos del gobierno. Naturalmente que sería imposible pretender una convergencia total entre la coalición mayoritaria y la oposición, para resolver los principales asuntos parlamentarios que aguardan solución. Empero, es deseable que el debate político tenga altura y que los partidos allí representados sepan sacrificar intereses parciales ante la conveniencia nacional. Habrá ocasiones, sin embargo, en las que será imposible superar las diferencias, lo cual es parte del proceso democrático.

En el pacto Martínez-Jérez de 1856 encontramos claramente una coincidencia de dos hechos que, unidos, condicionan el desarrollo posterior de Nicaragua: por un lado, el fortalecimiento del poder nacional mediante su transformación en poder político presidencial y la sumisión, por voluntad o por la fuerza, de todos los elementos opuestos a ese pacto, o la conciliación de los intereses económicos en una política de privilegios, de estímulos y concesiones especiales a las élites. Por otro lado, una concepción de desarrollo convertida en política económica, en la que no sólo no se distingue entre los intereses extranjeros y nacionales, sino que se busca la colaboración de ambos para el engrandecimiento de la nación.

Sin duda, la Constitución de 1858 puede ser considerada en más de un sentido como un documento que no se aplicó; pero también fue desde un principio un formidable instrumento de poder. La presidencia se convirtió en un puesto dictatorial que guardaba poco respeto a las normas constitucionales. El uso caprichoso de las facultades se hizo tradicional, así como el desprecio por los poderes Legislativo y Judicial. La gente se agrupaban en torno de individuos y no de principios. Los ministros del Ejecutivo, los diputados al Congreso y los altos funcionarios del gobierno, a nadie tenían que dar cuenta de sus actos, salvo al pequeño grupo que los había llevado al poder. Hay muchos motivos para pensar que, de hecho, las cosas no han cambiado mucho.

El papel central que el Estado ha desempeñado en el desarrollo de Nicaragua, como a nadie puede escapar, corresponde en realidad al hecho de que el Poder Ejecutivo fue fortalecido en la Constitución de 1858, como único camino para que el Estado desempeñara tal papel. El Estado nicaragüense se constituyó sobre la base de una integración dirigida políticamente, llegando a abarcar la mayor parte de la población y adoptando los intereses de las élites dominantes como programa, modificable según las circunstancias y según la correlación de las fuerzas existentes, y como motivo inmediato de su acción. En el fondo, caudillismo y presidencialismo son dos fenómenos distintos. Se dan como dos etapas de un mismo proceso, pueden y de hecho así ocurre, coincidir en un determinado momento. Pero son categorías históricas radicalmente diferentes: el caudillo es una figura propia de las sociedades precapitalistas y el presidencialismo se impone mediante la lucha contra el caudillo. El proceso de destrucción del caudillismo comienza inmediatamente después de que el capitalismo se impuso como el principal modelo de acumulación, a nivel nacional. Sin embargo, el caudillismo, desaparecido como sistema nacional de gobierno, deja una cultura de las relaciones personales, de parentesco y los compadrazgos, que sobrevive en una estructura distinta y se mezcla, como estilo, cortesía o formas de conocimiento político, con las nuevas costumbres y agrupaciones sociales de una Nicaragua moderna y capitalista.

Influencia política es una relación entre unos actores en virtud de la cual uno de ellos conduce a los demás a actuar de manera distinta a como lo habrían hecho de no existir ella. En este sentido, influencia es sinónimo de iniquidad o desigualdad política. El hecho que de A conduzca a B a actuar de manera distinta a como lo habría hecho sin esta intervención demuestra que A es más poderoso que B. Nos encontramos aquí ante un

poder y una desigualdad política de hecho. Poco importa que en derecho B sea igual a A, lo esencial es que en la práctica esta igualdad no existe, ya que B se inclina ante A. Aquí, se establece la desigual política de hecho a pesar de la igualdad de derecho. La iniquidad política reviste formas muy variadas y ella reposa sobre diversos factores: la fuerza material, la posibilidad de infligir unas sanciones, la riqueza, el prestigio, el afecto, las normas y valores, etcétera. El poder político es aquella forma de dominación establecida por las normas, las creencias y los valores de la sociedad donde se ejerce. Su existencia reposa en el hecho de que todos los grupos sociales admiten explícitamente o no unos jefes, gobernantes o dirigentes a los cuales se les reconoce el derecho de dar órdenes a los restantes para impulsarles a hacer lo que de otro modo no harían.<sup>147</sup> Una relación es desigualitaria “de hecho” si una de las partes tiene más poder o influencia política que la otra. Una relación es desigualitaria de derecho”, si una de las partes dispone frente a la otra de un dominio legitimado de poder político por el sistema de valores colectivo.

Squier relata la vida política de Nicaragua, a mediados del siglo XIX, de la siguiente manera: “lo primero que hace el partido vencedor es no sólo abatir a su adversario, sino aniquilarlo, para lo cual no vacila en tomar las extremas medidas de confiscación, destierro y muerte. Mientras retenga el mando será absoluto, tiránico y despótico. Quienquiera que tenga opiniones o principios contrarios a los de la facción en el poder debe medir sus palabras o guardarse de poner en práctica nada; porque discrepar de los otros es poner en peligro su propiedad y vida”.<sup>148</sup> La desastrosa secuela de semejante situación no sólo se refleja en el sistema político, sino también en todos los sectores de la organización civil y social. La ley,... es despreciada y vilipendiada... la sociedad se convierte en un caos de elementos antagónicos en donde la fuerza avasalla al derecho...”.<sup>149</sup> Es decir, la iniquidad o desigualdad política entre gobierno y sociedad civil, entre gobierno y oposición, entre la élite gobernante y los ciudadanos de a pie ha sido una constante en la cultura política nicaragüense.

147. Maurice Duverger, **Sociología de la Política**, Ariel, Barcelona, España, 1975, p.172- 188.

148. Ephraim George Squier, **Nicaragua, sus gentes y paisajes**, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, Nicaragua, 1989, p.491.

149. Ibid., p.492.

La política es la actividad o el conjunto de actividades que de alguna manera tienen como término de referencia el Estado. El concepto de política entendida como forma de actividad o de praxis humana está estrechamente vinculado con el poder. El poder ha sido definido como consistente en los medios para obtener alguna ventaja o como el conjunto de medios que permiten conseguir efectos deseados. Siendo uno de estos medios el dominio sobre otros hombres (además del dominio sobre la naturaleza), el poder se define a veces como una relación entre dos sujetos de los cuales uno impone al otro su voluntad. El poder político pertenece a la categoría del poder de un hombre sobre otro. Esta relación de poder se expresa en muchas formas, en las que se reconocen fórmulas típicas del lenguaje político: como relación entre gobernantes y gobernados, entre soberano y súbditos, entre el Estado y los ciudadanos, entre orden y obediencia, etcétera. El poder político es sólo una de éstas.

La posibilidad de recurrir a la fuerza es el elemento distintivo del poder político respecto de las otras formas de poder, pero no quiere decir que el poder político se resuelva solamente en el uso de la fuerza: el uso de la fuerza es una condición necesaria pero no suficiente para existencia del poder político. No cualquier grupo social capaz de usar la fuerza ejerce un poder político. Lo que caracteriza al poder político es la exclusividad del uso de la fuerza legal respecto de todos los grupos que actúan en un determinado contexto social. Si el poder político es, debido al monopolio de la fuerza legal, el poder supremo en un determinado grupo social, los fines que se persiguen a través de la obra de los políticos no debieran ser fines de una determinada clase dominante. Esto quiere decir que no son fines establecidos para siempre, y mucho menos un fin que incluye a todos y que pueda ser considerado el fin último de la política: los fines de la política son tantos como tantas son las metas que un grupo social organizado se propone, según los tiempos y las circunstancias.

Uno de los problemas básicos del poder político es la responsabilidad. Y este asunto está, a su vez, enmarcado por otros dos elementos: la asimetría y la equidad. Es un hecho histórico evidente que son siempre unos pocos -los gobernantes- quienes toman las decisiones que afectan a los muchos -los gobernados-. Y es igualmente cierto que son principalmente los otros -los gobernados, los faltos de poder- los que experimentan las consecuencias de esas decisiones, especialmente cuando éstas significan sacrificios. Sabemos, por ejemplo, que raras veces el líder que declara la guerra vive directa y cotidianamente sus horrores. Es igualmente cierto

que quienes deciden cuáles han de ser los lincamientos de la política económica hacia los pobres no viven en la miseria y, por lo tanto, son ajenos a los efectos de sus políticas. Los ejemplos pueden multiplicarse hasta formar una cadena prácticamente interminable. Una de las grandes verdades de la política criolla es tan simple como brutal: unos son los que deciden, ordenan y se protegen, y otros son los que, indefensos, obedecen y padecen. La política no es, desde luego, únicamente iniquidad, pero en toda política hay iniquidad.

La política, según David Easton, es el proceso por medio del cual la autoridad determina, directa o indirectamente, cómo habrán de distribuirse los bienes y valores de que dispone una sociedad, y que siempre son escasos.<sup>150</sup> De manera inevitable, en esta distribución, la autoridad termina por ser juez y parte. Por más salvaguardas legales que se pongan, por más democráticos o equitativo sea un sistema de poder, en la distribución de recursos y oportunidades, aquellos que ocupan los cargos de autoridad tienden a anteponer sus intereses individuales o de grupo sobre el resto de la sociedad; en particular sobre los más débiles. El egoísmo del poder sale a flote. Es en el campo de la política tradicional nicaragüense donde adquiere mayor dimensión el conflicto entre el líder como representante del interés general y el líder en tanto individuo, con intereses particulares diferentes e incluso opuestos al interés general de la nación. Por ejemplo, si la política es, en esencia, el uso del poder de la autoridad para distribuir los recursos escasos de la sociedad, no hay duda de que en esta década de los noventa no ha sido la política de la solidaridad la que han aplicado los gobiernos neoliberales, sino es la política del enriquecimiento acelerado de unos pocos. De acuerdo a los datos oficiales, muestran un aumento constante de la desigualdad social por la vía de la concentración de la riqueza disponible; en contraste, el 80 por ciento de la población -los sectores populares- la vio disminuir. Es decir, aumentaron los ingresos de los que tenían más y disminuyeron los de aquellos que tenía menos.<sup>151</sup>

Desde siempre, el poder político y el económico han buscado ir juntos. En la Nicaragua de la década de los noventa, época del capitalismo

150. David Easton, **Esquema para el análisis político**, Ediciones Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 1969, p.79.

151. De acuerdo a una encuesta nacional, realizada a finales de febrero de 1999 por el Instituto de Estudios Nicaragüenses establece que "un 87.8 por ciento (de la población entrevistada) percibe que la diferencia entre ricos y pobres ha aumentado en Nicaragua". Para mayor información ver: Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op. Cit.**, p.14.



salvaje, dinero e influencia política han trabajado unidos. La democracia moderna está basada en el supuesto que, en sí mismo, no es evidente que: en cuanto ciudadanos, todos somos iguales y valemos lo mismo, independientemente de su posición económica, raza, sexo, religión, etcétera. En la práctica, este principio de igualdad política ha sido derrotado muchas veces por la desigualdad económica y social real. La pobreza es a la vez raíz y el resultado de la serie de fracasos que, como cuentas de un rosario, forman la herencia que han dejado los sucesivos grupos de la clase dominante que han gobernado Nicaragua, presentando el interés de quienes ejercen el poder como el interés general de la nación. El enorme poder del dinero ha hecho que el punto de vista e intereses de unos pocos se superpongan a los de los demás.

Actualmente existe un consenso acerca de la importancia de la gobernabilidad en el desarrollo de los países. La gobernabilidad es un concepto que hace énfasis sobre la calidad de la democracia y su capacidad para responder a las necesidades y aspiraciones de la población. El concepto de gobernabilidad está asociado con las ideas de eficacia y eficiencia de la gestión pública, legitimidad en la acción estatal, representatividad y participación ciudadana, control social y transparencias en las acciones públicas de los funcionarios junto al fortalecimiento respectivo de la sociedad civil. Es decir, la noción de gobernabilidad tiene que ver con el ejercicio de la autoridad política, económica y administrativa para gerenciar los asuntos de una nación y crear o estimular las herramientas del desarrollo humano y su debida y adecuada aplicación. El origen y la legitimidad del poder constituyen los elementos que hacen aceptable la acción de las autoridades y que permite convocar a la ciudadanía alrededor de metas y estrategias diseñadas para la superación de los problemas de la sociedad.

Es decir, la gobernabilidad es la capacidad de un gobierno para articular consensos y manejar disensos, para prever conflictos y enfrentarlos en el marco de la negociación y no de la represión. Es la posibilidad de llevar acuerdos generales basados en la coincidencia y no en la divergencia, que permitan la administración de los disensos cuya existencia es consustancial a la democracia. Sin embargo, el concepto de gobernabilidad es percibido por el gobierno de Alemán como la capacidad para generar instituciones fuertes y ejecutar políticas públicas que aseguren el orden y la tranquilidad social, sin importarle la manera de cómo resolver los conflictos sociales y políticos del país.

## **22. Clientelismo político y los "notables"**

El clientelismo político es un conjunto de relaciones duales caracterizadas cada una por la subordinación de un cliente a un patrono; esa subordinación tiene su fundamento en una situación de desigualdad socioeconómica y poder político entre dos sujetos sociales. Entre éstos tiene lugar una relación de intercambio, ya que el patrono posee ciertos recursos y garantiza que los usará para favorecer del cliente (o que no los usará en contra de él), que, a cambio, garantiza fidelidad al patrono, abstenerse de acciones que no agraden a éste, usar el voto en la dirección indicada por él, etcétera. El clientelismo político no favorece, desde luego, la participación política independiente de los ciudadanos. Con el clientelismo político los sectores populares quedan excluidos de una relación directa con el Estado o de las alcaldías, y su integración queda en manos, no de los instrumentos políticos y administrativos de la sociedad, sino de la gestión clientelar de los políticos "notables".

La relación clientelar es recíproca, pero no simétrica, puesto que se basa en una desigualdad esencial: unos mandan y otros obedecen. Además se trata de un relación de tipo totalizante, dado que los respectivos deberes de protección y fidelidad del patrono y el cliente no son específicos, o sea, relativos a algunas esferas del comportamiento individual, sino que tienden a impregnar todos sus aspectos. La cadena clientelar tiende a perdurar en el tiempo y esa estabilidad queda reforzada en relaciones de igualdad efímeras: por ejemplo, es el caso de la relación de compadrazgo. La relación de intercambio, por consiguiente, además de caracterizarse instrumentalmente como concesión recíproca de favores, tiene un componente afectivo que sirve para compensar la desigualdad socioeconómica entre los individuos involucrados.

Tradicionalmente se ha considerado que las relaciones clientelares son producto del atraso político y económico, lo cual es parcialmente cierto. Sin embargo, se ha descubierto la existencia de relaciones de clientela

que caracterizan el sistema político de países que no pueden considerarse atrasados ni desde el punto de vista político, ni desde el económico ni cultural. Una tesis más plausible es considerar el clientelismo político como una forma de asociación conveniente tanto para el elector como para el partido político. Lo es para el elector por dos motivos: en primer lugar, porque es el modo más fácil de comportamiento y al que se recurre de forma más espontánea; en segundo lugar, los electores están muy condicionados por los partidos que piden sus votos y, por tanto por sus posibles métodos de clientela.<sup>p</sup>

Por otro lado, el clientelismo político es, además, la forma de asociación<sup>011</sup> más sencilla y rentable desde el punto de vista del partido político. En realidad, el método clientelar es el que presenta menores costos económicos y mayores beneficios para los partidos: los recursos materiales son mucho más fáciles de manipular que las apelaciones a motivos inmateriales y simbólicos que constituyen la base sobre la cual se estructuran los partidos ideológicos, como el sandinismo. La ventaja de los partidos políticos tradicionales, de tipo clientelar, depende de la disponibilidad de los recursos materiales que tengan. Por eso los partidos clientelares cuando están en el poder y tienen acceso al uso indiscriminado de los recursos del Estado, tienen una ventaja electoral sobre los partidos de oposición y/o ideológicos. El clientelismo político se desarrolló en la medida en que se convirtió en parte importante del sistema de grupos del poder real que influye y condiciona la vida política nacional, especialmente a través del sistema de elecciones, de nombramientos de diputados y ministros de gobierno.

Desde la independencia, la vida política nacional adoptó la forma de una competencia clientelar por el poder político. De hecho, asociarse a una clientela (conservadora o liberal) era el único medio disponible para protegerse de las consecuencias de un ejercicio abusivo y discriminatorio del poder político. Generalmente, la victoria de uno de los dos partidos tradicionales implicaba la exclusión de los funcionarios que pertenecían al otro cuando uno llegaba al gobierno. Era una especie de “spoils system” que, evidentemente, no ha favorecido la formación de una burocracia<sup>profesional</sup>, Permanente e imparcial. Al contrario, la posibilidad de hacer carrera en la administración pública consistía y consiste en unirse a una facción o a un partido político y en hacer prevalecer las obligaciones derivadas de la solidaridad de facción sobre los deberes de imparcialidad derivados del puesto.

La primera de las consecuencias del clientelismo político ha sido el crecimiento y ampliación de las esferas de influencias de los políticos "notables" en el acontecer político nacional. El incremento de la influencia de los "notables" en la vida económica, también, crece gracias a las oportunidades de enriquecimiento inexplicable que el Estado ofrece a sus clientes. Una segunda consecuencia importante es la posibilidad de entrada de los "notables" en la vida política como protagonistas activos y no sólo como simple intermediarios. La astucia y el uso de la ley con fines parciales, por parte de los políticos "notables", permitió sustituir, en buena parte y poco a poco, a la violencia como el medio más importante para ejercer el poder político en Nicaragua. La violencia, para los políticos "notables", se ha ido convirtiendo en una arma a la que se recurre sólo como "último recurso".

Normalmente, el clientelismo político florece en aquellas realidades sociales que están a caballo entre la tradición y la modernidad, en que por una parte el modo capitalista de producir y por la otra la organización política moderna han penetrado en la sociedad, pero no han logrado, sin embargo, trastocar las relaciones sociales tradicionales y el sistema político preexistente. A pesar de que el impacto del mundo moderno atacó la red de vinculaciones clientelares y a pesar de que las relaciones de dependencia personal se abolieron desde comienzos del siglo XIX, han logrado sobrevivir y adaptarse, tanto frente a la tercera ola democratizadora como frente a las necesidades de cambiar las estructuras de la sociedad política nicaragüense, como consecuencia de la globalización económica. Un ejemplo de cómo un elemento de la realidad política que ha logrado sobrevivir son los partidos políticos de "notables", encabezados, por señores premodernos que mantienen una red de relaciones políticas clientelares que se han transformado en estructuras de acceso y contacto con el sistema político. Los políticos "notables" constituyen una red de relaciones duales que se basan en lazos de parentesco, clientelismo o amistad y tienden a presentarse como hombres humildes, comedidos, sin dotes especiales, aparte de ser la encarnación del buen padre de familia y respetuoso de las leyes.

El político "notable" es una persona que detenta un particular poder político y económico, y por lo tanto importante e influyente en la vida nacional y en la actividad de un grupo social o político. Se trata de personas que poseen esta influencia y este poder no tanto por personales e intrínsecas cualidades morales e intelectuales sino por su sólida base eco-

nómico-social reforzada políticamente en apoyos interesados y clientelares. De ese modo la selección de la clase política a través del clientelismo verifica no tanto sobre el criterio de las capacidades específicamente políticas sino sobre el de las capacidades de patronazgo.

El político “notable”, es el que tiene reservado de hecho o de derecho una relación privilegiada con el poder político, funge como elemento de empalme entre éste y la sociedad civil y entre el poder político y sus propios clientes a los que les sigue dando protección y ayuda en las relaciones con un poder autoritario, siempre distante y hostil, a cambio, de buscar consensos electorales. Este partido de “notables”, es el partido clásico de los partidos tradicionales que existen en Nicaragua (conservadores y liberales), es un partido que impone sus líneas políticas “desde lo alto” sin el apoyo de un proceso de movilización político-social de sus bases. El partido de “notables”, se basa en un clientelismo político formado por una red de fidelidades personales que pasa tanto a través de un uso personal por parte de los políticos tradicionales de los recursos estatales como, partiendo de éstos, para su relación con la sociedad civil. Es decir, ejercen una forma de mediación entre las exigencias formales de la sociedad política nacional y las demandas de sus clientes políticos. Generalmente, los políticos “notables” tienden a resistir a los cambios sociales pero, cuando éstos parecen inevitables, su comportamiento es de aprovecharlos para sus fines.

En la década de los noventa, se están produciendo una transformación importante que ha permitido el paso del clientelismo basado en los “políticos notables” al clientelismo de masas. Este nuevo clientelismo se caracteriza por sus aspectos horizontales y burocráticos. El carácter horizontal de las nuevas clientelas políticas procede de su estructura, que ya no surge en tomo de los políticos notables locales, sino de las asociaciones secundarias que giran en la órbita de los partidos políticos tradicionales. El partido tradicional se apropia de esas asociaciones, transformándolas en centros reclutamientos electoral y partidista. El aspecto burocrático del nuevo clientelismo político consiste, en la sustitución de los políticos notables locales por los burócratas del partido en los cargos públicos. De ese modo, la distribución de favores, que antes se hacía con arreglo a relaciones personales y directas, ahora se realiza predominantemente por medio de la organización del partido.

La transformación del clientelismo ha significado, entre otras cosas, la tendencia a sustituir la relación de tipo afectiva entre patrono y cliente,

por una relación instrumental de cambio. Se modifica también la naturaleza de los favores políticos. El reparto masivo de los favores se efectúa de programas de desarrollo económico-social promovidos por el Estado, con el apoyo de la cooperación internacional. Lo que hace que las intervenciones tenga carácter de favor político, es porque se producen, siempre o casi siempre mediante el interés de un político por favorecer un área, la población o la clase interesada. Esto pone a disposición del partido en el poder una enorme cantidad de recursos que debe distribuir en la periferia y a través de los cuales puede ejercer control social. De ese modo, en los partidos tradicionales y asociaciones secundarias se vuelven a constituir relaciones duales de tipo vertical entre clientes políticos y políticos tradicionales. El clientelismo de masas y los partidos entran en competencia con las estructuras tradicionales de mediación social, porque tienden a absorber la totalidad de las funciones de mediación política. Su articulación no tiene un carácter ideológico sino pragmático, y acoge a individuos diferentes organizados por un gestor y una dirección que se encargan de repartir los bienes entre los clientes políticos.

Para que se pueda ir haciendo, poco a poco, desaparecer el fenómeno del clientelismo político en nuestro país son necesarias tres condiciones: a) una reforma de la burocracia en el sentido legal y racional; b) que esa reforma esté promovida y sostenida por un bloque de fuerzas sociales capaces de contrarrestar las inclinaciones de los políticos tradicionales a usar parcial y arbitrariamente la administración; c) que la reforma de la burocracia esté terminada cuando empiece una movilización política de las masas de cara a una campaña electoral.

## 23. Violencia gubernamental

Un gobierno que sólo gobierna para grupo dedicado a acumular riqueza inexplicable, genera violencia. Una oposición controlada por quienes sólo aspiran a “darle vuelta a la tortilla” a esa situación para pasar a gobernar ellos, genera violencia. Una sociedad que hace sólo diez años estaba desgarrada por la guerra civil, tiene a una buena parte de su población marcada por la violencia. Una cultura política basada en la impunidad de los poderosos y en la impunidad que garantizan a “los suyos”, genera violencia. La violencia de estos días hunde sus raíces más profundas en una historia de injusticia social, en las desigualdades crecientes, en la extrema iniquidad que siguió a la extrema violencia de los años ochenta y en la insolidaridad que caracteriza nuestro sistema política y económico.

En términos generales, el poder político siempre se basa en parte en la violencia y en parte en el consenso; el consenso, por su lado, se basa en parte en la consecución de intereses particulares más o menos tangibles, en parte en la creencia de determinados valores y en parte también en actitudes afectivas. Por otra parte, no se puede establecer anticipadamente cuál es el peso relativo de la violencia como fundamento del poder político de un gobierno determinado. Pueden haber gobiernos en que la violencia tenga un peso limitado y decididamente de segundo plano y gobiernos en que ésta adquiera una incidencia determinante aun como fundamento principal del poder. En este caso la violencia tiene la función de inhibir a la oposición potencial contra la transformación de la sociedad. Es decir, la violencia gubernamental tratan contener el cambio, doblegar la protesta social, debilitar a los adversarios políticos y/o la salvaguarda del “status quo”.

Si la violencia gubernamental no es el camino para resolver los problemas de sociedad, ¿cuál es? Nadie, en completa honestidad, puede sugerir que sea el camino de las instituciones y el liderazgo político vigente la solución de los principales problemas de Nicaragua. Hoy, la presiden-

Cía y la mayoría de los líderes políticos no funcionan, y de acuerdo a las encuestas de opinión son más motivo de deslegitimidad que de legiti-

ad La Asamblea Nacional es el ejemplo máximo de la inutilidad política absoluta y total, pues la mayoría de sus integrantes liberales no representan a nadie mas que a sí mismos y únicamente responden ante los deseos del presidente, cuya voluntad política es, en realidad, la única razón de ser de esos diputados. El poder judicial ni es poder independiente ni está dedicado a la impartición de justicia, sino todo lo contrario;<sup>152</sup> quien en Nicaragua busca justicia ante un tribunal y la encuentra, es más por accidente que por cualquier otra razón. La descomposición de todo un sistema de poder cuya viabilidad está en duda bien podría desembocar en un retroceso general.<sup>153</sup>

En tales circunstancias -conocidas de todos, gobernantes y gobernados, y desde hace mucho tiempo-, ¿cómo se podría dar respuesta clara y creíble a la pregunta sobre el camino a seguir para resolver la crisis sustantiva en que vive la mayoría de la población? Hay que imaginar y poner rápido en marcha algo nuevo: hay que acabar -aunque sea por conveniencia y no por convicción- con el sistema político autoritario vigente (viejo, ilegal e ilegítimo), no sólo por ser socialmente injusto en extremo, sino por obsoleto y disfuncional, y sustituirlo por uno moderno efectivamente representativo, donde los hoy marginados del poder tengan voz y voto efectivos. En suma, hay que hacer lo que se ha anunciado mil veces en el discurso del poder, pero mil veces se ha negado en la práctica: implantar el Estado de derecho, democrático y justo.

Mientras la sociedad nicaragüense ha crecido y modificado su naturaleza, la cultura política del poder de utilizar la violencia gubernamental para tratar de resolver problemas sociales ha permanecido sin cambio. Es por ello que tanto las instituciones como el equipo que las dirige han sido rebasados por las circunstancias que rodean a la actual crisis de legitimidad. El resultado ha sido una creciente disfuncionalidad del proceso político, lo cual es el problema político de fondo que enfrenta la Nicaragua<sup>\* 88</sup>

152. Jif, @'^@f nacional realizada en febrero de 1999, establece que un 83.7 por ciento (de la población entrevistada) piensa que la administración de justicia no les sirven para nada. Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op. Cit.**, p.15.

153. misma encuesta revela una "alta valoración en la opinión pública de que las instituciones de la Asamblea Nacional (88.9%), la Suprema Corte (86.3%), la Presidencia de la República (89%), etcétera. Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op. Cit.**, p.15



pobre y premoderna; pero los intereses creados, de entonces, de hoy y de siempre, se niegan a darle una solución de fondo. La cuerda se puede reventar por lo más delgado. El cambio político es un hecho, pero se trata de un cambio errático, que no genera entusiasmo ni confianza frente al futuro que debería ser. Mientras el poder autoritario nicaragüense se resiste a ceder espacios políticos que legítimamente le corresponde a la sociedad civil, conflictos innecesarios con los estudiantes universitarios y transportistas restan energías al país para resolver sus dramáticos problemas económicos y sociales,<sup>154</sup> volverán a surgir si el gobierno no resuelve definitivamente el seis por ciento constitucional para las universidades u otro problema social no resuelto. Uno de cada diez nicaragüense esta dispuesto a tomar las armas frente a la violencia gubernamental. La mayoría de ellos son varones y residentes en Managua. La disposición a tomar las armas es mayor entre los que consideran que su situación familiar está peor en comparación a los años anteriores.<sup>155</sup> Por otro lado, hay un porcentaje relevante de 14.7 por ciento que apoyaría, sin participar, la violencia social.<sup>156</sup> Sin embargo, los datos nos indican que hay un fuerte consenso político en la población hacia el establecimiento de soluciones que eviten la violencia social.

El proceso político, es decir, la forma en que la élite alemanista -cerrada como pocas- ha ejercido su poder ha sido no democrática. La forma alemanista de gobernar se puede calificar no sólo de autoritaria sino, además, de prepotente. Y esa prepotencia que es particularmente visible en su trato con aquellos que le negaron su voto en las urnas. El grupo alemanista, heredero directo de la cultura y las formas autoritarias de la dictadura somocista, no ha podido asumir con credibilidad el poder democrático que Violeta Chamorro le legó. Un gobierno sin credibilidad, no ha impedido a los tecnócratas neoliberales a usufructuar del poder y tratar de consolidarlo aprovechando los últimos momentos del anticomunismo internacional y del antisandinismo local. Por la vía de los hechos, y presentando a Daniel Ortega como el abanderado de una iz-

154. I principal de hallazgo de la encuesta mencionada es que un 89.4 por ciento de la población está en pobreza, que un 64.1 por ciento en pobreza extrema y un 33.9 por ciento viven en la Indigencia. Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op. Cit.**, p.14.

155. Para mayor información ver: Xiomara Chamorro **Un**<sup>80</sup> **encia totalmente**, suplemento del diario La Prensa, Edición N°21639, jueves 6 de

**156.** instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op. Cit.**, p.40.

So f, <sup>extemp</sup>o<sup>ra</sup>nea p<sup>Λ</sup>o aún peligrosa, el alemanismo ha ac-  
ado frente a la sociedad nicaragüense y al mundo como si no hubiera  
mas camino que el suyo, ha compartido pequeñas parcelas de poder con la  
Iglesia Católica y pequeños partidos subordinados que aceptan no cuestio-  
nar su legitimidad ni su proyecto de reforma económica; una reforma que,  
en la practica, permitió a unos pocos ganar mucho y rápido, mientras al  
gran resto lo puso en la lista de espera.

Si <sup>co7</sup> <sup>sefia16</sup> Max Weber, » la ética política es la ética de la res-  
ponsabdidau entonces resulta que en Nicaragua algo ha fallado, pues la  
característica del ejercicio del poder por parte de los políticos tradicionales  
en nuestro país ha sido la opuesta: la de la irresponsabilidad. Ante la  
reticencia -¿irresponsabilidad?- mostrada por los líderes gubemamenta- les  
a buscar la verdadera solución de los principales problemas mediante  
snH H H <sup>P</sup> rOCeSO democrático> es indispensable que una vez más la sociedad  
civil en su sentido más amplio vuelva a tomar un papel  
demnrrá^t<sup>rCoi</sup> V ^ <sup>P</sup>olítCo qUe ímPlica la actual transición

ocratica, ha sido incompleto, particularmente tenso, lento, frustrante,  
lleno de contradicciones y ambigüedades. En Nicaragua, no habrá  
modernización económica efectiva sin modernización política, y no habrá  
modernización política si se sigue excluyendo a una parte importante del

nafes deh <sup>Λ</sup> CXÍSten en el país, Los Poicos tradicio  
nal?? <sup>de S</sup>, ?<sup>r</sup> que ya no es tiempo de resistirse al cambio, es tiempo de encauzarlo  
hacia una democracia plena.

El punto débil del sistema de poder en Nicaragua reside en que el po er  
es, justamente, un baluarte de la no democracia. Esto es el actual sistema  
político dominante, lo sabemos todos o casi todos. Antes de 1979

antic <sup>TMní</sup> an teríOr, a la desaparición de la URSS, el autoritarismo'  
anticomumsta y la violencia gubernamental tenían, en la práctica, un valor  
superior a la democracia. La violencia ejercida por el gobierno somocista, de  
acuerdo con determinadas modalidades y dentro de ciertos imites, no era  
simplemente una pretensión del mismo gobernante sino que correspondía  
también a una creencia compartida por lo menos por una parte de los  
gobernados. Actualmente, en el mundo globalizado y posanticomunista, eso  
ya no es más el caso. Si el gobierno liberal quiere seguir manejando el  
anticomunismo para justificar su autoritarismo y la violencia gubernamental,  
ha sido por que le fallaron sus bases políticas y

<sup>152</sup>. Méxtaá^Dñ'MéxfccL^997. <sup>teStante V\*</sup>

“<•”—,\* “.donesCoyacán,

le quita, también, legitimidad. La tendencia de los gobiernos atóntanos es transformar la violencia gubernamental en el fundamento exclusivo y o el fundamento principal de su poder político. Sin embargo, aun en sociedades dirigidas del modo más tiránico posible, los gobernantes no pueden prescindir del consenso, por lo menos de los miembros del aparato especializado en el empleo de la violencia.

La sociedad nicaragüense, tan heterogénea y tan dividida políticamente no tiene una reacción clara frente al autoritarismo y la violencia gubernamental. Por un lado están los sectores indiferentes y distantes; por otro están los intereses creados, esos que en nombre de la razón del Estado y de la esencia del poder político -el monopolio de la violencia- piden que la sociedad civil permanezca pasiva frente a las arbitrariedades del gobierno. Actualmente, lejos de modificarse la estrategia del autoritarismo se ha buscado refugio en la inercia y en el azar de los acontecimientos políticos. Los indiferentes y distantes, unidos a los oportunistas y conservadores, a los faltos de imaginación, hacen muy difícil la acción de aquellos que buscan desarmar y superar el autoritarismo presidencial y a violencia gubernamental. Corrientes y contracorrientes agitan violentamente las aguas del autoritarismo haciendo que la barca de la política vaya a la deriva. La suerte de sus tripulantes -los ciudadanos- no importa a nadie.

El empleo de la violencia gubernamental para imponer la autoridad presidencial frente a las protestas social (estudiantes, transportistas médicos, maestros, etcétera), ha sido el camino del sistema político tradicional para evitar que se le deshagan entre las manos las instituciones - especialmente la presidencial- y que se ponga en nesgo los intereses creados a la sombra de un poder corrupto y sin contrapesos. En Nicaragua, se ha recurrido frecuentemente al uso de la violencia gubernamental para encubrir debilidades, errores, corrupción y abusos de la dirigencia política nacional. La violencia gubernamental, en un sistema político como el nicaragüense, con una profunda falla democrática de origen, no es una solución real, sino una posposición que complica la solución real y da aún más la ilegitimidad histórica de la cultura política tradicional. Weber definió la esencia del Estado moderno como el monopolio de la violencia legítima,<sup>158</sup> pero que si bien el **Estado** nicaragüense dispone de capacidad para ejercer la violencia carece de legitimidad para ejercerla a fon o.

158. Max Weber, **Economía y Sociedad**, Fondo de Cultura Económica, México DF, México CO, 1964.

## 24. Una sociedad dominada por el pasado <sup>159</sup>

La democracia significa la falta de unanimidad y la inexistencia de mayorías abrumadoras -aunque existan unos partidos más fuertes que otros- y que a veces ganen unos y otras veces otros. De eso se trata el juego, lo que garantiza que todos los participantes tengan perspectivas de futuro para imaginar que pueden mejorar su posición en la siguiente elección, para lo cual deberán jugar sus mejores cartas en la oposición, de manera que puedan aparecer a los ojos de los electores como una opción viable de relevo. Muchos de los más graves problemas que hoy nos aquejan derivan del hecho de que la actual democracia nicaragüense, no es más que una delgada capa que cubre la cultura centenaria de autoritarismo político que ha marcado el acontecer político nacional a lo largo de su historia. Se trata de una democracia inmensamente fresca, joven, nueva y frágil, y los políticos tradicionales la han aceptado con una presteza sorprendente, sin haber cambiado ellos mismos en ningún sentido esencial.

El actuar de los políticos tradicionales ha evolucionado a lo largo de decenas de años y forma parte de una cultura política que gradualmente y de maneras muy diversas, han esculpido nuestros hábitos de pensamiento, nuestras relaciones con nuestros adversarios, nuestros modelos de comportamiento, y los valores que aceptamos y reconocemos. En esencia, esta nueva epidermis de democracia simplemente cubre y oculta la cultura y actitudes políticas históricamente determinadas que en cierto sentido yacen debajo de ella. Al mismo tiempo que la sociedad nicaragüense como un todo acepta de manera creciente el nuevo concepto de gobernabilidad democrática, otro proceso contradictorio tiene lugar: las viejas tradiciones políticas están reviviendo; y nuevos actores sociales ligados a la sociedad civil despiertan a la búsqueda de nuevos espacios

159. Oscar-René Vargas, **La transición y la democracia**, publicado en el periódico «El Nuevo Diario», Año XVII, Edición

para existir y luchan por descubrir lo que les es propio y lo que las hace diferentes de los “profesionales de la política”.

La experiencia histórica demuestra que la democracia nunca ha sido la panacea capaz de resolver todos los problemas. Y en cualquier caso debemos garantizar que la democracia tiene que ser la forma plural y difícil de abordar, discutir y aplicar medidas para resolver los principales problemas nacionales. La democracia solamente se puede arraigar en Nicaragua si comenzamos a vernos como una sociedad pluricultural y multipartidaria, cuya consolidación yace no en minar la ideología de los diferentes partidos sino en permitirles mayores espacios identificados con la democracia misma. Esto sólo será posible, incluso concebible, si todos aceptamos un código democrático básico de coexistencia, una especie de un mínimo común que todos compartamos y que nos permita seguir viviendo lado a lado. Dicho código democrático, sin embargo, no podrá ni siquiera tomarse en cuenta si resulta ser el producto de unos cuantos partidos o alianza de partidos que en seguida lo quieren imponer a los demás. El código básico de la democracia nicaragüense deberá ser la expresión de un deseo auténtico compartido por todos sin exclusión de nadie. Solo así consolidaremos la gobernabilidad democrática en Nicaragua.

En el sistema de gobierno democrático la mayoría ejerce el poder político, sujeto, cuando así lo dispone la Constitución Política, a límites que vienen determinados, tanto por los derechos individuales como por la distribución de las funciones públicas que a cada poder del Estado se le atribuyen. Actualmente, el partido en el gobierno cuenta también, mediante coalición, con la mayoría simple parlamentaria, y por esa razón, le resulta innecesario negociar a fondo con el sandinismo para todas aquellas decisiones que no requieren de una mayoría calificada o especial, de los tercios de los diputados. Por eso el gobierno puede negociar paso a paso, acuerdo por acuerdo, evitando una negociación global.

La ineficiencia de una política gubernamental que desecha el diálogo y la negociación, optando por una estrategia de desarticulación y represión de las bases de la oposición nos llevará consecuentemente al fracaso. Lo recomendable e importante es hacer a un lado las posiciones irreductibles, evitar el choque de las intolerancias y buscar una salida que de entrada garantice la paz social y la estabilidad política. Es la hora de la negociación y del rechazo a la intolerancia. Hay que hacer del diálogo abierto, sereno y permanente el medio para dirimir nuestras diferencias y para

fortalecer lo que une e identifica a la nación. La estrategia debiera ser la negociación con la oposición antes que agudización de la crisis política.

En el debate sobre la consolidación democrática en nuestro país debe analizarse la temática del disenso y su administración y la del consenso y su reproducción. Es decir, la relación entre mayoría y minoría durante los próximos años, independientemente de cuál sea el partido que este en el poder y en la oposición. Históricamente, en la relación mayoría-minoría se han presentado ciertos problemas. Los presidentes quieren imponer, en su relación con la oposición, la regla que plantea que la mayoría tiene preeminencia sobre la minoría, por lo tanto la política del gobierno no debe ser sujeto de negociación.

Pero, no debe olvidarse que el consenso no es lo mismo que la unanimidad de la mayoría. La búsqueda del consenso, por parte de la mayoría, es un proceso de ingeniería política que requiere que todos los participantes de una decisión coincidan en aceptar una solución determinada, aunque algunos sigan pensando de una manera distinta al acuerdo alcanza o. Lo importante es el compromiso asumido con decisión acordada, aunque no satisfaga a todos los actores. No se pretende que todos piensen igual.

El consenso es un mecanismo político de estabilidad para alcanzar cierta gobernabilidad democrática. El consenso es necesario en épocas específicas y para determinadas decisiones de extraordinaria importancia, como el caso de la propiedad y en la formulación de las políticas económicas y sociales. Para asegurar la futura gobernabilidad democrática es necesario asegurar que los principales actores políticos logren alcanzar consensos mínimos de carácter estratégicos y tácticos, para lo cual es necesario que la concertación sea un mecanismo importante en el quehacer político nacional.

Sin embargo, la búsqueda del consenso no implica que deban esconderse o negarse las diferencias existentes entre las distintas fuerzas políticas representadas en la Asamblea Nacional. Es importante que exista una oposición consistente, y que ésta entienda lo que significa ser oposición utilice los espacios políticos y juegue en el marco de la institucionalidad democrática. Debe superarse la etapa de la crítica dura para pasar a ser una crítica propositiva, contribuyendo a enriquecer el debate y a servir e

escuela cívica a la población. La oposición deberá apoyar lo bueno y criticar lo que debe ser criticado. Por su parte, el gobierno está obligado a tomar en cuenta a la oposición y olvidarse de la unanimidad de la mayoría. El proceso democrático necesita de una oposición fuerte y coherente; y la oposición tiene la necesidad política, de cara a sus electores, de diferenciarse del gobierno. La oposición tiene que ganarse la credibilidad ante la población, esa credibilidad no sólo es un problema de retórica discursiva, sino de práctica política.

La práctica política lleva a la oposición a ser seria y responsable. Para alcanzar responsabilidad y seriedad necesita conformar un gabinete en la sombra que le permita, darle seguimiento a la gestión del gobierno, criticar con credibilidad y conocimiento, y proponer puntos alternativos en beneficio del país y de los sectores empobrecidos. Pensando en el futuro, es preciso dar el salto de la unanimidad de la mayoría que propone el gobierno a la gobernabilidad democrática con consenso que quiere la minoría. Al analizar el fortalecimiento democrático, desde la perspectiva del desarrollo humano sostenible, emergen una serie de desafíos sobre los cuales es preciso reflexionar:

El desafío de colocar el tema de la gobernabilidad democrática como punto central de la agenda política nacional, con la intención de aumentar la capacidad del Estado para procesar las demandas sociales y fortalecer, al mismo tiempo, su poder de convocatoria frente a la sociedad civil. El gobierno tiene que mejorar sus posibilidades de mantener vigente la cohesión social necesaria para impedir una crisis política y social que pueda desembocar en un estado de inestabilidad general o en una situación de ruptura democrática e involución a la viejas formas autoritarias de poder.

El desafío de crear un nuevo liderazgo nacional, ayudando a sustituir los actores del autoritarismo por actores favorables a la democracia. Es decir, favorecer una cultura política de nuevo tipo de tolerancia y el respeto absoluto a las ideas de los oponentes sean sus pilares fundamentales.

El desafío de impulsar la discusión de una agenda nacional de desarrollo, que consista en analizar el conjunto de viejos y actuales problemas, con la participación de los viejos y nuevos actores, y proponer alternativas que contenga los retos que plantea el proceso de globalización; pero sobre todo, buscar soluciones imaginativas a los graves problemas que confronta la sociedad en su conjunto.

El desafío de combatir la corrupción de los altos funcionarios del gobierno,<sup>161</sup> buscando un cambio de mentalidad en los funcionarios; lo cual significaría que el dinero que ahora pasa a manos privadas ilícitamente pueda invertirse en la lucha contra la pobreza. La gran mayoría de los nicaragüenses, el 88.1 por ciento, afirman que la corrupción les afecta.

El desafío de favorecer la consolidación de un poder municipal autónomo y participativo. La democracia municipal es un factor clave en la consolidación de la democracia a nivel nacional. No puede existir la una sin la otra, la primera estimula y condiciona a la segunda.

El desafío de impulsar la consolidación y perfeccionamiento de un Estado de Derecho, lo que significa erradicación de la impunidad y, por lo mismo, el reforzamiento de los controles ciudadanos y la supervisión ciudadana sobre el funcionamiento del aparato gubernamental y de la conducta de los funcionarios públicos.

El desafío de hacer al Poder Judicial más ágil, menos corrupto y más justo. Las encuestas de opinión demuestran que el 59 por ciento de la población tienen una percepción negativa del Sistema Judicial.

El desafío de cambiar la percepción de la mayoría de los nicaragüenses de que las instituciones del Estado (Asamblea Nacional, Presidencia de la República, partidos políticos, etcétera) no les sirven para nada tal como están o le sirven poco.

El desafío de consolidar las relaciones cívico-militares para garantizar los niveles de subordinación castrense ante el poder civil y el pleno respeto a los derechos humanos. La reconversión democrática de los militares supone también la redefinición del papel de los militares como encargados principales de la defensa exterior y de la soberanía nacional. Todo lo

161. El 52 por ciento de la población consideran al presidente Amoldo Alemán como poco o nada honesto. Por lo tanto creen que debe de rendir cuentas sobre el aumento de su patrimonio familiar. Un 31 por ciento señala al gobierno Alemán como más corrupto de la historia de Nicaragua y el 51 por ciento de los nicaragüenses señala que el gobierno liberal "está robando fondos que recauda a través de impuestos y otras fuentes de ingresos". Para mayor información ver: Eduardo Manó, **El SZ/o opina: Presidente es poco o nada honesto**, suplemento del diario La Prensa, Edición N°21639, jueves 6 de mayo de 1999, p.4 del suplemento.

162. En abril de 1999, uno de cada tres nicaragüenses opinó que el sistema judicial estaba menos ágil, menos justo y más corrupto en comparación a octubre de 1998. **Manó ven M Panto», 1^/- ágil y más corrupto**, suplemento del diario La Prensa, Edición N°21639, jueves 6 de mayo de 1999, p.6 del suplemento.



relacionado con el orden interno debe ser trabajo policial bajo control y dirección de civiles. De esta forma, la reconversión militar y la profesionalización del aparato policial tiene que traducirse en mejores niveles de seguridad ciudadana.

En Nicaragua el pasado ocupa en la imaginación de los gobernantes un espacio mayor que el futuro. Hay que situar al pasado en su lugar adecuado. Una sociedad en crisis, es una sociedad dominada por el pasado. En el pensamiento político de los profesionales de la política el pasado siempre adopta un valor desproporcionado, lo cual bloquea la imaginación. Una característica de una sociedad en crisis es que en ella no se puede ver el futuro. Nicaragua vive con un 60 por ciento de su población completamente pesimista respecto al rumbo que el país y su esperanza en el futuro marca una tendencia decreciente. El 84 por ciento de la población piensa que el desempleo, corrupción, la inseguridad ciudadana y el alto costo de la vida son las principales preocupaciones de una sociedad que no confía en las instituciones ni en el actual liderazgo político. Es decir, en la sociedad nicaragüense el futuro no existe como tiempo promisorio. De acuerdo a las encuestas de opinión, la gente tiende a ver el futuro como un tiempo más negro que el pasado.<sup>163</sup> Esa falta de perspectiva es mucho más dañina, mucho más peligrosa que los problemas económicos y políticos.<sup>164</sup> El gobierno y la oposición, los profesionales de la política, tienen que ayudar a establecer un equilibrio adecuado entre pasado y el futuro de la nación nicaragüense.<sup>165</sup>

163. Un 60 por ciento de las personas muestran pesimismo con respecto al futuro de la nación, en particular en las áreas urbanas del país y entre las personas con mayor nivel académico. Para mayor información ver: Gabriela Villa George, **60 por ciento pesimista sobre el futuro del país**, suplemento del diario La Prensa, Edición N°21639, jueves 6 de mayo de 1999, p.8 del suplemento.

164. Sin embargo, el 55 por ciento de la población dice no tener partido político y el 49 por ciento de la población considera que la situación económica familiar ha empeorado con relación a 1998. Para mayor información ver: Xiomara Chamorro, **Liberales y Sandinistas se desploman**, suplemento del diario La Prensa, Edición N°21639 jueves 6 de mayo de 1999, p.3 del suplemento.

165. Oscar-René Vargas, **Gobernabilidad y Democracia**, publicado en el periódico "El Nuevo Diario" Año XVIII, Edición N°6123, Managua, Nicaragua, lunes 1 de septiembre de 1997, p.6.

## 25. Falta de un Proyecto Nacional

En política, como en casi cualquier actividad, es esencial tener amplitud de miras, anticiparse a lo que vendrá, prever el futuro.<sup>166</sup> Los actores políticos, sociales y económicos buscan maximizar la posibilidad de lograr sus propósitos. Pero los propósitos no son siempre los mismos y los intereses de un actor suelen estar en conflicto con los de otro. En esa actividad que llamamos política hay una agenda nacional que bien podría definirse como el conjunto de problemas que debieran ser resueltos para que la gobernabilidad democrática no sufra tropiezos y quebrantos continuos. No parece una tarea demasiado complicada ponerse de acuerdo en la lista de asuntos pendientes que debieran ser abordados de manera más o menos urgente en estos momentos. De hecho, entre los actores hay consenso sobre cuáles son esos problemas que deben ser abordados y tener una solución inmediata.

Hace falta un Proyecto Nacional de Desarrollo para avanzar en el desarrollo económico y social de Nicaragua, dentro de un marco de tolerancia y consenso que consolide el sistema democrático del país.<sup>167</sup> El eje central del actuar político de los “profesionales de la política” es la improvisación y el resolver los problema día a día, lo que influye que las alianzas se establezcan coyunturalmente y no por un tiempo definido de

166. Un pronóstico político no posee la exactitud del plano de una construcción; es una hipótesis de trabajo. Mientras se orienta la lucha en tal o cual dirección, es necesario seguir atentamente los cambios de los elementos objetivos y subjetivos del proceso político para enderezar el rumbo táctico según corresponda. Si bien la verdadera marcha del proceso político jamás corresponde plenamente con el pronóstico, eso no nos exime de la necesidad de hacer pronósticos políticos.

167. En febrero de 1999, el 93 por ciento de los nicaragüenses (el 83.7 por ciento en septiembre de 1998) opinaban que para solucionar los problemas de Nicaragua es necesario un acuerdo nacional entre todos los sectores y todos los territorios. Para mayor información ver: Instituto de Estudios Nicaragüenses, **Op.Cit.**, p.20.

antemano, sin perspectiva estratégica de nación.<sup>168</sup> Los aliados de hoy son los adversarios de mañana. Solamente la elaboración de un Plan Nacional de Desarrollo puede evitar: las decisiones apresuradas, la experimentación permanente y la reducción de los márgenes de error. Precisamente, la falta de tolerancia y consenso obliga a los de abajo a no expresar públicamente sus ideas por temor a ser reprimidos y a adoptar actitudes sinuosas (el llamado “matrerismo”) que se expresa en la cultura del güegüence, manifestada con toda claridad en las elecciones de febrero de 1990.

Al lado de la agenda nacional, esa que nos atañe a todos los nicaragüenses, coexisten también las agendas particulares, en especial la de los partidos políticos que, por la fuerza que han adquirido y por los tiempos políticos que atravesamos, hoy dominan buena parte de la discusión pública. Las agendas particulares de los partidos tienden a obstaculizar las posibilidades de llegar a acuerdos en torno a los asuntos de interés nacional. Los partidos políticos norman su conducta de acuerdo a los cálculos que hacen respecto a las posibilidades de triunfo en las elecciones generales. Es incuestionable que esta conducta se agudizará en los meses por venir, dificultando la construcción de consensos y la formación de alianzas duraderas que permitan avanzar en la consecución de acuerdos de largo plazo por encima de arreglos puntuales dictados por la conveniencia política coyuntural.

El conflicto está en conciliar los intereses particulares de cada uno de los partidos con el interés general de avanzar en la institucionalidad que finalmente es la única capaz de generar gobernabilidad, en convencemos de que, sea quien sea el que gobierne, el escenario será mejor si el gobierno tiene determinada la prioridad de los problemas a resolver. Determinar los puntos que integran la agenda nacional requiere dejar atrás o, mejor dicho conciliar, el comportamiento inmedatista que se concentra en los arreglos puntuales dictados por la coyuntura y los intereses

Es difícil la capacidad de generalizar, analizar, resumir y concretar toda la información de que se dispone de la situación económica-social del país y crear un mapa político de los municipios. Se debe tener un diagnóstico con estadísticas mínimas de las condiciones políticas, sociales, religiosas, etcétera, de los departamentos. No es posible competir seriamente, en el plano político, sin un reconocimiento de la realidad de cada departamento del país. No es posible dirigir una lucha política a la realidad de cada departamento sin un reconocimiento. Toda crítica al adversario debe ser constructiva y no solamente en nuestra concepción general, no solamente en la experiencia de los sectores populares, sino en la información objetiva de que se disponga.

sucesorios, y pasar a resolver los problemas que garanticen la viabilidad política y económica de largo plazo. El dilema, entonces, no es solamente fijar la agenda nacional sino encontrar los mecanismos que conduzcan a los actores políticos, sociales y económicos a sentar las bases para comenzar a darle trámite con propuestas y el compromiso de llegar a una solución.

Analizar lo que se debe hacer en Nicaragua requiere varias cosas. Se necesita analizar la historia, de la que no se puede escapar, las restricciones de financiamiento e institucionales, lo que la economía puede hacer y lo que la política y sociedad pueden ayudar o estorbar. Hay restricciones, es decir hay cosas que no se pueden cambiar en el corto plazo, por muchas ganas que se tenga. Hay cosas que sí se pueden resolver pero que en realidad no tienen mucha importancia estratégica. Son cosas residuales que sólo significan perder el tiempo, porque no son nada relevante. Hay decisiones estratégicas sobre cosas que sí se pueden cambiar y vale la pena cambiarlas, éstas son la que se deben cambiar. Proponer un Proyecto Nacional de Desarrollo para Nicaragua, se hace necesario determinar claramente cuáles son restricciones, cuáles residuales y cuáles decisiones estratégicas. A partir de esto se puede establecer un plan de acción.

El financiamiento es una restricción, porque no se puede crecer así no más, hay que financiar el crecimiento, adelantar recursos, y éstos no son infinitos. Además hay restricciones institucionales, reglas no escritas y escritas, educación, costumbres, prácticas, que si bien pueden ser modificadas, no se pueden hacer en el corto plazo. Es decir, son cosas que aunque puedan cambiar, lo hacen con mucha lentitud. Hay que considerar como restricción lo que ocurre en el entorno internacional (caída de los precios de las materias primas, crisis económica brasileña, comportamiento del capital especulativo, etcétera), porque no podemos modificarlo aunque no vaya en la dirección conveniente para Nicaragua. En consecuencia, aunque se pueda pensar que la inversión y la cooperación extranjera continúe fluyendo a nuestro país, sería muy peligroso apostarle a flujos mayores a los cuatrocientos millones de dólares.

Más importante, para los próximos años, para el corto plazo, es el análisis de las tendencias internas. Las restricciones institucionales tienen que ser atacadas de raíz (poder judicial, rendición de cuentas, transparencia de los fondos públicos, etcétera). El sistema político está en crisis y puede seguir por mucho tiempo en esa situación, para desventura de la nación. Las apuestas a las elecciones generales, como solución del pro

blema político, son apuestas perdidas de antemano. Pero negar las elecciones con brillantes ideas utópicas es negativo para el país. El actual sistema político se ha basado en el autoritarismo y la corrupción para mantenerse, y la corrupción no es finita, porque se usa el dinero que no es del gobierno, sino de todo el país, para enriquecer inexplicablemente a unos pocos miembros del poder oculto.

Hay una claridad en la población que el país está en crisis en tres niveles: política, económica y social. La crisis política se muestra a través un excesivo autoritarismo, la falta de entendimiento entre los políticos, la inestabilidad política y la inseguridad ciudadana. Por otro lado, la crisis económica se expresa en el desfase del crecimiento económico general, la concentración de la riqueza en pocas manos y la falta de empleo. Por último, la crisis social se manifiesta en el alto grado de desempleo, en el incremento de la pobreza y la desnutrición generalizada en los sectores marginales de la población. Igualmente, la población percibe que el gobierno actual no actúa conforme a la ley y que no es justo y honesto.

Por otra parte, las tendencias internas en lo económico no son nada halagadoras. Y es aquí donde se requiere actuar de inmediato. En los últimos diez años, se ha privilegiado la concentración de capitales, mientras que las medianas y pequeñas empresas desaparecen o sobreviven con dificultades. De igual forma, el mercado interno se ha ido contrayendo al privilegiar el mercado exterior. El servicio de la deuda externa y las dificultades que están asociadas son una traba para tener un desarrollo sostenido. En la opinión de la mayoría de los nicaragüenses la actual situación del país está peor o igual que el año pasado (1998) y que para el año 2000 Nicaragua estará igual o en retroceso en comparación al presente año (1999), en los diferentes tópicos políticos, económicos, sociales, institucionales y derechos humanos.

No estamos moviéndonos en la dirección correcta. La mayoría de la población no siente que sus intereses estén representados en las políticas implementadas por el gobierno. Es tiempo de presentar una opción, un camino alternativo, que tenga otros objetivos y haga uso de los instrumentos disponibles. Para que cualquier Proyecto Nacional de Desarrollo tenga sentido tiene que tener dirección. Nicaragua camina sin tener claro el puerto de llegada. Esto no puede seguir así. En ningún país del mundo puede evitarse que un gobierno nuevo mate la dirección del país. Pero sí se puede establecer cierto camino con el que todos estemos razonable-



En una frase, la Nicaragua que queremos es un país en el que valga la pena vivir. Hoy no tenemos ese país, como lo muestra el millón de nicaragüenses que lo han abandonado para buscar fortuna y trabajo en otra parte. Para que este país valga la pena, tenemos que reducir el costo de vivir en él, aumentar las ventajas; cambiar la percepción de los nicaragüenses. Eso significa que queremos un país democrático, con un crecimiento económico que permita crear empleos, que se reduzca la pobreza y que tenga viabilidad en el largo plazo; esto es, que tenga una relación adecuada con el medio ambiente. Esa Nicaragua no puede hacerse para mañana, porque estamos en una posición demasiado difícil para lograrlo. Pero ésta es la dirección en la que hay que moverse. Esta Nicaragua que queremos, debe ser:

1. Un país con un crecimiento económico suficiente para dar empleo a una parte de la población, con cierta estabilidad de precios, con respeto al medio ambiente. Es necesario favorecer un proceso político que permita el cambio de dirección económica.
2. Un país justo en términos de oportunidades. Con mejor distribución del ingreso y menos gente viviendo en la pobreza. El problema de la deuda y la restructuración de la economía han ensanchado de tal manera la brecha entre ricos y pobres que es de nuevo imaginable un estallido social.
3. Un país con un gobierno transparente, que nombre funcionarios honestos, con voluntad política para combatir la corrupción, que rinda cuentas del dinero público y que juzgue públicamente a los funcionarios corruptos. Para que la lucha contra la corrupción no sea solamente la preocupación de la sociedad civil sino del mismo gobierno.
4. Un país capaz de incrementar la producción de bienes públicos (pavimento, escuelas, salud, parques, transporte público, aire limpio, etcétera), contribuyendo con eso a mejorar la calidad de vida de todos.
5. Un país que pueda encontrar la respuesta al reto que supone, por un lado, lograr el crecimiento económico sostenido, y por otro, llevar a cabo una redistribución de la riqueza sin desalentar la inventiva y productividad propias de las economías de mercado.
6. Un país que elimine el régimen político de base clientelar, que descarte la lógica de favorecer los intereses particulares sobre los intereses globales, que promueva la democracia y que suprima el carácter autoritario del gobierno.

1. Un país con equilibrio regional, municipal y sectorial más adecuado, que permita reducir las diferencias entre los municipios, sin limitar por eso a los más dinámicos, sino alentar a los menos.
2. Un país que tenga presente, en sus políticas, los intereses inmediatos de las minorías étnicas de la Costa Caribe. Que el desarrollo de esa región sea para beneficiar a sus habitantes y para enriquecer a unos pocos, ya sean nacionales o extranjeros.
3. Un país que ponga en práctica una agenda nacional de educación compartida por el gobierno y la sociedad civil, que promueva al maestro y se le reconozca un verdadero salario, que profundice la autonomía escolar con mayor participación de los padres, maestros y alumnos.
4. Un país con mejores instituciones legales, jurídicas y políticas. Un país democrático, en todo lo que cabe en esa palabra para establecer un Estado de derecho, como no lo es hoy. El Poder Judicial tiene que impulsar reformas a los Códigos Penal y Procesal Penal, nombrar jueces con trayectoria de integridad moral y capacidad profesional.
5. Un país que comprometa de manera abierta y transparente, a gobernantes y gobernados, a asumir su parte de responsabilidad en la reproducción de la vida colectiva. Lo público no ha sido, en este país, el patrimonio común para el beneficio de las grandes mayorías, sino que ha sido botín sujeto a la depredación de grupos económicos, familias, individuos y empresas.
6. Un país con una Asamblea Nacional que priorice y establezca leyes que reglamenten los problemas de corrupción y fomenten la transparencia en el sector público, que apruebe la Ley de lo Contencioso Administrativo para fortalecer la defensa de los ciudadanos frente al Estado autoritario y que promueva el conocimiento de las leyes a través de capacitaciones y encuentros de ciudadanos.
7. Un país con un mejoramiento continuo de las instituciones no escritas; con una educación destinada a engrandecer un proyecto común, un proyecto de nación. Una de las características de los movimientos sociales tiene que ser la libertad de imaginar propuestas y soluciones a los problemas concretos, de acuerdo a las peculiaridades nacionales y nunca dejar de ser crítico consigo mismo.



8. Un país donde la izquierda de fin de siglo debe de aceptar como base de su acción un imperativo: la democracia política. La estrategia de la izquierda deber ser más que una lucha por la democracia política, pero nunca deberá ser menos que eso. Una de sus tareas es democratizar la imperfecta democracia que vive Nicaragua, reformar verdaderamente el Estado y hacerlo lo que aún no es: responsable y efectivo.
9. Un país donde la derecha política acepte, de una vez por todas, que la composición de las fuerzas políticas ha cambiado, que existen sectores sociales importantes de tendencia prosocialista, que en ese escenario político se tiene que construir la democracia en Nicaragua.
10. Un país donde el papel de la sociedad civil debe ser activo y eficaz, que se impulse el perfeccionamiento y la aplicación de la Ley de Defensa del Consumidor y que se armonize la Ley de Iniciativas Ciudadanas con la Ley de Participación Ciudadana.

Esta es la Nicaragua que queremos, y que puede construirse, partiendo de lo que hoy tenemos, con el esfuerzo de todos, sin sacrificios inútiles. Esta Nicaragua no es inalcanzable. Nos ha faltado decisión para desplazar a los funcionarios autoritarios, corruptos y corruptores. Para hacer la Nicaragua posible hay ideas, pueden haber proyectos comunes, puede haber un proceso de consolidación democrática. Pero también puede haber violencia; también puede haber hambre; también podemos caer más de lo que hemos caído. A pesar de la voluntad autoritaria dominante en el gobierno, impregnada en la conciencia colectiva de los políticos tradicionales y de las élites económicas, religiosas y culturales, la sociedad nicaragüense se mueve hacia la democracia.

Managua/Nicaragua, de marzo de  
1995 a mayo de 1999

*El Síndrome de Pedrarias*, Segunda Edición, terminó de imprimirse en Septiembre de 2000, con un tiraje de 1000 ejemplares, en los talleres de **IMPRIMATUR** Artes Gráficas, Frente a Bancentro Bolonia, Managua, Nicaragua  
Teléfono:(505) 2660957

[i m p r i m a t u r @ s g c c o r p . c o  
m](mailto:imprimatur@sGCCorp.co.m)

### **Libros del mismo autor**

- Nicaragua: La crisis de la dictadura (1978).
- Elecciones en Nicaragua. Análisis socio-político (1989).
- La Intervención norteamericana y sus consecuencias. Nicaragua 1910-1925 (1989).
- Nicaragua: Partidos políticos y la búsqueda de un nuevo modelo (1990).
- La revolución que inició el progreso. Nicaragua 1893-1909 (1990).
- Nicaragua nach dem Regierungswechsel. Bilanz und Perspektiven (1990).
- Adonde va Nicaragua. Perspectivas de una revolución latinoamericana (1991).
- Nicaragua: desafíos y opciones (1992).
- Nicaragua: un país de niños y mujeres (1992).
- Nicaragua: entre el laberinto y la esperanza (1993).
- Sandino: Floreció al filo de la espada. Nicaragua 1926-1939 (1995).
- Pobreza en Nicaragua: un abismo que se agranda (1998).
- Nicaragua: después del Mitch... ¿qué? (1999).
- El Síndrome de Pedradas. Cultura política en Nicaragua (1999).

### **Co-autor de los libros**

- Nicaragua: reforma o revolución (1978).
- Dando razón a nuestra esperanza.
- Los cristianos latinoamericanos frente a la crisis del socialismo y la derrota sandinista (1991).
- La lucha sindical y la conciencia de clase en México y Nicaragua (1992).
- Hacia un acuerdo nacional contra la pobreza (1993).
- Para una salida nacional a la crisis (1994).
- Nicaragua: gobernabilidad democrática y reconversión militar (1996).
- Desafíos de la sociedad civil: pobreza, corrupción y desarrollo (1998).